

MELISSA BASHARDOUST

Solo una será reina.

CHICAS  
DE  
NIEVE  
Y  
CRISTAL



CHICAS  
DE  
NIEVE  
Y  
CRISTAL

MiNA,  
LA REiNA MADRASTRA.  
LYNET,  
LA HERMOSA PRiNCESA.

Dos mujeres jóvenes condenadas  
a ser rivales desde el inicio.



"Exquisito despliegue de magia, relaciones complejas entre madre e hija, y mujeres fuertes que triunfan gloriosamente en un mundo que no quiere que sean poderosas... Un maravilloso cuento de hadas feminista".

– TRACI CHEE, autora de *The Reader*,  
best seller de *The New York Times*



# ENCUÉNTRANOS EN

[facebook.com/vreditorasya](https://facebook.com/vreditorasya)

[twitter.com/vreditorasya](https://twitter.com/vreditorasya)

[instagram.com/vreditorasya](https://instagram.com/vreditorasya)

**MiNA** tiene dieciséis años, una madre muerta y un padre despiadado. Su corazón silencioso nunca ha latido de amor por nadie: de hecho, nunca ha latido en absoluto, pero ella siempre creyó que eso era normal. Jamás imaginó que su padre, un poderoso mago, le había quitado el corazón y lo había reemplazado por uno hecho de cristal. Cuando se muda al castillo de Primavera Blanca y ve al rey por primera vez, Mina arma un plan: ganar el corazón del soberano con su belleza, convertirse en reina y por fin conocer el amor. La única trampa es que tendrá que convertirse en madrastra.

**LyNET**, de quince años, es idéntica a su madre fallecida y un día descubre por qué: bajo las órdenes de su padre, un mago la ha creado con nieve para que luzca igual a la reina muerta. Pero a pesar de ser la reencarnación de su madre, Lynet preferiría ser como su feroz y elegante madrastra. Cumple su deseo cuando su padre la designa reina de los territorios del sur destituyendo a Mina. Por ese motivo, Mina comienza a mirar a Lynet con algo similar al odio y ella deberá decidir qué hacer y quién ser para recuperar a la única madre que ha conocido... o derrotarla de una vez por todas.

Entrelazando las historias de Lynet y Mina en el pasado y el presente, *Chicas de nieve y cristal* narra la relación entre dos mujeres jóvenes condenadas a ser rivales desde el inicio. Solo una puede ganar y la otra deberá perderlo todo... a menos que ambas hallen un modo de reconstruirse a sí mismas y su historia.

## MELISSA BASHARDOUST

es licenciada en Inglés por la Universidad de California, Berkeley, donde redescubrió su amor por la escritura creativa, la literatura infantil y los cuentos de hadas y sus *retellings*.

Actualmente, vive al sur de California con una gata llamada Alice y más ejemplares de *Jane Eyre* de los que probablemente necesita. *Chicas de nieve y cristal* es su primera novela.



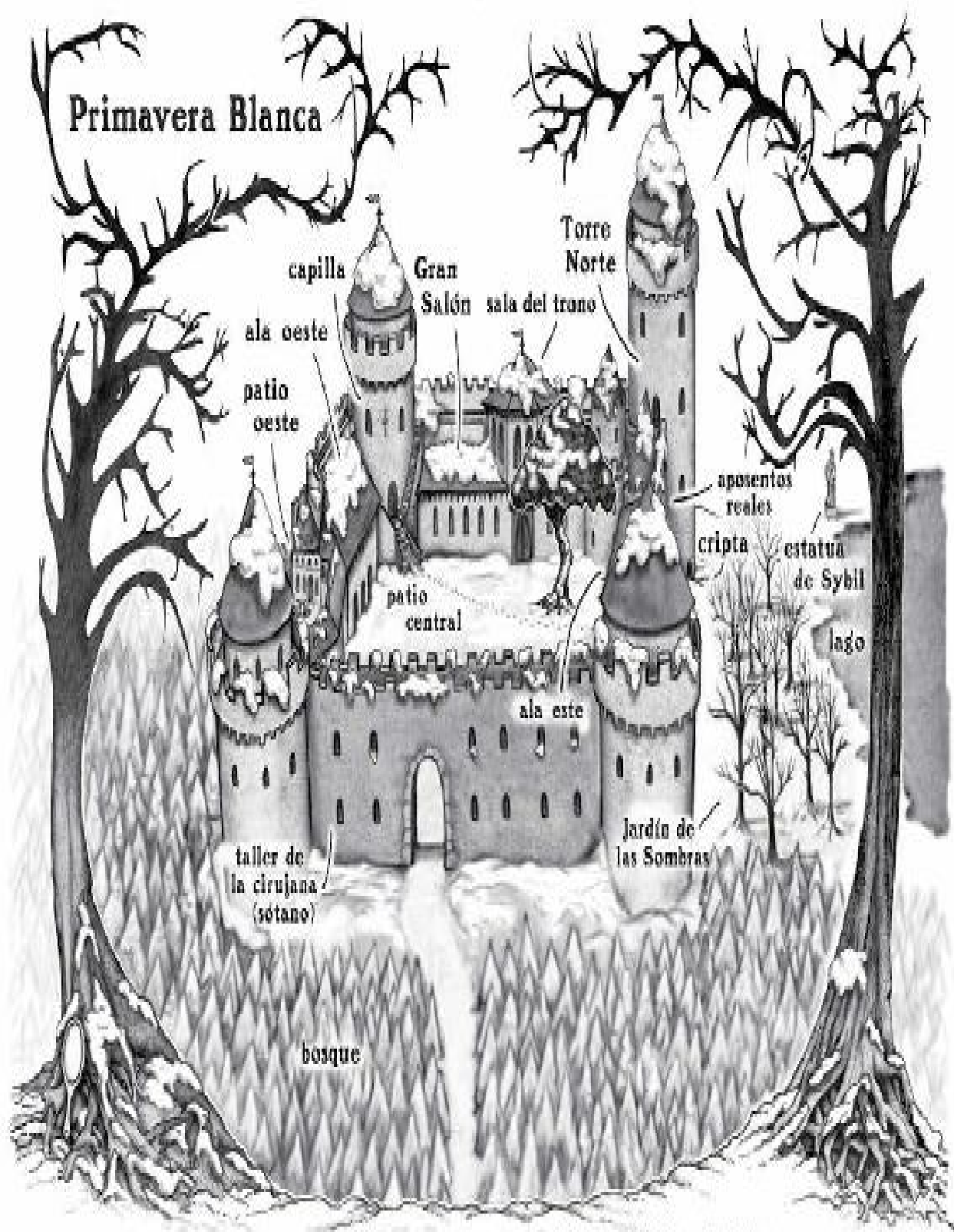
Para saber más acerca de Melissa visite  
[www.melissabash.com](http://www.melissabash.com)

MELISSA BASHARDOUST

CHICAS  
DE  
NIEVE  
Y  
CRISTAL

TRADUCCIÓN:  
DANIELA ROCÍO TABOADA





# Primavera Blanca

capilla

Gran

Torre  
Norte

Salón

sala del trono

ala oeste

patio

oeste

aposentos  
reales

cripta

estatua  
de Sybil

patio  
central

lago

ala este

Jardín de  
las Sombras

taller de  
la cirujana  
(sótano)

bosque

/ Hacia el Reino del Sur



PARA MI FAMILIA.



I

LYNET

Lynet la vio por primera vez en el patio.

En realidad, la chica estaba en el patio. Lynet se encontraba trepada a un árbol.

Aquel enebro en el patio central era uno de los pocos árboles que aún conservaban hojas en Primavera Blanca, lo cual lo convertía en uno de los mejores escondites en el terreno ocupado por el castillo. Acurrucada entre las ramas, Lynet solo era visible para alguien que estuviera directamente debajo de ella. Aquel escondite era particularmente útil en tardes como esa, cuando había decidido faltar a sus lecciones sin decírselo a sus tutores.

La joven que atravesaba el patio caminando con prisa no pasó directamente debajo del árbol, así que no notó que Lynet la observaba. Lo primero que le impactó fueron las prendas de la chica. En lugar de un vestido, la muchacha lucía una túnica larga color café sobre unos pantalones sueltos que le permitían moverse con mayor libertad mientras daba pasos largos. Caminaba con determinación, sus ojos oscuros clavados hacia el frente.

Lynet creía que conocía cada rostro en Primavera Blanca, pero no reconocía en absoluto a la chica. Si bien era cierto que los visitantes llegaban y partían en el transcurso del año, solían hacerlo para ocasiones especiales, e incluso en esas circunstancias, Lynet podía reconocer a la mayoría a simple vista, si es que no recordaba el nombre.

Un aluvión de preguntas luchaban por acaparar su atención: *¿quién es esta chica? ¿De dónde vino? ¿Qué hace en Primavera Blanca? ¿A dónde se dirige con semejante resolución? ¿Por qué lleva un bolso grande en la mano?* Ella era un misterio, y resultaba insólito que hubiera misterios en Primavera Blanca, donde tan poco cambiaba de un día a otro. La extraña era sin dudas más interesante que la lección de música que Lynet estaba evitando.

Ahora, en el otro extremo del patio, la chica subió los peldaños de piedra de la escalera corta que llevaba al ala oeste del castillo. En cuanto desapareció a través del arco de la entrada, Lynet bajó del árbol y se apresuró a seguirla; sus pies descalzos no emitían sonido sobre la nieve. Asomó la cabeza por el pasillo y vio que la chica comenzaba a subir la escalera de la izquierda. Lynet esperó hasta que la muchacha desapareció de vista y luego atravesó el pasillo con rapidez para salir por la ventana. Las rocas desparejas, las salientes y las esquinas prominentes de Primavera Blanca hacían que el castillo fuera excelente para escalar, algo que había descubierto a temprana edad. Utilizó el alféizar sobre la ventana para subir, teniendo cuidado de no atorar su vestido de lana gris en las partes más filosas del alféizar esculpido. No quería tener que explicarle a su padre por qué había una rasgadura en su vestido, o ver la sonrisa forzada en el rostro de su costurera mientras le preguntaba por qué el bordado en el dobladillo que Lynet había hecho apenas la semana anterior ya estaba deshilachándose.

Agazapada en silencio sobre el alféizar, Lynet repasó los movimientos de la joven en su mente: después de subir las escaleras, avanzó por el pasillo hasta llegar al primer giro, que estaba un poco más adelante del lugar en donde Lynet se encontraba, en el cual podía continuar caminando derecho o doblar por otro pasillo. Contó los segundos: sabía que en cualquier momento debería oír pasos...

Sí, allí estaban, recorriendo el pasillo que estaba dentro del castillo. Lynet se aseguró de inclinar la cabeza para que la chica no viera su cabello asomándose sobre el marco de la ventana y escuchó mientras los pasos continuaban avanzando, dejaban atrás el giro y proseguían hasta el final del pasillo, seguidos de un golpe fuerte en una puerta.

“¡Ah, pasa!”, escuchó que decía una voz, y luego oyó el sonido de la puerta cerrándose de nuevo.

Lynet no estaba segura de quién había hablado, pero no importaba *quién* había sido, siempre y cuando ella supiera *dónde*. Miró por encima del marco de la ventana justo a tiempo para distinguir a la extraña atravesando la puerta del final del pasillo a su izquierda. Lynet ingresó por la ventana, atravesó a toda prisa el mismo corredor y salió otra vez por la última ventana de aquella pared, por lo que quedó del otro lado del castillo. Con cuidado, bordeó el lateral mientras contaba mentalmente las ventanas.

Cuando llegó a la que correspondía a la habitación donde la extraña había ingresado, se agazapó en el alféizar y espió por la esquina. La ventana estaba cerrada, pero tenía una vista sin obstáculos de la joven, y eso era lo que realmente importaba. Lynet reconoció que la otra persona era Tobias, uno de los nobles que había vivido en Primavera Blanca desde antes de su nacimiento.

Tobias estaba diciendo algo, y sus cejas inmensas lo hacían parecer más feroz de lo que realmente era. Pero la joven extraña no lucía en absoluto intimidada por la mirada intensa de Tobias; mantenía la cabeza en alto y lo miraba a los ojos.

De hecho, parecía que la extraña no permitía que nada la perturbara. Había copos de nieve en la trenza de cabello oscuro alborotada que caía por su espalda y en el cuello de su camisa, pero no hizo movimiento alguno para quitárselos de encima. El bolso que sostenía parecía a punto de estallar, pero ella no mostraba señales de cansancio. La huella dactilar de tinta en su mandíbula, el puño deshilachado de una de sus mangas... Aquellas pequeñas imperfecciones fascinaban a Lynet, porque la muchacha las llevaba con comodidad y confianza. Nunca antes había visto a una mujer luciendo tan a gusto en su propio cuerpo sin estar prístina.

¿Quién *era* ella?

Lynet se inclinó un poco más hacia adelante y la joven apoyó su bolso y lo

abrió. Con la cabeza inclinada, los pómulos prominentes de la extraña eran particularmente impactantes; sus pestañas proyectaban sombras largas sobre su piel café pálida... De pronto, alzó la vista y Lynet alejó la cabeza de la ventana a toda velocidad. Estaba segura de que la chica no la había visto: a duras penas era visible en aquel rincón; sin embargo, en aquel momento breve, había creído que sus miradas se habían encontrado.

Cuando se asomó de nuevo, la chica ya no miraba hacia arriba, y Lynet entrecerró los ojos para ver lo que la forastera extraía del bolso... al menos aquello resolvería uno de los misterios. Y entonces, vio en las manos esbeltas de la muchacha un instrumento de metal largo y curvado en la punta, como el pico de un ave despiadada. Lynet dio un grito ahogado intenso y, a juzgar por la manera en la que Tobias parpadeaba rápido, notaba que él tampoco había esperado ver aquello.

La joven observaba a Tobias, esperando alguna respuesta, y Lynet no podía dejar de mirarla *a ella*. Se preguntaba cómo era posible que la chica pudiera mantenerse de pie perfectamente quieta sin que sus manos temblaran bajo el peso de aquel instrumento monstruoso que sujetaba. Parecía prácticamente desafiante mientras lo sostenía, y Lynet anheló aún más saber de aquella extraña: no solo deseaba saber quién era, sino que quería *conocerla* y quizás absorber un poco de aquella valentía para sí misma.

Tobias asintió con un movimiento breve y tomó asiento en una silla. En la mesa que estaba a su lado había una bota para vino, y bebió mucho de ella antes de reclinar la cabeza hacia atrás. La joven respiró hondo y luego colocó la punta curva del instrumento de metal dentro de la boca de Tobias.

Finalmente, Lynet comprendió lo que estaba a punto de ocurrir, pero no antes de que fuera demasiado tarde para apartar la mirada.

La joven jaló del instrumento y el noble gritó mientras le arrancaban un diente de la boca.

A Lynet le alegró que él hubiera gritado, porque ella había dejado escapar un alarido por lo bajo. Deslizó la lengua por encima de sus propios dientes para asegurarse de que aún estaban en su lugar.

*Una cirujana.* La joven debía ser una cirujana. Si bien la respuesta debería haberla satisfecho, solo sintió más curiosidad. Nunca antes había visto a una cirujana mujer.

Lynet permaneció posada en el alféizar hasta que la doctora limpió a Tobias y le dio algunas hierbas para combatir el dolor. Cuando oyó que la joven había partido, abandonó su puesto y rodeó nuevamente el alféizar, atenta a oír pasos en el interior del castillo. Su corazón latía desbocado: ¿a dónde iría la cirujana a continuación? ¿Qué haría?

Cuando ella desapareció por el corredor, Lynet volvió a escabullirse dentro a través de la ventana justo a tiempo para verla voltear en una esquina. La siguió sigilosamente, pero cuando dobló en la misma esquina, se topó con las Palomas.

—¡Princesa Lynet! —exclamó una de las mujeres, y luego todas la rodearon y ya era demasiado tarde para escapar.

Las llamaba las Palomas debido a su cabello gris y a su arrullo constante; y porque siempre viajaban en bandada. A diferencia de la mayoría de los miembros de la nobleza que preferían vivir apiñados en sus propias propiedades privadas a lo largo del Norte, las Palomas vivían en Primavera Blanca de modo permanente: habían hecho sus nidos allí mucho antes del nacimiento de Lynet. Eran las residentes más ancianas de Primavera Blanca, así que siempre parecían muy sorprendidas al ver cuánto había crecido Lynet, aunque la hubieran visto el día anterior.

—Su madre estaría tan orgullosa —decía una de las mujeres.

—Miren su cabello. Es tan parecido al de la reina —añadió otra detrás de ella. Cuando era una niña, Lynet creía que ellas se referían a que era similar a

Mina cuando le decían que se asemejaba a la reina, y parecerse a su madrastra la había llenado de orgullo. Pero ahora comprendía que cuando las Palomas hablaban de la reina, siempre se referían a la reina *fallecida*, Emilia. Y la peor parte era que tenían razón: el cabello de Mina era castaño oscuro y sus ojos eran de un color avellana, mientras que Lynet poseía el cabello grueso y azabache de su madre y ojos prácticamente negros. El rostro de Mina era anguloso y definido y su piel era color caramelo, pero Lynet tenía el rostro redondo de su madre y tez apagada color oliva. Las mejillas de Lynet, su nariz, sus labios y todo lo demás que poseía pertenecía a una mujer muerta que ella ni siquiera recordaba.

La líder no oficial de aquel pequeño grupo, una mujer canosa de cuello largo llamada Xenia que servía en el consejo del rey, se inclinó un poco –más que nada por cuestión de hábito, dado que Lynet ahora era más alta que ella– y tomó el rostro de la princesa con las manos.

–Qué encantadora es. El rey Nicholas debe estar muy orgulloso de usted, miladi. Será una reina espléndida, al igual que lo fue su madre –incluso entre las sombras del pasillo poco iluminado, los ojos de Xenia resplandecían con un brillo sospechoso: siempre miraba a las personas entrecerrando los ojos, como si pensara que le estaban mintiendo.

Lynet sonrió, asintió y les agradeció hasta que las Palomas terminaron. Quizás era halagador que le prestaran tanta atención, pero ella sabía que el interés de las mujeres no se debía a su propio bien. Ellas amaban a la madre de la princesa y Lynet se parecía a su madre, por lo tanto creían que también la querían a ella.

Cuando las Palomas prosiguieron su camino por el pasillo moviéndose como si fueran una nube gris, Lynet caminó sin rumbo por algunos corredores hasta que no tuvo más opción que admitir que había perdido a la cirujana. Sin embargo, estaba segura de que la vería de nuevo, y pronto. El



castillo no había tenido un cirujano en la corte desde que el anterior se había marchado hacía varios meses, así que habría una gran demanda durante un tiempo. Lynet se mantendría alerta, y la próxima vez no perdería el rastro de la mujer.

Lynet avanzó arrastrando los pies por el pasillo hasta que llegó a la sala de música, donde su tutor la esperaba sentado junto a su arpa. Cuando ella entró estaba bostezando, y en cuanto la vio, enderezó la espalda y tragó el resto de su bostezo con un gorjeo que indicaba su sorpresa.

“¡Allí está, miladi!”, dijo él. “Un poco tarde, quizás, pero no es problema”, su rostro arrugado se extendió en una sonrisa. Había llegado más de una hora tarde, pero él no le dio un escarmiento. Ninguno de sus tutores la reprendía jamás.

A Lynet le había agradado una vez la *idea* de tocar el arpa. Pero las lecciones reales eran largas y agotadoras, y ella nunca parecía mejorar así que no veía daño alguno en evadirlas cuando podía. Pero la tediosa hora de clase subsiguiente le parecía menos terrible ahora que tenía un proyecto nuevo; sin embargo, cuando tomó asiento con su arpa, supo que aquel día tocaría incluso peor de lo habitual, ya que su mente todavía seguía a la cirujana nueva aun cuando sus pies no podían hacerlo.



Cuando su lección terminó (de modo desastroso, como esperaba) estaba anocheciendo. Sin siquiera pensarlo, Lynet subió las escaleras que llevaban hacia la recámara real. A veces, sentía que su día entero solo era un prelude para su habitual visita nocturna con Mina, una tradición que había comenzado hacía tanto tiempo, que no podía recordar con exactitud cómo había empezado.

Las llamas de la chimenea ardían vivaces cuando Lynet ingresó en silencio en la habitación de su madrastra. A pesar de que Mina había llegado a Primavera Blanca desde el Sur hacía casi dieciséis años –aproximadamente

en la misma época en que Lynet había nacido— nunca se había habituado al invierno constante del lugar, por lo que siempre tenía frío. Lynet, al haber nacido en Primavera Blanca, nunca lo sentía.

Una criada trenzaba el cabello de Mina frente al espejo. Lynet podía ver el reflejo de su madrastra, serena y majestuosa, con la cabeza en alto y la espalda recta.

Cuando la reina vio el reflejo de Lynet detrás del suyo en el espejo, alzó una mano para indicarle a la criada que se detuviera.

—Eso es todo por ahora —dijo ella, y la sirvienta hizo una reverencia antes de alejarse con prisa, y logró dedicarle una sonrisa veloz a Lynet antes de partir.

Mina se puso de pie para permitirle a Lynet ocupar su lugar en la silla baja frente al espejo. En cuanto la princesa tomó asiento, Mina sonrió.

—Tienes nieve en el cabello.

Avergonzada, Lynet llevó las manos hacia la cabeza para quitarse la nieve de encima. Suponía que un día, cuando fuera reina, tendría que parecer serena sin esfuerzo como Mina, pero en aquel momento estaba a años de distancia.

Mina comenzó a peinar el cabello de Lynet con los dedos. Los peines y los cepillos eran inútiles en la cabellera de la princesa: solo se atoraban en sus rizos; mientras que las manos de Mina los desenredaban y desanudaban con destreza. Lo habían hecho cada noche desde que era una niña, y ninguna de las dos mencionaba jamás que la princesa ya tenía edad suficiente para desenredar su propio cabello.

Mina le preguntaba acerca de su día y Lynet le contaba cuán desastrosa era tocando el arpa y cómo ya había tenido tres profesores de música distintos.

—Nunca mejoro, así que ellos se rinden conmigo y se marchan —dijo la princesa.

—No eres tú —aseguró Mina—. Primavera Blanca es demasiado sombrío y aislado para la mayoría de las personas —Lynet sabía que la reina tenía razón.

No solo los profesores de música se habían marchado. Las únicas personas –nobles o no– que residían en Primavera Blanca de modo permanente eran aquellas que habían pasado tanto tiempo allí que ya no podían molestarse en partir. Lynet pensó en su nueva cirujana y en cuánto tiempo se quedaría allí...

–Te he perdido –dijo Mina en voz baja después de que Lynet se había sumido en un silencio reflexivo demasiado largo–. ¿A dónde fue tu mente?

–Hay un cirujano nuevo –respondió Lynet sin pensarlo.

–Me alegra oírlo. Primavera Blanca ya ha pasado demasiado tiempo sin uno.

–Es una muchacha bastante joven –prosiguió Lynet.

–¿Una muchacha? –Mina alzó una ceja. La observaba con interés, pero Lynet no quería contarle nada más. Se sentía inexplicablemente protectora de su nueva extraña, y todavía no quería compartirla con nadie más.

–También vi a las Palomas hoy –añadió con rapidez.

Mina hizo una mueca y jaló uno de los rizos de Lynet por accidente.

–¿Lo habitual, supongo?

Lynet sabía que las Palomas distraerían a Mina: a su madrastra le resultaban aún más insoportables. La primera vez que la princesa había hablado sin pensar y había utilizado aquel apodo para referirse a ellas frente a Mina, había temido que la reprendieran. Sin embargo, la mujer había reído a carcajadas. Lynet no la culpaba: si bien las Palomas siempre eran encantadoras y respetuosas frente a Mina, ella oía el modo en que hablaban acerca de la reina cuando estaban a solas. La llamaban *la sureña*, o *la reina del sur*, pero nunca solo *la reina*: ese título estaba reservado para la madre de Lynet.

–Lo mismo de siempre –refunfuñó ella mientras Mina comenzaba a trenzar su cabellera–. Que me parezco tanto a mi madre. Que mi cabello es idéntico

al de mi madre, que tengo sus mismos ojos... Probablemente incluso creen que tengo los codos parecidos a los de mi madre.

Mina frunció el ceño un poco y mordió su labio, pero no dijo nada.

–No sería tan malo –continuó– si fueran solo ellas las que lo dicen, pero... –se detuvo, sintiéndose demasiado culpable de expresar sus pensamientos en voz alta.

–Pero ¿desearías que tu padre también dejara de compararte con ella? – sugirió Mina. Lynet asintió. Comenzó a retorcer una parte de su falda con la mano.

–Es aun peor con él –confesó la princesa en voz baja.

–¿Por qué dices eso? –Mina colocó las manos sobre sus hombros.

Lynet mantuvo la cabeza inclinada. Era más fácil hablar al respecto cuando no miraba a nadie más... ni a sí misma. Quería cambiar el tema de conversación, pero ya lo había hecho una vez y sabía que no lo lograría de nuevo. Cada vez que hablaban acerca del padre de Lynet, Mina parecía... endurecerse de algún modo, como si colocara un escudo que ni siquiera Lynet tenía permitido traspasar. A veces, la princesa se preguntaba por qué ellos siquiera habían contraído matrimonio cuando parecían pasar tan poco tiempo juntos y demostrarse tan poco afecto cuando lo hacían.

Mina apretó despacio los hombros de Lynet.

–Está bien, lobita –dijo la reina–. No temas.

El apodo especial que Mina le había puesto mejoró el ánimo de Lynet, como siempre lo hacía. Odiaba sentir miedo.

–Es solo que... Bueno, los demás solo hablan acerca de cuánto *luzco* como ella, pero papá... Creo que quiere que *sea* como ella en todos los aspectos. Espera que sea dulce y gentil y... y *delicada*.

Lynet prácticamente se ahogó al oír aquella palabra. Era lo que su padre siempre decía cuando hablaba acerca de su madre... y de su hija también. *Tus*

*facciones son delicadas, Lynet, como las de un ave. No deberías trepar árboles, Lynet, no cuando tus manos y tus pies son tan suaves y delicados.* Emilia había muerto, decía él, porque su cuerpo había sido demasiado delicado para dar a luz. Ser *delicada* había matado a su madre, y sin embargo, él estaba tan deseoso de adjudicarle la cualidad a Lynet.

–Lo dices como si fuera una maldición –replicó Mina, su voz era baja y apesadumbrada–. Hay cosas peores en el mundo que ser delicada. Si eres delicada, significa que nadie ha intentado romperte.

Lynet se sintió avergonzada sin saber por qué. Siempre había intentado imitar a su madrastra, pero el modo en que Mina hablaba en ese instante hizo que Lynet se preguntara si ella estaba intentando cargar con un peso que no comprendía por completo.

–Lo siento –dijo la princesa–. Debo sonar como una niña.

–Eso es porque *eres* una niña –Mina sonrió, pero su sonrisa comenzó a desaparecer mientras observaba sus reflejos en el espejo–. O quizás no lo eres. Cumplirás dieciséis pronto, ¿verdad?

–En un mes y medio –asintió.

–Dieciséis –Mina se puso de rodillas a su lado–. Esa es la edad que yo tenía cuando dejé mi hogar en el Sur para venir a Primavera Blanca. Creo que una parte de mí siempre ha pensado en mí como si aún tuviera dieciséis años, sin importar cuánto tiempo haya pasado –Mina miró el espejo y frunció el ceño; parecía perturbada por lo que el reflejo le mostraba. Sus rostros estaban uno junto al otro y, por primera vez, Lynet notó un único cabello blanco en la cabellera de su madrastra.

–Todavía eres joven –dijo Lynet, vacilante.

Sin embargo, Mina no estaba prestándole atención. Llevó una mano hacia su propia mejilla e inspeccionó las esquinas de sus ojos y las líneas delgadas alrededor de su boca.

–Si te aman por algo, será por tu belleza –susurró en voz baja, pero Lynet no creía que las palabras estuvieran dirigidas a ella, así que sintió culpa por siquiera oírlas.

Aguardó un momento y luego dijo:

–¿Mina? ¿Algo anda mal?

Su madrastra movió la cabeza de lado a lado.

–Es solo un recuerdo –volteó hacia Lynet y le dio un beso en la coronilla–. Has crecido tan rápido. Me sorprendió. Pronto, ya ni siquiera me necesitarás –Mina se puso de pie y jaló de modo juguetón de la trenza de Lynet–. Huye ahora y disfruta del resto de tu noche.

La princesa comenzó a marcharse cuando Mina añadió:

–Y mantenme al tanto de qué ocurre con tu joven cirujana. Será bueno para ti tener a alguien cercano a tu edad con quien socializar, para variar un poco.

Lynet no respondió mientras salía a toda prisa por la puerta, pero por algún motivo que no podía explicar, sintió que se sonrojaba.

A black and white photograph of snowflakes. The background is dark, and the snowflakes are illuminated, creating a soft glow. The snowflakes are intricate and detailed, with various shapes and sizes. The number '2' is centered in the upper half of the image, and the word 'MINA' is centered below it. The overall composition is clean and minimalist.

2

MINA

**A** los dieciséis años, Mina sabía que era hermosa. Sentada en el césped, moviendo el espejo de mano de su madre en ángulos diferentes para que el reflejo del sol no la cegara, descubrió los secretos de la belleza: el modo en que el resplandor del sol de la tarde transformaba su cabello oscuro en un halo de fuego; la manera en que su piel caramelo brillaba cuando colocaba el rostro en los ángulos correctos bajo la luz; cómo las sombras estilizaban sus mejillas.

Aquellos eran secretos que nadie le había enseñado. Su padre –cuando estaba en casa– era reservado, y su niñera la miraba con desdén porque era muy vanidosa. Su madre había fallecido hacía mucho tiempo, por supuesto, pero a Mina le agradaba pensar que había dejado atrás el espejo con dorso de plata como una guía para su hija.

–*Dorothea* –susurraba Mina para sí misma, deseando que solo pronunciar el nombre pudiera hacer que su madre apareciera allí. Había muerto tan pronto después de enfermarse que Mina no recordaba siquiera que había tenido una enfermedad. Ella tenía cuatro años y estaba recuperándose de su propia enfermedad (distinta a la de su madre) cuando murió, así que los recuerdos acerca de *Dorothea* eran débiles y titilantes, como las monedas en el fondo de un río movedizo.

–¡Mina!

Ella gruñó al oír el llamado de su niñera. Había esperado que salir de la casa y dirigirse al refugio en las colinas le permitiera obtener un descanso de la desaprobación constante de la mujer.

Hana había sido vieja y chillona desde que Mina tenía memoria, pero ahora que la muchacha abandonaba la infancia, también se había vuelto innecesaria. La única razón por la que Mina siquiera la escuchaba era porque la mujer era la mejor fuente de información acerca de su madre. Hana adoraba hablar



acerca de la joven encantadora que había huido con un muchacho en contra de los deseos de su familia adinerada y a quien en consecuencia habían desheredado. Mina se preguntaba a veces si la niñera inventaba historias: era difícil imaginar a alguien arriesgándose a semejante disgusto por amor a su padre, y Hana no había sido la doncella de Dorothea hasta después del matrimonio de la mujer. Pero hasta las historias ciertas a medias eran mejor que nada.

–Mina, ¡sé que puedes oírme, niña egoísta!

Había un dejo de desesperación en la voz de Hana, como si le temiera a algo. Pero solo había una cosa que le causaba miedo a Hana: el padre de Mina, Gregory.

*Él está en casa*, pensó Mina. El hombre había partido en uno de sus viajes frecuentes aproximadamente dos meses atrás. Ella siempre apreciaba el tiempo en que él estaba lejos; sentía que la casa era más liviana sin Gregory, como si una nube tormentosa encima del lugar se hubiera disipado. La joven contempló su propio reflejo una vez más, deseando poder escabullirse dentro de él para esperar hasta que su niñera y su padre se hubieran marchado.

–Allí estás –dijo Hana, jadeando detrás de ella–. Sé que vienes hasta aquí arriba solo para que muera subiendo estas colinas.

La mujer por poco estaba en lo cierto. Evitar a Hana era uno de los beneficios de las colinas, pero si la niñera hubiera estado prestando atención alguna, tal vez habría notado que el Castillo de Verano era visible desde esa ubicación. A pesar de que la familia real nunca había terminado la edificación y lo había dejado a medio construir durante alrededor de un siglo. Los domos dorados completos del Castillo de Verano aún resplandecían bajo el sol, brillando a través de los árboles como un faro. Si no hubiera estado tan lejos, Mina habría intentado escabullirse en el terreno y quizás habría plantado un jardincito allí. Imaginaba aquel jardín creciendo alrededor del castillo para

mantener a todos –en especial a su padre– lejos.

–Tu padre está en casa –dijo Hana–. ¿No quieres saludarlo?

–¿Pidió verme?

Hana la fulminó con la mirada, pero no respondió, así que Mina supo que él no lo había hecho. Sin embargo, no podía evitarlo para siempre, así que se puso de pie y limpió el césped de su falda.

–De acuerdo –respondió–. Vamos.

Hana sujetó el brazo de Mina, pero después lo soltó y extendió la mano para tomar el espejo que yacía en el césped.

–¿Es...? ¿Es el espejo de tu madre?

–Solo lo tomé prestado –replicó Mina mientras se interponía en el camino de Hana para evitar que se lo llevara.

–No puedo creer que trates tan mal las pertenencias de tu querida madre. ¿Qué pasaría si lo hubieras roto? ¿O si lo hubieras perdido? Actúas como si ella no te importara en absoluto –movió la cabeza de lado a lado con reprobación.

–¡Sí que me importa! –protestó Mina.

–No lo sé –farfulló Hana–. No te importa nada más que tú misma –sujetó de nuevo el brazo de Mina–. Ahora, apresúrate.

Mina liberó el brazo del amarre de su niñera, tomó el espejo y bajó hecha una furia por la colina, dejando a la mujer atrás. No tenía prisa por ver a su padre, pero no quería que Hana creyera que le tenía miedo. Mantuvo el paso ágil hasta que llegó al límite del mercado del pueblo.

No había planeado regresar a casa tan pronto. Se había escabullido temprano en la mañana, y su intención había sido permanecer lejos durante algunas horas más. Nunca había atravesado el pueblo en medio del día a propósito, en especial los días del mercado cuando el lugar estaba más ajetreado que nunca.

–Solo mantén la cabeza inclinada y camina rápido –susurró Hana–. Nadie me molestó de camino a buscarte. Le temen a tu padre, no a ti.

Pero Hana era tan poco memorable como amenazadora. Las personas recordaban a Mina con la misma claridad con la que recordaban a su padre. Desde que la magia había congelado el Norte, todos solían tener sospechas de aquellos nacidos con habilidades sobrenaturales. Cada vez que su padre oía rumores acerca de otros poseedores de talento mágico, partía de inmediato a investigarlos, pero hasta donde sabía, él era el único mago de las últimas generaciones. Sin embargo, eso no evitaba que los aldeanos consideraran que Mina era igual de peligrosa que su padre. Nunca se les ocurrió que ahora Mina era quien sentía que debía resguardarse de ellos.

El pueblo era un festín visual el día del mercado. Estaban las vistas familiares del Sur –frutas de colores brillantes, dátiles frescos, frutos secos y coloridas alfombras tejidas– junto a los lujos más exóticos del Norte: joyería con gemas provenientes de las montañas, pieles suaves y tallas intrincadas en madera. A Mina le habría encantado pasar el día entero recorriendo de punta a punta el pasillo largo entre los puestos y deleitándose con toda esa belleza. Pero mientras Hana y ella atravesaban el arco de piedra desmoronado que indicaba la entrada del mercado, Mina mantuvo la mirada clavada en el suelo polvoriento mientras permitía que una cortina de cabello cayera hacia adelante para cubrir su rostro.

Fue en vano. Sin importar cuán desalineada intentara parecer y cuán modestamente bajara la mirada, siempre habría alguien que la reconocería y luego los rumores se expandirían hasta rodearla.

Los aldeanos dejaban de hablar cuando ella pasaba. Luego, oyó la palabra *mag* entre susurros, una y otra vez, hasta que sonaba cada vez menos como una palabra y más como el canto de los grillos. Una vez que los susurros se habían propagado bastante lejos, los aldeanos comenzaron a alejarse de ella

para mantenerse fuera del alcance de la hija del mago. Pero en el pasillo angosto que atravesaba el mercado no había demasiado espacio para mantener la distancia de los demás: ni los aldeanos de ella, ni Mina de ellos.

De todos lados, las personas se topaban con ella y luego se alejaban de un salto. Quizás habrían herido sus sentimientos si ella hubiera sentido algo más que desprecio por aquella gente. Eran hipócritas que huían de ella bajo la luz del día, pero que se escabullían durante la noche hasta la casa de su padre para rogarle que les diera una solución mágica a sus problemas mundanos. Pasó junto a Lila, la tejedora, quien apartó la mirada de Mina mientras envolvía con los brazos su estómago prominente. Había acudido al padre de Mina hacía unos meses para pedirle que le diera algo que la ayudara a concebir un hijo, y aunque había obtenido lo que deseaba, no quería que le recordaran cómo lo había logrado. *Partería vulgar*, había decretado su padre acerca de la poción que le había otorgado a la mujer. Ni siquiera consideraba servicios semejantes como magia, pero le daban el dinero necesario para llevar a cabo sus propios experimentos en su laboratorio privado. Por supuesto, los rumores acerca de aquellos experimentos y su intromisión con las fuerzas de la vida y la muerte eran lo que hacía que los aldeanos fueran tan cautelosos respecto al mago y su hija, en primer lugar.

Estaban acercándose a los últimos puestos mercantes cuando Mina sintió que algo golpeaba la parte trasera de sus tobillos. Se detuvo y prácticamente pudo oír el grito ahogado colectivo. Cuando volteó, vio a un niño ocultándose detrás de las piernas de su madre y mirando con culpa a Mina. Unas rocas pequeñas yacían en el suelo junto a los pies de la muchacha: el niño debía habérselas lanzado. Por ahora, los niños eran los únicos que la atacaban, pero sabía que no podía contar con ello para siempre.

–Vamos, Mina, deja de perder el tiempo.

–Aguarda un minuto, Hana –dijo ella en voz lo bastante alta para que los

presentes la oyeran. Todos fingían estar ocupándose de sus asuntos, pero sus movimientos eran lentos y descentrados—. Ya que estamos aquí, bien podríamos hacer unas compras.

La parte trasera de sus tobillos todavía le ardían en el lugar donde las piedritas la habían golpeado. Si ahora se apresuraba a marcharse, solo probaría que la violencia la desalentaba, y que ellos podían ahuyentarla. La balanza del miedo aún estaba inclinada a su favor: ellos le temían a Mina más que la joven a ellos.

Caminó hacia el puesto más cercano y tomó un objeto al azar: un brazalete sencillo de plata.

—¿Cuánto cuesta? —le preguntó al comerciante. Si el hombre hubiera sido oriundo de la zona, la habría eximido del pago para librarse rápido de ella. Pero a juzgar por el tono oliva suave de su piel y los colores apagados que vestía, Mina notó que él provenía del Norte, y que estaba demasiado ocupado con su propio puesto para preocuparse por los rumores acerca del mago y su hija, así que le dijo el precio. Mina le entregó algunas monedas y colocó el brazalete alrededor de su propia muñeca, como un recordatorio de que no permitiría que la ahuyentaran.

»Ya estoy lista para ir a casa —dijo Mina, dirigiéndose de nuevo a Hana. Habló en un tono un poco más fuerte—. Estoy lista para ver a mi padre.



Su aparente coraje desapareció cuando llegó a su hogar. Mina llamó a la puerta del estudio de su padre mientras respiraba hondo. Después de no recibir respuesta alguna, asomó la cabeza dentro de la habitación, pero el lugar parecía vacío.

“¿Padre?”, llamó en voz baja.

¿Acaso no quería verla siquiera después de haber estado lejos durante tanto tiempo? Era cierto que Mina no estaba particularmente entusiasmada por verlo de nuevo, pero una parte obstinada de ella siempre esperaba que él

mostrara interés por su hija del modo en que imaginaba que la mayoría de los padres lo hacía, aunque él nunca le había dado ninguna razón para que creyera que lo haría.

Mina cerró los puños a los laterales de su cuerpo. Sus ojos se posaron en una puerta que estaba en la parte trasera de la habitación, casi oculta por los estantes que cubrían las paredes: era la entrada al laboratorio de su padre, la sala interna donde hacía la mayor parte de su trabajo. Ella ya había estado antes en el estudio de su padre –era común y corriente, aunque un poco caótico, con libros desparramados por todas partes–, pero era meramente una fachada presentable cuya intención era distraer la atención de la puerta oculta que llevaba a aquella habitación contigua secreta. Solo había estado en el laboratorio una vez en la vida. Sin embargo, aquellos recuerdos eran borrosos, y le dolía la cabeza cada vez que intentaba recordar.

Oyó con atención para detectar el sonido de su padre acercándose y, como no escuchó nada, atravesó el estudio hacia aquella puerta modesta. No tenía cerrojo; se escabulló dentro.

El laboratorio estaba poco iluminado y era angosto, y los muros poseían estantes llenos de recipientes de vidrio y frascos. Leyó algunas de las etiquetas garabateadas: algunas eran pociones simples para dormir o para mejorar la salud, pero otras se presentaban como venenos mortíferos. Tenían nombres extrañamente pretenciosos, como *Susurro de muerte* o *Aguja ardiente*, y supo que eran inventos de Gregory al ver la letra orgullosa en las etiquetas. Él creaba la muerte allí, en una infinidad de modos creativos, solo para pasar el rato.

Pasó junto a una larga mesa de madera donde una lámpara ardía levemente. Había una mancha oscura y negra en un lugar, pero el resto de la mesa estaba cubierta de libros abiertos con símbolos extraños y dibujos. Ella sabía leer, pero la mayoría de aquellos libros estaban escritos en lenguajes

desconocidos, así que los ignoró y centró su atención de nuevo en los estantes.

Los ojos de Mina continuaban posándose en los contenidos de los frascos, y cada vez la inquietaban más. En muchos de los recipientes había bultos deformes de... ¿carne? ¿Huesos? ¿Plumas? No estaba segura de qué eran hasta que vio una réplica en miniatura de un ser humano dentro de uno de los frascos. Flotaba en un líquido neblinoso, como una muñeca de cera diminuta, salvo que ella estaba segura de que no estaba hecha de cera.

En la parte trasera de la habitación había un solo frasco apoyado sobre una mesa pequeña. Había algo dentro de él, y cuando Mina lo vio con claridad, retrocedió de inmediato. A diferencia de aquellos objetos carnosos y extraños que había en los otros recipientes, el contenido de este no había sido preservado. Observó el bulto de carne podrida en el frasco, agradecida de que no emanara olor alguno. ¿Qué propósito tenía aquel trozo de carne marchito y consumido para su padre? ¿Era otro experimento fallido? ¿Un ingrediente de uno de sus brebajes venenosos? Verlo la llenó de una sensación de pavor inexplicable.

–Es repulsivo, ¿no crees?

Mina volteó al oír la voz de su padre. El hombre estaba reclinado contra la entrada del laboratorio, con los brazos cruzados sobre el pecho. Pero no era el mismo que había sido cuando se había marchado dos meses atrás. Su cabello oscuro se había aclarado a gris y había más arrugas en su rostro ahora demacrado. Parecía haber envejecido al menos veinte años mientras estuvo lejos.

–¿Qué te sucedió? –preguntó Mina, olvidando por un instante que él la había descubierto transgrediendo su espacio.

Su padre caminó hacia la mesa, ignorando por completo su pregunta.

–¿Sabes dónde he estado estos últimos meses?

Mina aún estaba tensa, esperando que él la reprendiera o la regañara por haber invadido su estudio interno.

–Embarcado en otra búsqueda inútil de otro mago, supongo –respondió.

Movió algunos libros que estaban sobre la mesa; lanzó algunos al suelo mientras apilaba otros.

–Estás equivocada –replicó–. Estaba en Primavera Blanca.

Mina no pudo ocultar su curiosidad.

–¿En el castillo? ¿Con el rey y la reina?

–Con el rey Nicholas, sí. Sin embargo, la reina Emilia ha muerto –alzó la vista y esperó la reacción de su hija, pero Mina no manifestó ninguna. ¿Por qué debía interesarle si la reina había muerto? Lo que ocurría en el Norte no le preocupaba en absoluto.

Gregory rio y se apoyó en la mesa con todo su peso.

–No sé por qué esperaba que te importe. Aunque debería interesarte, su muerte ha cambiado nuestras vidas para siempre.

Una vez más, esperó obtener una reacción; que ella le preguntara a qué se refería. Mina sabía que él estaba provocándola, así que se negó rotundamente a responder. A fin de cuentas, él le diría lo que quisiera, con o sin sus preguntas.

–Murió en el parto –prosiguió él–, pero dejó en su lugar una hija tan hermosa como lo era ella.

–No sabía que estaba esperando una hija –dijo Mina con calma.

–Las noticias viajan lentamente, supongo. Pero tuvo... complicaciones. La bebé estaba matándola desde el interior. El rey me convocó en secreto para ver si podía salvar a ella y a la bebé con magia, dado que la medicina había fracasado. Dijo que había oído hablar acerca de lo que yo era capaz de hacer. Que había oído susurros que indicaban que yo tenía control sobre la vida y la muerte –los ojos de Gregory resplandecieron en la luz tenue, con su voz



solemne llena de orgullo, pero luego apartó la vista y Mina vio que aferraba un lateral de la mesa con las manos—. Llegué demasiado tarde para salvar a la reina —explicó—, pero logré salvar a la bebé utilizando métodos no convencionales. Por esa razón te parezco tan... cambiado. El proceso fue agotador.

Por un instante, Mina olvidó que estaba fingiendo que no le importaba, cautivada por las palabras vacilantes de su padre, por su apariencia diferente. Nunca lo había visto lucir tan vulnerable, tan inseguro, y se preguntó si el cambio en él trascendía lo físico. Con timidez, extendió un brazo para apoyar una mano sobre el hombro de su padre.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Gregory miró la mano de Mina y luego la apartó como si fuera suciedad en su manga.

—Nunca has fingido interés antes, Mina. No hay necesidad de comenzar ahora.

Ella retiró la mano y se cruzó de brazos, intentando contenerse para no partir hecha una furia. No quería darle a su padre la satisfacción de haberla ahuyentado.

—¿Y ahora qué? —replicó ella—. Dijiste que esto cambiaría las cosas para nosotros.

—No creerás que llevaría a cabo semejante hazaña sin poner un precio, ¿verdad? —su padre alzó las cejas—. A cambio de salvar a su hija, el rey nos ha invitado a vivir en la corte.

—¿En Primavera Blanca?

—Un nuevo comienzo para los dos.

—Pero es tan... tan... —*frío*, pensaba. Mina estaba acostumbrada a los días luminosos y a las noches cálidas del Sur. Primavera Blanca se llamaba así porque incluso en primavera, el suelo estaba cubierto de nieve blanca. ¿Cómo

podría alguna vez pertenecer a un lugar semejante?

–Es mejor que vivir como marginados.

Mina retorció sus manos, intentando pensar en un modo de persuadirlo sin necesidad de rogar. Reunió la mayor autoridad que pudo, dejó caer sus brazos a los costados del cuerpo, enderezó la espalda y dijo:

–Entonces, ve sin mí. Yo me encargaré de las cosas aquí. No me necesitas.

Su padre soltó la mesa y se acercó a ella.

–Oh, pero sí te necesito. Necesito ese rostro que tienes –colocó una mano en la mejilla de la chica y presionó los dedos contra su mandíbula–. Te casarás con alguien de alta cuna y mi lugar, *nuestro* lugar, estará asegurado incluso si el rey olvida que está en deuda conmigo.

Mina intentó alejar el brazo de su padre y liberarse de su amarre fuerte, pero aun en su estado débil, él era más fuerte que ella. El hombre esperó hasta que ella se hubo rendido antes de por fin soltarla.

–Si me *necesitas* –dijo ella, frotándose la mejilla–, entonces deberías intentar ser más persuasivo. No te debo nada.

El rostro de su padre se retorció de furia, pero luego, rio.

–¿No me debes nada? No es así, Mina, me lo debes *todo*. Me debes tu vida. Y no solo porque soy tu padre.

Mina quería apartar la mirada, pero no había ningún lugar seguro al que mirar. La habitación entera estaba llena de él.

–De acuerdo –replicó ella–. Dime exactamente qué te debo. Si eres lo suficientemente convincente, quizás cambie de opinión.

Él asintió, luciendo la sonrisa arrogante de un hombre que sabía que estaba a punto de ganar.

–Está bien, si ese es el juego que quieres jugar.

Gregory sujetó la muñeca de Mina y ella, molesta por la sensación de sus dedos hundiéndose en su piel pero sabiendo por experiencia que no podría

librarse de sus garras, le permitió que la arrastrara hasta la mesa. Él extrajo una bolsita del bolsillo y vertió su contenido –un puñado de arena– en la superficie.

–Observa con atención –dijo él, examinando la arena.

Para el asombro de Mina, la arena comenzó a *moverse*, a cambiar incluso sin el tacto de su padre, y entonces, ya no era arena, sino que era un ratoncito gris que rebotaba en los laterales de las manos ahuecadas de su padre. Ella dio un grito ahogado, y se regañó a sí misma por hacerlo cuando escuchó que él reía. Ella había oído los mismos rumores, que el mago Gregory tenía la capacidad de crear vida, pero nunca antes lo había visto exhibir su poder sobrenatural. Él hacía el papel de mago para los aldeanos con sus pociones, pero reservaba su magia verdadera para su laboratorio, para sí mismo.

Gregory hizo una mueca, su mandíbula estaba tensa como si le doliera, pero luego se recuperó.

–Es la alquimia en su forma más pura –dijo él–: Transformar algo en otra cosa sin ningún intermediario. Nací con el poder de tomar cualquier sustancia inanimada y convertirla en algo orgánico... pero solo hasta cierto punto. Este ratón no es un ratón real. Aún es, en su esencia, arena. No crecerá, ni envejecerá ni morirá. Ni siquiera está realmente vivo –para probar su punto, cerró las manos en forma de puño y el ratoncito diminuto y chillón se desintegró abruptamente y se convirtió de nuevo en un montículo de arena.

Mina por poco dio un grito ahogado por segunda vez, pero aunque estaba boquiabierta, no emitió sonido alguno. Sus ojos veían un montículo de arena, pero su mente la había transformado en una pila de huesos y carne. Era una tumba y un cadáver a la vez.

Con un gesto descuidado, Gregory barrió la arena de la mesa con la mano y la guardó de nuevo en la bolsita.

–Es como una muñeca mecánica, ¿ves? Si le das cuerda, se asemeja a la

vida, pero es solo un parecido. Para hacer un ratón real y vivo, necesitaría añadir mi sangre: la fuente de mi magia –un tono cansino se filtró en su voz–. Me ha... llevado muchos años y muchos intentos descubrirlo.

–¿Cuál es el punto de todo esto? –preguntó Mina con voz ronca y la garganta seca. Continuaba pensando en los estantes que la rodeaban y en las creaciones deformes dentro de los frascos.

–Ah, sí. Esto fue solo un prólogo de la historia que quiero contarte. Cuando eras una niña de no más de cuatro años, contrajiste una grave enfermedad. Tu madre lloraba porque no había nadie que pudiera ayudarte. Tu corazón estaba dañado, probablemente desde el nacimiento, y lo único que podíamos hacer era esperar que se detuviera por completo. Y un día, lo hizo. Tu madre estaba frenética, casi furiosa en su dolor, y yo odiaba verla en un estado semejante.

Mina no pudo evitar alzar una ceja ante la historia, en especial porque el labio de Gregory se curvó levemente al mencionar a su madre. Él hizo una pausa mientras miraba con frialdad a Mina, y ella no pudo evitar retroceder un paso para alejarse de él.

–Ya sé qué estás pensando, pero *amé* a tu madre una vez. Quería que ella fuera feliz. Así que te traje aquí, a esta habitación. Te recosté aquí, en esta mesa. Y luego, abrí tu pecho, extraje tu corazón inservible y lo reemplacé con uno nuevo, hecho de cristal.

Mina por poco se rio de él. ¿Acaso estaba intentando asustarla? Era cierto que había sido una niña enfermiza, Hana se lo había contado, pero esa era la primera vez que había oído hablar acerca de corazones de cristal. No se esforzó por ocultar su escepticismo, pero Gregory no parecía afectado. Él colocó una mano sobre el pecho de Mina y dijo:

–¿No tienes una cicatriz justo aquí? ¿Nunca te has preguntado por qué no tienes pulso?

Esa vez, Mina no pudo contener la risa.

–Puede que tenga una cicatriz, pero también tengo pulso. De otro modo, no estaría viva.

–¿Alguna vez lo has oído? ¿Lo has sentido?

–Claro que no. Es demasiado bajo para que lo escuche.

–Dame tu mano –dijo él, pero sujetó la muñeca de Mina antes de que ella pudiera hacerlo y colocó la palma de la joven contra su pecho.

De inmediato, Mina comenzó a intentar alejar su mano, pero se detuvo cuando sintió algo peculiar debajo de su palma: un latido débil y rítmico. Alejó la mano, atónita.

–¿Qué es eso? ¿Qué te sucede?

–No soy yo, cariño. Coloca tu mano sobre el pecho, la muñeca o la garganta de cualquiera y sentirás el mismo pulso constante.

Mina colocó la mano sobre su propio pecho, esperando algo que nunca antes había sentido.

–No te molestes. No lo encontrarás, porque no tienes uno. ¿Recuerdas lo que dije acerca de mi sangre? Cuando estuviste enferma, aún no sabía cómo crear algo más genuino que aquel ratón de arena.

La garganta de Mina se tensó y tuvo que esforzarse para preguntar:

–¿Estás diciendo que soy igual que...?

–Ah, no, no –respondió Gregory, mirando con el ceño fruncido, como si ella hubiera dicho algo completamente absurdo–. *Tú* estás viva, Mina, y crecerás, vivirás y morirás al igual que cualquier ser vivo; solo tu corazón es artificial. Le ordené a tu corazón nuevo que te mantuviera viva, pero como lo creé sin mi sangre, aún es, en esencia, vidrio, así que le faltan algunos de los matices de un corazón verdadero, como un latido. Hice lo mejor que pude.

Ella intentó recordar algún momento en que su corazón pudiera haberse sacudido, latido o palpitado –*lo que fuera* que anunciara su presencia–, pero siempre había habido silencio. Pensó de nuevo en aquel ratón disolviéndose

en arena.

–No... No te creo.

–¿Necesitas más pruebas? Esperaba que así fuera. Voltea.

Ella lo sabía. Sabía mientras volteaba hacia la mesa que estaba en el extremo de la sala lo que él quería que viera. Sabía lo que era aquel trozo de carne marchito y podrido dentro del frasco e intentó contener la necesidad de vomitar.

–Ese es tu corazón, Mina –dijo Gregory detrás de ella–. ¿No estás agradecida de que aquella cosa podrida ya no sea parte de ti? ¿No crees que estás en deuda conmigo después de todo?



3  
MINA

**M**ina observó el corazón –su corazón– y trató de no gritar.  
–¿Por qué no pudiste salvar a mi madre si lograste salvarme a mí? –le preguntó a su padre. Quizás aún lo atraparía mintiendo si mantenía la calma.

La voz de Gregory se tornó severa.

–Tu madre nunca estuvo enferma. Se horrorizó cuando descubrió lo que había hecho para salvar tu vida. La idea le resultaba repulsiva. Había sido infeliz durante un largo tiempo, pero solo después de que reemplacé tu corazón decidió hacer algo al respecto. Quería castigarme por lo que había hecho... y castigarte por lo que te habías convertido –tomó agresivamente los hombros de Mina y la obligó a voltear para que lo mirara–. ¿Comprendes lo que digo, Mina? Tu madre... tu madre se suicidó.

–Mientes –replicó ella de inmediato–. Murió porque estaba enferma. Hana me lo dijo.

–Porque eso es lo que yo le pedí a Hana que te dijera –las palabras sonaban amargas en su lengua–. Tu madre prefirió la muerte antes que a mí, que a ti, porque ella era débil. Podía tolerarme, pero cuando percibió cierto vacío en su hija fue demasiado para soportarlo. Tu corazón estaba hecho para sobrevivir, no para amar, y tu madre era egoísta: era incapaz de amar a alguien que sabía que nunca podría amarla a ella.

–Yo... yo puedo amar –dijo Mina. Intentó pensar en un modo de demostrarle que estaba equivocado, de luchar. Pero no amaba a su padre e incluso aunque fingiera hacerlo, él nunca le creería.

¿Hana? Hana era una conocida, pero nunca había existido demasiado cariño entre ellas. ¿Cómo se sentía el amor? ¿Cómo sabría si alguna vez lo había experimentado? *Amaba a mi madre*, quería decir, pero entonces recordó la acusación de Hana: *Actúas como si ella no te importara en absoluto*. Mina lo



había negado, pero ahora no estaba segura. Amaba el recuerdo de su madre, la idea de tener una madre, pero la mujer en sí misma era un misterio para ella, al igual que todo lo que le había ocurrido antes de que su padre le diera un corazón de cristal. Siempre se preguntó por qué le resultaba tan difícil recordar los primeros años de su infancia, pero ahora lo comprendía: su vida anterior había terminado el día que su corazón se detuvo, y una vida nueva había comenzado.

De pronto, se sentía tan drenada, tan vacía. Por primera vez, notó el silencio en su cuerpo, la ausencia de aquel latido constante en su pecho. *No te importa nada más que tú misma*. Ni siquiera podía recordar si alguna vez había derramado una sola lágrima.

Gregory se puso de pie delante de ella y bloqueó de su vista el corazón enfrascado. El rostro del hombre estaba demacrado y solemne.

—No tiene sentido que discutas conmigo acerca de esto, Mina. Comprendo cómo funcionas mejor que tú misma. Puedes enfurecerte, desesperarte o sentir odio o esperanza al igual que los demás, pero el amor es algo más complicado. El amor requiere un corazón de verdad, el cual no posees, así que no puedes amar y nunca te amarán, a menos que... —se acercó más a ella y le rozó la mejilla con los nudillos—... tengas belleza; la belleza es más poderosa que el amor. Las personas no pueden evitarlo: anhelan la belleza. Pueden pasar por alto lo que fuera, incluso un corazón de cristal, para obtenerla. Si te aman por algo, será por tu belleza. Pero no hay nada para ninguno de los dos aquí. Ven a la corte conmigo y serás la doncella más hermosa del lugar, la más envidiada, la más deseada.

Él se detuvo para ver si sus palabras habían tenido algún efecto en ella, pero el rostro de Mina estaba tan quieto como su corazón.

—¿Entonces? ¿Estás de acuerdo? ¿Estarás lista para partir mañana hacia Primavera Blanca?

Extendió la mano hacia ella en un gesto de reconciliación y aunque Mina se odió a sí misma por hacerlo, tomó la mano de su padre.

¿Acaso tenía otra opción?



Mina apoyó el espejo de su madre en el césped junto al arroyo. Había tenido intenciones de regresarlo a su lugar, pero ahora la idea de ingresar a la habitación de su madre era demasiado dolorosa. Lamentaba dejar atrás sus lugares favoritos: el arroyo oculto donde la temperatura siempre era agradable, el roble gigante que una vez había intentado trepar (sin éxito) cuando era una niña, las ruinas de la antigua iglesia con techo vencido. Todos eran lugares solitarios, por supuesto: ninguno de los aldeanos los extrañaría a ella y a su padre cuando se hubieran marchado.

Recordaba la primera vez que había tenido la valentía suficiente de acercarse a un grupo de niños que jugaba junto al arroyo mojando los pies en el agua. Ella tenía tan solo siete u ocho años, y su soledad por fin había vencido su timidez. Mina ya había comenzado a notar el modo en el que los padres alejaban a sus hijos cada vez que Hana la llevaba al mercado, pero nunca había comprendido la razón. Hasta donde sabía, era debido a Hana y no a causa de ella misma.

Pero había estado sola la vez que intentó unirse a los niños en el arroyo, así que cuando la mitad del grupo había salido del agua de un salto y había comenzado a correr y la otra mitad se había burlado y había usado nombres crueles para referirse a ella y a su padre, Mina por fin lo comprendió: *Me odian*.

En ese instante, había decidido que ella también los odiaba.

Pero hoy no había nadie en el arroyo, así que Mina era libre de sentarse en la orilla y despedirse por última vez. Se negaba a odiar aquel lugar solo a causa de un mal recuerdo. Había demasiado que apreciar allí: las gotas de sol que caían entre las hojas sobre ella, el sonido del agua corriendo, el aroma del

césped. Mina incluso adoraba los trozos de piedras grandes que yacían en el arroyo; restos de un puente que se había derrumbado años atrás. Había ido a aquel lugar para levantar su ánimo, pero adonde fuera que mirara, encontraba algo más que estaba abandonando.

Su reflejo la miró desde el espejo, pero ni siquiera eso le ofrecía consuelo ya. Por haber visto el retrato de Dorothea colgado en su habitación, Mina sabía que ambas se parecían mucho. Le debía la vida a su padre, pero le debía su belleza a su madre.

*No, no te debo nada. Me dejaste con él.*

Su padre había dicho que Dorothea era débil. Mina no pensaba que ella había sido débil, sino egoísta.

*¿Y qué hay de mí? ¿Qué soy?* Contempló su rostro en el espejo en busca de una respuesta. Su cara estaba pálida y sus ojos, apagados. Aun así, era hermosa. Y lo que era incluso mejor era que el espejo no delataba en absoluto lo que yacía en su interior. Con su belleza como distracción, nadie sabría jamás que, en lo profundo de su ser, estaba vacía. Tocó su mejilla, el puente de su nariz, la hendidura sobre su labio superior y se alarmó al notar cuán suave era su piel, cuán temporal, al igual que el corazón en el frasco. Su belleza era meramente una cáscara, y una cáscara siempre corría riesgo de agrietarse.

La superficie del espejo de su madre parecía burlarse de ella: su reflejo era demasiado perfecto, demasiado suave para cómo se sentía en su interior. *Debería estar quebrado*, pensó. Quizás entonces su reflejo podría absorber lo que estaba roto en ella y Mina estaría completa. Cerró la mano en un puño...

Pero antes de siquiera tocar el vidrio, el espejo se quebró por sí solo.

Lo miró boquiabierta y sorprendida, intentando comprender. Le dolía el pecho y de pronto se sintió muy cansada, pero ignoró la sensación. *Muéstrame. Muéstrame lo que hiciste.*

El vidrio pareció disolverse en líquido antes de solidificarse de nuevo. Mina acarició con los dedos la superficie sin grietas del espejo mientras el dolor en su pecho desaparecía.

*Me está escuchando.*

El vidrio respondía a ella, al cristal en su corazón. Su padre no le había contado acerca de aquel efecto colateral; ¿era él siquiera consciente de su existencia? ¿Había todavía algo en ella que él no comprendía? Gregory le había dado un trozo de su propia magia cuando creó su corazón, y ella estaba casi segura de que él no lo sabía.

¿Y qué era aquel dolor en su pecho? ¿La magia se lo había causado? Comenzó a entrar en pánico al pensar en la apariencia avejentada de su padre, pero recordó que el dolor y la fatiga habían desaparecido. Quizás manipular el vidrio había drenado algo en ella, pero al menos el efecto no era permanente. Con mayor entusiasmo, Mina le susurró al espejo:

“Sé un ratón”.

Aquella última orden la drenó incluso más mientras el vidrio cambiaba de nuevo y caía al suelo volcándose por encima del marco. Y entonces, el vidrio se convirtió en un ratoncito color café con bigotes retorcidos y Mina oyó una sucesión de gritos ahogados.

Susurró una orden silenciosa para que el ratón se transformara en vidrio de nuevo, y el animal se cristalizó mientras ella alzaba la vista y veía un grupo de cuatro chicas de su edad entre los árboles. Reconocía sus rostros, pero no sabía sus nombres ni quiénes eran. Todas la contemplaban con horror, algunas movían los labios rezando en silencio.

Mina se puso de pie tambaleándose, esperando apartar la mirada de las chicas del ratón que había sido vidrio, pero varias de ellas la señalaban.

—¡Eres igual a él! —gritó una chica alta—. Mi madre siempre dijo que lo eras.

–No, no comprenden... –Mina avanzó hacia ellas con paso vacilante y todas retrocedieron a la vez.

–¡No te acerques más! –exclamó la chica que estaba al frente. Se inclinó y tomó una rama larga y retorcida del suelo, y la alzó ante ella como una espada–. ¡No queremos tener nada que ver con ninguno de los dos!

–¡No soy como él! –les gritó Mina. Pero ¿acaso ellas no acababan de ver evidencia de que sí lo era?

Dio otro paso hacia delante y la chica, en pánico, lanzó la rama. El golpe arañó el brazo de Mina y dejó una raspadura superficial antes de caer ante sus pies.

*De todos modos, nadie me amará jamás, así que ¿qué sentido tiene ser amable?*

Mina podía lastimarlas si quería, al igual que ellas la habían herido a ella. Podía utilizar el vidrio para asustarlas. Todas aquellas miradas de soslayo, todos esos susurros despectivos... ¿Por qué resistirse a su desprecio cuando sería mucho más fácil ganárselo? Al menos ahora sería a causa de ella misma y no solo debido a su padre.

–Deberían tener cuidado con cómo me hablan –les dijo Mina–; en especial cuando no saben lo que puedo hacer.

Las chicas observaron con los ojos abiertos de par en par mientras el ratón se transformaba en vidrio líquido y subía hacia la mano de Mina, enredándose en su brazo como una serpiente. Mina se preguntó si debería convertirlo en una víbora real para lanzárselas encima, del mismo modo en que ellas le habían arrojado la rama...

Pero entonces, Hana apareció hecha una furia entre los árboles, como un toro encrespado, y las chicas se dispersaron y huyeron.

Mina soltó con rapidez el control del vidrio y lo dejó caer al suelo en fragmentos, rogando que Hana se hubiera distraído con las chicas asustadas y

que no lo notara.

–¿Qué haces entrometiéndote con los aldeanos? –dijo Hana mientras tomaba la muñeca de Mina–. Sabes que lo mejor es simplemente ignorarlos. Y deja de desaparecer sin decirme a dónde te diriges. Eres mi responsabilidad, sabes.

–Estaba dirigiéndome a casa, así que no tendrías que haberte molestado en venir a buscarme –replicó Mina. Liberó su muñeca de Hana, todavía conmocionada. La alegraba que la mujer la hubiera interrumpido antes de hacer algo que lastimara o asustara a las chicas, pero... sin embargo, se sentía estafada, como si aún estuviera conteniendo el aliento que por poco había tenido permitido liberar–. Dame un minuto –dijo Mina, y se arrodilló para que su espalda ocultara de la vista de Hana el vidrio y el marco del espejo. En un susurro imperceptible, le ordenó al espejo que se reparara y el vidrio se deslizó de nuevo hacia su hogar en el marco, donde se solidificó. Ella tomó el objeto y se reunió con Hana en el límite de los árboles.

Hana continuó protestando camino a casa y ahora a Mina le preocupaba haber cometido un terrible error. ¿Y si aquellas chicas les contaban a todos lo que habían visto y el rumor eventualmente llegaba a oídos de su padre? Por primera vez, estaba agradecida de que pronto partirían: quizás los rumores acerca de los poderes de Mina no tendrían tiempo de llegar a él. Estaba prácticamente segura de que Hana no había visto nada, ya que de otro modo ya hubiera mencionado algo; pero aun así, Mina tendría que ser más cuidadosa. Si Gregory descubría el poder de su hija, sin dudas lo utilizaría a su favor de algún modo y Mina no creía poder tolerarlo. Necesitaba tener algo propio, algo que él no pudiera quitarle.

Mientras se aproximaban, vio que Gregory estaba fuera de la casa; lucía incluso más demacrado bajo la luz diurna.

–¡Allí estás! –exclamó–. He estado buscándote.

Mina se acercó a él, preparándose, pero Gregory pasó junto a ella, se dirigió a Hana y caminó a su alrededor con expresión reflexiva.

–Tienes... ¿cuántos? ¿Dieciséis o diecisiete años ya?

A Mina le llevó un momento notar que Gregory le hablaba a ella esa vez.

–Dieciséis.

–Eres grande para seguir teniendo una niñera, ¿no lo crees?

Miró a Hana, quien parecía no tener reacción alguna ante la pregunta.

–Sí –respondió Mina–. Lo he creído desde hace un tiempo.

–Estoy de acuerdo –asintió Gregory–. Y queremos viajar lo más liviano posible.

Hana seguía sin reaccionar, aunque Mina estaba segura de que iban a despedirla. Quizás a Hana no le importaba. Tal vez estaría agradecida de alejarse de ambos.

Gregory estaba frente a Hana y colocó una mano sobre la cabeza de la mujer.

–Entonces, despídete de tu niñera, Mina.

Antes de que pudiera preguntarle a su padre qué estaba haciendo, el cuerpo de Hana se endureció hasta convertirse en madera y colapsó en el suelo como una pila de ramitas y palos.

*Por supuesto*, pensó Mina. La única criada dispuesta a servirles a la esposa y a la hija solitarias de un mago era una que Gregory había creado. Debería haberlo sabido.

Gregory ingresó de nuevo en la casa y dejó a Mina sola con los restos de su niñera. Observó la pila con los ojos abiertos de par en par y se estremeció a pesar del sol. Un segundo antes, Hana había estado allí, real y humana, y ahora no era nada más que madera para encender el fuego. Mina continuó esperando que las lágrimas aparecieran: puede que no le agradara Hana, pero nunca había deseado que *muriera*. Sin embargo, ninguna lágrima apareció, y

su falta de demostración emocional la hizo sentir...

*Descorazonada.*

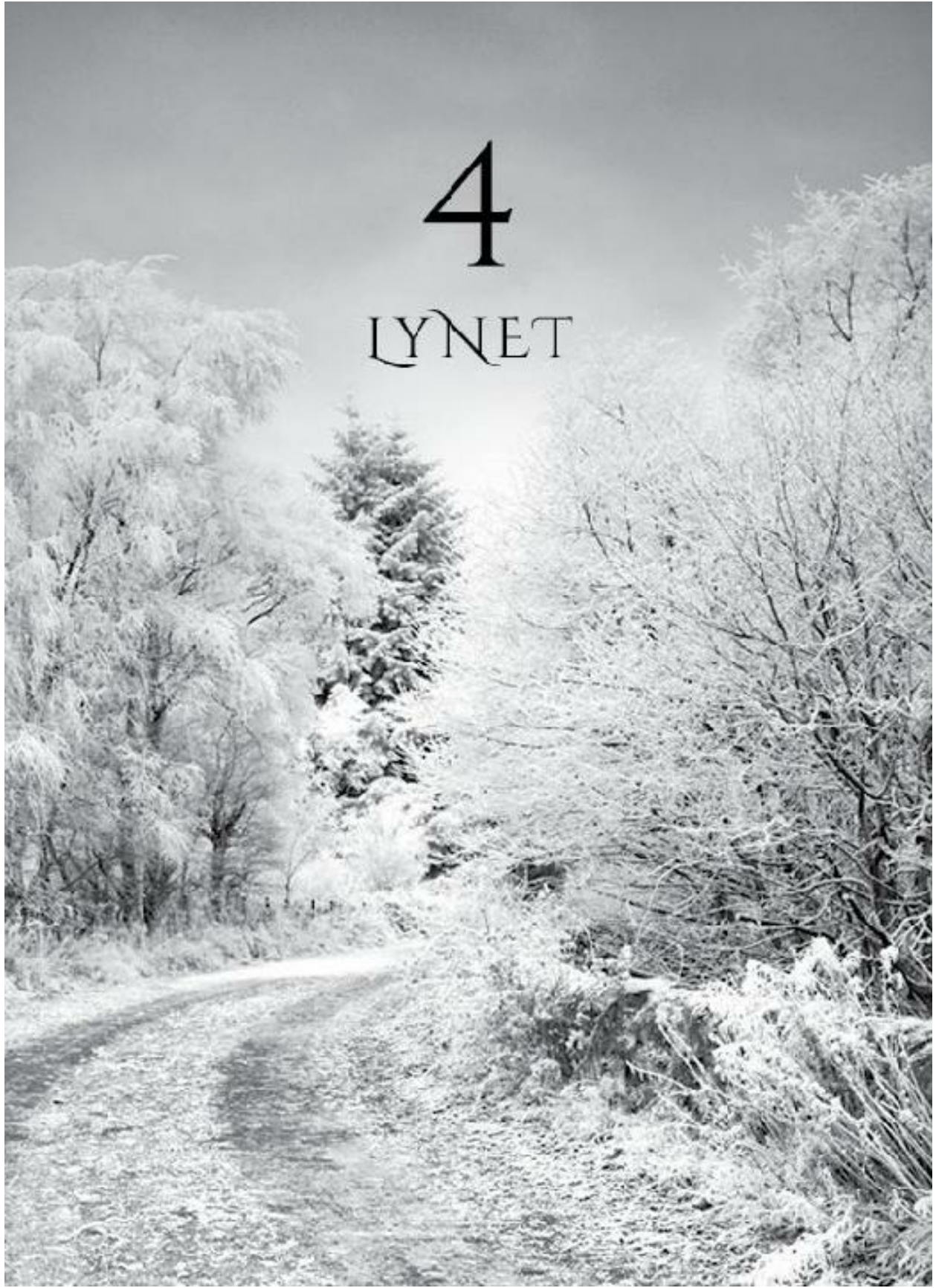
*Pero eso es lo que soy, pensó. Eso es lo que siempre seré.*

Mina pasó por encima de la pila de ramas e ingresó a la casa detrás de su padre.



4

LYNET



**A**gazapada en la nieve, Lynet asomó la cabeza por la ventana pequeña y sucia del sótano que funcionaba como el taller de la cirujana. Durante las últimas semanas, ella había adoptado el hábito de seguir a la cirujana nueva en vez de asistir a clases, pero creía que era un intercambio que valía la pena. Después de todo, ¿acaso habría aprendido en sus lecciones que la cirujana se llamaba Nadia o que tenía tan solo diecisiete años?

En ese momento, Lynet observaba cómo Nadia leía y hacía bocetos en su diario, pausando solo para alejar los mechones de cabello negro que continuaban cayendo sobre sus ojos. Tenía la barbilla apoyada en una mano y sus dedos pasaban las páginas con algo similar a la veneración. A veces, un indicio de sonrisa atravesaba su rostro cuando escribía una nota. Lynet amaba aquellos momentos de calma más que ningún otro, cuando la cirujana seria y concentrada se relajaba lo suficiente para que Lynet viera la persona que yacía debajo. Era durante aquellos momentos que deseaba poder observar a Nadia desde el interior de la habitación en lugar de afuera, a través de la ventana, y hablar con ella y conocer sus pensamientos al igual que sus acciones.

Pero ahora era demasiado tarde para ello; Lynet lo había arruinado todo al seguirla durante tanto tiempo. ¿Cómo podía siquiera hablarle y fingir que no sabía quién era o cómo pasaba los días? ¿Por qué Nadia aceptaría hablar con ella cuando supiera cómo la había acechado como un fantasma?

Una ráfaga repentina de movimiento sorprendió a Lynet cuando dos hombres irrumpieron en la habitación, uno sosteniendo al otro, manteniéndolo erguido porque su pie estaba herido y ensangrentado. A Lynet se le revolvió el estómago. Reconoció al hombre herido como un sirviente de la cocina y comenzó a voltear para alejarse de la vista espantosa, pero

entonces... Entonces Nadia reaccionó y Lynet no pudo apartar en absoluto la mirada.

Nadia remangó su túnica, dejó expuestos sus antebrazos delgados pero fuertes, y se puso de rodillas para observar el pie. Se movía con rapidez y precisión por la habitación mientras tomaba un bloque de madera y, para horror de Lynet, una sierra.

Lynet supo lo que ocurriría a continuación mientras Nadia colocaba el pie herido del sirviente sobre el bloque. La sangre, la blancura del hueso, la expresión de angustia en el rostro del pobre hombre mientras mordía un trapo para evitar gritar... Lynet intentó bloquear todo de su visión. Pero no pudo dejar de mirar a Nadia durante el procedimiento entero: su expresión seria y concentrada era la única fuente de estabilidad durante aquella escena tan terrible.

La única vez que Lynet vio que la cirujana mostró un signo de inquietud fue cuando la amputación terminó y vendaba el muñón. La muchacha exhaló una única vez, aliviada, y sus ojos se cerraron brevemente, pero solo cuando inclinó la cabeza y su rostro quedó oculto de los sirvientes... Aunque no de Lynet.

Decidió que eso era lo máximo que podía soportar por la mañana y trepó por las paredes del castillo hasta llegar a la ventana de su propia habitación, pensando que era una cobarde. Allí estaba, incapaz de hablar con una chica cuando aquella chica enfrentaba horrores regularmente sin siquiera pestañear. Decidió que al menos daría una vuelta por la cocina más tarde para asegurarse de que aquel sirviente no perdiera su puesto debido a su herida.

Pasó ambas piernas por encima del alféizar, ingresó por la ventana y por poco gritó al ver a su padre sentado en una silla, esperándola.

–Lynet, ya hemos hablado acerca de esto –dijo él.

Sin importar cuán severo o intimidante intentara parecer su padre, siempre

lucía más triste que furioso... Quizás era debido al modo en que su voz sonaba como un suspiro, o por los círculos oscuros debajo de sus ojos profundos, o por la manera en que su cabello y su barba siempre parecían un poco más grises cada vez que ella lo veía, como si lentamente el color estuviera drenándose de su cuerpo. Lynet hubiera preferido que él la reprendiera para poder sentirse indignada como respuesta, pero no sabía cómo reaccionar ante aquella nota de decepción en la voz de su padre; solo pensó en disculparse.

–Lo siento, papá, solo estaba...

–¿Solo estabas ausentándote a tus clases matutinas? ¿Solo estabas ingresando por la ventana a pesar de las varias advertencias que tu padre te dio?

–Lo siento –repitió ella, en voz más baja esa vez.

Él parecía querer decir algo más, pero entonces movió la cabeza de lado a lado, se puso de pie y extendió la mano hacia ella.

–Luego hablaremos al respecto. Hoy más que ningún otro día, debemos mantener las paces.

–¿Qué día es hoy? –preguntó Lynet frunciendo el ceño.

Él dejó caer la mano y alzó las cejas, sorprendido.

–Faltan dos semanas para tu cumpleaños. Es hora de nuestra visita anual. ¿Lo has olvidado?

–Ah, claro... es cierto –dijo Lynet. Había estado tan distraída siguiendo a Nadia que *había* olvidado que aquel día se aproximaba... o quizás no había querido recordarlo. Un cosquilleo leve recorrió sus brazos, pero se obligó a sonreír y dijo–: ¿Vamos ahora?

Él asintió, y Lynet salió de la habitación detrás de su padre. Permitted que su padre guiara el camino y avanzó apenas detrás de él para que no notara las inhalaciones profundas que hacía para calmar sus nervios. Normalmente, se

habría preparado, pero ese año lo había olvidado, así que el pavor la invadió de pronto, en una inundación nauseabunda.

Mientras atravesaban el patio y rodeaban el jardín, pasaron junto a otros miembros de la corte que inclinaron la cabeza en un saludo solemne. Lynet podía ver en sus rostros el momento en que ellos recordaron qué día era y a dónde se dirigían el rey y la princesa: una inhalación leve, una sonrisa rápida convertida en una expresión sombría. Ese era un día de luto.

Era apropiado, entonces, que ellos pasaran junto al Jardín de las Sombras. A Lynet generalmente le agradaba el jardín, disfrutaba en especial verlo desde arriba, donde las ramas desnudas de los árboles se destacaban contra la nieve como senderos de tinta volcados sobre un papel. Sin embargo, aquel día solo podía pensar en la reina Sybil y en la historia detrás de todos esos árboles muertos.

Siglos atrás, antes de que Primavera Blanca obtuviera su nombre, el Jardín de las Sombras se había llamado el Jardín de la Reina porque había pertenecido a la reina Sybil. Pero cuando el único hijo de la reina cayó de su caballo y murió, la reina se ahorcó en uno de los árboles del jardín. En el instante de su fallecimiento, los vientos cambiaron, y la nieve comenzó a caer sobre la mitad norte del reino a pesar de que era primavera. El castillo se congeló, el paso del tiempo se transformó en un largo invierno y el Jardín de la Reina permaneció en su nuevo estado sombrío: árboles muertos, un jardín de sombras. El Jardín de la Reina se convirtió en el Jardín de las Sombras; el castillo cambió su nombre a Primavera Blanca y, con el paso de los años, se conoció aquel invierno eterno como “la maldición de Sybil”.

Después del jardín, en la base de la Torre Norte alrededor de la parte trasera del castillo, había una puerta pequeña que estaba levemente por debajo del nivel del suelo y unos pocos escalones atravesaban la nieve. Cuando llegaron a aquella puerta, Nicholas se paralizó con los ojos clavados en la manija.

Lynet colocó gentilmente la mano sobre el brazo de su padre.

–No tenemos que ir este año si no quieres –dijo ella, intentando no sonar demasiado ávida.

Él colocó la mano sobre la de ella por un instante, quizás para reunir fuerza del roce.

–No –respondió él–. No quiero privarte de esto. Es el único tiempo que compartimos con ella –y sin vacilar más, abrió la puerta que llevaba a la cripta real, donde la madre de Lynet esperaba.

Nicholas encendió la lámpara que colgaba junto a la puerta y la alzó, ofreciéndole su otra mano a Lynet. Los escalones que descendían hasta la cripta eran irregulares y sinuosos, y ella solía tener dificultades con ellos, en especial cuando era pequeña, así que, agradecida, tomó la mano de su padre y permitió que la guiara abajo.

El rey presionó la mano de su hija con dulzura mientras se sumergían en el aire viciado de la cripta, y ella logró esbozar una sonrisa débil a cambio. Aquellas visitas significaban tanto para él que la princesa no quería que su padre supiera que ella siempre temía la llegada de ese día. Siempre honraban la muerte de su madre poco tiempo antes del cumpleaños de Lynet. Cuando ella era más joven, no había pensado mucho al respecto, pero ahora comprendía que aquel era el modo de su padre de separar la muerte de su esposa del nacimiento de su hija. Él quería ahorrarle la culpa de ser la causa de aquel fallecimiento. Lynet suponía que estaba agradecida por ello.

La princesa mantuvo la vista baja mientras pasaban junto a muros sombríos. No quería ver las masivas columnas de piedra, porque entonces recordaría que aquellos pilares eran lo único que evitaba que la cripta colapsara debajo de la presión de la tierra sobre ellos. No quería alzar la vista hacia las paredes porque a lo largo de todas ellas había nichos largos y angostos, y cada uno contenía un ataúd. Los cuerpos de todos sus ancestros estaban allí, y un día

Lynet se uniría a ellos.

Sin embargo, tuvo que alzar la vista cuando llegaron a la Caverna de los Huesos.

Detrás de los árboles muertos del Jardín de las Sombras había una estatua de la reina Sybil orientada hacia el lago. Sus manos pétreas cubrían su rostro mientras lloraba eternamente, su lamento tenía la fuerza suficiente para desterrar la primavera del Norte. Allí, en su cripta, en la Caverna de los Huesos, había otra clase de estatua.

Lynet se obligó a mirar los huesos de Sybil que yacían en su féretro. Todo lo que la rodeaba eran los restos de otros esqueletos, mártires que habían muerto de rodillas cuando habían ido a rezarle a Sybil, a pedirle que termine la maldición que llevaba su nombre. Desde entonces, la tradición indicaba que cuando atravesaban la caverna debían detenerse, ponerse de rodillas y ofrecerle una plegaria a Sybil con la esperanza de que un día su maldición terminaría.

Nicholas se puso de rodillas y Lynet lo imitó mientras cerraba los ojos para evitar ver la muerte que los rodeaba. Rezó, como le habían enseñado, para que la maldición terminara, para que el Norte sobreviviera, para tener un respiro del frío.

Cuando terminaron sus rezos y por fin llegaron al nicho que contenía el ataúd de su madre, Lynet estaba tan tensa que por poco dejó salir un gemido temeroso. Su padre aún sujetaba su mano con firmeza, y de pronto, ella estuvo convencida de que él la llevaría directo al ataúd para ocupar el lugar de su madre.

–Papá, yo...

Él negó con la cabeza.

–No necesitas decir nada, pajarita –soltó su mano solo para rodearla con un brazo y abrazarla–. Mira –dijo–. Mírala –eran solo palabras, pero Lynet sentía

que él mantenía sus párpados abiertos, obligándola a contemplar aquella caja de madera suave.

»Cada año –continuó Nicholas–, cuando venimos a verla, siempre siento el dolor de su pérdida de nuevo. Pienso en ella recostada en aquel ataúd, con sus ojos cerrados para siempre y sus manos suaves cruzadas sobre su pecho. Puedo imaginarla como la mujer que una vez fue con total claridad.

Lynet también podía imaginarla: un cadáver recostado, ojos cerrados, manos cruzadas; pero el cuerpo tenía el mismo rostro que ella. Gracias al gran parecido que compartía con su madre, Lynet sabía que si abría el ataúd en aquel instante, vería algo parecido a ella misma, a su propio cuerpo, a su propio rostro, después de alrededor de dieciséis años de descomposición. Quizás la vida era lo único que distinguía a Lynet de su madre; el límite entre ellas era tan tenue como un respiro. El sonido débil de la respiración de Lynet, el movimiento de su pecho... sin eso, ella hubiera sido indistinguible de la mujer dentro de la caja. Mantuvo los ojos abiertos de par en par, por temor a que si los cerraba, podría ver el interior del ataúd detrás de sus párpados.

Su padre volteó hacia ella y observó su rostro.

–Te pareces más a ella cada año.

–No soy ella –replicó Lynet, apenas más alto que un susurro.

Su padre sonrió con cariño, confundiendo el terror por miedo a la insuficiencia.

–Lo serás. En unos pocos años serás la personificación de todo lo que ella era.

Lo único que Lynet quería era correr afuera y trepar el árbol más alto, lo más lejos posible de aquel lugar, y luego estaría más segura que nunca de que estaba viva... de que era ella misma. Pero el brazo de su padre la mantenía clavada en aquel lugar a su lado, y cuando terminaron de dar sus respetos,



Nicholas la guio fuera de la cripta. Lynet lo siguió, aturdida, parpadeando para eliminar la visión del ataúd.

Su padre la abrazó fuerte y le dio un beso en la coronilla.

–Estoy tan agradecido de tenerte, pajarita. Este día, particularmente, veo cuán afortunado soy.

La culpa y el orgullo se mezclaron en igual medida en el pecho de Lynet: orgullo porque había hecho feliz a su padre por un momento breve, y culpa porque sabía que lo decepcionaría de nuevo. Nunca sería su madre, incluso si hubiera querido serlo.

Solo cuando salieron y respiraron aire fresco Lynet comenzó a salir de su estupor y a sentir que la sangre fluía otra vez por sus venas. Podía ver la silueta de los árboles muertos en el jardín y oía el agua del lago a lo lejos; todas esas vistas y sonidos eran más vívidos y nítidos después de la pesadumbre sofocante de la cripta.

La voz de su padre también sonó más alta cuando dijo:

–Ahora debo reunirme con mi consejo, Lynet. ¿Estarás bien sola? ¿O tal vez prefieres venir conmigo? Sería bueno para ti presenciar una reunión del consejo.

Mina le había contado acerca de aquellas reuniones del consejo, que eran un grupo de ancianos y ancianas chismorreando o discutiendo acerca de cuánto dinero gastar, mientras el rey esperaba a que ellos tomaran una decisión y que en general decidían no hacer nada en absoluto.

–No, gracias –dijo ella–. Me gustaría ir a dar un paseo. Aunque... no me molestaría acompañarte en tu próximo viaje de caza.

Él sonrió, entretenido.

–Disfruta tu paseo, entonces. Pero no llegues tarde a tus clases –respondió antes de dirigirse de regreso al patio.

Cuando su padre se fue, Lynet prácticamente se lanzó sobre la pared más

cercana y comenzó a trepar. Ni siquiera tenía un lugar en mente al que ir, pero necesitaba escalar lejos de la cripta, lejos de los huesos y el hedor a muerte. Encontró una piedra que sobresalía del muro para usar como punto de apoyo y halló una saliente que utilizó para subir al bajo techo abovedado. Escaló por encima del arco y luego comenzó a bajar hacia el patio central. Por poco resbaló mientras avanzaba, y se deleitó al ver el modo en que su pulso se aceleró como respuesta: era evidencia de que estaba viva y de que no era la reina muerta en su ataúd. ¿Cómo era posible que alguien la confundiera con la reina fallecida cuando ella escalaba los muros de un castillo? ¿Acaso alguien tan delicado sería capaz de trepar hasta esas alturas? ¿Acaso alguien tan delicado pondría en riesgo su seguridad de aquel modo?

Lynet tenía vista al patio ahora, pero todavía sentía que estaba huyendo de algo y que, si se detenía, la atraparía. Era una sensación inquietante, una comezón que la hacía sentir que su piel no calzaba correctamente sobre sus huesos. Pensó que podría salir de un salto de sí misma y convertirse en alguien nuevo, y así por fin estaría en paz.

*Saltar.* La idea la atrajo y aceleró su corazón. El enebro estaba a un metro y medio de distancia del borde del techo, y sus ramas la llamaban. *Puedo saltar hasta allí,* se dijo a sí misma. Era una distancia mayor a cualquier otra que hubiera saltado, y había una voz en su cabeza que le advertía que estaba haciendo algo absurdamente peligroso, pero cada músculo en su cuerpo anhelaba saltar, soltar la energía extraña que crecía dentro de ella. Sus músculos se tensaron, preparados, y disfrutó la sensación de miedo y euforia que la invadió.

Lynet apuntó a la rama más cercana del enebro, cuyas hojas estaban cubiertas de nieve. Se agazapó, respiró hondo y saltó.

Una de sus manos halló la rama... y la perdió de nuevo: la corteza filosa raspó dolorosamente su piel mientras caía. Apenas tuvo tiempo de procesar lo

que había ocurrido antes de que su espalda golpeará el suelo; por suerte, varios centímetros de nieve amortiguaron la caída.

*Sabía que no podía saltar hasta allí.*

Yació en el suelo un momento, con los ojos cerrados, y aunque no había logrado alcanzar el árbol, sintió una suerte de paz en su interior. Aquella sensación de algo moviéndose bajo su piel desapareció y fue reemplazada por un dolor ardiente en su palma izquierda. Respiró hondo varias veces mientras su pulso comenzaba a tranquilizarse.

Y entonces, oyó una voz entretenida que venía desde arriba.

–¿Qué es eso? ¿Un pájaro que cayó de su nido?

–No soy un pájaro –replicó Lynet de inmediato. Abrió los ojos y luego inhaló con brusquedad al alzar la vista hacia el rostro que se había vuelto familiar para ella.

La chica del patio. La cirujana que había estado siguiendo. Nadia.

Lynet también parecía resultarle familiar a ella, porque Nadia la observaba con los ojos abiertos de par en par desde arriba.

–No, no es un ave; es una princesa –dijo–. Discúlpeme, miladi. No la reconocí al principio.

Lynet se apresuró a ponerse de pie e intentó quitarse la nieve de encima de la falda, esperando también alejar la indignación de que la hubieran encontrado caída de un árbol. Pero la rama de enebro había rasgado una capa de piel de su palma izquierda (la fuente del dolor que había sentido antes) e hizo un gesto adolorido cuando su mano entró en contacto con la tela áspera.

–¿Se lastimó, miladi? –preguntó Nadia y tomó la mano de Lynet. Mientras observaba la palma, Lynet aprovechó la oportunidad para mirar a Nadia con atención. Después de semanas de espiarla a través de las ventanas y de perseguirla por los tejados, su mente estaba asombrada ante los detalles nuevos. El cabello de Nadia no era negro como había creído antes, sino

castaño oscuro. Sus párpados pesados estaban delineados por pestañas largas. Y sus ojos... sus ojos le devolvían la mirada a Lynet.

–Estoy bien –dijo, quitando la mano–. Es solo un rasguño.

–Puedo colocar algo en la herida para ayudarla a sanar, si viene conmigo. Soy la nueva cirujana de la corte.

*Lo sé*, por poco dijo Lynet.

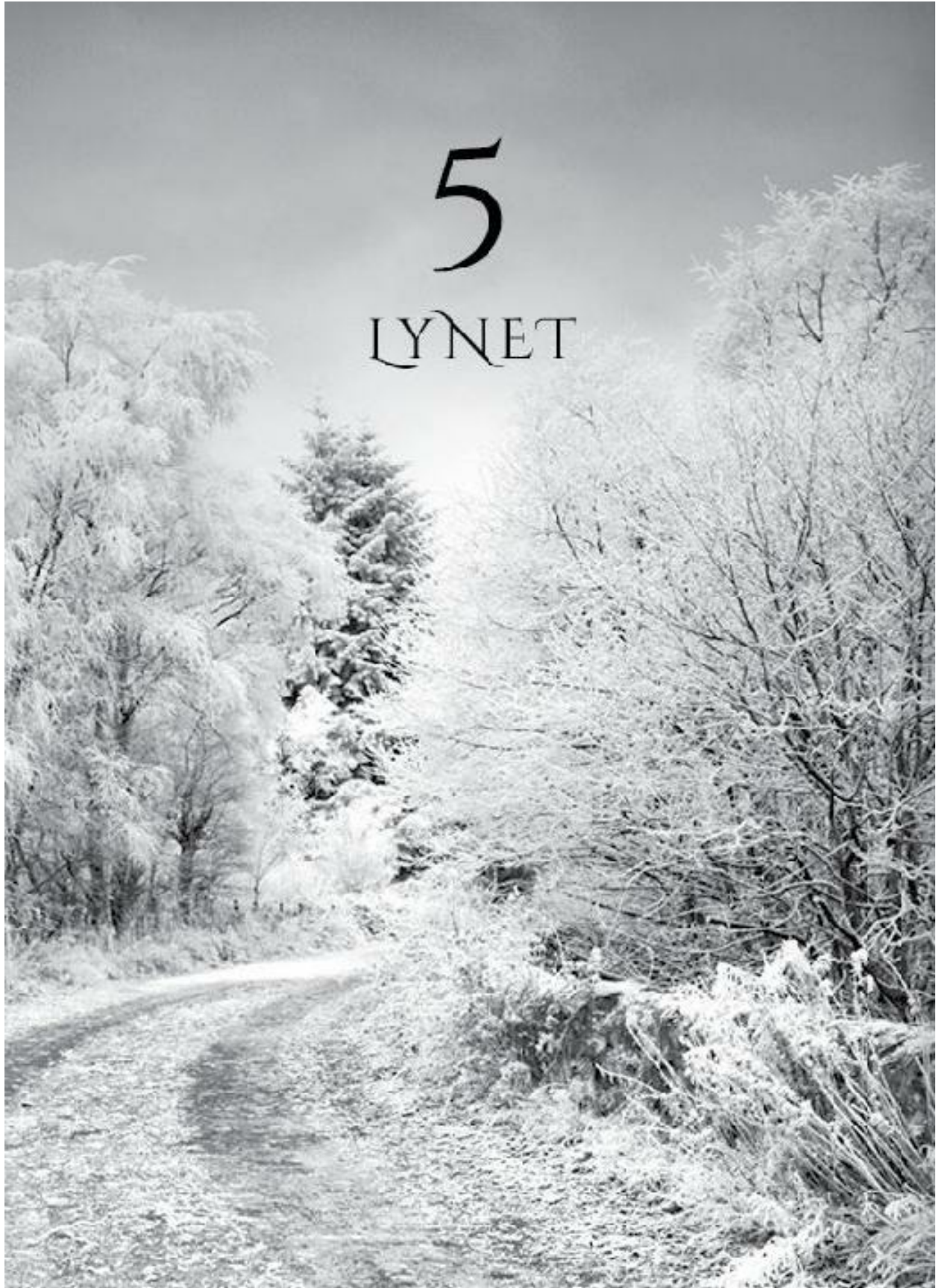
–Si insistes. Pero... llámame solo Lynet, como si no fuera una princesa –no podía soportar aquellas formalidades de parte de Nadia, no cuando Lynet ya sentía que le era alguien tan familiar.

Nadia pareció sorprendida ante el pedido, su cabeza se inclinó levemente, pero asintió y comenzó a guiarla a través del patio. Ella realizó una pausa breve y luego hizo lo que había hecho la primera vez que había visto a Nadia atravesando aquel mismo patio.

La siguió.

5

LYNET



**E**l taller de la cirujana era mucho más vívido en persona que a través de una ventana sucia. Lynet hizo una pausa en la entrada sintiendo que estaba a punto de ingresar a un sueño... o como si estuviera despertando de uno, solo para descubrir que la realidad era aun más extraña. A lo largo de una pared perfumada había estantes llenos de pociones y hierbas diversas, junto con el cuenco ocasional lleno de sanguijuelas. Los frascos y los recipientes en los estantes reflejaban la luz que ingresaba por la ventana y proyectaban fragmentos de sol y sombra por toda la habitación.

En otra pared, estaba colgado el dibujo de un hombre ensangrentado que tenía el cuerpo entero atravesado por distintas armas. Debajo, había una mesa baja con cuchillos, escalpelos y otros instrumentos quirúrgicos de acero, algunos de los cuales Lynet reconoció por haber visto a Nadia trabajando las últimas semanas. Había pilas de libros, botellas de tinta y hojas de papel sueltas desparramadas por toda la habitación, y Nadia se apresuró a guardarlas en cuanto puso pie en la sala.

Lynet se tomó un instante para asimilar todo. Ignorando el desorden en la mesa, dado que Nadia parecía muy avergonzada por él, caminó lentamente junto al límite de la habitación mientras observaba el lugar desde ángulos nuevos con cada paso. Por el rabillo del ojo, vio que Nadia ahora la miraba con la concentración que en general reservaba para los procedimientos quirúrgicos mientras esperaba que Lynet hubiera terminado el recorrido de la habitación y hubiera regresado a la puerta de entrada.

—¿Aquí es donde trabajas? —preguntó Lynet, aunque ya conocía la respuesta.

—También es donde duermo —asintió Nadia e hizo un gesto hacia una habitación oscura que estaba en la parte de atrás.

Aquello era algo nuevo, algo que Lynet no había descubierto al observarla.

Nunca había visto a Nadia dormir, ni siquiera por un instante sobre sus libros. Se preguntó cómo se sentiría dormir en una habitación como esa. Se preguntó qué clase de sueños tenía Nadia.

–Tengo un ungüento para tu mano –comentó ella. Con un movimiento suave, volteó hacia uno de sus estantes y tomó un frasco sin la necesidad de buscarlo–. Por cierto, me llamo Nadia.

Lynet por poco respondió “lo sé” antes de detenerse.

–A ver, dame tu mano –Nadia comenzó a aplicar el ungüento verdoso en la palma herida de Lynet. Ella fingió jugar con el brazalete plateado que llevaba en la muñeca, pero también observaba detrás de sus pestañas cómo Nadia colocaba el ungüento sobre su piel con la misma delicadeza con la que pasaba las páginas de sus libros.

–¿Qué es eso? –preguntó Lynet, arrugando la nariz ante el ungüento.

–Consuelda.

–Huele horrible.

Nadia rio, una exhalación ronca que pareció tomarla por sorpresa. Lynet no creía haberla oído reír antes.

La cirujana colocó de nuevo el ungüento en el estante y luego hizo una pausa, de espaldas a Lynet.

–¿Puedo preguntarte algo con libertad?

–Supongo que sí –respondió Lynet, encogiéndose de hombros.

Nadia se ubicó en el extremo opuesto de la mesa, frente a Lynet, y la miró directo a los ojos.

–¿Por qué has estado siguiéndome?

Lynet la miró boquiabierta. Estaba lista para mentir y negarlo, pero sabía que su expresión atónita ya tenía que haberla delatado. ¿Qué debía hacer? ¿Qué haría Mina en su lugar? La respuesta, por supuesto, era que Mina nunca estaría en aquella situación para empezar.

Cuando Lynet abrió la boca, la verdad salió de ella:

–Porque llevabas pantalones puestos.

Hubo una pausa confusa y luego otro estallido de risa escapó de Nadia y ella cubrió su boca con la mano. Lynet también comenzó a reír y sintió el mismo entusiasmo que experimentaba al escalar, cuando su corazón palpitaba ante lo impredecible de cada paso que daba.

–¿Realmente ese es el motivo? –preguntó Nadia, moviendo la cabeza de lado a lado, sorprendida.

–Así empezó, pero... Espera, ¿hace cuánto que lo sabes?

Nadia miró el techo mientras intentaba recordar.

–Creo que... el primer día que noté tu presencia, estaba extrayendo un diente...

–Entonces lo has sabido desde el inicio –gruñó Lynet. Cubrió su rostro con las manos antes de que el olor de la consuela la obligara a bajarlas de nuevo. Aun así, no estaba lista para mirar a Nadia a los ojos otra vez, así que clavó la mirada en el suelo y preguntó–: No... No te enfureció que lo haya hecho, ¿cierto?

Alzó brevemente la vista justo a tiempo para ver que Nadia se inclinaba hacia adelante; su trenza caía sobre su hombro mientras se apoyaba con los antebrazos extendidos sobre la mesa.

–Pues... no me enfurecí exactamente. Pero cuando descubrí que eras la princesa, me preocupaba mucho cometer un error mientras me observabas, porque temía que le dijeras a tu padre y que perdiera mi trabajo –se encogió de hombros, con una sonrisa arrepentida–. Pero no podía precisamente pedirte que dejaras de hacerlo, ¿verdad?

Lynet frunció el ceño mientras reflexionaba acerca de la verdad en sus palabras. Si Nadia se hubiera acercado a ella y le hubiera pedido que se detuviera, ¿se habría enfadado o le habría pedido a su padre que echara a la



cirujana del castillo? Por supuesto que Lynet no habría hecho algo semejante, pero Nadia no tenía modo de saberlo.

–Aunque no estés molesta conmigo, igual quiero disculparme –dijo Lynet, no solo para tranquilizarla, sino porque de verdad lo sentía. Apoyó los brazos sobre la superficie de la mesa frente a Nadia, imitando su postura–. Seguir a las personas y ver qué hacen en sus días es una vieja costumbre que tengo desde la infancia.

–Es un hábito extraño, ¿no lo crees?

Lynet se encogió de hombros.

–Cuando era pequeña, veía a otros niños en la corte corriendo y jugando y quería unirme a ellos, pero mi padre... No me permitían jugar con ellos por temor a que saliera herida –bajó la mirada hacia la mesa. Lynet podía sentir que las palabras brotaban de ella, pero no se esforzó en detenerlas. Aquel taller parecía un mundo separado de Primavera Blanca, por lo que cualquier secreto que contara allí quedaría enterrado bajo la nieve y la tierra.

»Aunque después de todo, ellos nunca permanecían aquí durante mucho tiempo –prosiguió la princesa–. Las personas nunca se quedan mucho en Primavera Blanca. Así que comencé a seguirlos, a observarlos desde lejos, escondiéndome para que nadie me viera. Era el único juego que tenía, y de ese modo no debía preocuparme por encariñarme demasiado con cualquiera de los otros niños de mi edad antes de que se marcharan. Y después simplemente... nunca dejé de hacerlo. También comencé a seguir a otras personas, pero lo único que hacen es sentarse, chismorrear y quejarse entre sí, así que no es muy emocionante, no como tú... –se detuvo demasiado tarde y alzó la cabeza de pronto mientras sentía calor en su rostro, pero Nadia no reaccionó ante su confesión involuntaria. Solo continuó observándola, esperando que Lynet terminara–. Creo... Creo que nunca consideré cuán invasivo debe ser sentir que te espían. Realmente lo siento –se obligó a no

apartar la mirada, esperando que Nadia la recompensara con una sonrisa, pero, en cambio, el rostro de la cirujana pareció caerse, con una mirada oscura en sus ojos antes de apartar la vista.

Después de un silencio corto pero incómodo, Nadia respondió:

–De todos modos, no te hubiera pedido que dejaras de hacerlo. Me resultó un poco... –dejó de hablar y miró la mesa.

–¿Un poco qué? –preguntó Lynet, inclinándose hacia delante.

Nadia movió la cabeza de lado a lado, pero entonces sus labios se curvaron en una sonrisa lenta y respondió:

–Iba a decir *halagador*. He estado viajando por el Norte durante casi un año, intentando ayudar a las personas cuando puedo... Y a lo largo de ese año, muchísimas personas me han desestimado y se han burlado de mí por querer ejercer la medicina –su voz era relajada, pero comenzó a recorrer las líneas y los nudos de la mesa, mientras sus uñas rasgaban la madera–. Creen que las chicas son demasiado débiles para atestiguar cualquier clase de sufrimiento, que me asustaré. Creen que solo estoy jugando a ser cirujana. Pero tú... Sin importar lo que estuviera haciendo, ya fuera que estuviera cubierta de sangre, o extrayendo un diente o incluso amputando un pie esta mañana... –sus manos dejaron de moverse y alzó la vista hacia Lynet. Había algo pesado, casi expectante en la fuerza de su mirada que hizo que Lynet retrocediera de nuevo y quitara los brazos de la mesa–. Tú nunca apartaste la mirada –concluyó–. Así que siempre me sentí una cirujana de verdad ante tus ojos.

Lynet recordó todos los pasos que había dado al seguir a Nadia, pero ahora imaginaba verlo desde el punto de vista de la otra chica. Todo ese tiempo, ella había intentado comprenderla desde la distancia, mientras que Nadia le había estado mostrando deliberadamente quién era.

Le ofreció a Nadia una sonrisa tímida y nunca interrumpió el contacto

visual.

–Me alegra haber caído de aquel árbol –dijo en voz baja.

Nadia rio de nuevo, con mayor libertad esa vez, y Lynet también lo hizo; el aire serio que se había cernido sobre ellas se disipó.

A Lynet le agradaba ver la sonrisa de Nadia y oírla reír. Cuando la joven sonreía, su rostro entero se suavizaba, como nubes que dejaban paso para el sol. Pero a Lynet también le agradaba la cirujana estoica y centrada que había observado a través de las ventanas; la que era muy distinta a esa chica sonriente, pero que aún era una parte esencial de ella. Y el hecho de que las dos fueran la misma, de que la chica y la cirujana existieran libremente en la misma persona, significaba para Lynet el concepto mismo de la posibilidad... De la libertad.

–Nunca antes he visto a una mujer que fuera cirujana –comentó Lynet–. ¿Eres la primera?

Nadia movió la cabeza de lado a lado, y adoptó la pose de espalda recta que Lynet sabía que era su postura de cirujana.

–Mi padre me contó de las otras, la mayoría son del Sur. Incluso he leído que la reina Sybil conocía todas las propiedades medicinales de las plantas de su jardín y que las utilizaba para ayudar a los enfermos. Pero ya prácticamente nadie la recuerda por ello. Solo la culpan por la maldición.

–La maldición de Sybil –susurró Lynet, y por primera vez se preguntó por qué las personas la llamaban así cuando nadie sabía si Sybil fue la responsable de causarla. Pero ¿qué era la vida de una reina comparada con la leyenda creada por las personas después de su muerte? La verdad había dejado de importar hacía muchos años–. No parece nada justo –dijo, más para sí misma que para Nadia.

–La medicina era la profesión de mi familia –prosiguió Nadia–. Mi madre era partera y mi padre era cirujano.

–¿Eran? –preguntó Lynet con dulzura.

–Ahora ambos están muertos –respondió ella simplemente–. Por una fiebre.

–Oh, lo siento.

Pero Nadia solo movió la cabeza de lado a lado con una sonrisa forzada.

–Ya no quiero llorar sus muertes. Solo deseo honrar sus vidas.

Lynet se inclinó hacia delante.

–¿Cómo eliges honrarlos? –lo que realmente quería preguntar era cómo era posible que alguien honrara a los muertos aun sintiéndose vivo.

–Quiero hacer lo que ellos hacían –explicó Nadia de inmediato, como si hubiera estado preparada para la pregunta–. Mi padre estudió medicina en el Sur, antes de que cerraran la universidad. Me enseñó lo que aprendió antes de morir, pero ahora que la reina Mina ha reinaugurado la universidad, yo también quiero asistir y recorrer los mismos pasillos que él.

–¿Cuándo irás? –preguntó Lynet intentando sonar relajada y casual.

Nadia la observó sin responder y, por un instante, Lynet vio que la luz en sus ojos vaciló con incertidumbre.

–El año entrante, espero –dijo ella.

Lynet bajó la vista a sus pies sobre el suelo de piedra. ¿Qué más había esperado? ¿Que Nadia permaneciera para siempre en Primavera Blanca cuando tan pocas personas lo hacían? ¿Que porque Lynet había salido de su escondite y le había hablado ella se viera obligada a quedarse allí para siempre para hacerle compañía? Nadie permanecía demasiado tiempo en Primavera Blanca, lo sabía, excepto que... excepto que quizás alguna parte de ella había pensado que Nadia era tan imperturbable, tan estable incluso en momentos críticos, que ni siquiera el frío y la pesadumbre de Primavera Blanca podría ahuyentarla.

–No puedo quedarme más tiempo aquí –dijo Nadia en voz baja–. He visto tanta miseria en el Norte, tanta muerte...

–¿A qué te refieres? –preguntó Lynet y alzó la cabeza con rapidez.

Nadia arqueó las cejas a modo de respuesta.

–¿Alguna vez has salido del castillo? ¿Has visto cómo viven las personas que no pueden permitirse hundirse entre pieles o sentarse junto a un fuego todo el día? Nada crece aquí... ni *cambia* ni mejora. La mitad de este reino se ha congelado –bajó la voz–. Y desde entonces, lo único que hemos tenido son reyes y reinas que se esconden detrás de los muros mientras su pueblo sufre.

–Estás hablando acerca de mi padre, sabes –se enfureció Lynet.

–Creí que no querías que te hablara como si fueras una princesa –replicó Nadia.

Lynet se enrojeció de furia, como un fuego que se expandía a través de ella y disfrutó la sensación. Había cometido el error de acercarse a alguien que, de todos modos, partiría pronto, pero no cometería el error de encariñarse con ella. Que Nadia se fuera si creía que el Norte era tan terrible.

–Entonces, te deseo suerte –dijo, sus palabras eran cortantes y parejas–. Te dejaré trabajar.

Volteó en busca de la puerta de atrás de ella, pero antes de llegar a la salida, Nadia había rodeado la mesa y tomado el brazo de la princesa.

–Espera –pidió–, no te enfurezcas conmigo. Seas o no la princesa, no debería haber dicho eso. Comprendo la lealtad familiar.

Lynet bajó la vista hacia la mano que sujetaba la parte superior de su brazo, y Nadia la soltó y dio un paso atrás.

–Discúlpame –prosiguió la cirujana mirando a Lynet a los ojos–. Seré más cuidadosa con lo que digo.

–No –replicó Lynet–. No quiero que lo hagas. O serás igual que todos los demás. Nadie me dice nunca la verdad aquí; solo me dicen lo que creen que quiero oír... lo que mi *padre* quiere que oiga. Todos me tratan como si fuera... como si fuera...

–Como una mariposa –sugirió Nadia en voz baja–. Algo hermoso, pero frágil.

Lynet se alejó de la puerta.

–¿Por qué dices eso?

–Porque así pensé que serías antes de conocerte; antes de que comenzaras a seguirme. Todos hablan acerca de ti entre susurros, como si fueras a romperte si dijeran tu nombre demasiado fuerte –inspeccionó a Lynet, frunciendo el ceño mientras la contemplaba–. Pero no eres así en absoluto. No es tu naturaleza.

Aún observaba a Lynet como si fuera alguna clase de acertijo o enigma, un espécimen misterioso encerrado en un frasco. Sin embargo, Lynet descubrió que no le importaba, porque sabía que cuando Nadia la miraba, veía a *Lynet*, y no a Emilia.

–¿Y cómo sabrías cuál es mi naturaleza? –preguntó, inclinando la cabeza hacia arriba y mirando a Nadia de un modo que esperaba que fuera juguetón y no arrogante o superior.

Pero Nadia no notó su tono amigable. En cambio, parecía estar deliberando algo en silencio mientras centraba su mirada intensa en Lynet.

–Podría saber más al respecto de lo que crees –susurró. Luego, volteó moviendo levemente la cabeza y regresó a la mesa, donde abrió uno de sus diarios.

Lynet la siguió hasta la mesa y cerró el diario que la chica hojeaba.

–¿A qué te refieres?

Nadia no la miraba, pero tenía el ceño fruncido mientras pensaba. Eso significaba que podía persuadirla si es que solo la presionaba un poco más.

–¿Oíste algo más acerca de mí?

Nadia alzó la vista y la miró con rapidez, solo lo suficiente para que Lynet supiera que había adivinado correctamente.

–¿Qué oíste? –insistió–. ¿Por qué no me lo dices? ¿Qué puedes saber de mí que yo no tenga el derecho a saber?

–Estoy de acuerdo –dijo Nadia y ahora alzó la cabeza para mirar a Lynet; sus ojos oscuros brillaban–. Creo que tienes derecho a saberlo. Al principio, creí que no te lo contaban por tu propio bien, pero ya no pienso eso. No es justo que ellos te lo oculten –todavía miraba a Lynet con atención, y la princesa comprendió que no estaba bromeando: de veras creía que Lynet tenía derecho a saber. Quizás, incluso *quería* contarle aquel secreto misterioso, pero algo la detenía.

–¿Cómo sabes siquiera acerca de eso, sea lo que sea? –preguntó Lynet, ahora con más tranquilidad. Para obtener las respuestas que quería, solo debía hacer las preguntas correctas.

–Porque es algo que el cirujano de la corte debería saber.

–¿Y por qué no puedes decírmelo?

–Porque tengo órdenes estrictas de no contárselo a nadie, en especial a ti.

Lynet mordió su labio inferior. Su padre lo sabía, pero estaba segura de que no tendría sentido preguntarle: él creería que ella era demasiado delicada para cualquier secreto. La única persona que confiaba que le respondiera era Mina, pero ella nunca le hubiera ocultado nada en primer lugar.

–Pero tú *quieres* decírmelo, ¿no es así?

Nadia sonrió como respuesta, y se inclinó levemente hacia ella. Lynet solo necesitaba hacer una pregunta más:

–Entonces, si te ordeno que me lo digas...

–Entonces –Nadia se encogió de hombros– tendría que decírtelo, ¿cierto? Nadie podría culparme por seguir las órdenes directas de una princesa.

–En ese caso, como princesa, te ordeno que me digas lo que sabes acerca de mí.

Con el permiso concedido, Nadia asintió levemente y dijo, en voz baja pero

con claridad:

–La verdad que no quieren que sepas es que tu madre nunca te dio a luz. Murió antes de que nacieras.

A Lynet le llevó un instante comprender lo que la chica decía, pero aun así, era absurdo. Si Emilia no era su madre, entonces ¿cómo era posible que Lynet se pareciera tanto a ella?

–¿Ah, sí? Entonces ¿quién es mi verdadera madre? –pero a pesar del escepticismo en su voz, un palpito de esperanza en su pecho la traicionó, y su corazón susurró el nombre: ¿*Mina*?

Nadia negó con la cabeza.

–No lo entiendes. No tienes madre ni padre. Nunca los tuviste. Te crearon mágicamente de la nieve.

Lynet repitió las palabras para sí misma, pero no tenían sentido alguno.

–¿Qué dijiste?

La mandíbula de Nadia se tensó; ahora que el entusiasmo del secreto había pasado, parecía notar el impacto total de lo que le decía a Lynet.

–El padre de tu madrastra, el mago, te creó similar a tu madre con nieve y sangre. Te hizo para que lucieras exactamente como ella.

La idea entera era tan ridícula que Lynet por poco rio. ¿Ese era el secreto de Nadia? No era más que una broma, un cuento, una invención. Era cierto que el padre de su madrastra era un mago: tenía habilidades mágicas que hacían que incluso Mina ajara la voz cuando hablaba acerca de ellas.

Pero ¿cómo era posible que algo de todo eso fuera verdad si la madre de Lynet había muerto en el parto? Ella había muerto el día en que Lynet nació, por ese motivo su padre siempre la llevaba a la cripta dos semanas antes, para separar aquellas dos situaciones en la mente de Lynet.

*A menos que en realidad ese sea el día en que mi madre murió, pensó Lynet.*



–¿Nadia? –dijo; su voz sonaba demasiado fuerte en la habitación silenciosa. La chica había estado observándola, esperando que reaccionara ante el descubrimiento.

–Dime.

–Si lo que dices es cierto, entonces ¿cuándo murió mi madre? Es imposible que haya sido en el parto.

Nadia apretó los labios, preocupada ante la voz llana de Lynet, ante sus ojos vidriosos que miraban hacia adelante, a la nada.

–Fue dos semanas antes –respondió la cirujana.

Lynet respiró hondo. Aquello aún no significaba nada. Era una coincidencia.

Pero otros indicios aparecieron en su mente en ese instante: el extraño parecido que tenía a su madre junto a la confianza plena de su padre en que ella crecería y sería exactamente igual que la reina fallecida; una cicatriz de una quemadura en su mano que tenía aunque no recordaba haberse quemado nunca; el hecho de que podía yacer en la nieve durante horas y nunca sentir frío. La mirada lastimera de Mina cada vez que Lynet decía que deseaba parecerse más a ella...

¿Acaso Mina lo sabía?

Lynet nunca había hablado con Gregory a solas, y ahora se preguntaba si aquello no era un accidente, si su padre la había mantenido alejada de él por miedo a que le dijera la verdad. Pero había habido una vez, hacía uno o dos años, en la que ella había estado corriendo hacia la habitación de Mina y había chocado contra el mago. Lynet se había sentido avergonzada, pero Gregory solo le había sonreído y había insistido en que no había sido nada. Había colocado las manos sobre los hombros de Lynet y le había dicho que si alguna vez necesitaba ayuda, siempre podía recurrir a él, que él siempre sería su amigo...

Y luego Mina se había acercado apresuradamente a ambos. Le había pedido a Lynet que la esperara en su cuarto porque necesitaba hablar a solas con su padre. No había creído que significara nada en ese momento, pero ahora recordaba la nota leve de pánico en la voz de su madrastra, el modo en que el rostro de Mina se había extendido en una sonrisa forzosa, el amarre fuerte en el brazo de su padre.

Mina lo sabía. Mina lo sabía, y se lo había ocultado durante todos esos años.

El peso de aquella revelación por fin aterrizó sobre ella, la verdad se tornaba cada vez más innegable y Lynet cerró los ojos, intentando resistirse a ella. Pero no pudo evitar que las palabras de Nadia la afectaran: “Te hizo para que lucieras exactamente como ella”. *Hizo, creó, moldeó...* todas esas palabras significaban lo mismo: ella era algo artificial. Era un duplicado, creado para vivir los días que le habían arrebatado a su madre. A menos que también estuviera destinada a morir igual que su madre. ¿Acaso Lynet tenía algo propio? ¿Era siquiera una persona?

–¿Qué hago ahora? –susurró Lynet–. ¿Se supone que debo continuar como antes y fingir que no lo sé? –abrió los ojos y miró a Nadia.

Nadia movió la cabeza de lado a lado y se inclinó sobre la mesa, sus hombros caían cargados de remordimiento. Tamborileaba los dedos sobre la madera y por fin asintió para sí misma y alzó la vista hacia Lynet con una mezcla de culpa y decisión.

–Si fuera tú –dijo en el mismo tono firme que usaba cuando aconsejaba a uno de sus pacientes–, querría saber más, aunque sea por tu propia seguridad. Por ese motivo me permiten saberlo: como cirujana de la corte necesito estar al tanto de que el frío no te entumecerá, porque eres inmune a él.

Lynet no oyó ni una palabra pronunciada por Nadia. La habitación parecía encogerse, y le resultaba difícil respirar.

–Debo irme ahora.

–Lynet, no te vayas; lamento mucho habértelo dicho, por favor... –pero Lynet ya estaba dirigiéndose rápido hacia la puerta y subiendo las escaleras para salir al aire libre. Continuó avanzando hasta que cruzó el patio e ingresó en el jardín, y luego colapsó en la nieve, esperando por primera vez sentir algo similar al frío.

A black and white photograph of a snowflake. The snowflake is highly detailed, showing its intricate crystalline structure. It is set against a dark, blurred background. The number '6' is printed in a large, white, serif font in the upper center. Below it, the word 'MINA' is printed in a smaller, white, serif font. The overall composition is centered and balanced.

6

MINA

**L**a primera vez que vio Primavera Blanca, a Mina se le erizó la piel, y no solo debido al frío. Mientras asimilaba los capiteles filosos, los pasajes abovedados y abruptos, y los muros de piedra altos y blancos como la nieve, Mina pensó que veía el esqueleto de un castillo, cuya piel había sido carcomida a lo largo de los años hasta que no quedó nada más que huesos. Primavera Blanca era gris como el cielo, y ella ya extrañaba los colores brillantes de su hogar.

Y tenía tanto frío. Continuaba añadiendo capas de ropa, pieles y lanas gruesas, pero se sentía atrapada debajo de toda esa tela, demasiado limitada para moverse con comodidad. Anhelaba sentir el aire fresco sobre su piel de nuevo. En cambio, debía conformarse con soplar aire cálido en sus manos para mantenerlas calientes.

A Gregory no le habían entusiasmado las habitaciones pequeñas que les habían dado en una esquina olvidada del castillo, pero dijo que todo cambiaría cuando hubiera arreglado un buen matrimonio para Mina. A ella le agradaba que las habitaciones fueran pequeñas: daban la ilusión de ser acogedoras.

—No has salido desde que llegamos —le dijo su padre tres días después de su arribo al Norte—. Ve a tomar un poco de aire. Ya estamos lo suficientemente apiñados aquí.

Era cierto. Se había refugiado en su habitación, pensando que si se ovillaba y apretaba lo suficiente, sentiría calor de nuevo. Mina pronunció una protesta débil por hábito, pero *estaba* comenzando a impacientarse, así que se colocó otra capa de piel y obedeció.

—Toma el pasillo a la izquierda y continúa caminando en línea recta; llegarás a un patio —le indicó Gregory—. No te pierdas. No quiero encontrarte congelada en alguna parte.

–Aprecio tu preocupación –replicó Mina.

De todos modos, siguió su consejo. No quería andar sin rumbo por los pasillos laberínticos del castillo durante el resto de la mañana. Como su padre había dicho, después de un rato llegó a un patio que era más pequeño que el patio central de Primavera Blanca. Las estatuas aladas la miraban desde los balcones y Mina les devolvió la mirada para demostrarles que no tenía miedo. En medio del patio había una fuente vacía. Pero no había ninguno de los sonidos habituales que Mina esperaba oír al aire libre. Ningún pájaro cantaba, ni la brisa silbaba entre los árboles. Ver una fuente sin escuchar el fluir del agua era perturbador.

Tomó asiento al borde de la fuente y extrajo un durazno del bolsillo. El Norte no tenía grandes suministros de fruta, así que se había asegurado de traer algunas con ella antes de partir de su hogar.

–¿Dónde conseguiste eso?

Mina se puso tensa. Un hombre caminó hacia ella con los brazos cruzados. Vestía prendas elegantes, así que no era un sirviente, pero no encajaba con la imagen de los nobles mayores y pretenciosos que tenía en mente. Aquel hombre probablemente aún no tenía treinta años; lucía una barba oscura que delineaba su mandíbula cuadrada y cabello negro rizado. A pesar de su relativa juventud, parecía arrastrar el peso total de su cuerpo al caminar.

–Es mía –respondió Mina, intentando no sonar demasiado a la defensiva–. La traje conmigo.

–Entonces, no dejes que te interrumpa –hizo un gesto hacia la fruta–. Come.

Ella le dio un mordisco al durazno. En el silencio del patio, el sonido húmedo de la fruta era fuerte y vergonzoso.

–¿Quieres un poco? –ofreció ella, y alzó el durazno hacia él–. Lamento no tener otro que ofrecerte.

Él movió la cabeza de lado a lado.

–No era mi intención molestarte. Solo vine aquí para... –hizo silencio y Mina pensó que quizás ya no hablaría más con ella, pero luego él dijo–: Este era el lugar favorito de la reina para sentarse.

Mina alzó la vista hacia las estatuas sombrías en los balcones. No comprendía cómo aquel patio podría ser el favorito de alguien, pero no quería insultar a la reina fallecida frente a un extraño.

–¿La conocías? –preguntó ella.

–Sí –respondió él mientras suavizaba su expresión al bajar la vista hacia Mina–. Era la mujer más hermosa que jamás he visto. Su hija será como ella.

–Pero es un bebé. Todavía no luce como nadie.

–Se parece a su madre –insistió el hombre–. Es la reina fallecida que ha vuelto con nosotros. Crecerá y será tan hermosa y amable como su madre lo fue una vez.

–No la he visto –dijo Mina encogiéndose de hombros–. Ni siquiera sé su nombre.

–Lynet –respondió el hombre, sonriendo por primera vez–. La reina siempre había querido llamar así a una hija. La princesa Lynet. Como el pájaro.

–Es un nombre bonito –dijo Mina, o al menos intentó decir eso. Había mordido de nuevo el durazno antes de hablar y tosió cuando se atragantó con un trozo de fruta.

–¿Acaso tu madre no te enseñó que no debes hablar mientras comes? –dijo él, con un tono afable en la voz.

Ella tragó y respondió:

–No, no lo hizo. Mi madre murió –él inhaló abruptamente al oír sus palabras y parecía tan avergonzado por su error que ella sintió lástima–. Fue hace mucho tiempo. Apenas la recuerdo.

–¿Es terrible para una niña crecer sin madre?

Mina no estaba segura de cómo responder. Nunca había tenido otra alternativa.

–A veces.

Él asintió y tomó asiento en el borde de la fuente junto a ella. El primer instinto de Mina fue apartarse, pero se detuvo: después de todo, él no sabía nada acerca de ella; no tenía motivos para temerle, ni ella a él. Sin siquiera tener a Hana como compañía, Mina había pasado la mayor parte del tiempo sola desde que partió de su hogar, por lo que había olvidado que podía hallar consuelo en la presencia de otra persona. Quizás nunca lo había sabido. Observó el perfil del hombre, preguntándose cómo podía hacerlo sonreír otra vez.

Abruptamente, él negó con la cabeza y volteó hacia ella.

–¿Asistirás al banquete en honor a la princesa esta noche?

Ella asintió. Su padre no le había dado más opción que ir. Tenía que lucir hermosa esa noche, para ser memorable.

–Me alegro –dijo él.

–Entonces ¿por qué parece triste? –preguntó Mina antes de poder detenerse.

Él respondió de inmediato, imperturbable ante la pregunta.

–Es la pena. La aflicción que me causa la muerte de nuestra reina. Tú también estarías triste si la hubieras conocido...

Él apartó su rostro y Mina se arrepintió por haber hecho aquella pregunta desconsiderada. Se acercó un poquito más a él, hasta que su falda rozó la pierna del hombre. Si colocaba la mano sobre la de él, ¿sonreiría? ¿Sería un consuelo o una transgresión?

Justo cuando había comenzado a acercar la mano hacia la de él, el hombre volteó hacia ella y dijo:

–Nunca te pregunté cómo te llamabas.



–Soy Mina.

La boca del extraño se curvó hacia abajo.

–Conozco un hombre que tiene una hija llamada así.

Si ya había conocido a Gregory, era bastante probable que aquel hombre no quisiera tener nada más que ver con ella. Incluso si no estaba al tanto de los talentos peculiares de su padre, Gregory enfermaba a la gente con facilidad. Ella podría haber mentido y dado un nombre falso, pero si quería que aquella relación continuara, él habría descubierto la verdad en poco tiempo.

–Mi padre se llama Gregory –dijo ella, resignada.

–Eso es lo que creí –él asintió y abandonó la fuente, y aunque su rostro no había mostrado aversión ni miedo, ella sabía por instinto que lo había perdido.

–No soy mi padre –soltó Mina.

–Me he quedado demasiado tiempo –él habló con rapidez y antes de que Mina pudiera responder, ya estaba alejándose y dejándola sola con su durazno a medio comer, que ahora sabía amargo en su boca.

Él ni siquiera le había dicho su nombre.



Aquella noche, Mina se preparó para el banquete, pero en su mente todavía estaba en el patio, sin atreverse por completo a tocar la mano del hombre que apenas conocía.

*Pero ¿por qué te molestas en pensar en él?, preguntó una voz en su mente. No puedes amarlo, y él nunca te amará.*

Aquello era cierto, pero ella continuaba pensando en la suavidad de su voz, en la amabilidad de sus ojos cuando ella no era más que una extraña para él. Nadie le había hablado antes con tanta gentileza. Si hubiera tenido menos fe en su belleza, tal vez habría decidido olvidarlo, pero si él la veía esa noche, sin estar envuelta en pieles, bien vestida y con joyas, quizás...

La única piel que Mina llevaba sobre el vestido al ingresar en el Salón era

un chal que solo funcionaba para calentar la parte superior de los brazos. Si Mina quería que la aceptaran en la corte (y llamar la atención de su amable extraño de nuevo), debía lucir como si perteneciera allí. En su breve estadía en Primavera Blanca, ya había aprendido que las personas del lugar estaban más habituadas al frío, así que no vestían prendas tan pesadas como las que Mina habría utilizado. Si se hubiera vestido para mantener la calidez, habría sido la única.

El Salón no era tan frío como podía haber sido, dado que estaba atestado de personas, pero aun así los dientes de Mina castañetearon.

–Eres astuta, niña –dijo su padre en voz baja. Él había sido prudente y se había vestido para el frío y, aunque al principio se había burlado del vestido delgado que ella lucía, ahora los ojos de Gregory resplandecían con entendimiento. Las prendas de su padre lo marcaban como un forastero.

Gregory tomó su codo y la guio hacia una de las mesas largas que estaban en la parte trasera del Salón.

–La mayoría de estas personas solo están de visita en el castillo por el banquete de esta noche –susurró él–, así que esta es quizás tu única oportunidad de causar una buena impresión. Intenta ser encantadora.

Mina dibujó su sonrisa más deslumbrante mientras tomaba asiento, pero era difícil ser encantadora cuando era una extraña entre amigos. Incluso allí, en la parte trasera del Salón, entre la nobleza de menor rango y amigos del castillo, Mina no tenía la importancia suficiente para captar atención alguna. Las personas hablaban sin detenerse en ella o en Gregory, y estiraban el cuello para continuar sus conversaciones desde la última vez que se habían visto. Gregory también ignoraba a los demás: Mina era quien necesitaba complacerlos, no él. Pero su sonrisa comenzaba a flaquear.

En casa, cuando atravesaba el mercado, sabía que los aldeanos observaban cada uno de sus movimientos, mirándola por el rabillo del ojo como si ella

fuera una serpiente enrollada a punto de atacar, así que se había habituado a ese escrutinio, a que la abuchearan y se burlaran de ella ante el más leve tropiezo. Pero ahora que nadie la observaba, por fin dejó de intentar sonreírles a todos, y los músculos de sus mejillas se lo agradecieron. Dejó de tratar de hacer contacto visual en un intento inútil de llamar la atención; dejó de sentarse tan erguida; dejó de comer trozos diminutos de pan y de carne para que no la atraparan con la boca llena. Simplemente observó a las personas a su alrededor y disfrutó ser invisible.

Y a medida que la noche proseguía y Mina se relajaba más, algo cambió. Los invitados comenzaron a aburrirse de la compañía mutua y sus ojos curiosos empezaron a seguir los movimientos de la chica. La dama sentada a su lado entabló conversación con ella y el anciano frente a Mina dijo que era “una verdadera belleza”. Mina rio con ellos, colocando la cabeza en ángulos que sabía que la favorecían porque los había contemplado largas horas en el espejo. Era un intercambio justo: ella les daba algo placentero que mirar, y ellos le daban aprobación, aceptación e incluso afecto.

*Si te aman por algo, será por tu belleza.*

A su lado, Gregory observaba la victoria de Mina con lo que parecía algo entre el alivio y el resentimiento. Aquello era lo que él había querido para su hija, después de todo; por ese motivo la necesitaba, pero Mina sabía que él debía odiar necesitarla en primer lugar. Sin embargo, sabía que era mejor no interferir y posiblemente arruinar cualquier magia extraña que estuviera ejerciendo la belleza de Mina, así que permaneció en silencio, y su hija lo ignoró lo mejor que pudo. Esa noche, ella no era la hija del mago, sino que era una belleza anónima.

Cada tanto, observaba la habitación atestada de invitados, en busca de un rostro en particular. Mientras buscaba, se le ocurrió que su extraño quizás ya estaba casado, pero eso solo hizo que se desesperara más por encontrarlo y

averiguarlo con certeza.

–¡Un brindis! –exclamó una voz desde la mesa alta.

Mina no había prestado demasiada atención a la mesa alta que estaba en el extremo opuesto del Salón, pero en ese instante alzó la vista... y por poco saltó de su asiento cuando vio al rey.

Con razón no había encontrado a su extraño triste cuando observó la sala: nunca había pensado en buscarlo sentado en el trono de un rey.

Cuando la multitud hizo silencio, el rey Nicholas se puso de pie.

–Un brindis por mi hija, su princesa. Que al crecer sea tan hermosa como su madre, y que todos la amen como amaron a la reina.

El salón bebió en honor a la princesa, pero a Mina no le importaba la niña. Pensaba en reyes y reinas, en especial en la monarca fallecida que inspiraba semejante devoción en las personas que la rodeaban. Había un sentimiento genuino en sus rostros, amor por una mujer que había muerto y que era incapaz de devolverles aquel cariño. Era imposible que la reina Emilia quisiera a cada uno de los presentes en la sala y, sin embargo, todos la querían incondicional y desinteresadamente.

Su oído captó una única frase proveniente del otro extremo de la mesa del banquete, y escuchó con atención para aislar el hilo de conversación. Sí, allí estaba de nuevo: *volver a casarse*.

–Pero ¿crees que volverá a casarse? Era tan devoto a ella –le decía una mujer con mandíbula angulosa al hombre sentado frente a ella.

–Oh, debe hacerlo, sin dudas. No el año entrante, y quizás tampoco el siguiente, pero pronto. El pueblo querrá una reina y el hombre querrá una esposa.

–Y la pobre princesa, sin madre...

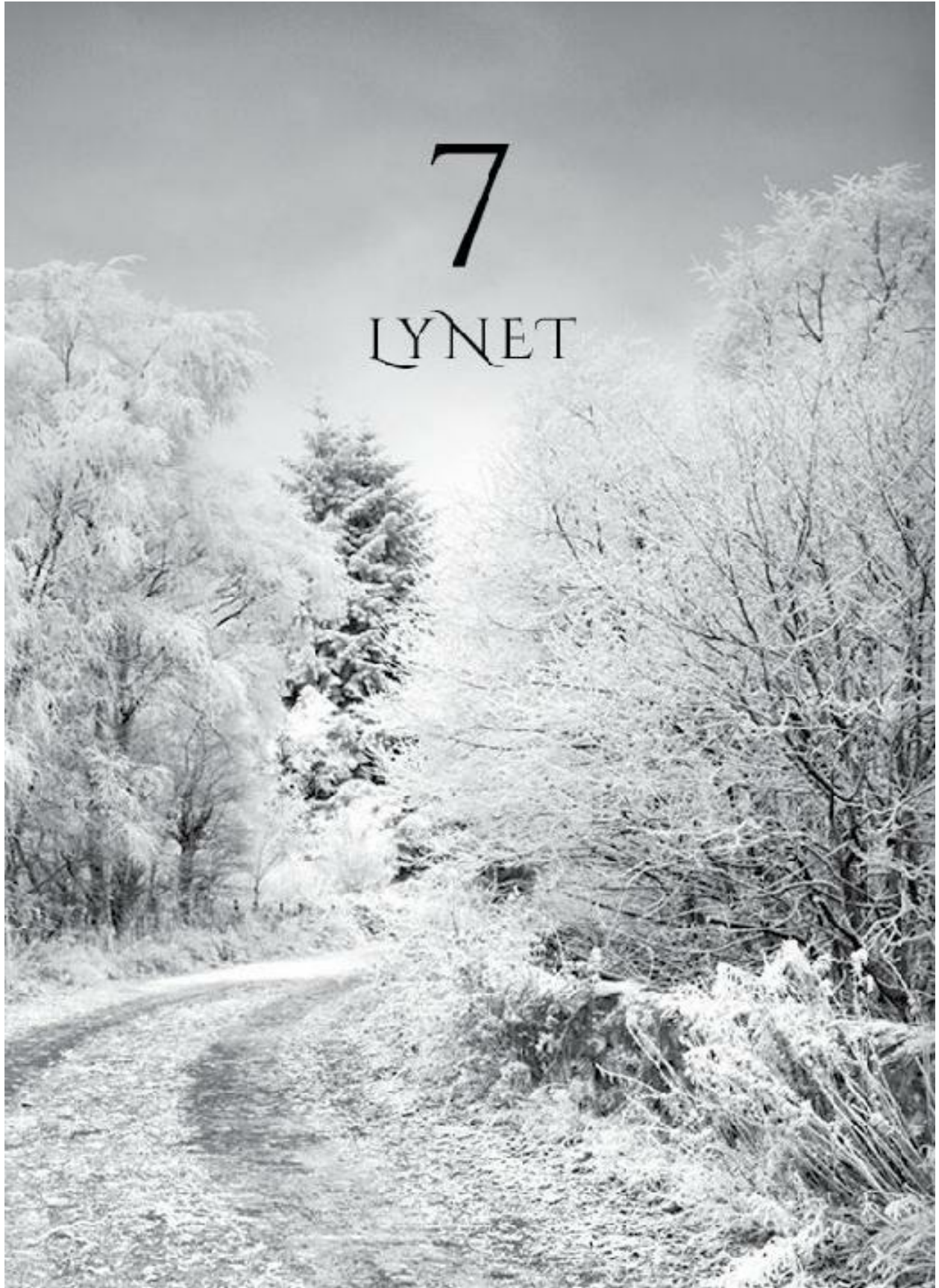
Mina dejó de escuchar; ya había oído lo que quería oír. *El pueblo querrá una reina y el hombre querrá una esposa*. Su deseo repentino fue una

colisión y la dejó temblando. Con su belleza, había hecho que las personas le prestaran atención, que la notaran sin burlarse de ella. Pero una reina...

Una reina tenía el poder de hacer que las personas la quisieran.

7

LYNET



**L**ynet no permaneció acostada en la nieve demasiado tiempo; no quería que alguien pasara y la encontrara allí, en especial Nadia. Sabía que la muchacha no tenía nada que ver con su nacimiento, con su *creación*, pero ella era la única que se lo había dicho, así que de todos modos Lynet la culpaba.

En aquel momento, al levantarse de la nieve que la había creado, odió a todos los que habían sabido lo que era antes de que ella misma lo supiera: su padre, Gregory, Nadia...

Y Mina.

Parte de ella aún quería creer que Mina no lo había sabido, pero la duda permanecería hasta que le preguntara. Antes de que pudiera echarse atrás, Lynet permitió que la indignación la guiara hasta la recámara de la reina. Pero cuando llegó allí, la reina no estaba. Sin embargo, el fuego ardía en la chimenea así que Lynet sabía que Mina regresaría pronto. Caminó por la habitación, pensando en todas las veces que había ido allí antes, noche tras noche... Todos esos años, todas esas confesiones que había compartido, todas las oportunidades que Mina había tenido de contarle el secreto de su creación.

Siempre había pensado que la habitación de Mina era uno de los lugares más hermosos en Primavera Blanca. La reina coleccionaba objetos del Sur que había adquirido cada día que había mercado. Una seda pálida anaranjada colgaba alrededor de su cama, la tela diáfana resplandecía como si fuera líquido. Los tonos carmesíes, naranjas y amarillos de los duraznos y las manzanas iluminaban el cuarto como si estuvieran hechos de luz. En la mesa junto a la cama había un espejo de mano plateado resplandeciente que no tenía vidrio dentro del marco. Mina dijo que lo conservaba a pesar de estar roto porque había pertenecido a su madre.

En la pared más alejada, había un enorme espejo con marco de madera que reflejaba todo el color y la luz y expandía la sala a un mundo propio. Lynet hizo una pausa frente al espejo, y su propio reflejo la sobresaltó. Se preguntó cómo habría lucido si hubiera nacido de manera natural, como una niña de carne y sangre. ¿Tendría aún las facciones delicadas de su madre? ¿O su exterior concordaría con su interior, y su piel por fin caería cómoda sobre sus huesos para que no sintiera siempre que quería salir de su propio cuerpo? Se sentía atrapada por aquel reflejo... y sin embargo, una parte testaruda de ella aún quería luchar y arrebatárselo a su madre. Ahora era el turno de Lynet de vivir, ¿verdad? Tenía todo el derecho de reclamar aquel reflejo como propio. *Sería mío si estuviera en cualquier otro lugar y no aquí*, pensó. Si abandonaba Primavera Blanca, si dejaba atrás la promesa de una corona y una vida que no era suya, entonces podría ser quien quisiera ser...

El golpe de una puerta al cerrarse la asustó y oyó voces que provenían del salón de Mina. Una de las voces le pertenecía a su madrastra, y después de escuchar con atención un instante, Lynet reconoció también la voz de su padre.

–¿Y ni siquiera pensaste en consultarme primero? –decía Nicholas.

–Nunca antes te ha importado –replicó Mina–. Soy libre de hacer lo que quiera con el Sur. Ese era nuestro acuerdo.

–Construir y mejorar calles y reinaugurar la universidad es una cosa, pero esto es un *castillo*, Mina. ¿Qué sentido tiene involucrarse en un proyecto semejante?

Hubo una pausa intensa y Lynet no necesitó ver el rostro de su madrastra para saber que estaba rígida de furia. Tenía años de práctica en fingir que no notaba las discusiones entre su padre y su madrastra. Pero con el transcurso de los años, cada vez que oía que Mina alzaba la voz por la ira o que la bajaba desafiadamente, Lynet había comenzado a imaginar que, en cambio,



era su propia voz diciéndole a su padre todas las cosas que deseaba poder comunicarle.

–No espero que lo comprendas –dijo Mina con calma–, pero en el Sur, el abandono del Castillo de Verano siempre significó que no le importamos al Norte. Terminar su construcción será un gran legado; no solo para mí, sino también para ti. Le dará al Sur algo de lo que enorgullecerse y generará cientos de empleos. Sé que los sureños quieren esto, Nicholas. Me escriben todo el tiempo diciéndome cuán agradecidos están de que alguien por fin se preocupe por ellos...

–Llevará años, Mina.

–Tengo años que dar.

En ese momento, Nicholas dejó de hablar y Lynet contuvo la respiración, preguntándose qué diría y quién ganaría esa batalla.

–Me lo prometiste, Nicholas –susurró Mina–. ¿No lo recuerdas?

–Por supuesto que lo recuerdo, pero aún creo que... –hizo una pausa y añadió con voz más calma–: Lo discutiremos más tarde, después del cumpleaños de Lynet, quizás.

–La construcción ya ha comenzado. No permitiré que me quites esto, Nicholas.

–Más tarde, dije. No quiero arruinar el cumpleaños de Lynet con nuestras discusiones.

La joven oyó que abrieron la puerta y que la cerraron de nuevo y después, escuchó a Mina suspirar.

En otro momento, Lynet hubiera estado interesada en escuchar más acerca del nuevo proyecto de su madrastra. Mina siempre hablaba del Castillo de Verano con mucho afecto y le contaba todo acerca de sus domos dorados, su suelo de mármol y de cómo el resto estaba abandonado y sin terminar. Ella le aseguraba a Mina que estaba de acuerdo con su decisión sin importar lo que

dijera Nicholas, y que sería algo que compartirían juntas.

Pero ahora Lynet solo podía pensar en el secreto que Mina le había ocultado durante tantos años, así que abandonó la esquina en la que estaba, tomó asiento en la cama y esperó.

Cuando la reina ingresó en la habitación y vio a Lynet, su rostro se tensó en una sonrisa forzada.

–¡Llegaste temprano! –exclamó–. Espero que no hayas esperado demasiado tiempo...

Lynet no pudo contenerse. Respiró hondo y dijo:

–¿Por qué nunca me contaste que estoy hecha de nieve?

Mina la miró boquiabierta y sorprendida antes de recuperarse y adoptar de nuevo la sonrisa forzada.

–¿Qué acabas de decir?

Su simulación era insoportable. Lynet habría esperado que cualquier otra persona lo hiciera, pero no podía aceptarlo de ella.

–Mina, por favor –dijo en un susurro–, no me mientas.

La sonrisa se desvaneció lentamente del rostro de su madrastra. Mina cerró los ojos con fuerza un instante y luego asintió y los abrió. Se acercó a la cama donde Lynet estaba sentada y alzó con dulzura la cabeza de su hijastra mientras sus dedos sujetaban la mandíbula de la muchacha.

–¿Quién te lo dijo? –preguntó; su voz era triste pero resignada.

–Entonces es cierto –afirmó Lynet mientras los últimos restos de esperanza morían al alzar la mirada hacia su madrastra con ojos abiertos de par en par, suplicantes. Qué estaba suplicando *que ocurriera*, no lo sabía.

Mina comenzó a decir algo, pero luego se detuvo; su mandíbula se tensó y sus manos se alejaron del rostro de Lynet.

–¿Mi padre habló contigo? –cuando Lynet no respondió, Mina sujetó con fuerza sus hombros–. Dime, ¿acaso él...? Pero no; no, él está de viaje ahora,

es imposible que... –soltó a Lynet, cuyos hombros se relajaron cuando Mina volteó—. Pero si él no te lo dijo, entonces ¿quién lo hizo? –susurró, hablando sola.

–La verdadera pregunta es por qué *tú* no me lo dijiste –replicó Lynet, alzando más la voz. Se puso de pie ya que quería estar a una altura más pareja con Mina—. ¿Por qué permitiste que lo descubriera sola?

Mina permaneció en silencio y Lynet deseó que ella no luciera tan triste: hacía que fuera más difícil permanecer enfadada en vez de romper en llanto como una criatura. Sin mirar a Lynet, Mina caminó lento hacia la mesa de noche que estaba junto a su cama, y con cuidado tocó el mango del espejo de mano roto. De forma abrupta, alejó la mano.

–Hubo momentos a lo largo de los años –dijo Mina, aún mirando el espejo– en los que pensé decírtelo, pero a medida que crecías, la verdad parecía más bien una carga en lugar de un regalo. Esperaba que nunca lo supieras –alzó la vista hacia Lynet, el fuego se reflejó en sus cálidos ojos color avellana—. ¿Acaso *tú* no deseas no haberlo sabido nunca?

Lynet comenzó a considerar una respuesta, pero entonces movió la cabeza de lado a lado, como si estuviera intentando quitar algo de su mente. No quería ver el punto de Mina. No quería que razonaran con ella. Quería gritar, liberar algo del pánico que amenazaba con apoderarse de ella.

–Sé por qué mi padre nunca me lo dijo, pero tú... Siempre he confiado en que eras honesta conmigo. Deberías haberme preparado para esto. Deberías haberme dicho *algo*. Si estuvieras en mi lugar, ¿no querrías saberlo?

–No –respondió Mina prácticamente de inmediato con un tono agudo en la voz. Extendió la mano hacia el rostro de Lynet—. Hubiera considerado que era un acto cruel decírtelo.

Lynet se encogió ante la mano extendida de Mina y retrocedió hasta que tropezó con el borde de una alfombra. Aquella pequeña indignación era

demasiado para ella, y cualquier coraje que estuviera intentando mantener ante aquella revelación se destrozó en un instante y la dejó llena del miedo y el sufrimiento de una niña que había descubierto el dolor por primera vez.

–¡Eso no tiene sentido! –gritó mientras rompía en llanto. Cerró los ojos y colocó los brazos alrededor de su cuerpo, esperando que Mina se acercara y la abrazara en cualquier instante. Pero los minutos pasaron y aún estaba sola en la oscuridad.

–¿No lo tiene? –dijo Mina, su voz era muy baja y temblaba–. No hay nada que puedas hacer al respecto, nada que puedas cambiar, así que ¿cuál es el punto de saber la verdad? ¿Por qué te lo diría, excepto para lastimarte?

Cuando Lynet abrió los ojos de nuevo, Mina sujetaba el poste de la cama como si fuera un escudo entre ellas. Lynet se preguntó si alguna vez había visto a su madrastra lucir tan angustiada. Por poco se movió para consolar a Mina, hasta que recordó que *ella* era la que se suponía que necesitaba consuelo. Por ese motivo estaba tan furiosa, tan asustada: no porque Mina no se lo había dicho antes, sino porque ella ahora no estaba haciendo nada para mejorar la situación. Había pensado que su madrastra le diría que todo estaría bien, pero, en cambio, parecía incluso más asustada que Lynet.

–Al menos dime qué más sabes –pidió–. Dime... Dime qué debo hacer.

Su voz se quebró y el sonido por fin pareció alcanzar a Mina. Enderezó la espalda, se acercó a ella y la abrazó.

–Claro que sí, Lynet –respondió mientras sus manos jalaban de los rizos de la princesa a medida que los desenredaba debido a años de hábito–. Dime lo que quieres saber.

Con dulzura guio a Lynet hacia la silla que estaba frente al espejo y su hijastra tomó asiento, agradecida. Ya no quería estar furiosa: estaba demasiado asustada y confundida para aceptar la verdad por su propia cuenta, y la sensación de los dedos de su madrastra peinando su cabello la hizo sentir

segura. Más que eso, la hizo sentir ella misma.

–Entonces ¿qué soy? –preguntó, su voz era más bien un graznido–. Soy solo... ¿una muñeca?

–No, no eres solo una muñeca –explicó Mina–. Mi padre no te creó solo con nieve, sino que también utilizó sangre.

–¿Eso es importante?

Las manos de Mina se detuvieron un instante, pero luego prosiguió.

–Sí, lo es. Sin su sangre, serías un artificio, una imitación perfecta de un ser humano, pero solo una copia. No crecerías ni envejecerías. No... no tendrías latidos. La sangre crea vida genuina.

Lynet respiró y se estremeció.

–Entonces, no... ¿no moriré a la misma edad que mi madre?

Mina alzó la vista, sorprendida, y miró a los ojos a Lynet a través del espejo.

–¿Eso es lo que temes? Oh, Lynet, no, tu vida es tuya para vivirla como elijas.

Unas lágrimas nuevas llenaron sus ojos, aunque no podía saber si eran de alivio o de desesperación. Cubrió su rostro con las manos, avergonzada de que Mina la viera en ese estado de nuevo. Pero cuando Mina intentó alejarle las manos del rostro con dulzura, Lynet lo permitió y buscó tomar fuerzas del ejemplo de su madrastra. Mina estaba de rodillas a su lado, esperando que hablara.

–Lo siento –logró decir Lynet–. Lamento estar así, pero... desearía que fuera mentira. Desearía tener algo que fuera solo mío. Desearía que todo fuera diferente.

Mina pareció hacer un gesto de dolor, pero después, asintió.

–Lo entiendo. Pero escúchame, lobita. Nunca conocí a tu madre; solo te conozco a ti. No tienes que ser como ella, sin importar lo que nadie diga.

–A veces, pienso que lo seré, sin importar si quiero o no que suceda...

–No permitiré que suceda –replicó Mina, tocando la mano de Lynet con un resplandor feroz en los ojos–. No eres tu madre, y tienes permitido tener algo que te pertenezca solo a ti.

En ese instante, Lynet le creyó. Creyó que Mina podía hacer cualquier cosa que se propusiera, que su voluntad era más poderosa que cualquier magia. Lynet rodeó el cuello de Mina con los brazos y esta la abrazó.

–Gracias –dijo Lynet.

Mina fue la primera en apartarse, como siempre.

–¿Te sientes mejor ahora? –preguntó.

Ella asintió, aunque no estaba segura de cómo se sentía. Aún tenía la sensación perturbadora de que estaba atrapada en el cuerpo de otra persona. Aunque se había sentido así incluso antes de saber la verdad.

Mina se mordió el labio y luego dijo:

–Quiero mostrarte algo.

Se puso de pie, caminó hacia la puerta y extendió la mano hacia Lynet, esperando que la siguiera. Lynet lo hizo y las dos salieron de la habitación y caminaron por los pasillos juntas; atravesaron la larga galería que llevaba al ala oeste del castillo y continuaron avanzando hasta que llegaron a un pasillo angosto que Lynet no estaba segura de haber visto antes. Sin embargo, aquello era imposible: conocía cada rincón de Primavera Blanca, incluso aunque hubiera algunas áreas que visitara con menor frecuencia.

Al final del pasillo había una puerta de madera sencilla. Mina la abrió de un empujón y Lynet la siguió dentro. Ahora reconocía el lugar: era una capilla, o al menos solía serlo. La línea de altares de piedra aún estaba allí, pero con el paso del tiempo habían quitado las bancas de madera para los fieles, dado que el Norte dejó de confiar en cualquier dios que no fuera Sybil, y ahora la sala se sentía cavernosa y vacía. Tres ventanas con grandes vitrales decoraban la

pared detrás de los altares, pero sin mucha luz solar, los ventanales carecían de gracia y lucían un poco tristes; el patrón de colores parecía del mismo tono sombrío.

–Siempre me reconfortó esta capilla –comentó Mina; su voz apenas resonaba en la sala vacía. Caminó hacia la línea de altares y tomó asiento frente al altar central con un único movimiento grácil. Su presencia parecía hacer que la habitación se sintiera íntima en vez de solitaria.

Lynet tomó asiento junto a Mina, con cuidado de no hacer ruido; de algún modo, sentía que sería irrespetuoso hacerlo.

–Solía venir aquí cuando quería estar sola –prosiguió Mina–, sabía que nadie venía a esta capilla ya, así que sentía que era el único rincón de Primavera Blanca que me pertenecía.

Lynet la observaba con veneración, fascinada por la sonrisa serena de Mina, por sus suaves ojos avellana que ya no resplandecían con el fuego que siempre ardía en su cuarto. Ella rara vez hablaba acerca de su vida antes de convertirse en reina, como si no hubiera comenzado realmente hasta que llevó una corona. Lynet podía creerlo: no lograba imaginar a su madrastra como nada más que reina, aunque tenía recuerdos vagos de la primera vez que se habían conocido, antes de que Mina y su padre hubieran contraído matrimonio. Incluso en sus recuerdos, Lynet siempre veía a Mina como una llama, algo feroz, intrépido y de la realeza.

Pero allí, dentro de la calma silenciosa de la capilla, podía imaginar a Mina como una niña; no como una niña, sino como una chica de dieciséis años, la misma edad a la que Lynet se aproximaba rápidamente, sentada allí sola en un mundo extraño y frío; su llama en cierto modo disminuida. Pensó en el fuego que siempre rugía en el cuarto de Mina, las pieles que vestía aunque todos los demás en Primavera Blanca hacía tiempo se habían habituado al frío. Aquel único lugar le había dado una sensación de comodidad, de

pertenencia, y Lynet deseaba poder hallar las palabras para decirle a su madrastra lo mucho que apreciaba estar allí con ella en ese instante.

–Encontrarás algo que te pertenezca solo a ti –dijo Mina, tomando la mano de Lynet–. Y cuando lo hagas, no permitas que nadie te lo quite.

Lynet pensó en la discusión que había oído entre Mina y su padre, el modo en el que su madrastra había luchado por lo que era suyo. ¿Lynet sería capaz de hacerlo? ¿Podría alguna vez brillar tanto como su madrastra cuando estaba hecha de nieve?

–Gracias por decirme la verdad –respondió Lynet. Esperaba que Mina comprendiera que estaba agradeciéndole no solo por ello, sino en especial por compartir aquel lugar, aquel recuerdo, con ella.

Pero Mina frunció el ceño levemente cuando bajó la mirada hacia sus manos unidas. Cuando por fin habló, fue para decir en voz vacilante:

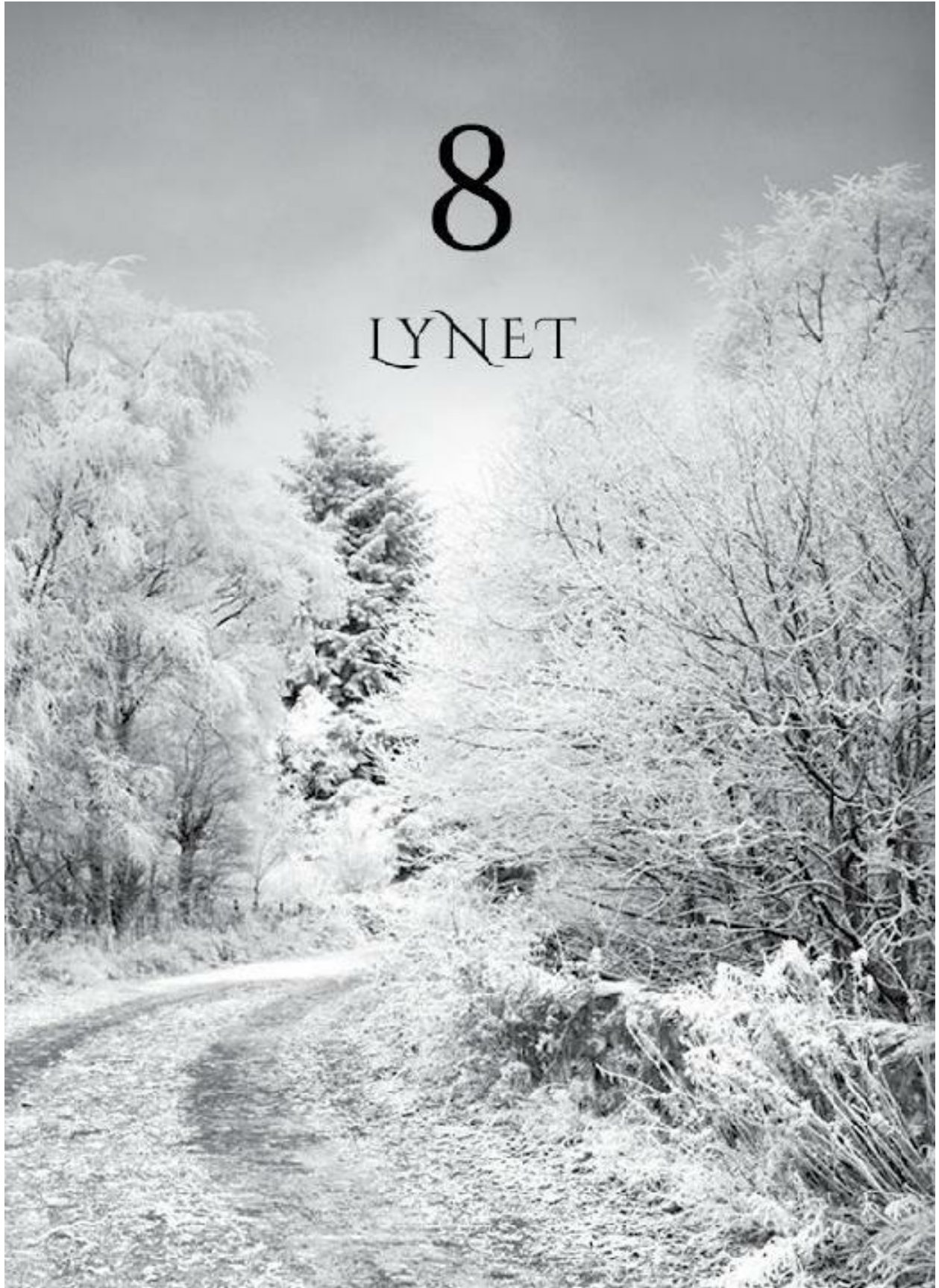
–Claro, Lynet, por supuesto.

Ella quería preguntarle en qué había estado pensando, pero algo la detuvo. Continuaba imaginando a aquella chica sentada sola en la capilla y era extraño e incluso perturbador pensar que Lynet no había sido parte de la vida de Mina en ese entonces. Lo que fuera que hubiera estado pensando en ese instante, quien fuera que hubiera sido alguna vez, estaba a miles de kilómetros de distancia de Lynet. Sostuvo con mayor fuerza la mano de Mina; aún no estaba lista para aceptar que todavía había muchos secretos ocultos en el centro de la llama, que era demasiado brillante para que ella pudiera verlos.



8

LYNET



**L**ynet estaba sentada en el alféizar de la única ventana de la Torre Norte, esperando.

Los agujeros en el techo permitían la entrada de los rayos de luna, que iluminaban partes de la habitación, de a una por vez: una esquina de un tapete desgastado, el esqueleto del marco de una cama vacío, el brazo de un sillón con mucho relleno, todo cubierto de polvo. Los únicos habitantes de la Torre Norte yacían en la cripta debajo.

Durante los últimos días, Lynet había hallado cada mañana una nota nueva de parte de Nadia escondida entre las ramas del enebro. La muchacha no dejaba de rogarle a Lynet que la viera de nuevo para permitirle disculparse por haberle entregado a la princesa aquella carga con semejante torpeza. Lynet no respondía, aunque cada mañana iba en busca de la nota nueva. Además, estaba demasiado ocupada para hacerle una visita a Nadia. A medida que se acercaba la celebración de su cumpleaños, más y más visitantes llegaban a Primavera Blanca, y el deber de Lynet como princesa exigía que permaneciera junto a su padre en el Salón mientras saludaba y les hacía una visita guiada personal a cada recién llegado. Y ahora comprendía por qué su padre hacía semejante alboroto cerca de la fecha de su natalicio cada año. Él había estado intentando, a su manera, que ella se sintiera humana.

Por mucho que lo intentara, Lynet no podía enfadarse con él por aquel motivo.

Tampoco estaba enfadada con Nadia, en realidad. Pero no podía soportar regresar a aquella habitación, mirar aquel punto junto a la mesa y pensar: *Allí es donde descubrí la verdad.*

Pero entonces, aquella mañana, había hallado otro mensaje garabateado entre las ramas del árbol... era el más breve que había recibido hasta el

momento:

Si quieres saber más, tengo los diarios del cirujano anterior.

Sabía que Nadia apelaba a su curiosidad, pero ¿acaso importaba eso? Lynet *sin dudas* quería saber más. Por primera vez, dejó una nota a modo de respuesta:

A la medianoche, en la cima de la Torre Norte. Trae los diarios.

Había escogido la torre porque era el punto más alto de Primavera Blanca, que contrastaba claramente con el taller subterráneo donde Nadia la había quebrado con unas pocas y sencillas palabras. Quizás en la habitación de la torre, en lo alto de la cripta real, Lynet podría reunir sus piezas de nuevo.

Poco antes de la medianoche, había salido por la ventana de su cuarto y había descendido hasta el suelo. Quizás era dramático de su parte haber elegido reunirse a ese horario, pero se sentía más libre en la noche. No había ningún lugar donde se suponía que debía estar, ni *nadie* que supuestamente debía ser, así que le pareció un momento apropiado para descubrir quién era.

Cuando llegó al patio, inspeccionó rápido el enebro para asegurarse de que Nadia hubiera visto la nota: sí, el mensaje había desaparecido, así que se apresuró a atravesar el arco que llevaba al jardín. Después de unos pocos pasos veloces, comenzó a correr.

¿Corría hacia la torre? ¿Huía de algo? No estaba segura, solo sabía que necesitaba sentir la sangre corriendo por su cuerpo; ser tan consciente del latido de su corazón y de la ráfaga de aire que ingresaba a sus pulmones cansados hasta que no pudiera sentirse otra cosa que no fuera humana: carne y hueso; no nieve y sangre. En la oscuridad de la noche, con la luna como único observador, podía incluso fingir que no lucía en absoluto como su madre.

Conocía la ubicación de cada árbol en el Jardín de las Sombras, así que

cuando de pronto colisionó contra algo, su primer pensamiento fue que uno de los árboles estaba en el lugar equivocado. Pero entonces, alzó la vista y descubrió que no se había topado contra un tronco, sino contra un hombre.

Las manos del hombre estaban sobre los hombros de Lynet mientras intentaba alejarla de él, y al ver la piel con cicatrices que se asomaba debajo de sus mangas, ella lo reconoció como uno de los mejores cazadores de su padre. Lynet lo había visto muchas veces desde la ventana cuando su padre se preparaba para una cacería, pero nunca se había encontrado con él en persona, y le alegraba que así fuera. Los brazos lastimados no la asustaban, pero sus ojos sí: eran tan vacantes, tan vacíos, como canicas negras incrustadas en un rostro humano.

–Eres la princesa –dijo él mientras inclinaba un poco la cabeza para mirarla–. Eres tan hermosa como dicen.

Ella retrocedió cuando el cazador acercó más el rostro al de ella. Aquella era la otra característica extraña del hombre: durante todos los años que Lynet lo había visto, él nunca parecía envejecer. Incluso ahora, lucía solo un poco más viejo que Lynet, pero ella sabía que era imposible.

Comenzó a incomodarse al tomar consciencia de cuán cerca estaba de ella, y de que las manos del cazador aún estaban sobre sus hombros, así que se alejó de él.

–Es tarde, niña –dijo el hombre, y ella se preguntó cuántos años podría tener él para llamarla así–. ¿Por qué estás afuera a estas horas?

–Tengo derecho a estar aquí si lo deseo –replicó Lynet–. ¿Qué estás haciendo *tú* aquí a esta hora?

–Tengo derecho a estar aquí si lo deseo –repitió él.

Ninguno de los dos sonaba completamente convincente, pero quizás aquello era una ventaja para Lynet.

–En ese caso –dijo ella; su voz comenzaba a temblar un poco–, entonces no

hay motivos para que ninguno de los dos le diga a alguien que estuvimos aquí esta noche.

Ambos se observaron, y quizás solo era un truco de la luz de luna, pero Lynet pensó en ese momento que él sí parecía tener la edad que aparentaba: sus ojos miraban nerviosos por encima del hombro de Lynet y su cuerpo estaba encorvado como un niño culpable. Lynet notó que ella también estaba de pie con la misma postura.

Él asintió para demostrarle que había comprendido.

—Entonces, continua tu camino —dijo—, y yo haré lo mismo.

Ambos se observaron un instante, y luego, prácticamente al unísono, se alejaron en direcciones opuestas. Lynet miró hacia atrás una sola vez para asegurarse de que él no estuviera siguiéndola o espiándola, pero el hombre había desaparecido.



Solo tuvo que esperar unos minutos posada en el alféizar de la ventana antes de oír el chillido fuerte que emitió la puerta al abrirse a sus espaldas. Nadia apareció en la entrada, sosteniendo una vela encendida que en cierto modo parecía sumir aún más la habitación en sombras titilantes. La muchacha también traía su bolso de cirujana.

—Esta es una torre muy alta —dijo ella, un poco agitada.

Lynet se encogió de hombros y les echó un vistazo a los peldaños y a los puntos de apoyo que había utilizado para trepar desde un árbol cercano hasta la ventana de la torre. Bajó del alféizar de un salto y tomó asiento en la alfombra que estaba en medio de la habitación. Nadia se puso de rodillas para unirse a ella, colocó la vela entre ambas y se inclinó hacia adelante.

La subida había acaparado toda su atención, así que ahora se sentía tranquila y centrada, en especial al estar junto a la respiración aún agitada de Nadia.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Lynet.

–En la Torre Norte –respondió Nadia de inmediato–. Como decía tu nota. Lynet movió la cabeza de lado a lado, las sombras de sus rizos bailaban sobre la pared.

–No es solo eso. Estamos directamente sobre la cripta real. Voy allí una vez al año con mi padre para visitar la última morada de mi madre. Fuimos allí el otro día, antes de que me dijeras que ella no me había dado a luz en absoluto.

–Lo siento –dijo Nadia avergonzada–. Creí que querrías saberlo. Creí que *cualquiera* lo habría querido. Nunca fue mi intención asustarte.

–No me asusté –replicó rápidamente–. Solo necesitaba... reflexionar acerca de lo que habías dicho.

Nadia le ofreció una sonrisa arrepentida.

–Entonces ¿no estás enfadada conmigo?

–Ya no –respondió Lynet–. Me alegra saber la verdad.

Todo el cuerpo de Nadia pareció relajarse de alivio. Extrajo algo de su bolso y se lo entregó a Lynet, con cuidado de que la llama de la vela no lo tocara.

–Esto pertenecía al maestro Jacob, el cirujano que estaba antes que yo. Lo encontré en el sótano junto a los demás archivos viejos, y pensé que podría servirte.

–¿Lo has leído? –preguntó Lynet mientras tomaba el diario delgado y desgastado. Supo por la pausa incierta de Nadia, incluso antes de que le respondiera, que ella sin dudas lo había inspeccionado.

–Así es. Hay un poco más de detalles sobre ti, pero no acerca de la creación en sí misma.

Lynet comenzó a hojear el diario y se detuvo cuando vio el nombre de Emilia. Leyó el recuento de la enfermedad de su madre, de la desesperación de su padre al convocar a un mago famoso del Sur para que ayudara a salvarla. Cuando ella murió, él le había pedido al mago que creara una hija

para él, una niña que luciera exactamente como su madre. El mago había creado a la niña con nieve y con su propia sangre, la cual tenía el poder de crear vida. Lynet continuó leyendo, viéndose desde cierta distancia: no como un ser humano, sino como un experimento extraño y antinatural.

Bajó el diario, con la respiración entrecortada. En ese momento, deseaba que Nadia no hubiera leído esas páginas. Todos los demás la veían como la hija de su madre, pero al menos aún la consideraban un ser humano. Lynet mantuvo la vista clavada en la llama de la vela, siguiendo los movimientos del fuego.

–¿Qué ves cuando me miras? –preguntó.

–¿A qué te refieres? –respondió Nadia con voz cautelosa.

–¿Ahora me ves como si fuera... una curiosidad? ¿Algo antinatural o... o una copia de mi madre?

–Nunca conocí a tu madre.

Lynet alzó la vista e intentó sonreír.

–No respondiste mi pregunta.

Nadia permaneció en silencio y Lynet intentó leerla, pero parte de ella estaba cubierta en sombras. Esperó la respuesta con pavor creciente: después de todo, la habían diseñado de afuera hacia adentro, su rostro pintado como el de una muñeca. ¿Quién era entonces, más que una copia destinada a que la comparasen con el original?

–No –dijo Nadia por fin; su voz sobresaltó a Lynet–. Definitivamente no te veo solo como una curiosidad o como la sombra de alguien más. Pero no poseo todas las respuestas que quieres. No puedo decirte más de lo que contiene ese diario...

–Pero sí que puedes –replicó Lynet–. El diario dice que mi piel siempre es fría al tacto, pero no tengo manera de saber si eso es cierto por mi cuenta –se acercó un poco más, tomó la mano de Nadia y la presionó contra su piel

expuesta debajo de la garganta—. ¿Es verdad? ¿Estoy fría?

A pesar de que al principio se sorprendió y su mano saltó debajo de la de Lynet, Nadia pronto permaneció quieta y sus ojos se movieron lentamente desde sus manos hacia el rostro de la princesa. Ya no estaba sumida en las sombras, y por un instante creyó ver preocupación en sus ojos... pero quizás solo era el reflejo de la llama.

—¿Y? —preguntó en voz baja.

Nadia apartó su mano.

—Es la prueba equivocada —respondió ella, sus ojos rápidamente pasaron otra vez de la piel expuesta en la garganta de Lynet a su rostro.

—¿Ah, sí? —replicó Lynet—. Entonces ¿cuál sería la prueba correcta?

Nadia sonrió ante el tono juguetón de la princesa y empujó la vela hacia adelante.

—Tienes la piel fría, pero la piel de cualquiera estaría helada en una torre ventosa como esta. La verdadera prueba será descubrir si tu piel logra entibiarse —señaló la vela con la cabeza—. Calienta tu mano sobre la llama, pero no te quemes.

Lynet había jugado aquel juego varias veces a lo largo de los años. Era otro modo de deshacerse de aquella incomodidad en la piel; colocaba la mano sobre una llama y la movía cada vez más cerca del fuego hasta que perdía la paciencia y la apartaba. Lo hizo para Nadia y permitió que la llama entibiara su piel.

Después de aproximadamente un minuto, Nadia apartó la vela y tomó la mano de Lynet.

—¿Qué sientes ahora? —preguntó la cirujana, inclinando la cabeza, pero sin nunca bajar la mirada—. ¿Sientes la mano tibia?

Deslizó la yema áspera de su pulgar sobre la palma de Lynet, y el corazón de la princesa dio un saltito extraño que no pudo explicar.



–Sí, siento calor –dijo, su voz apenas más que un susurro.

Una sonrisa lenta se dibujó en los labios de Nadia.

–Qué curioso –comentó–. Para mí, no estás caliente en absoluto. Tu piel aún está fría al tacto.

Lynet apartó la mano mientras la miraba e intentaba hallar las respuestas que quería en sus líneas.

–¿Cómo es posible?

Nadia movió la cabeza de lado a lado.

–No lo sé. Quizás cualquier cosa que no sea fría la sientes cálida, pero el frío lo sientes neutral. Has absorbido el calor, como una especie de esponja, pero la superficie aún permanece fría.

–Entonces ¿dices que mi interior no concuerda con mi exterior? –Lynet rio con ironía–. Yo misma podría habértelo dicho.

–¿A qué te refieres?

–¿No es obvio? Soy mi madre en el exterior. Luzco como ella. Sueno como ella. Coloca una corona sobre mi cabeza, y nadie será capaz de notar la diferencia.

Lynet intentó mantener la voz relajada, pero el rostro de Nadia era serio y la princesa recordó que había pensado que aquella muchacha también era una contradicción: la chica sonriente y la cirujana estricta.

–¿Y qué eres en el interior? –preguntó Nadia en voz baja.

Lynet movió la cabeza de lado a lado; de pronto, sintió un nudo en la garganta.

–No lo sé –respondió. Sin importar lo que hiciera, sin importar quién era, lo único que todos sabían sobre ella era lo mucho que se parecía a su madre. Y con cada año que pasaba, solo se convertiría más y más en la mujer que yacía en la cripta subterránea. Estaba destinada a convertirse en alguien más, a perder su identidad por completo. Todos le decían constantemente que ya no

era una niña, pero Lynet sabía que serlo era la única defensa que tenía en contra de convertirse en una mujer que no conocía. Sentía el ardor de las lágrimas en sus ojos y recordó cómo se había derrumbado frente a Mina. Se negaba a permitir que sucediera otra vez delante de Nadia.

Lynet se obligó a soltar una risa estridente, se levantó del suelo y se apresuró a ir hacia la ventana.

—¿Deberíamos averiguarlo? —deslizó una pierna por encima del marco de la ventana y luego hizo lo mismo con la otra.

Nadia se acercó a ella de inmediato.

—¿Qué estás haciendo?

—No te preocupes —dijo Lynet riendo de nuevo—. Hay una cornisa justo afuera de la ventana. ¿Lo ves? —descendió hasta el peldaño y la ventana quedó a la altura de su cintura. Se aferró al alféizar detrás de ella mientras Nadia parecía dudar acerca de si debía sujetar las manos de Lynet o no, en caso de que hacerlo le hiciera perder el equilibrio—. La vista desde aquí es extraordinaria durante el día —prosiguió Lynet—. Puedes ver todo Primavera Blanca desplegado ante ti —e incluso en ese momento, bajo la luz de la luna, Lynet aún podía ver abajo la silueta del patio, enmarcado por la copa del enebro, rodeado de nieve que parecía absorber la luz pálida; y por un instante, no pudo distinguir si la nieve reflejaba la luz de luna o si era al revés. Más allá de los muros grises y rígidos del castillo yacía el bosque, las formas oscuras de los pinos erguidos como centinelas atentos.

—Estoy segura de que es muy hermoso —comentó Nadia—. Ahora, entra.

Lynet rio de nuevo.

—¿Temes por mi seguridad? Ya he escalado hasta aquí arriba esta noche en lugar de subir por la escalera —se movió unos centímetros hacia un lado en la cornisa—. Ven, también hay lugar para ti.

—No saldré allí afuera, y es probable que tú tampoco debas hacerlo. Creo

que es peligroso.

Una ráfaga fría le arremolinó el cabello.

–Si caigo, curarás mis heridas, ¿cierto? Al igual que cuando nos conocimos.

–No si mueres cuando caigas contra el suelo.

La idea apareció repentinamente: *si estoy muerta, al menos no me convertiré en ella.*

¿Qué la había hecho pensar algo semejante? Lynet miró hacia abajo, hacia el suelo lejano, y por primera vez, comprendió por completo que podía caer. Podía morir. No era invencible. *¿Por qué estoy haciendo esto?*, se preguntó en ese instante, y como siempre, una voz en su cabeza respondió: *Para sentirte viva.* Pero esa vez, había otra voz que nunca había oído antes y que le ofreció una respuesta diferente:

*Para morir.*

–¿Nadia? –llamó–. Quiero regresar adentro –su voz sonaba tan lejana para sus oídos, como si ya hubiera caído lejos y estuviera llamándola desde abajo.

De inmediato, los brazos fuertes de Nadia rodearon la cintura de Lynet y la alzaron por encima del marco de la ventana. Ella podría haber trepado e ingresado sola, pero no confiaba en su propio cuerpo en aquel momento. Aquella comezón bajo su piel era peligrosa; le decía que podía saltar desde un techo a un árbol cuando en realidad no podía hacerlo. Le decía que podía balancearse en la ventana de una torre y no caer.

Incluso cuando estuvo a salvo dentro de la torre, Nadia no la soltó de inmediato, tal vez por miedo a que Lynet saltara hacia la ventana de nuevo. Y quizás lo haría: podía sentir el latido rápido de su pulso bajo la piel intentando estallar y salir de ella, y le preocupó que Nadia también pudiera sentirlo. O quizás quería que Nadia lo hiciera, que ignorara la superficie fría de su piel y que encontrara sangre ardiendo debajo de ella. Quizás solo quería que alguien la diera vuelta de una vez.

Pero ¿cómo podía explicarlo? ¿Cómo podía explicar cualquiera de las acciones de esa noche? No podía simplemente decir que su piel no le quedaba cómoda a veces y que el único modo de arreglarlo era hacer algo imprudente y emocionante. Pero cuando se alejó de la cirujana, Nadia no la miraba con desaprobación o confusión: tenía la vista clavada por encima de los ojos de Lynet, con algo similar al deleite y el esbozo de una sonrisa en el rostro.

–¿Qué sucede? –preguntó Lynet mientras su curiosidad dominaba la vergüenza que sentía.

–Tu cabello...

Lynet estuvo confundida al principio, hasta que notó que estaba de pie directamente en un haz de luz de luna que ingresaba a través del techo. Suponía que había creado alguna clase de aureola alrededor de su cabeza. Lynet estaba lista para burlarse de Nadia por haber quedado tan embelesada por algo tan común, pero entonces, la muchacha extendió una mano para rozar suavemente los rizos de la princesa y Lynet tuvo miedo de moverse. Nadia enredó un rizo en su dedo mientras sus ojos evitaban mirar el rostro de Lynet, y su corazón palpitó, un golpeteo lento pero intenso contra sus costillas. Incluso el aire alrededor de ambas parecía tan quieto que cada respiración se sentía importante; el roce del cabello contra su mejilla era suficiente para que Lynet olvidara la comezón debajo de su piel.

Nadia retiró la mano tan repentinamente que Lynet creyó que todo el incidente solo había ocurrido en su imaginación.

–No puedo permitir que conserves este diario, pero puedes venir al taller cuando gustes –dijo Nadia de prisa; su voz era apenas demasiado fuerte–. Hay otros diarios, pero no los he revisado todos. Quizás puedas averiguar más.

Y luego comenzó a marcharse: se inclinó para tomar el diario y la vela antes de salir rápido de la habitación. La puerta se cerró detrás de ella y Lynet

continuó de pie junto a la ventana de la habitación silenciosa, contemplando el espacio vacío frente a ella donde Nadia acababa de estar. Todo se había derrumbado tan rápido... Nadia se había movido a una velocidad imposible...

O quizás Lynet se había dejado llevar por el momento, y el mundo a su alrededor había continuado en movimiento mientras el tiempo se había detenido para ella.

A black and white photograph of a snowflake. The snowflake is highly detailed, showing its intricate crystalline structure. It is set against a dark, blurred background. The number '9' is positioned above the word 'MINA', both in a white, serif font. The overall composition is centered and elegant.

9  
MINA

¿Qué debía hacer alguien para seducir a un rey?

Era demasiado pronto, por supuesto. Él no contraería matrimonio de nuevo mientras el recuerdo de su esposa estuviera fresco en su mente, pero los recuerdos carecían de sustancia y desaparecían bastante rápido.

Como la temida hija del mago, nunca se había relacionado con los aldeanos de su tierra, y ni hablar de que alguien la hubiera cortejado. Sin embargo, debía comenzar por alguna parte. No habría margen de error con el rey.

Quizás no importaba que no conociera a ningún joven. Era la hija de su padre y, lo que no poseía, lo creaba.

Una noche, tarde, no mucho después del banquete, Mina se escabulló de la cama. Encendió una vela, tomó el espejo de su madre y colocó ambos objetos en el suelo cerca del vidrio congelado de su ventana.

Desde aquel día junto al arroyo en el que había descubierto que podía manipular el vidrio, Mina había practicado el uso de su poder y había hallado que cuanto más vidrio tuviera a su alrededor, menos magia necesitaba, aunque el efecto siempre era temporal. Pero la regla del uso de sangre de su padre no funcionaba para ella. Una vez había intentado hacer de nuevo un ratón, pero sin importar si había utilizado su sangre para crearlo, el animal nunca estuvo realmente vivo... nunca tuvo pulso. Sin embargo, aquello no importaba. Esa noche, no quería crear nada que tuviera pulso.

Apoyada junto a la ventana de vidrio, centró su atención en el espejo y el cristal se deslizó del marco y formó un charco plateado en el suelo. El charco aumentó su tamaño y, lentamente, una figura apareció: un cuerpo humano, alto y esbelto. La figura de vidrio aún era transparente, pero había ganado solidez; un maniquí cristalino.

Ella le dio forma en su mente, con cuidado de detenerse en cada detalle: el rizo de sus pestañas, los callos en sus manos, su clavícula prominente. En el

último minuto, recordó vestirlo, y el vidrio se transformó en una túnica, obedeciéndole. El cristal se transformó en hueso, carne y tela y, cuando terminó, Mina se inclinó hacia él y susurró: *Vive*.

Incluso con la ventana, Mina sintió el aliento que brotó de sus labios justo cuando los ojos de la figura se abrieron de par en par.

Era hermoso, tenía ojos negros y cabello oscuro resplandeciente. Su único error habían sido los brazos. Ella había vacilado brevemente al darles forma, porque no estaba segura de si debían ser musculosos o delgados y, como resultado, sus brazos color caramelo estaban marcados con cicatrices delgadas, como grietas en la superficie de un espejo.

Se inclinó hacia él.

–¿Sabes quién soy?

Él parpadeó despacio mientras la miraba y luego sonrió al reconocerla.

–Eres tú –dijo el muchacho, y su voz tintineaba como el vidrio–. He contemplado tu rostro todos los días. Y aunque he visto otros, el tuyo siempre ha sido el más hermoso de todos.

Sus palabras eran una caricia, como la sensación del vidrio frío contra la piel en un día caluroso.

–Me llamo Mina. Permíteme que te ayude a sentarte.

Colocó un brazo debajo de los hombros del muchacho y lo guio hasta que adoptó una posición sentada. Él copió sus movimientos mientras aprendía a mover las extremidades y su cuerpo, hasta que logró sentarse como ella, con las rodillas flexionadas debajo del cuerpo. Se sentaron cara a cara y se observaron mutuamente. Mina se mordió el labio y él hizo lo mismo.

–Me llamo... ¿tengo nombre? –preguntó él.

Mina no había pensado en uno. Reflexionó al respecto, probando opciones distintas en su mente hasta que encontró una que sintió como vidrio roto en la lengua.



–Félix –respondió–. Te llamas Félix.

–Me llamo Félix –repitió él–. ¿Qué quieres que haga si ya no puedo mostrarte tu propio rostro?

–Necesito que me enseñes lo que significa estar enamorado; cómo luce, cómo se siente. Ámame lo mejor que puedas y aprenderé de ti.

La voz de Mina había comenzado a quebrarse en esas últimas palabras, así que dejó de hablar, deseando no haber dicho absolutamente nada. ¿Qué sabía un trozo de cristal acerca del amor? Ella podía hacerlo añicos si así lo quería, obligarlo a regresar al marco del espejo y olvidar que alguna vez había intentado poner a prueba aquel experimento erróneo.

Pero entonces, él colocó ambas manos sobre los hombros de Mina y se inclinó hacia adelante, mientras sus labios flotaban sobre los de ella antes de moverse hacia el sector de piel que estaba justo debajo de su mandíbula, en el lugar exacto donde su pulso debería haber estado, y quedó sin aliento.

–Eso es fácil –susurró él contra su garganta–. Te he amado desde que abrí los ojos y te vi.

Mina parpadeó y cerró los ojos mientras sus manos recorrían los brazos llenos de cicatrices del muchacho. Lo acercó hacia ella, maravillándose ante el peso desconocido pero reconfortante de su cabeza hundida en el hueco de su cuello. Por un instante, pensó: *Quizás esto es suficiente*. Quizás no necesitaba al rey o su corona... Quizás lo único que necesitaba era cerrar los ojos y abrazar fuerte a Félix hasta que olvidara que ninguno de los dos tenía pulso, que ninguno de los dos podría jamás hacer que el otro fuera realmente humano.

Pero no podía mantener los ojos cerrados para siempre, así que los abrió de nuevo y se apartó con dulzura del abrazo de Félix.

–Extiende los brazos –ordenó ella.

Las grietas eran visibles, pero lucían como cicatrices, como las que alguien

obtiene a causa de un duelo o una cacería. Probablemente, ella podría haberlas reparado, pero decidió que él le gustaba más así. Deslizó los dedos por encima de las marcas y la sensación que le generó la estremeció hasta los huesos. *Mío.*

–Luces como un cazador, amor mío –dijo ella–, y el rey suele ir de cacería. Cuando salgas de aquí, irás a los establos, preguntarás por el capataz y le dirás que has venido para unirme a los cazadores de su alteza. Quizás con el tiempo, acompañarás al mismísimo rey y luego regresarás aquí, conmigo, y me dirás lo que has aprendido acerca de él. ¿Comprendes?

–Sí. Seré un cazador –recitó con los ojos abiertos de par en par, ansiosos por complacerla.

Ella inclinó la cabeza y presionó los labios contra una de las cicatrices que él tenía en la parte interna del brazo, y él alzó la cabeza de Mina con delicadeza y acarició con el pulgar sus mejillas y sus labios. Ella se inclinó más, insegura al principio, pero cuando él no se alejó, se acercó más, hasta que sus labios se encontraron con los de él. Prácticamente de inmediato, ella retrocedió.

Félix se adaptó con rapidez. Copió los movimientos de Mina y movió la cabeza hacia adelante para devolverle el beso. La adoración de Félix, su deseo, la alimentaban y ella comprendió en ese instante por qué siempre se decía que los dioses eran celosos.

Fingió que besaba al rey y practicó dónde debía colocar sus manos sobre la espalda del muchacho, cuándo debía apartarse para que él quedara deseoso de más. *Así se siente que te abracen, que te amen,* se dijo a sí misma, pero estaba demasiado consciente de que era un espejo quien la amaba, y los espejos solo veían la superficie. ¿Acaso las personas eran iguales? Si su resplandor externo era lo bastante intenso, ¿podría cegar a cualquiera para que no vieran lo que yacía debajo?

Félix gritó. Sin pensar, ella había lastimado la piel en la nuca del muchacho y, cuando retiró la mano, la sangre de Félix estaba debajo de las uñas de Mina.

¿Acaso el grito había sido lo bastante alto para despertar a su padre? Mina se levantó del suelo y oyó con atención a la espera de pasos. Félix permaneció de rodillas frente a ella, con el rostro hacia arriba, radiante de devoción, y ella olvidó sus preocupaciones al verlo. No creía que alguna vez fuera a acostumbrarse a aquella abundancia de afecto repentina.

–Ponte de pie –dijo, y él obedeció–. ¿Te lastimé?

–Un poco.

–¿Aún me amas?

–Por supuesto.

Ella se acercó para besarlo de nuevo, pero el sonido de su puerta al abrirse la sobresaltó.

Era su padre, y estaba furioso.

–Sácalo de aquí –le dijo y su voz era un gruñido grave.

Félix miró a Mina confundido, esperando que ella le dijera qué hacer.

–Recuerda a dónde te dije que fueras –le susurró Mina. La habitación estaba al nivel del suelo, así que ella abrió la ventana. Félix comprendió y asintió una vez antes de salir por allí para cumplir con la otra tarea que ella le había encomendado.

Cuando Mina cerró la ventana, deseó poder seguirlo o que cuando volteara, su padre hubiera desaparecido. Pero no tuvo tanta suerte. Su padre la esperaba tan furioso como antes. En ese momento, ella decidió que no importaba lo que él dijera o hiciera; no le contaría cuál era el verdadero origen de Félix. Ese aún era su secreto y se aferraría mientras tuviera fuerzas en su cuerpo.

–No logro decidir si eres inocente o solo profundamente estúpida –comentó

con desdén Gregory mientras una vena latía en su frente.

*No me hablarías así si fuera la reina*, pensó Mina, pero permaneció en silencio. Permitiría que hiciera una rabieta y, cuando él hubiera terminado, ella hablaría.

–Deberías estar agradecida de que te detuve antes de que llegaras demasiado lejos. Si alguien se hubiera enterado de esto, o si hubieras terminado embarazada, sería imposible encontrar a alguien que se case contigo.

–¿Y si llegaste *demasiado* tarde? ¿Y si todo llegó demasiado lejos? –era una declaración arriesgada, pero valió la pena para ver cómo la sangre abandonaba el rostro de Gregory. Sí, ahora la escucharía. Le prestaría atención a cada palabra.

Él sujetó con violencia los hombros de Mina.

–¿Así fue?

Mina se tomó un minuto antes de responder, y permitió que él esperara la respuesta.

–No –dijo al fin.

Gregory la soltó con los hombros relajados de alivio.

–Si alguna vez te veo con él de nuevo, o con cualquier otro hombre, lo mataré. ¿Cómo es posible que una hija mía sea tan estúpida?

–No iba a permitir que él...

La risa de su padre la interrumpió.

–¿Crees que podrías haberlo detenido?

–Sí.

–¿Y cómo lo sabes?

*Porque yo lo creé, y yo puedo destruirlo.* Mantuvo la boca firmemente cerrada, con miedo a que su orgullo la traicionara.

–Sabía lo que estaba haciendo.

–¿Sí? Explícamelo.

Ella pensó rápido. Si le contaba la verdad acerca de su propósito, de sus ambiciones secretas, él podría ser un aliado. Si mentía, él pensaría que era una tonta y la casaría con alguien lo antes posible.

–Quiero ser reina.

Su padre permaneció boquiabierto durante unos segundos más antes de que moviera la cabeza de lado a lado y recordara cerrarla. Aquello sin dudas era algo que no esperaba oír. Lo había dejado sin habla y eso era una victoria.

–Quiero casarme con el rey –prosiguió Mina–. Hablé con él en el patio, la mañana del banquete, y pensé que si podía... practicar con alguien, entonces sabría qué hacer si alguna vez volvía a hablar con él. Sabría cómo hacer que... él me amara.

Gregory continuó observándola boquiabierto durante un tiempo y luego comenzó a reír a carcajadas.

–Te he subestimado –dijo–. Yo esperaba arreglar un matrimonio con una familia importante, y todo este tiempo tú has estado soñando despierta con ser reina. Después de todo, heredaste algo de mí.

La idea de haber heredado algo de él era desagradable para Mina, pero no quería arruinar el buen humor de su padre.

–Podrías ayudarme –dijo ella–. Podríamos trabajar juntos. Podrías ser el padre de una reina.

Él pareció considerar la idea con mayor seriedad mientras adoptaba una expresión reflexiva.

–No sucedería hasta dentro de unos años. El recuerdo de la reina debe comenzar a desvanecerse antes de que el rey pueda reemplazarla. ¿Estás dispuesta a esperar tanto?

–Sí –afirmó, pensando en la mesa alta en el salón del banquete y en los rostros llenos de veneración que voltearían hacia ella cuando ocupara su lugar

junto al rey.

–¿Y tampoco... continuarás “practicando”?

Mina se sonrojó. Movi6 la cabeza de lado a lado.

–Si podemos lograr que esto suceda, Mina... –él hizo una pausa y asintió para sí mismo mientras se acercaba a la puerta. Se detuvo en la entrada—. Algo más antes de irme. Es mera curiosidad: ¿deseas al hombre o la corona?

No había respuesta segura. Si elegía al hombre, la consideraría indecente; si optaba por la corona, sería una mercenaria. La única respuesta que podía dar era la verdad:

–Ambos.

\*

Mina solía distinguir la estación solo con mirar los árboles. Pero en Primavera Blanca, siempre era invierno, así que a duras penas notó cuándo transcurrió un año, y luego otro. No había esperado ser reina para fin de año, pero había tenido esperanzas de al menos tener la oportunidad de hablar de nuevo con el rey. Solía pasear cerca del patio oeste donde se habían conocido, pero nunca lo encontraba allí. Durante las comidas en el Salón, estaba demasiado lejos de la mesa alta para siquiera captar su atención, y mucho menos hablar con él. La mayor parte del tiempo, él ni siquiera estaba allí y prefería comer en privado.

Su padre no estaba preocupado.

–No puede contentarse con un recuerdo para siempre –le repetía Gregory—. Pronto, querrá carne sólida y eso es algo que tú tienes y que la antigua reina ya no.

Pero aunque había hallado consuelo en las afirmaciones de su padre, parte de ella siempre se preguntaba: *¿Eso es todo lo que soy?*

Sin embargo, aún tenía a Félix. No podía arriesgarse a que su padre los descubriera juntos de nuevo, así que Mina había buscado un lugar seguro en donde reunirse con él, y una noche lo encontró. En una esquina olvidada del

ala oeste había una capilla abandonada con ventanas de vitrales, los últimos restos de una época en la que el sol aún brillaba sobre Primavera Blanca, antes de que el Norte hubiera comenzado a rezarle a Sybil. Desde allí, Mina llamaba a Félix; como lo había creado, podía contactarse con él con el pensamiento, un jalón leve que él sentía sin importar dónde se encontraba. Estaba ascendiendo de rango con rapidez entre los cazadores, pero el rey aún permanecía fuera de su alcance y, por lo tanto, también fuera del alcance de Mina.

Y entonces, una noche en el Salón, Mina oyó que pronto habría un picnic en el Jardín de las Sombras detrás del ala este del castillo. Aquello no era ninguna novedad: la corte ocasionalmente organizaba pequeñas reuniones sociales para su propio entretenimiento, pero Mina además oyó rumores de que esa sería la primera aparición pública de la princesa, lo cual significaba que el rey también estaría presente. Por fin, Mina tenía otra oportunidad. Cuando el rey la viera de nuevo, ella no sería la niña acurrucada y temblorosa que él había conocido en el patio.

El día del picnic, Mina fue sola al Jardín de las Sombras. No creía que la colección horripilante de árboles retorcidos y muertos mereciera llamarse jardín, pero tuvo que admitir que el espacio lucía casi bonito ese día, con los faroles que colgaban de las ramas desnudas de los árboles y proyectaban un resplandor anaranjado sobre la nieve. La corte entera estaba allí para la primera aparición pública de la princesa, junto a una cantidad considerable de nobles que habían asistido de visita. Habían armado un pabellón cubierto lejos de los árboles y, debajo de él, estaba sentado el rey Nicholas, al igual que una niñera con una criatura de dos años activa en el regazo. La princesa luchaba contra los brazos de la niñera, esforzándose por unirse a un grupo de niños que corría y jugaba bajo los árboles.

Mina se sintió perdida en la multitud. Reconoció algunos rostros del Gran

Salón, pero no tenía amigos o aliados entre ellos. Observó cómo los viejos amigos intercambiaban saludos, y comenzó a desear haber pasado menos tiempo observando al rey y más esforzándose en hacer un amigo o dos en la corte. Había asistido allí ese día esperando en secreto que la multitud le abriera paso al llegar y que formara un sendero para que ella fuera directo hacia el rey, quien de inmediato quedaría impactado por su belleza. Pero esa idea era una tontería romántica que debería haber dejado atrás hacía años.

En cambio, tomaría esa oportunidad con mayor practicidad. Necesitaba ser accesible, atractiva, para que las personas se acercaran a ella en vez de rogar por su atención desde los laterales. Caminó entre la multitud sin rumbo, en busca del momento apropiado, de la persona correcta. Solo necesitaba que alguien la *viera*, que quedara cautivado por su belleza.

Allí, de pie no muy lejos del pabellón, había dos hombres, ambos con la juventud suficiente para estar probablemente solteros, conversando. Mina caminó rápido hacia ellos mientras miraba en otra dirección, hasta que logró toparse accidentalmente contra uno de ellos.

–¡Oh, lo siento mucho! –dijo de inmediato, y se alejó de él para que pudiera verla mejor–. Debería haber prestado atención al caminar –ambos hombres comenzaron a fruncir el ceño, pero cuando voltearon y vieron quién los había interrumpido con torpeza, quedaron boquiabiertos y olvidaron el ceño fruncido.

*Sí*, pensó Mina, *mírenme*. Permaneció de pie allí, invitándolos a que contemplaran el modo en que su cabello complementaba a la perfección su vestido color esmeralda. Ellos sabrían que sus raíces eran sureñas por el tono dorado de su piel, pero también notarían cuán suave era, y que tenía el cuello descubierto a pesar de sentir frío. Los ojos de ambos resplandecieron y ella se entregó a sus miradas mientras alzaba el mentón y se obligaba a no voltear a la vez que se preguntaba de nuevo: *¿Esto es todo lo que soy?*



–No es necesaria una disculpa –dijo el más bajo, y pasó una mano entre su cabello castaño delgado–. En especial, si permaneces aquí y conversas con nosotros.

Mina sonrió y colocó la mano en su garganta al notar el modo en que los ojos de los muchachos la seguían.

–Gracias, caballeros. Me temo que no conozco a muchas personas en la corte y sería un gran consuelo tener amigos.

Trinó y se pavoneó para ellos como un pájaro en su jaula, rogando que lo vendieran, pero siempre manteniendo la postura para ver al rey. En poco tiempo, otros se unieron a su círculo: al principio solo otros hombres, pero luego algunas mujeres también se acercaron, hasta que Mina se convirtió en la atracción principal de la celebración. Al comienzo, todos la miraban de arriba abajo, con un ceño fruncido y vacilación en el rostro al notar que era una forastera, pero entonces, Mina sonreía o jugaba con su cabello, y sus miradas se llenaban más de admiración.

El rey parecía preocupado por asegurarse de que su hija no huyera para unirse a los otros niños que jugaban entre los árboles y balanceaban ramas como espadas improvisadas, pero Mina sabía que en algún momento él notaría el círculo creciente de personas y luego, la vería en el centro de todo, resplandeciendo como un faro que lo atraía.

Al final, lo que captó su atención fue la risa de Mina. Él había estado oyendo a un anciano susurrándole algo en el oído, con los ojos llenos de aburrimiento, cuando Mina fingió reír por algo que en realidad estaba solo escuchando a medias. El rey volteó ante el sonido, y luego vio a Mina e inclinó levemente la cabeza con curiosidad al notar la pequeña multitud que la rodeaba. Ella mantuvo la cabeza en alto; quería que él la viera así, venerada y admirada, en vez de como la chica solitaria del patio, pero después de un breve momento, él volvió a enfocar su atención en el anciano.

Intentando no reaccionar ante aquella decepción, Mina centró de nuevo su atención en el grupo, pero ellos ya no la miraban. Se movían y hacían lugar para un grupo de personas liderado por una mujer de mediana edad que llevaba la cabeza erguida sobre su cuello largo y elegante, y el cabello negro cubierto de hilos blancos y dignos.

Mina la reconoció. Se llamaba Xenia, y ella y muchos otros de la misma edad siempre estaban sentados más cerca que nadie a la mesa alta, ya que la mayoría de ellos eran parte del consejo del rey.

La ceja izquierda de Xenia se alzó en un arco perfecto y sus labios se curvaron en una sonrisa entretenida, pero fría.

—Qué día extraño hoy —dijo, con la voz lo bastante alta para que todos la escucharan—. Nuestra hermosa princesa hace su primera aparición en la corte, y aquí estamos todos reunidos alrededor de una sureña que ninguno siquiera conoce. Creo que el rey resentirá semejante insulto a su hija.

Volteó y se marchó, llevándose la multitud con ella. Algunos simplemente partieron, pero muchos otros se tomaron la molestia de lanzarle una mirada despreciable a Mina.

*¿Por qué estas personas hacen que me avergüence de mi hogar?*, pensó Mina. ¿Cuándo habían ganado el derecho de hacerlo? A pesar de su desprecio hacia los sureños, no eran distintos de los aldeanos asustados de su hogar, que susurraban y lanzaban piedras a sus tobillos cuando ella no miraba. Sus motivos eran distintos, pero el dolor agudo de su rechazo se sentía exactamente igual. Ella miró al rey y de inmediato lo lamentó: él le devolvía la mirada y atestiguaba su desgracia repentina con un ceño profundo.

Ser humillada era una cosa, pero que *él* lo viera... Mina no pudo evitarlo. Se retiró lo más rápido que pudo sin comenzar a correr. Sabía que marcharse en ese instante sería una señal de derrota, pero no podía soportar permanecer allí escuchando que se burlaran de ella mientras sus planes para el futuro se

habían disuelto en un instante.

Ya estaba a punto de salir del jardín cuando oyó que una voz la llamaba.

–¡Espera! –dijo la voz y luego sintió que la sujetaban fuerte del brazo. Cuando volteó para confrontar a su último torturador, emitió un gritito de sorpresa: era el rey Nicholas.

Al igual que había imaginado, la multitud se abrió y formó un sendero entre ella y el pabellón del rey, pero, en vez de ir hacia él, él se había acercado a ella. Todos los observaban con interés, esperando ver qué haría el rey.

Nicholas siguió la mirada de Mina hacia la multitud expectante y suspiró, exasperado. Soltó el brazo de Mina y le ofreció el suyo.

–Camina conmigo –dijo, y ella aceptó de inmediato la oferta, sin saber en absoluto qué estaba haciendo.

El rey marcó un paso relajado lejos del jardín: un paseo sencillo en vez del escape que Mina había estado llevando a cabo. Ella se aferró a su brazo, pensando a toda velocidad. No sabía qué hacer, quién ser... ¿Por qué la había seguido? ¿Por qué la llevaba lejos? ¿Intentaba ayudarla o quería decirle en persona que nunca más asistiera a otro acto público?

Por fin, él habló sin mirarla.

–Sé quién eres. Eres la hija de Gregory.

–Mi nombre es *Mina* –dijo ella, firme.

Él dejó de caminar y volteó para mirarla; un frunce pequeño apareció entre sus cejas.

–Claro. Mina. La chica del durazno. Te has convertido en... –él movió la cabeza de lado a lado levemente y apartó la mirada–. ¿Estaban siendo crueles contigo? ¿Por esa razón huías?

Mina observó con atención el rostro del rey, en busca de algún indicio que le dijera que estaba tendiéndole una trampa. Pero sus ojos eran amables y su frente tenía arrugas suaves de preocupación. Era el mismo hombre que había

conocido en el patio hacía dos años: triste, pero aún amable.

–Sí –susurró ella–. Sí, fueron crueles conmigo. Pero las personas siempre me han tratado con crueldad por un motivo o por otro.

Él asintió, denotando comprensión.

–Primavera Blanca puede ser reacio al cambio. Nadie confía en nadie ni en nada nuevo, no al principio. Lamento que hayas tenido que aprender eso de un modo tan hostil. No permitiré que suceda otra vez.

Primero, Mina no respondió. Aunque aún temblaba, sintió una clase de calidez extraña, las palabras de Nicholas la rodeaban de un modo protector. Ella le había confiado algo y él se había puesto de su lado.

–Gracias, milord –respondió ella–, por acudir a mi rescate.

*Nunca nadie lo ha hecho antes*, quería decir.

Él sonrió un poco, pero luego su expresión se ensombreció.

–¿Tu padre está aquí?

–No –dijo Mina con rapidez.

Nicholas extendió el brazo hacia ella.

–Entonces ¿querrías quedarte durante el resto de la tarde? Dudo de que alguien te cause más problemas y odiaría que te marcharas tan temprano.

Ella aceptó su brazo y él la guio de regreso hacia la multitud antes de hacerle una reverencia a Mina y regresar a su asiento con su hija. Mina intentó no regodearse demasiado mientras las mismas personas que acababan de evitarla y burlarse de ella ahora la llamaban y la saludaban con calidez, pero era difícil no disfrutar el modo en el que Xenia y sus amigos aparecieron de pronto a su lado con sonrisas forzosas.

–Pareces agradarle al rey –comentó Xenia–. ¿Se han visto antes?

–Solo una vez –respondió Mina.

–Realmente espero que no te hayas ofendido demasiado por lo que dije antes –añadió Xenia y colocó una mano sobre el hombro de Mina–. Solo fue

una bromita entre amigos.

Mina reprimió la necesidad de quitarse de encima la mano de Xenia. Podría haber dicho algo hostil y agresivo, algo que hiciera que aquella mujer se arrepintiera por haber sido cruel con ella, pero por mucho que Mina quisiera devolverle el golpe, también descubrió que disfrutaba la atención de Xenia. Hacer que la mujer la aceptara era incluso más satisfactorio de lo que jamás hubiera sido rechazarla.

—Comprendo —dijo Mina—. Y estoy segura de que seremos buenas amigas de ahora en más.



Aún eufórica por su éxito, Mina le contó todo a su padre en cuanto regresó a su residencia. Él tomó asiento en su escritorio, la escuchó narrar los sucesos del día sin decir nada, y cuando terminó, solo preguntó:

—¿El rey sabe que eres mi hija?

Mina asintió, confundida, pero entonces recordó su primer encuentro con el rey, cuando él se había marchado a toda prisa después de descubrir quién era ella. En ese momento, Mina no había sabido que era el rey, así que solo había asumido que Gregory acababa de hacer enemigos nuevos. Pero ahora se preguntaba *por qué* Nicholas había reaccionado de aquel modo, por qué había sido tan cortante con ella cuando le preguntó si su padre estaba en el jardín.

—No le agradas al rey —dijo Mina; su padre no mostró sorpresa alguna al oír sus palabras—. Pero ¿por qué? Salvaste la vida de su hija.

Gregory retorció los labios en una mueca molesta mientras se ponía de pie y se paraba junto a la ventana, de espaldas a Mina.

—Pero no la de su esposa —susurró él.

—Aun así, ¿no estaría agradecido?

—*Debería* estarlo.

—Pero entonces ¿por qué no le agradas? ¿Por qué no asististe conmigo al día de campo?

Los dedos de Gregory se cerraron contra el marco de la ventana.

–Dudo de que el rey quiera que le recuerden la deuda que tiene conmigo.

–¿Por salvar a su hija?

Gregory comenzó a reír, un sonido seco y chillón que pronto se convirtió en tos. Cuando se recuperó, volteó hacia ella mientras extendía sus manos marchitas frente a él.

–Mira en lo que me he convertido, Mina. He perdido mi juventud, mi vitalidad. ¿Y para qué? –contempló sus manos vacías–. Para nada. Por una mentira –negó con la cabeza y sus manos cayeron a los laterales de su cuerpo–. Al menos te lo diré *a ti*. Tendré que conformarme con eso.

–¿*Qué* es lo que me dirás? –preguntó Mina, cansada de sus juegos crípticos.

–No salvé a la hija del rey –confesó, con la voz cargada de orgullo–. La *creé*.

Al principio, Mina se mantuvo en silencio. Continuaba pensando en el ratón de arena que Gregory le había enseñado en su hogar, lo reservado que había sido al hablar acerca de cómo había salvado la vida de la pequeña princesa, su repentina apariencia avejentada y su andar pesado desde que regresó a casa...

Gregory vio que la comprensión atravesó el rostro de Mina y asintió.

–Así es –afirmó él–. La reina ya estaba muerta cuando llegué al Norte. Había estado enferma; ni siquiera estaba embarazada. Aquello solo fue una mentira para explicar por qué el rey de pronto tenía una hija. Después de la muerte de la reina, el rey quiso que creara vida de un modo que nunca antes había hecho: una niña que envejeciera naturalmente. Quería que luciera igual que su esposa –las palabras brotaban de él a toda prisa después de haber permanecido ocultas durante mucho tiempo a causa de alguna promesa que le había hecho al rey. Qué difícil debía ser para él no contarle nunca a nadie acerca de su mayor éxito.

–La sangre –dijo Mina–. La hiciste con tu sangre.

–Con nieve y sangre. Tuve que hacer varios intentos para comprender cómo hacer que estuviera realmente viva, y cada intento me debilitó y drenó la vida de mi corazón –apretó su pecho y tomó asiento de nuevo–. Es una broma cruel, ¿no crees? Toda mi vida he querido comprender mi propio poder, poner a prueba mis límites y superarlos. Y ahora que por fin sé de lo que soy capaz, me he convertido en un anciano antes de tiempo. Nunca más podré crear vida de nuevo sin sacrificar la mía.

Mina a duras penas escuchó cómo divagaba autocompadeciéndose. Estaba pensando en la niña movediza en el regazo de la niñera. No había rastros de que no fuera una persona normal hecha de carne y sangre. Era cierto que tendía un parecido asombroso a su madre al crecer, pero tenía un corazón latiente y un padre amoroso que la protegería de aquel secreto... y de Gregory. Mina mordió el interior de su mejilla hasta que sintió el sabor de la sangre.

–Entonces ¿se casará conmigo alguna vez? –preguntó Mina, más para sí misma que para Gregory.

Su padre hizo un gesto hacia ella, mirándola con apreciación fría.

–Tienes que hacer que él te desee tanto que no le importe nada más. Las personas no son racionales cuando se trata de asuntos del corazón. Después de todo, tu madre se casó conmigo aun cuando su familia amenazó con desheredarla si lo hacía.

*Y te odió al final*, pensó Mina. *¿Él también me odiará si alguna vez descubre lo que soy?* No se molestó en manifestar su preocupación en voz alta para Gregory: sabía que a él no le importaría. *Primero, tendré que lograr que me ame*, decidió. Si realmente la amaba, no le importaría su corazón muerto.

Y quizás... quizás el rey no creería que la condición de Mina fuera tan

repugnante cuando el nacimiento de su propia hija fue tan poco convencional. Quizás, él era la única persona en el mundo que sería capaz de amarla.



A black and white photograph of snowflakes. The snowflakes are intricate and detailed, with some in sharp focus in the foreground and others blurred in the background. The text 'IO MINA' is overlaid in the upper right quadrant. 'IO' is in a large, white, serif font, and 'MINA' is in a smaller, white, serif font below it. The background is a dark, gradient-like grey.

IO  
MINA

**D**esde su nueva ubicación en el Salón, sentada junto a Xenia y su círculo, Mina solía capturar la mirada del rey y ambos compartían una sonrisa privada. Durante el año siguiente, ella observó cómo él cumplía cada deseo de su hija y aprendió que al rey le importaba más la niña que cualquier otra persona. Si quería ganar el afecto del padre, también tendría que ganar el de la hija.

Así que cuando anunciaron un festejo de cumpleaños para la princesa, Mina supo cuán importante era asistir. No fue la única: el Salón estaba plagado de visitantes la noche de la fiesta, pero esa vez, Mina tenía un lugar entre ellos. Sabía que las gentilezas de Xenia no eran en absoluto sinceras, pero igualmente aceptó la simulación, y sintió un poco de satisfacción al saber que Xenia y sus amigos ni siquiera podían hacer un comentario acerca de las pieles gruesas que Mina vestía.

En el transcurso de la noche, reconoció que tenía algunas virtudes destacarse entre la multitud a causa de su vestido abrigado: hubo una o dos ocasiones en que el rey la vio desde su mesa y sus miradas se encontraban antes de que alguien más (generalmente Lynet, quien continuaba pataleando e intentando escabullirse por debajo de la mesa) lo distrajera. Pero Mina ya estaba harta de compartir miradas y sonrisas distantes; necesitaba hallar un modo de hacer que él se acercara de nuevo, de lograr que la buscara.

La próxima vez que alzó la vista, el rey no estaba allí.

Mina observó el Salón, pero no pudo hallarlo en ninguna parte. Y entonces, mientras miraba la puerta principal, vio que una nube de cabello oscuro salía corriendo desde debajo de una mesa y escapaba afuera.

Unió las piezas: una princesa inquieta que había escapado, un padre preocupado buscándola y Mina, la única que sabía a dónde había ido la princesa. Podría haberles dicho a los guardias lo que había visto, pero Mina

sabía que si ella encontraba a Lynet y la traía de regreso, el rey sin dudas le estaría agradecido.

Inventó un pretexto diciendo que necesitaba tomar aire, salió del Salón e ingresó al patio frío; la luz desde el interior del castillo hacía que su sombra se agrandara sobre la nieve. Había un enebro cerca del límite del patio, pero, a diferencia de los árboles delgados del Jardín de las Sombras, ese árbol era verde y frondoso, y tenía las hojas cubiertas de nieve.

Miró por el patio, con la esperanza de que Lynet no hubiera ido demasiado lejos, y vio que una cascada de nieve caía del enebro. No había viento que hubiera podido causararlo. Mina caminó con paso casual hacia el árbol.

Cuando se detuvo debajo de él, más nieve comenzó a caer. Mina quitó la nieve húmeda de su nuca y alzó la vista hacia el árbol atacante... y encontró dos ojos curiosos que le devolvían la mirada. Acurrucada entre las ramas había una niña, sus ojos y su cabello eran negros como el lago durante la noche. La niña se ocultó, asustada al descubrirla.

–¿Lynet?

La niña permaneció aferrada a la rama sin decir ni una palabra, negándose a confirmar o negar su identidad.

–¿Lynet? Ese es tu nombre, ¿verdad?

–¿Qué quieres? –preguntó, antes de llevar los nudillos hacia su boca.

Mina acomodó su falda debajo de ella y tomó asiento al pie del árbol. Le dio un golpecito al suelo, pero Lynet no se movió.

–Si vienes a sentarte conmigo, te daré un regalo –sugirió.

Lynet bajó de su rama hacia una más baja y luego saltó al suelo y aterrizó sobre sus manos y sus rodillas. Llevaba puesto solo un vestido delgado, como una verdadera noruega, pero incluso cuando la nieve tocó su piel, no parecía sentir frío en absoluto.

–¿Qué regalo? –preguntó la niña mientras tomaba asiento junto a Mina.

Ella solo había esperado a medias que el soborno funcionara, así que no había considerado qué le daría a Lynet a modo de regalo. No llevaba puesto ningún anillo, pero tenía su brazalete de plata, que había comprado como desafío años atrás. Se lo quitó y se lo ofreció.

–Toma –dijo–. ¿No es bonito? Permíteme que te lo ponga –lo colocó en la muñeca de la niña; era demasiado grande para ella, por supuesto, pero permaneció en su lugar y Lynet quedó embelesada con él.

–Gracias –respondió–. Eres linda, ¿cómo te llamas?

–Soy Mina.

Lynet asintió y se dispuso a girar de nuevo su brazalete nuevo alrededor de la muñeca.

–Tú también eres linda.

–Gracias –respondió Lynet de inmediato. Mina supuso que no era la primera vez que había oído aquel cumplido.

–Eres muy audaz al trepar árboles tan altos –comentó, y esa vez, la niña la recompensó con su atención absoluta.

–¿Qué es audaz?

–Significa que eres valiente y temeraria, como un lobezno.

Lynet inclinó la cabeza sobre la muñeca y su cabello ocultó la mayor parte de su rostro, pero Mina vio que la niña sonreía.

–Me llamo como un ave –relató ella–. Papá me lo contó. Dice que soy como un pájaro.

–¿Sí? ¿Qué más te dice tu papá?

–Dice que soy como mi mamá. Ella murió.

Su franqueza fue inesperada, pero Lynet no parecía triste. Era un hecho, como cualquier otra cosa. Era injusto estar celosa de un niño, pero Mina deseó poseer aquel sentido de desapego acerca de la muerte de su propia madre, en lugar de experimentar una puntada de rechazo.

–Mi madre también murió –afirmó Mina sin pensar. Tenía la vista clavada al frente, pensando en el día en que su padre le había contado la verdad acerca de la muerte de su madre, cuando sintió un jalón. Lynet se había acercado más a ella y una de sus manos sucias estaba aferrada a la falda de Mina. Quería quitar la mano de encima del vestido antes de que ensuciara la tela, pero eso no haría que la niña le tomara cariño. Y... descubrió que no le importaba. La niña apoyó su cabeza oscura en el hombro de Mina y eso tampoco le molestó. El peso de la cabeza de Lynet era intenso y reconfortante.

–¿Extrañas a tu mamá? –preguntó Lynet. Alzó la cabeza, y la ausencia repentina dejó a Mina con más frío que antes.

–Antes sí, pero ya no.

Sin embargo, la niña no quedó feliz con esa respuesta; frunció la frente e inclinó la cabeza mientras jugueteaba con su falda.

–¿Qué sucede? ¿Tú extrañas a tu mamá?

–Papá la extraña –susurró.

–¿Eso te pone triste?

Ella se encogió de hombros.

–¿Tú también la extrañas?

Lynet no respondió... pero ¿cómo podría extrañar a una madre que había muerto antes de que ella siquiera naciera?

–Está bien si no la echas de menos –dijo Mina en voz baja–. No la recuerdas. Nunca la conociste realmente. Es difícil extrañar a alguien que no puedes recordar.

Lynet mantuvo la cabeza inclinada.

–No se lo cuentes a mi papá –susurró. Mina negó con la cabeza.

–No diré nada, lobita.

–¡Lynet!

Mina se sobresaltó al oír aquel grito repentino, pero Lynet se puso rígida al reconocerlo: el rey Nicholas se acercaba rápidamente hacia ellas. De inmediato, Mina se puso de pie y limpió la nieve de su vestido. No necesitaba preocuparse por hacerlo: el rey pasó junto a ella sin mirarla y alzó a Lynet en brazos.

–Hemos estado buscándote por todas partes –dijo él.

–Estaba aburrida –murmuró Lynet cubriendo la boca con sus nudillos.

–¿Qué estabas haciendo aquí? ¿Estabas trepando árboles de nuevo? Ya te he dicho lo peligroso que es hacerlo. Tus huesos se pueden romper.

–No estaba trepando nada, milord –dijo Mina–. La encontré sentada aquí y estábamos conversando.

Él la miró como si ella hubiera aparecido de la nada. Pero entonces, pareció reconocerla y su expresión se suavizó.

–Mina –dijo él–. Lamento no haberte dicho nada antes. Me alivié tanto al encontrar a Lynet...

–Me agrada –le susurró Lynet a su padre.

–¿Sí?

–Es incluso más bonita que mamá, ¿cierto?

El rey hizo un gesto de dolor.

–Nadie es más bonita que tu mamá –respondió él.

El orgullo de Mina quedó un poco herido, pero sería mejor ponerse del lado del rey y no de Lynet, en ese caso.

–Si su hija realmente se parece a su madre, milord, entonces debe estar en lo cierto.

Esas palabras amortiguaron el golpe de algún modo y él le sonrió a su hija con cariño antes de dejarla de nuevo en el suelo.

–¿Puedo confiar en que regresarás adentro, pajarita?

Lynet hizo un mohín, pero asintió. Miró a Mina un segundo mientras su

frente se fruncía al pensar y luego corrió hacia adelante y rodeó la cintura de Mina con los brazos.

Ella rio, sorprendida, y colocó una mano sobre la cabeza de la niña. Alzó la vista hacia Nicholas para ver si aquella le parecía una vista encantadora, pero él tenía el ceño fruncido.

–Ya es suficiente, Lynet –dijo él.

La princesa se apartó, le sonrió a Mina por última vez y salió corriendo en dirección al Salón. Nicholas todavía tenía el ceño fruncido, y Mina intentó comprender qué le preocupaba para poder decir lo correcto. Decidió ir por lo seguro.

–Es una niña dulce.

–Una niña dulce, pero no una cuidadosa –dijo él y alzó la vista hacia el enebro–. Se encariñó tan rápido contigo... –añadió Nicholas, más para sí mismo que para Mina.

–Supongo que quiere un amigo, o... –Mina tomó un momento para repasar lo que planeaba decir, lo cual también tenía el efecto deseado de hacerla parecer tímida o insegura.

–¿Qué? Puedes hablar libremente conmigo.

–Una vez me preguntaste, hace mucho tiempo, si era fácil para una niña crecer sin madre. Ahora puedo decirte honestamente que no lo es. He cometido tantos errores que no habría hecho si hubiera tenido una madre que me guiara. Después de su muerte, anhelaba tener una guía femenina, alguien para imitar, de quién aprender. Quería... bueno, quería una madre.

Mina apenas se oía hablar. La verdad en sus palabras no importaba tanto como la reacción de Nicholas ante ellas. Lo observaba mientras hablaba, esperando ver si debía continuar por aquel camino o retirarse.

A juzgar por el modo en el que la fulminó con la mirada, la respuesta fue clara: *retirada*.

Mina pensó a toda velocidad.

–Por supuesto que no quise decir que yo... –soltó una risa seca y bajó la mirada–. Parece que aún no sé cómo hablar con reyes. Sufro cada vez que pienso en el día que te conocí. Estoy segura de que fui muy grosera. Ni siquiera sabía quién eras.

–¿De veras? No recuerdo que hayas sido grosera en absoluto. Fuiste honesta. Espontánea. Me gustó eso de ti.

Mina contuvo un suspiro de alivio.

–¿Te gustó? –dijo, mirándolo con un dejo de timidez–. ¿He perdido aquella cualidad al crecer?

–Me temo que todos la perdemos –él suspiró y alzó la vista hacia las estrellas titilantes que se asomaban entre las nubes. Se encontró de nuevo con los ojos de Mina y un dejo de sonrisa en los labios–. Pero espero que conserves un poco de ella.

Ella intentó ocultar una sonrisa, pero incluso aquel gesto fue planeado y perfeccionado, un artificio diseñado para lucir genuina, al igual que su corazón. Él estaba en lo cierto: en algún momento a lo largo de los años, ella había olvidado cómo ser ella misma sin calcular los efectos de cada palabra, de cada mirada. Se había vestido como una norteña para encajar, y ahora estaba vestida como una sureña para destacarse, siempre con el objetivo en mente de complacer al rey. Había tolerado la amistad falsa con Xenia para sentirse aceptada. No era mejor que Félix, adaptándose para complacer a quien fuera que sujetara el espejo. Mina se preguntó si alguna vez sería capaz de darle algo real, de contarle todo acerca de ella y de confiar en que, a pesar de eso, él la buscaría.

–¿Tu padre está aquí esta noche? –preguntó Nicholas, un poco rígido.

–No, milord –respondió Mina.

Había un dejo de escepticismo en los ojos entrecerrados del rey.



–Parece que nunca te acompaña a ninguna parte.

Mina se movió en el lugar, incómoda, pensando en cómo responder. Quizás en ese caso, la respuesta sincera sería la mejor.

–No somos... cercanos –confesó ella con una sonrisa dolorosa. Nicholas frunció el ceño.

–Y sin embargo, él es la única familia que tienes, ¿cierto? Debe ser solitario para ti –dio un paso hacia ella y extendió la mano para tomar la de Mina, pero luego se detuvo–. Si puedes evitar que Lynet trepe más árboles, me gustaría invitarte a caminar con nosotros mañana en la tarde, junto al lago. Es el lugar favorito de Lynet.

–Sería un gran honor, milord –afirmó Mina, feliz de cambiar de tema.

–¿Regresarás adentro? –preguntó él y le ofreció el brazo.

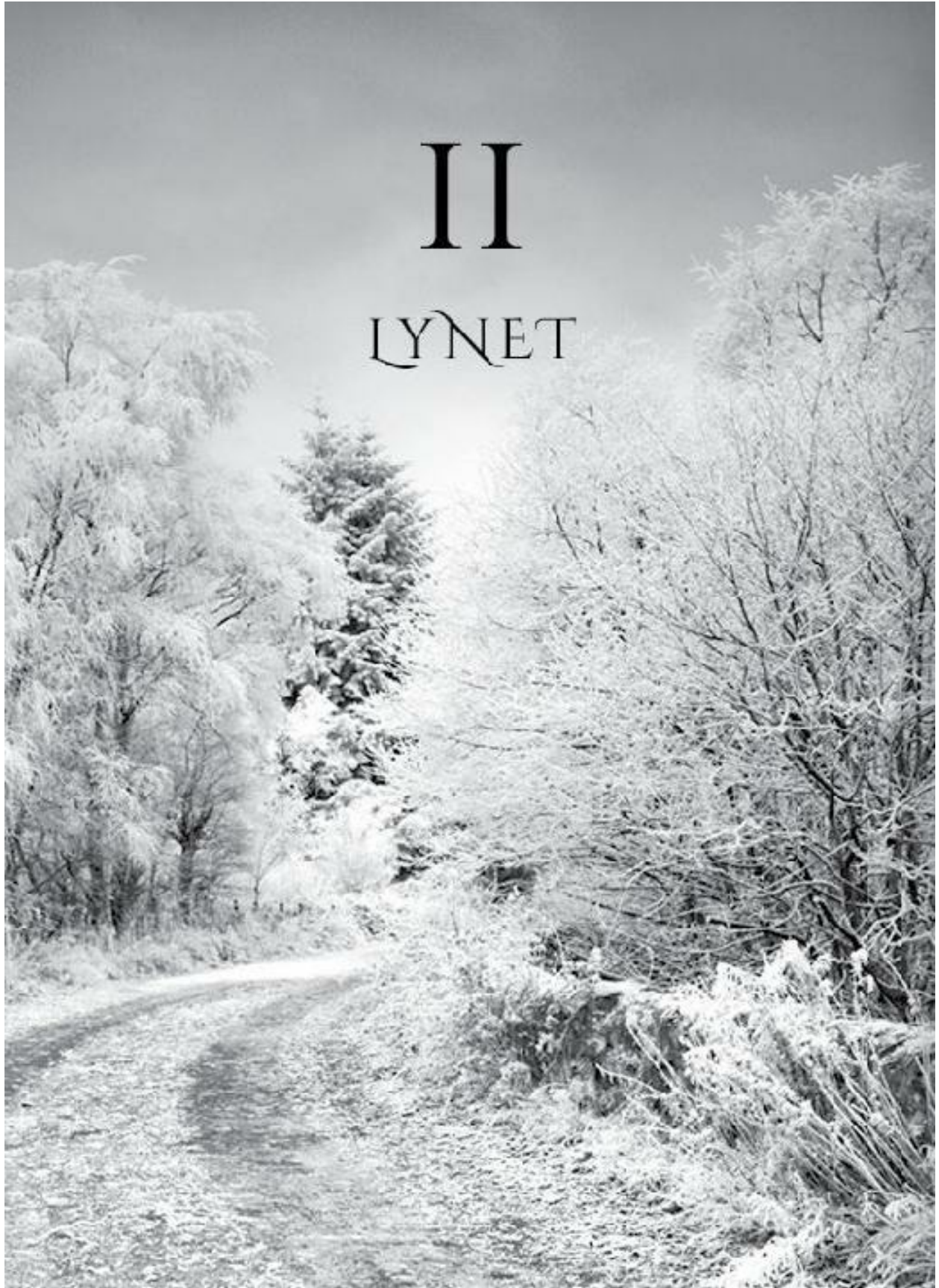
Mina consideró la oferta: le hubiera encantado ver el rostro de Xenia al verla ingresar a la sala tomada del brazo del rey, pero entonces él la dejaría para regresar con su hija, así que la mejor parte de la noche ya había quedado atrás. Era mejor dejarlo en ese instante, cuando el recuerdo de ella sería el de aquel momento compartido debajo del enebro.

–Gracias, milord, pero creo que me retiraré por esta noche.

¿Lo imaginó o acaso el rostro del rey se entristeció un poco? Nicholas le deseó las buenas noches y Mina esperó hasta que él se marchó ante de permitirse sonreír. Inhaló profundamente, respirando el aire frío y cortante, y le dedicó un agradecimiento silencioso a Lynet por haberse escabullido y ocultado en aquel árbol.

II

LYNET



**L**ynet mantuvo la cabeza inclinada, pero alzó los ojos para observar discretamente cómo Nadia trabajaba. Había pasado la mayoría de los últimos días en el taller del sótano, inspeccionando los diarios del maestro Jacob en busca de respuestas que nunca encontraba, pero ni ella ni Nadia habían mencionado ni una vez aquel momento compartido en la torre, cuando la luz de la luna había existido solo para ellas.

Ahora, eran más tímidas la una con la otra. Nadia le entregaba los diarios rápido, antes de que sus manos pudieran rozarse, y Lynet siempre tomaba asiento frente a ella en la mesa, en vez de a su lado. Pero cuanto más se esforzaban por no recrear aquella noche, más pensaba Lynet en ese momento, confundida por la ráfaga de emociones borrosas y sin nombre que su memoria siempre evocaba.

Cuando Nadia quitaba de en medio sus mechones de cabello mientras leía, Lynet recordó el modo en que su mano había temblado levemente al extenderse hacia el cabello de Lynet en la torre. El sonido suave de la respiración de Nadia la hizo recordar el modo en que su propio aliento se había entrecortado tanto después, cuando quedó sola en la habitación. Y cuando Nadia mordía su propio labio al concentrarse, Lynet se cuestionó la sensación de decepción que la atravesó, como si estuviera buscando algo sin siquiera saber qué era. A veces, Nadia también la observaba, pero siempre inclinaba la cabeza y fingía haber estado haciendo otra cosa cada vez que sus miradas se encontraban.

Lynet pasó otra página inútil del diario, moviéndose, inquieta. Deseó que aquella timidez entre ambas terminara. Sin Nadia, Lynet solo tenía la nieve y sus propios pensamientos como compañía. Nunca antes había notado lo omnipresente que era la nieve en ese lugar, cuán imposible era escapar de ella. Solo en ese instante, cuando la nieve era un recordatorio constante de

sus orígenes, Lynet deseó que se derritiera.

Sus ojos se posaron en Nadia otra vez, y de inmediato, la idea la golpeó: podría ir con ella. *Podría ir con ella hasta el Sur, donde nadie me conoce.* Sería mucho más fácil olvidar la verdad en el Sur: nunca tendría que ver la nieve o escuchar el nombre de su madre de nuevo.

Apenas logró leer una palabra más durante el resto de la mañana, y aún imaginaba su futuro viaje juntas de camino a la salida cuando encontró a su padre de pie en el patio. Se suponía que Lynet debía estar con su tutor de música, pero su padre no parecía sorprendido de verla allí; de hecho, le ofreció el brazo cuando la vio.

–Camina conmigo –dijo él.

Había estado intentando evitar a su padre desde que descubrió la verdad acerca de su nacimiento. Temía decir algo que revelara que conocía el secreto que él le ocultaba, y temía que su resentimiento se filtrara en su voz. Pero tomó el brazo de su padre y le permitió que la guiara a través del arco de piedra que llevaba al Jardín de las Sombras.

–¿Recuerdas cuánto te gustaba venir aquí cuando eras pequeña? Este lago era tu lugar favorito.

Lynet lo recordaba perfectamente. Nunca había comprendido por qué nadie quería chapotear en el lago con ella. Ahora lo sabía: el agua era helada para cualquiera, menos para ella.

–Ahora tienes otro lugar favorito, ¿cierto? –prosiguió su padre.

¿La reprendería por haber trepado al enebro? Lynet suspiró y esperó lo peor.

Nicholas se detuvo y volteó hacia ella.

–Has estado ausentándote a todas tus lecciones para poder visitar el taller de la cirujana prácticamente todos los días.

Lynet lo miró, boquiabierta, intentando decidir cuál era la mejor manera de

apaciguarlo. ¿Una disculpa sincera? No podía negarlo, no cuando se suponía que en ese instante debería haber estado tocando mal el arpa. Y no podía explicar *por qué* visitaba el taller sin decirle a su padre que estaba al tanto de la verdad que él le ocultaba.

–Sé que eres joven –dijo Nicholas–, y que te entusiasma cuando alguien de tu edad viene a Primavera Blanca, pero no puedes abandonar tus deberes, en especial cuando tu cumpleaños es mañana.

–¿Qué es lo que tiene de especial mi cumpleaños este año? –susurró Lynet con un poco de amargura.

Parte de la severidad de Nicholas desapareció y le sonrió a su hija.

–No quiero tomarte desprevenida –respondió él–. Ya no eres una niña, Lynet. Tendrás que aprender a seguir los pasos de tu madre.

Un mes atrás, Lynet hubiera inclinado la cabeza como señal de derrota y hubiera mascullado un acuerdo poco entusiasta. Quizás fue porque ahora sabía que su padre la había creado para que siguiera los pasos de su madre, o quizás fue porque continuaba oyendo en su cabeza la voz de Mina diciéndole: *No tienes que ser como ella, sin importar lo que nadie diga*, pero esa vez, Lynet pronunció las primeras palabras que se le ocurrieron:

–¿Y si elijo no hacerlo?

Su respuesta tomó por sorpresa al rey, la frente del monarca se arrugó por la confusión, pero al menos, no parecía estar enfadado con ella.

–Solo quiero que tengas la vida que estás destinada a tener –dijo él–. Te he permitido correr libre durante suficiente tiempo. Mañana es el día en que dejarás atrás todos tus hábitos de la infancia. Ya no treparás árboles, no te ausentarás de tus lecciones para hacer lo que se te dé la gana... y pasarás menos tiempo con Mina.

–¿Qué? –había esperado oír las otras condiciones, pero la última hizo que la exclamación brotara de sus labios antes de que pudiera evitarlo.

Nicholas respiró hondo y alzó la vista hacia la telaraña de ramas que cubrían sus cabezas. Al menos parecía comprender el peso que tenía su pedido para ella.

—Cuando eras una niña, te encariñaste con Mina de inmediato. La adorabas. Les dejé muy en claro a ambas que no quería que ella ocupara el lugar de tu madre, ni que ella tuviera demasiada influencia sobre ti. Y durante un tiempo, creí que Mina lo había comprendido. Pero las dos han creado... un vínculo. Cuando eras una niña, podía comprenderlo. Pero ahora que eres mayor, ya no necesitas una madrastra —el rey tomó las manos de su hija y le dedicó una mirada suplicante—. Sé que a tu edad no crees necesitar la guía de un padre, pero espero que aún confíes y respetes mi opinión. Estoy pensando en tu futuro, Lynet.

Ella respiró con mesura, obligándose a no llorar.

—Entonces ¿qué quieres que haga? ¿Que pretenda que ella no existe?

—Claro que no, pero te has vuelto demasiado dependiente de ella. La visitas cada noche —él hizo una pausa, y cuando habló de nuevo, eligió sus palabras con cuidado—. Sé que esto puede ser difícil de comprender ahora, pero al crecer, no siempre podrás confiar en que Mina quiera lo mejor para ti. Sería sabio de tu parte distanciarte un poco de ella antes de que eso suceda.

Lynet recordó el momento en el que Mina le había mostrado la capilla, y cuán honrada se había sentido de que su madrastra le permitiera ver un atisbo de su mundo. *¿Dejar de ver a Mina?* Era cierto que Lynet ya no era una niña, pero aquello solo significaba que las dos estaban convirtiéndose en algo más equilibrado que madrastra e hijastra: estaban volviéndose hermanas, amigas, capaces de confiar en la otra más que nunca antes. Y ahora Lynet debía dejar aquella amistad atrás o lastimar a su padre por no cumplir con sus deseos.

Ella movió la cabeza de lado a lado, la única respuesta que podía dar ante semejante situación imposible, y su padre suspiró.

–Comprenderás todo con mayor claridad esta noche.

–¿Esta noche?

Su padre sonrió.

–Mina, tú y yo nos reuniremos esta noche en mi recámara en cuanto se ponga el sol. Hay algo que quiero decirles. Piénsalo como un regalo de cumpleaños adelantado.

Lynet le ofreció una sonrisa débil, pero no estaba segura de querer un regalo que no pudiera compartir con Mina. Permaneció en silencio mientras atravesaban el jardín para regresar al castillo, y luego su padre la siguió por los pasillos para asegurarse de que se dirigiera al salón de música. Si él no la hubiera seguido, Lynet habría ido allí de todos modos: no había ningún otro lugar al que le permitieran ir.

\*

–Ah, allí estás –dijo su padre cuando ella llegó a sus aposentos a la hora pautada. Nicholas hizo un gesto indicándole que tomara asiento junto a la chimenea. Pero solo había dos sillas junto al fuego, y el rey ya estaba ocupando una. Si Lynet utilizaba la otra, Mina tendría que sentarse aparte.

Entonces decidió ponerse de rodillas en el suelo junto a la chimenea.

–¿Por qué nos citaste aquí?

–Es una sorpresa, pajarita –Nicholas sonrió–. Te lo diré en cuanto...

La puerta se abrió y Mina ingresó. Lynet había aprendido a lo largo de los años que la Mina que ella conocía aparecía solo cuando estaban a solas. Cuando Nicholas estaba cerca, ella permanecía erguida, incluso rígida, y su rostro carecía de expresiones, a excepción de movimientos leves y controlados. La Mina que acababa de entrar en la habitación era distante e intocable, pero sin dudas, una reina.

–Estábamos esperándote. Toma asiento –pidió Nicholas.

Mina ocupó la silla que estaba frente a Nicholas; los tintes rojizos de su cabello y el resplandor profundo de sus ojos capturaban la luz emitida por el

fuego.

Nicholas enderezó la espalda en su lugar y miró con atención a Lynet.

–Sabes que eres mi mayor alegría en este mundo –dijo él. Ella miró velozmente a Mina sintiéndose culpable, pero el rostro de su madrastra no reveló nada–. Con casi dieciséis años, te has convertido en todo lo que tu madre era. Así que tu cumpleaños es el momento perfecto para que comiences a ocupar el lugar que ella dejó para ti.

Mina emitió una risa breve.

–No me digas que tienes intenciones de casarte con ella.

–Por supuesto que no –replicó Nicholas, un poco irritado–. Quiero prepararla para convertirse en reina y comenzaré dándole el control completo del Sur.

Todos quedaron sin habla por un momento. Lynet sabía que se suponía que debía decir algo, agradecerle, mostrarle cuán entusiasmada estaba, pero lo único que sentía era conmoción y un pánico creciente. Sabía que debería estar lista para reinar cuando su padre muriera, pero también sabía que ese día, su transformación en su madre estaría completa. Después de todo, eso era en realidad lo que él le ofrecía: no el Sur, sino la oportunidad de convertirse antes en su madre.

–Pero ¿qué significa eso? –logró decir Lynet al fin–. ¿Qué quieres que haga?

Nicholas asintió a modo de aprobación.

–Aprenderás cómo ser reina, Lynet. Asistirás a todos los eventos públicos de la corte y saludarás a todos los visitantes en persona. Vendrás conmigo cuando me reúna con mi consejo y te encargarás de todos los asuntos relacionados al Sur: oír peticiones, decidir las leyes. Tal como hablamos esta mañana, tendrás que dejar atrás tu infancia de ahora en adelante. Tienes responsabilidades.



A Lynet se le revolvía un poco más el estómago con cada palabra. Podía sentir que su mundo se hacía más y más pequeño, sin mayor lugar que uno de los ataúdes que yacían en la cripta. Había querido huir, pero ahora se sentía más atrapada que nunca.

Nicholas comenzó a fruncir el ceño y Lynet supo que no estaba respondiendo del modo en que él esperaba. Desesperada, miró a Mina, olvidando por un instante que su padre no quería que continuara dependiendo de su madrastra.

Pero ella no miraba a Lynet. Tenía la vista clavada en Nicholas y estaba sentada completamente quieta, salvo por un leve temblor en las manos.

*Ella no lo sabía*, notó Lynet, comprendiendo en ese momento el impacto total que tenía la decisión de su padre. Había estado tan ocupada con sus propios miedos que había olvidado que el poder que su padre le otorgaba –la posición para la que la preparaba– le pertenecía a Mina.

¿Por qué su padre no había pedido la bendición de Mina antes de tomar aquella decisión? Pero por supuesto que no lo haría: Lynet nunca los había visto concordar en algo.

–¿Harás esto? –dijo Mina. Su voz apenas era más alta que un susurro.

–Haré lo que sea mejor para mi hija –replicó Nicholas, mirando a su esposa por primera vez desde que había comenzado el anuncio–. Y de más está decir que no permitiré que tomes decisiones por ella o que gobiernes a través de ella. Lynet tiene edad suficiente para dejar de necesitarte.

–¿Y has considerado que Lynet quizás no quiere aceptar tu oferta?

Los dos miraron a Lynet, quien intentaba no encogerse de miedo delante de las dos personas que más le importaban. Nicholas la miraba atónito, evidentemente confundido por la sugerencia de que su hija no quisiera aceptar aquel paso tan importante en su camino por convertirse en reina. Y Mina... Mina simplemente esperaba que Lynet le dijera la verdad a su padre.

Nicholas fue el primero en apartar la mirada.

–No hables por ella. Si Lynet tiene alguna queja, ella misma la manifestará.

–¿Sí? –dijo Mina en voz baja, con los ojos aún clavados en Lynet.

La princesa comenzaba a sentir mareos; tenía demasiado calor sentada junto al fuego, y aunque cerró fuerte los ojos, aún podía ver que ambos la observaban, esperando que respondiera algo. Sin importar lo que dijera, lastimaría a uno de los dos. Ya podía ver la expresión en el rostro de su padre, la comprensión paulatina de que su hija no era la persona que él creía que era. Nunca sería capaz de hacerlo entender, pero Mina... Mina la comprendería. Con ella podía razonar. Incluso si la lastimaba en ese instante, Lynet podría explicárselo después, y sabía que Mina la perdonaría. No podía esperar lo mismo de su padre.

Lynet movió la cabeza de lado a lado.

–No tengo nada que decir.

–Entonces, eso es todo –concluyó Nicholas–. Haré el anuncio en tu festín de cumpleaños.

Hubo una pausa larga antes de que Lynet se atreviera a abrir los ojos. Mantuvo la cabeza inclinada y alzó la vista hacia su madrastra. Mina ya no la miraba, pero igualmente podía sentir la decepción de la mujer; podía sentirla en el calor agobiante del fuego.

–Y cuando Lynet se encargue del Sur, ¿qué haré yo? –preguntó Mina.

–Aún conservarás el título de reina –dijo él, encogiéndose de hombros.

–El Sur es *mío*, Nicholas.

–Nunca te perteneció –él suspiró y masajeó su frente–. Por favor, comprende que esto no es un insulto personal hacia ti...

Ella rio con ironía.

–¿No? ¿Incluso aunque me acusaste de intentar gobernar a través de ella? ¿O solo tienes miedo de que cuando crezca se parezca demasiado a mí y no lo

suficiente a su madre?

Nicholas se puso de pie de inmediato, pero Mina permaneció quieta, observándolo con la mirada desafiante.

–Lynet, ya puedes retirarte. Quiero hablar con tu madrastra a solas.

La joven se puso de pie y miró a Mina, insegura. Estaba convencida de que ella la comprendería y la perdonaría, pero aún deseaba alguna clase de confirmación.

Pero Mina solo la miró con frialdad y dijo:

–Vete, Lynet. No necesito que me protejas.

Ella obedeció la orden de su madrastra y salió a toda prisa de la habitación.

A black and white photograph of a snowflake, likely a dendrite, with intricate, branching patterns. The snowflake is the central focus, with other snowflakes visible in the background and foreground, some in sharp focus and others blurred. The background is a dark, gradient grey. The text 'I2' is positioned above 'MINA' in a white, serif font.

I2  
MINA

**M**ina caminaba junto a la orilla del lago con Nicholas y Lynet prácticamente todos los días, pero sentía que no estaba progresando demasiado con el rey. Paseaban relajados mientras la pequeña corría delante de ellos, aunque los ojos preocupados del hombre rara vez abandonaban a su hija, y la conversación entre ambos era superficial e impersonal.

Mina creía que el verdadero desafío era hallar un modo de acercarse a Nicholas a solas. Mientras Lynet estuviera allí para distraerlo y mantener su atención lejos de ella, Mina sabía que nunca tendrían algo más que no fuera aquella amistad casual.

Le pidió a Félix que siguiera los movimientos del rey en busca de aquellos instantes poco frecuentes en los que el monarca estaba solo. La oportunidad apareció por fin una mañana, cuando ella oyó un golpe en la ventana. Félix estaba de pie afuera y Mina cerró la puerta rápido antes de abrir la ventana.

–No deberías estar aquí –siseó en un susurro.

–El patio oeste –respondió Félix en el mismo tono–. Está allí ahora. Solo.

Mina se aferró al marco de la ventana para tranquilizarse. El rey estaba solo en el patio oeste: exactamente donde Mina se había topado con él por primera vez. No era alguien sentimental, pero, sin embargo, creyó que la coincidencia era un buen presagio.

–Gracias, Félix. Te veré esta noche. No te quedes aquí.

Félix no se movió, pero Mina no tenía tiempo que perder.

–¡Vete! –repitió y esa vez, él obedeció.

Nicholas estaba sentado en el borde de la fuente cuando Mina llegó al patio oeste.

–¿Milord? –dijo Mina, fingiendo un dejo de sorpresa en la voz.

Él se puso tenso ante la intromisión, pero cuando vio a Mina, logró sonreír

un poco.

–Espero no molestarlo –dijo ella.

–En absoluto –él se puso de pie para saludarla–. Cuando estoy solo, mis pensamientos me abruman.

–Entonces tendré que alejarlos de usted –propuso Mina e inclinó la cabeza. Aquel era uno de los trucos que había aprendido de sus caminatas compartidas: pronunciar palabras atrevidas de un modo recatado. Apuntar el mentón hacia abajo alentaba a los hombres a alzarlo de nuevo. Vacilar al hablar los hacía escuchar con mayor atención y atraía la mirada a sus labios. La debilidad era más persuasiva que la seducción.

–Debo aburrirte con mis conversaciones tristes.

–Para nada. Quiero comprenderlo. Un rey debe tener un sinfín de preocupaciones, en especial sin una reina con quien compartirlas.

–Incluso después de tantos años, yo... Mina, ¿tienes frío? Estás temblando –se quitó la capa pesada que vestía y la colocó alrededor de Mina, tal como ella esperaba. Mantuvo la cabeza inclinada mientras él hacía aquel despliegue de caballerosidad, pero cuando él ajustó la capa alrededor de su cuello, ella alzó el mentón y lo miró a los ojos. Había esperado que él retrocediera, pero, en cambio, el rey continuó mirando su rostro durante unos segundos antes de soltar un suspiro tembloroso y alejarse.

Aquel era otro truco, temblar de frío hasta que él lo notara. Ese era el más sencillo de todos, dado que apenas debía fingir.

–Debería llevarte dentro si tienes frío –dijo Nicholas.

–¡No! –si él la acompañaba adentro, después se marcharía y ella no sabía cuándo tendría la oportunidad de estar a solas con él de nuevo–. No –repitió–. Tendré el mismo frío dentro y necesito un cambio de ambiente.

–¿Con que un cambio de ambiente? –dijo él–. No quisiera que te aburras de Primavera Blanca –él dejó de hablar y luego extendió la mano hacia ella–.

Ven conmigo. Te daré un cambio de ambiente.

Contenta, pero con cuidado de no lucir demasiado extasiada, Mina tomó la mano del rey. Él la llevó hacia el Salón, pero luego volteó en un pasillo que ella no había visitado antes y caminó hacia unas puertas cerradas. Abrió una y la dejó entrar.

Mina dio un grito ahogado involuntario cuando ingresó en la habitación: *la sala del trono*, notó cuando vio dos sillas ornamentadas en el extremo opuesto de la sala. El techo abovedado en cruz sobre su cabeza la hizo pensar en una caja torácica gigante, y el sonido de sus zapatos contra el suelo de piedra resonaba como un latido. Un estandarte de cuadrados coloridos cubría las paredes; era un mosaico de las cuatro estaciones, el recordatorio de algo perdido hacía mucho tiempo. Mina avanzó, maravillada, hasta que llegó a las dos sillas imponentes que esperaban en una tarima al fondo del salón. Eran idénticas y estaban talladas de la misma madera oscura.

–Ese es mío –dijo Nicholas, señalando el trono a la izquierda–. El otro es para mi reina. Ha estado vacío durante bastante tiempo.

Mina subió a la tarima. Sabía que no debía sentarse en el trono de la reina. Cualquier indicio de que ella quisiera reemplazar a su amada Emilia lo ofendería. En cambio, tomó asiento en el trono del rey y contempló la sala con una expresión altiva.

Él rio y realizó una reverencia exagerada.

–Luces mejor que yo ahí. Aunque no lo utilizo mucho. Las personas siempre están tan deseosas de partir de Primavera Blanca que a duras penas tengo tiempo de impresionarlas con mi gran salón del trono. Creo que hay un acertijo en eso: ¿qué clase de rey gobierna un castillo tan desolado?

–Un rey testarudo.

–¿Eso crees? ¿Qué creerías que debo hacer entonces?

–Mudar la corte de lugar. Abandona este lugar sombrío y asíéntate en el

Sur. Por fin podrías terminar el Castillo de Verano. Yo crecí cerca de allí, y nunca comprendí por qué estaba abandonado.

–Oh, no. No podría hacerlo. Este es mi hogar. Mudarme significaría aceptar la derrota, rendirme ante la maldición de Sybil y permitirle alejarnos.

–Siempre he creído que el Norte le da demasiada importancia a Sybil. Quizás, lo único que tienes que hacer para acabar con la maldición es quitar su estatua y dejar de venerarla tanto. O tal vez este no es lugar para que un rey gobierne, y ella estaba haciéndote un favor al intentar alejarte de aquí.

Nicholas rio, pero se detuvo cuando notó que Mina no reía con él. La intención de Mina había sido bromear, pero luego se preguntó si quizás realmente creía lo que había dicho... tal vez no acerca de Nicholas, sino acerca de sí misma.

Nicholas alzó el mentón de Mina con la mano.

–¿Qué ocurre?

La verdad apareció en sus labios antes de que pudiera contenerla.

–A veces, creo que Primavera Blanca no quiere que esté aquí. A veces...  
–*creo que sabe lo que soy, continuó en silencio, y que me ha rechazado.*

El rey tomó las manos de Mina y la ayudó a abandonar el trono y a bajar de la tarima para ponerse de pie junto a él. Con una mano cubriendo la suya, llevó la mano libre hacia el rostro de la muchacha, y parpadeó, atónito, cuando su mano sin guante tocó su piel, como si hubiera esperado otra cosa. Las yemas suaves de sus dedos rozaron la piel de la mejilla de Mina, su mandíbula, su cuello. ¿Notaría él que ella no tenía ningún latido suave debajo de la piel? Mina quiso apartarse cuando los dedos del rey llegaron a su garganta, pero no pudo juntar valor para hacerlo, así que se mantuvo quieta, y permitió que él disfrutara la sensación de algo más suave que el aire y más cálido que un recuerdo.

La mano de Nicholas hizo una pausa en la mejilla de Mina, su pulgar estaba



cerca de los labios de la muchacha.

–Primavera Blanca quiere que estés aquí –dijo él–. Yo quiero que estés aquí. Cada vez que tiembles de frío o te envuelves más en tus pieles, recuerdo que en alguna parte el sol brilla más fuerte que aquí. Lo llevas en la piel.

Era tan fácil creerle. Después de todo, ¿acaso no sentía en ese instante millones de soles ardiendo debajo de su piel? ¿No sentía que la iluminaban desde adentro? Su corazón era un espejo que proyectaba los rayos a través de todo su cuerpo y que brotaban de sus ojos, desesperados por iluminar también a Nicholas. Espontáneamente, entendió la verdad: *Si pudiera amar a alguien, sería a él.*

–Si anhelas el sol, ¿por qué permanecer aquí? Ven al Sur, a las colinas donde nací, y te lo mostraré.

El rey quitó la mano de la mejilla de Mina y movió la cabeza de lado a lado.

–Porque también amo el invierno. El mundo aquí está congelado, así que nunca cambia, y por lo tanto siempre es lo que espero que sea. Hay cierto consuelo en ello. Y además... –hizo un gesto débil hacia el trono de la reina y dejó caer de nuevo su brazo, derrotado. Y aunque no pronunció las palabras, Mina las oyó con claridad suficiente: *Y además, ¿cómo podría abandonarla?*

La necesidad infantil de voltear la silla y patearla fuerte se apoderó de Mina, pero, en cambio, dijo:

–Lo comprendo. Desearía saber cómo hacer que el sol brille de nuevo para ti.

–Ah, solo una persona puede hacerlo.

Mina se molestó.

–Lynet.

El nombre le sacó una sonrisa al rey, pero no era a causa de ella.

–¿Para qué necesito al sol si tengo a Lynet?

Lo había llevado en la dirección equivocada. Mina necesitaba traerlo de

regreso hacia ella, lejos de Lynet, lejos de su esposa muerta. *¿Cómo puedo hacerlo feliz de nuevo?*, se preguntó, pero la respuesta fue despiadada: *él no quiere ser feliz*. Las veces en que él se había acercado a ella, en el día de campo y bajo el enebro, habían sido momentos en los que él había visto a Mina más sola que nunca. Si ella quería llegar a él, debería darle una parte de su propia tristeza.

–Desearía haber crecido con un padre que me amara tanto como tú amas a Lynet –dijo ella. Hacerlo pensar en Gregory siempre era un riesgo, pero sabía que un fragmento de la verdad sería más eficiente que una mentira, sin importar cuán artera fuera.

Y tenía razón. Su tristeza hizo que el rey volviera con ella.

–Oh, Mina. ¿Él es cruel contigo?

Mina movió la cabeza de lado a lado.

–No, no es cruel, pero... –vaciló, mordiéndose el labio–. Nicholas, yo... Oh, lo siento, milord, no debería...

–No, está bien –dijo él y llevó de nuevo la mano hacia la mejilla de Mina–. Puedes usar mi nombre.

–Nicholas, tenías razón el otro día: me *siento* sola. No tengo a nadie aquí, excepto... excepto a ti.

Ella tenía una expresión de dolor y anhelo bellísima en el rostro, una que había practicado con Félix. Sabía que era efectiva.

Nicholas miraba sus labios y entonces, se inclinó hacia adelante, acercando su cabeza a la de ella...

El sonido de la puerta pesada al abrirse hizo que Nicholas retrocediera como un niño culpable. Mina fulminó con la mirada al intruso: Darian, el mayordomo. El anciano había vivido en Primavera Blanca durante mucho más tiempo que cualquier otra persona, así que estaba a cargo de la administración del lugar, quizás incluso más que Nicholas.

–Discúlpeme, milord –dijo Darian–. No había ninguna audiencia programada en la sala del trono, pero me acerqué al oír voces que provenían de allí. Lamento haberlo molestado.

–No, no es nada –Nicholas evitó mirar en dirección a Mina–. De hecho... yo... quería hablar contigo. Aguarda allí –volteó hacia Mina–. He disfrutado nuestra conversación de hoy y espero que tú también. ¿Confío en que sabes cómo regresar a tus aposentos?

–Sí, milord –respondió Mina en voz baja–. No le quitaré más tiempo.

Él inclinó la cabeza hacia ella como muestra de gratitud, se alejó rápido con el mayordomo y dejó a Mina sola en la sala del trono vacía.

\*

Aquella noche, en la capilla, Mina tomó una decisión. Repasó los sucesos del día, la conversación en la sala del trono, pensando en las verdades ocultas que había dicho, las mentiras con las que intentó cubrirlas. Había mentiras que debía decir y verdades que debí ocultar, pero descubrió que anhelaba tener más momentos como los que habían compartido... instancias en las que ella le había revelado una verdad, algo real.

*Si alguien pudiera amarme, esa persona sería él.*

Había intentado utilizar la falsedad para ganar el afecto del rey, pero a fin de cuentas, siempre fallaba y permitía que un poco de verdad escapara en sus palabras... y cuando sucedía, él respondía con calidez, con gentileza. *Si se casa conmigo, decidió Mina, le diré la verdad acerca de mi corazón. Se lo contaré en la noche de bodas.*

Esperaba la llegada de Félix, pero tenía algo difícil que decirle esa noche, así que no sentía el entusiasmo habitual cuando él apareció en la entrada de la capilla.

–Gracias por decirme dónde podía encontrarlo –dijo Mina, ofreciéndole una sonrisa cuando él se detuvo a su lado.

–Desearía no haberlo hecho –confesó Félix–. Hice exactamente lo que me

ordenaste, pero desearía haberte desobedecido –movió la cabeza de lado a lado–. Lo observo por ti, día tras día, y cuando nos reunimos, solo hablamos *de él*. A veces, cuando lo observo, creo que lo odio.

–Félix...

–Y tú... –colocó una mano contra la mejilla de Mina y delineó su pómulos con el pulgar–. Veo cuánto lo deseas. Lo vi en tu rostro hoy. Y a pesar de que eres feliz, yo... siento algo diferente.

Mina quitó la mano de Félix de su rostro y besó la palma del muchacho, que ahora era más áspera y más callosa que cuando lo había creado.

–¿Estás enfadado conmigo?

Él reflexionó un instante, intentando comprender los sentimientos que por una vez le eran propios.

–No –respondió–. Siento... tristeza. Soledad. Esa es la parte que no comprendo: cuanto menos sola te sientes, más solo me quedo. Las cosas no deberían ser de ese modo.

Ella sonrió con tristeza y lo miró.

–Quería despedirme, Félix.

–¿Despedirte?

–Ya no puedo verte así.

–Es por él, ¿cierto?

–Sí. Quiero ser yo misma con él, o al menos quiero intentarlo. Eres un secreto demasiado grande que guardar.

–No le contaría a nadie... –dijo Félix, y negó con la cabeza.

–Lo sé –afirmó ella. Envolvió el cuello de Félix con sus brazos y apoyó la cabeza contra el pecho del muchacho. Quizás ahora estaba empezando a reflejarlo *a él*: podía sentir su tristeza–. Lo sé, cariño, pero no puedo serle fiel y conservarte al mismo tiempo. Ya no quiero practicar el amor... quiero intentar sentirlo. Lo lamento –dijo, y depositó un último beso en los labios de

Félix—. Pero debo enviarte de regreso.

De pronto, él retrocedió.

—¿Enviarme de regreso a dónde? —dijo; su voz era severa—. ¿A tu espejo, donde solo puedo observarte desde lejos?

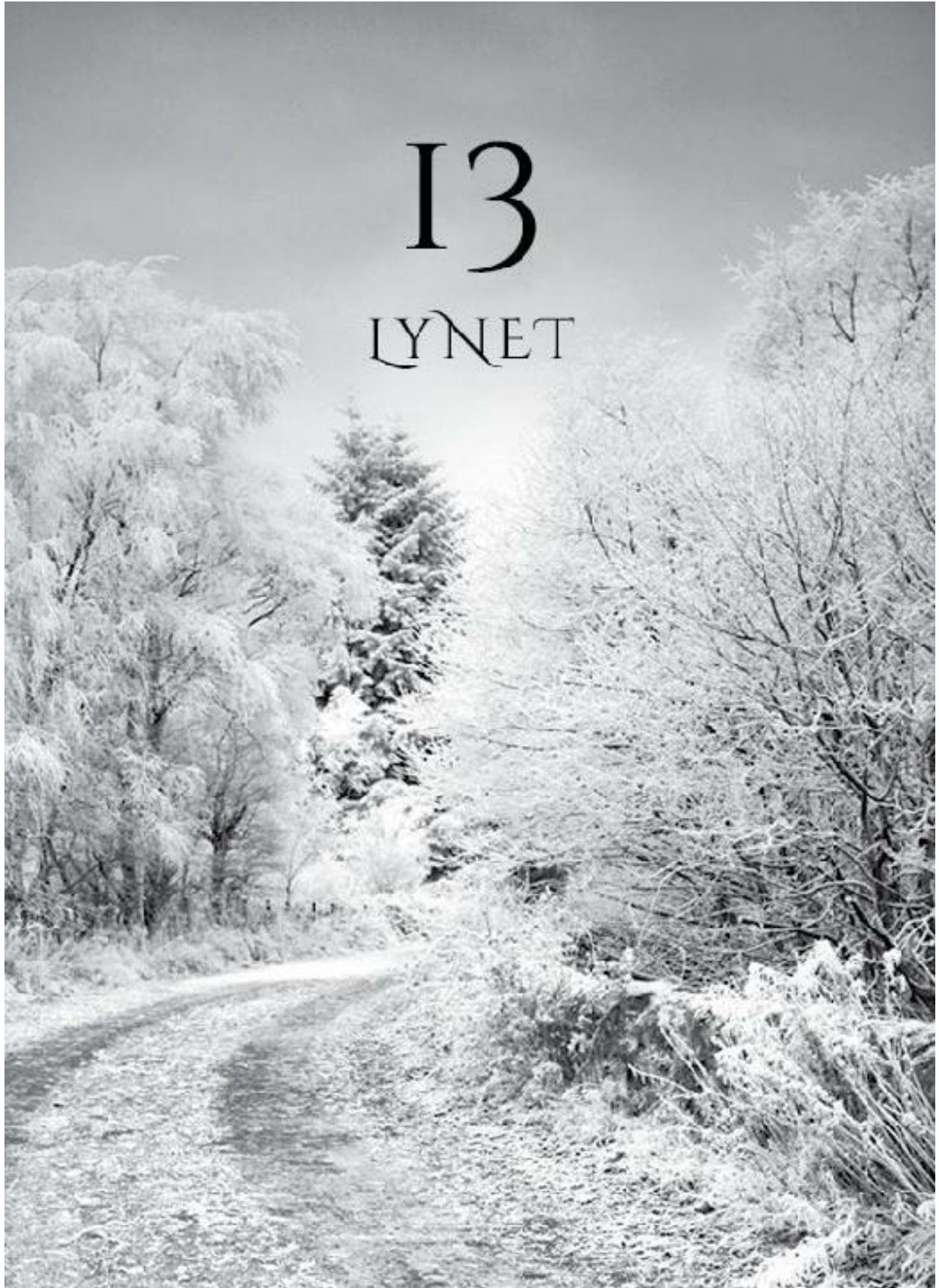
Al principio, Mina no comprendía por qué él reaccionaba de aquel modo, pero luego asimiló su uniforme de cazador, sus botas gastadas y la pequeña rotura en su manga derecha. Tenía una cicatriz reciente en el dorso de la mano. Mina había olvidado que ahora él tenía experiencias propias, una vida más allá de aquella capilla, más allá del uso que ella le daba. Félix se había vuelto demasiado humano para ser solo un espejo; convertirlo de nuevo en vidrio sería una suerte de asesinato.

—Lo siento —dijo ella. Él parecía nuevo para Mina y ella quería volver a tocarlo, comprender a la persona en la que se había convertido en los últimos tres años. Pero temía que si lo hacía, quizás no podría abandonarlo allí como debía. Él no tenía un corazón que ofrecerle y ella quería algo más que cristal—. No te enviaré de regreso —le aseguró—. Pero no debes intentar verme otra vez.

Félix no respondió. Simplemente la observó con su mirada infinita, e incluso cuando ella le dio la espalda y salió de la capilla, creyó poder aún sentir la fuerza de aquellos ojos abiertos y vacíos.

I3

LYNET



**L**ynet comenzaba a arrepentirse de haber decidido sentarse fuera de la puerta para escuchar mientras Mina y Nicholas discutían. Pero era mejor saber, que permanecer sentada en su cuarto preguntándose qué sucedía.

–Tomaste una decisión que me preocupa –decía Mina; su voz baja estaba llena de furia–, sin siquiera decírmelo.

–No te lo dije –replicó Nicholas– porque sabía que se lo contarías a Lynet. A pesar de mis mayores esfuerzos, tienes una influencia importante en mi hija. Sé que la habrías puesto en mi contra, al igual que siempre has intentado ponerla en contra de su madre.

El silencio subsiguiente que tuvo lugar fue aún peor que la discusión, y Lynet apoyó su frente contra sus rodillas y se abrazó a sí misma.

–No sabes nada acerca de tu hija –afirmó Mina–. A ella nunca le importó su madre, ni siquiera al principio.

Lynet alzó la cabeza, sorprendida. *No, se supone que ella no tiene que contarle eso.* Aquellos eran secretos que habían compartido, secretos que nunca podría revelarles a su padre.

–Ahora solo intentas herirme –dijo Nicholas en voz baja.

–No, *ella* es quien siempre trata de *no* lastimarte. No quiere que sepas lo poco que le importa Emilia. ¿Cómo podría hacerlo? Nunca la conoció siquiera. Nunca la ha extrañado, nunca la amó y nunca quiso parecerse a ella.

–Mina...

–Emilia ni siquiera es su madre...

–*¡Suficiente!* –gritó Nicholas–. Y si te atreves a decírselo...

Lynet contuvo la respiración. Mina ya le había contado uno de sus secretos... ¿cómo podía estar segura de que no le diría todos?

Pero Mina emitió una risa frágil.

–No soy tan cruel.

–¿No? ¿Eres la hija de tu padre, o me equivoco?

Otro silencio.

–Por suerte para ti, Nicholas, no lo soy –replicó Mina. Su voz era tan baja que Lynet apenas logró distinguir las palabras.

Oyó pasos que se acercaban hacia la puerta, así que se escabulló a toda prisa por el pasillo y viró en otro corredor donde estaría oculta de la vista.

¿Y ahora a dónde debería ir primero? ¿Con Mina? ¿Con su padre? Las grietas en su familia que habían estado extendiéndose durante tantos años por fin comenzaban a romperse, y creaban una fisura que era cada vez más amplia y que ya no podía mantener unida. Incluso si lograba reunir el valor para ir a hablar con su padre y decirle que había cambiado de opinión, él probablemente pensaría que Mina estaba detrás de su accionar. Pero tenía que creer que todavía podía disculparse con su madrastra y darle explicaciones para reparar algo del daño que había generado.

Pocos minutos después, Lynet llamó despacio a la puerta de Mina. No hubo respuesta. Tampoco había luz que se filtrara por debajo de la puerta, pero Lynet sabía que era imposible que Mina ya estuviera durmiendo. Frunció el ceño delante de la puerta por un momento y luego se le ocurrió dónde podría estar su madrastra.

Supo que tenía razón cuando vio un haz de luz delgado pasar por debajo de la puerta de la capilla. Dentro, Mina estaba sentada debajo del altar central con una vela a su lado. Parecía muy pequeña arropada con sus pieles y con el cabello suelto que caía por su espalda.

–¿Mina? –dijo Lynet. Susurró la pregunta, pero su voz hizo eco y Mina se asustó un poco ante el sonido.

–Siéntate conmigo.

Lynet avanzó con cuidado; sentía que no debía hacer ruido alguno, que no



debería estar allí en absoluto. Tomó asiento en el suelo junto a su madrastra.

–Mina, no quería...

Pero cuando ella la miró, esperando cualquier explicación patética que pudiera darle, Lynet comprendió cuán inútiles eran sus palabras. Sintió un destello de resentimiento hacia su padre porque sabía que era por el bien de Nicholas que ella le había dado la espalda a Mina con su silencio. Lo había hecho porque sabía que era una oportunidad para hacer feliz a su padre, y era muy difícil hacerlo feliz. Pero había elegido la felicidad de su padre por encima de la de Mina porque creía que podía dar por sentado el perdón de su madrastra, y sabía que eso no era justo para nada. Si quería verbalizar sus sentimientos, debería haberlo hecho antes, frente a su padre. Cualquier cosa que dijera ahora solo se sumaría al insulto de su silencio previo.

Al final, Mina fue quien habló.

–Supongo que así son las cosas –dijo la mujer–. Creo que sospechaba que algo así sucedería cuando noté lo mucho que habías crecido. Mientras todavía eras una niña, yo era joven y estaba a salvo... pero ahora que eres mayor, ya no sirvo para nada.

–Eso no es cierto –afirmó Lynet de inmediato. Mina le dedicó una sonrisa triste.

–Ya lo verás, algún día. Cuando envejecas, alguien más estará esperando para ocupar tu lugar, alguien más joven y más bonita que tú. Sabía que ese día se acercaba para mí. Lo sabía incluso cuando aún eras pequeña. Entonces ¿por qué me sorprende tanto saber que me están descartando? ¿Por qué siempre me sorprende tanto?

Lynet tomó su mano.

–¡Yo nunca te haría a un lado!

Mina alzó una ceja.

–¿No? Ahora dices eso, pero el tiempo te hará cambiar de opinión. ¿Y qué

hay de las órdenes de tu padre? Él no me quiere cerca de ti –Mina tomó la mano de Lynet, y sujetó con firmeza su muñeca–. ¿Tienes la valentía suficiente para desafiar a tu padre, lobita?

El amarre de Mina era fuerte, pero lo más alarmante era la desesperación en su voz, la súplica en sus ojos. Lynet nunca había creído que vería a Mina en ese estado, pero tampoco la había visto antes a punto de perder algo tan importante para ella.

Lynet miró a su madrastra a los ojos pero intentó no permitir que su mirada la consumiera por completo.

–¿Qué quieres que haga?

En ese momento, Mina aflojó su amarre.

–Dile la verdad... que no quieres el Sur.

Lynet tragó con dificultad.

–Aunque hable con él, no sé si puedo hacerlo cambiar de opinión.

–Puedes hacerlo si encuentras las palabras adecuadas que decir. Tu padre no quiere que seas infeliz. Te ama. ¿Cuán difícil puede ser persuadirlo para que haga lo que quieres?

Lynet por fin liberó su muñeca de las manos de Mina. ¿Cuán difícil podía ser? Sabía muy bien que su padre tenía ciertas expectativas para ella, y que no se rendiría con facilidad.

–Mina, no lo sé...

–¿Quieres gobernar el Sur?

–Yo... No, no quiero.

La luz de la vela resplandeció en los ojos de Mina.

–Entonces las dos queremos lo mismo. ¿Acaso no te prometí que nunca permitiría que te convirtieran en tu madre? Si permites que tu padre te prepare para el trono mientras aún viva, eso es exactamente lo que hará.

La inquietud familiar se apoderó de ella mientras oía la verdad en las

palabras de su madrastra. Entonces, esa era su elección: no podía hacer feliz a su padre y a su madrastra, pero si elegía a su padre, entonces existía la posibilidad de perderse a sí misma, de perder todo lo que la había hecho sentir un individuo. La respuesta parecía obvia, pero, sin embargo, todavía dudaba.

La voz de Mina atravesó el silencio.

—¿A qué le temes, Lynet?

—No tengo miedo —respondió la princesa; las palabras salieron antes de que pudiera detenerse—. Lo haré. Hablaré con él.

Mina rodeó a Lynet con los brazos y la acercó a ella. Sentía una calidez insoportable al estar acurrucada entre las pieles de Mina, pero se aferró a su madrastra en busca de consuelo, a pesar de que ella era quien intentaba darlo. Después de todos esos años intentando no escuchar a su padre y a Mina discutir e intentando hacer caso omiso del modo en que las Palomas hablaban de ella, solo en ese momento Lynet se permitió aceptar que quizás su hermosa y confiada madrastra era tan insegura como ella. Con razón Mina estaba tan desesperada por no perder su última conexión con su hogar: era una parte de ella, al igual que Mina era una parte de Lynet. Así que quizás, por primera vez, Lynet podía ayudar a su madrastra del modo en que ella siempre la había ayudado. Le diría a su padre que no estaba lista para aceptar la oferta, él cedería a pesar de no comprenderlo, Mina sería feliz y tal vez todos podrían volver al modo en que eran antes.

—Gracias, lobita —dijo Mina antes de terminar el abrazo.

Lynet sentía la necesidad feroz de proteger a su madrastra, de ganarse el apodo que Mina le había puesto hacía tanto tiempo. Si no podía decirle a su padre lo que quería por su propio bien, al menos podía hacerlo por el bien de Mina.

—Nada se interpondrá entre nosotras —afirmó Lynet—. Lo prometo —tomó la

mano de Mina y la apretó despacio.

La mujer le devolvió el gesto, pero aún había dudas en sus ojos, en las esquinas de su sonrisa cansada, y murmuró algo bajo y prácticamente inaudible mientras comenzaba a ponerse de pie. Lynet no logró distinguir con exactitud las palabras, pero creyó que Mina dijo: *Espero que tengas razón.*

✱

La mañana de su cumpleaños, Lynet despertó con el ladrido de los perros entusiasmados por la cacería. Salió de la cama, se acercó a la ventana y estiró el cuello para ver a los perros reunidos en la puerta del castillo junto al resto del grupo de caza a caballo. Su padre estaba allí, al igual que el cazador principal, el hombre de los ojos vacíos. Lynet se apresuró a quitar la cabeza de la ventana; no quería que ninguno de ellos la viera.

Sufrió en sus lecciones del día, aunque su bordado fue incluso peor de lo habitual y no logró recordar las fechas y los nombres de los gobernantes anteriores de Primavera Blanca que debía memorizar. Estaba demasiado ocupada intentando decidir qué le diría a su padre e imaginando sus reacciones.

Él aún no había regresado, avanzada la tarde cuando terminaron sus lecciones, así que se dirigió hacia el taller para visitar a Nadia. Ocupó su lugar habitual y apiló diarios en un extremo de la mesa, pero a esas alturas ya estaba segura de que sabía tanto como había sabido el maestre Jacob y aún no era suficiente. Continuaba moviendo los dedos en su banca, hojeando páginas con inquietud nerviosa. ¿Cuánto faltaba para el regreso de su padre? ¿Cuánto faltaba para que tuviera que decepcionarlo? Si no podía convencerlo de que no le diera el Sur, ¿Mina creería que ella había hecho su mayor esfuerzo? ¿Los perdería a ambos?

Unas manos firmes cubrieron las suyas y detuvieron sus movimientos frenéticos, y alzó la vista para ver a Nadia, que estaba de pie junto a ella con una expresión curiosa.

–¿Qué sucede? –preguntó. Era la primera vez que Nadia la había tocado desde lo ocurrido en la torre, así que Lynet supo que debía estar preocupada.

No quería negar que algo andaba mal. No podía acudir a Mina esa vez, no cuando era parte del problema... y no tenía a nadie más en quien confiar.

–Mi padre quiere que gobierne el Sur –confesó y luego le contó el resto.

Cuando terminó, Nadia apoyó un brazo en el respaldo de la silla de Lynet, pensando.

–Entonces tu padre quiere que tomes el Sur –dijo– y tu madrastra quiere que lo convenzas de lo contrario.

–Correcto –afirmó Lynet mientras apoyaba las manos sobre el regazo y alzaba la vista esperando la solución de Nadia. Aun en su confusión, parte de ella estaba feliz de que ambas estuvieran hablando de nuevo con normalidad–. ¿Qué sugiere que haga la cirujana de la corte?

Nadia sonrió un poco.

–La cirujana de la corte recomienda una dosis de egoísmo.

–No entiendo –dijo Lynet, moviendo la cabeza de lado a lado.

–Me has dicho lo que tu padre y tu madrastra quieren, pero ¿qué hay de ti? –su mano abandonó el respaldo y aterrizó sobre el hombro de Lynet; y por un instante, ella solo pudo mirarla antes de que sus ojos viajaran desde la mano de Nadia por su brazo hasta llegar a su mirada expectante–. ¿Qué quieres tú? –prosiguió Nadia; su voz era un poco más baja que antes.

–No... no lo sé. Quiero que ambos sean felices –respondió; tenía la garganta seca. Nadia quitó la mano.

–Me refiero a qué quieres para tu futuro.

Lynet no sabía qué decir. No sabía cómo explicar que siempre había intentado no pensar en su futuro, porque cuando lo hacía, ya no podía verse a sí misma. Al final, no importaba si aceptaba o no la oferta de su padre ahora: con el paso del tiempo, reemplazaría a Mina y sería reina, y cuando lo

hiciera, se convertiría en su madre. Ese era su propósito: resucitar a los muertos y morir un poco en el proceso.

La comezón bajo su piel regresó, pero esa vez, salir por una ventana no sería suficiente.

–Huyamos –dijo y volteó en la silla. Nadia rio, sorprendida.

–¿Qué?

Lynet se puso de pie para que ambas estuvieran cara a cara.

–Tú quieres ir al Sur para asistir a la universidad de todos modos, ¿cierto? Vayámonos ahora, juntas.

Estaba repleta de entusiasmo, prácticamente se balanceaba por la necesidad de *partir*, de dejar atrás Primavera Blanca y todos sus problemas. No comprendía por qué Nadia la miraba con el ceño fruncido de ese modo o por qué movía la cabeza de lado a lado.

–No puedes simplemente *marcharte*.

–Sí, sí puedo. Las personas lo hacen todo el tiempo. ¿Por qué todos tienen permitido ir y venir como quieran menos yo? Podemos ir a la universidad, tal como lo planeaste.

–No –respondió ella y Lynet se sorprendió por la severidad en su voz. Nadia también parecía sorprendida, porque negó con la cabeza y añadió, en un tono más suave–: Es decir... Es un viaje largo, incluso uno peligroso. Los caminos no siempre son seguros y hay ladrones ocultos en el bosque. Nunca has salido del castillo.

Lynet se enfureció al comprender lo que Nadia quería decir y retorció su falda con las manos mientras intentaba mantener la compostura.

–Estás diciendo que no tengo la fuerza suficiente para sobrevivir fuera de Primavera Blanca –dijo–. Tu opinión acerca de mí no difiere en nada con la de los demás. Crees que soy demasiado frágil para sobrevivir a lo que sea.

Nadia no la miraba a los ojos.

–Lynet... –la interrumpió un golpe furioso en la puerta y la cirujana corrió a atenderla mientras Lynet intentaba hacerse pequeña e invisible.

Nadia abrió la puerta y Lynet oyó que la voz de un hombre decía:

–La necesitan de inmediato. El rey ha tenido un accidente.



I4  
MINA



— **Q**uiero preguntarte algo —dijo Nicholas.  
—Por supuesto, milord —Mina intentó mantener la voz baja: era una tarea ardua dado que Lynet chapoteaba con las manos en el agua gélida del lago. Mina había temido que él intentara evitarla tras su encuentro romántico en la sala del trono, pero poco después de eso, él la invitó a otro paseo junto al lago... con Lynet de acompañante, por supuesto.

—Me gustaría invitarte a cenar conmigo mañana, en algún lugar más privado que el Gran Salón.

A Mina la alegró que él no estuviera observándola; no pudo evitar esbozar una sonrisa satisfecha.

—Sería un honor, milord.

Él volteó hacia ella por fin.

—No quiero que sea un honor. Quiero que estés contenta —su voz era áspera, pero a juzgar por el destello de preocupación en su mirada, parecía genuinamente preocupado.

Ahora, Mina le permitió verla sonreír.

—Entonces, estaré contenta de asistir. Yo... disfruto de nuestro tiempo compartido.

—Yo también. Y mi hija tamb...

Pero no necesitó terminar la oración: sus ojos se clavaron en la niña, quien ahora estaba sumergida casi hasta la cintura en el lago.

—¡Lynet! —llamó él—. ¡No te adentres tanto en el agua!

Ella lo miró un momento y luego enfocó otra vez su atención en el chapotear en el lago.

—Lynet, no lo repetiré.

Esa vez, la princesa ignoró por completo a su padre. Nicholas suspiró.

–Siempre está desafiando los límites –fue hacia su hija, la alzó en brazos en la orilla del lago y la alejó del agua.

Lynet no respondió bien: comenzó a moverse como un gato furioso, pataleando mientras jalaba de su propio cabello.

Mina observó la escena entera con fascinación. ¿Nicholas la reprendería por su desobediencia? ¿La castigaría delante de Mina o esperaría hasta más tarde? ¿Cómo manifestaría el enojo hacia su hija?

Pero Nicholas solo rio ante el berrinche de Lynet. Era la primera vez que Mina recordaba haberlo oído reír, lo cual hizo que el sonido fuera aún más inesperado.

–Mi pajarita está intentando volar lejos –dijo, y sujetó con más fuerza a Lynet a modo de juego–, pero sé que no querría entristecer a su padre. ¿No es así?

Sus palabras parecieron tranquilizar a la niña, o quizás solo estaba agotada por haber puesto tanta resistencia. Lynet movió la cabeza de lado a lado.

–Entonces debe hacer lo que su padre dice. Pero primero, debe darle un beso –él le ofreció la mejilla y Lynet presionó los labios contra ella haciendo ruido.

Mina los observó con un resentimiento creciente que no comprendía. No había querido ver a Lynet castigada exactamente, pero ahora no dejaba de preguntarse *por qué*. ¿Por qué no la castigaba cuando otros padres lo hubieran hecho? ¿Por qué Lynet merecía poseer ese lujo cuando tantos otros no lo tenían? Pero no había motivos; solo estaba el chillido alegre de Lynet y la mirada devota de su padre mientras la bajaba al suelo.

–De todos modos, creo que es hora de que regreses adentro –le dijo a Lynet–. Tengo que reunirme con el consejo pronto.

La niña se aferró a la pierna de su padre y negó con la cabeza.

–Quédate.

–No puedo quedarme, y tú tampoco –replicó él amablemente mientras despeinaba el cabello de su hija.

–Mina puede quedarse.

Padre e hija miraron a Mina a la vez; uno, inseguro y la otra, esperanzada. Mina no sabía cómo responder... No quería que Nicholas pensara que estaba sobrepasando los límites, pero si decidía confiarle el cuidado de Lynet, eso indicaría que la opinión que él tenía de Mina era muy buena.

–Solo si lo permite, milord –dijo ella–. Estaré feliz de cuidarla un rato más y acompañarla a su habitación –las palabras salieron con tanta facilidad que ni siquiera se preguntó si eran ciertas.

Nicholas reflexionó brevemente y luego asintió.

–Está bien, Lynet, puedes jugar un poco más, y luego Mina te llevará adentro –mientras la pequeña emitía un chillido agudo y corría hacia los árboles tropezándose con sus piecitos, Nicholas le dijo a Mina–: Pero no demasiado tiempo. No quiero que se agote.

Mina no dijo que Lynet parecía tener energía suficiente para jugar durante horas.

–La cuidaré con mucha atención, milord.

–Debo irme ahora –dijo Nicholas–. Pero enviaré a alguien a buscarte mañana en la noche.

Sí, así era: él la había invitado a reunirse con él la noche siguiente.

–Hasta mañana, entonces, milord –dijo Mina.

–Me llamaste Nicholas la última vez que hablamos –comentó él, en voz baja–. Me gustaría que lo hicieras de nuevo.

–Hasta mañana, Nicholas –susurró Mina.

Él la observó un momento más, luego se acercó a ella y dijo:

–Espero con ansias la cena de mañana.

No había previsión ni artimañas cuando Mina sonrió: simplemente lo hizo

porque las palabras del rey la habían hecho feliz. Y aun cuando él partió, ella continuó siendo feliz. La había invitado a verlo, no porque Lynet lo hubiera pedido o porque sintiera que estaba obligado, sino porque quería verla. La quería *a ella*.

Mina caminó sin rumbo cerca del jardín para vigilar mejor a Lynet, que estaba corriendo en círculos alrededor de los árboles y gritándole a un amigo o enemigo invisible; no estaba segura a cuál de los dos.

Estaba tensa, de brazos cruzados, y le dolían los oídos por los gritos de Lynet. Ahora que Nicholas no estaba, no tenía motivos para fingir que quería cuidar a una niña consentida cuyo padre nunca la castigaba por nada. Qué lindo debía ser para Lynet vivir en un mundo donde *padre* solo era una palabra feliz, donde jugaba a enfrentar amenazas imaginarias porque nunca había conocido ningún peligro real.

Y justo mientras pensaba que era solo cuestión de tiempo antes de que el mundo perfecto de Lynet se hiciera añicos, vio que la niña tropezó con las raíces de un árbol y cayó al suelo.

De inmediato, Mina corrió hacia ella, esperando que Lynet no se hubiera lastimado de un modo que fuera evidente para su padre. Continuaba esperando oír el llanto o los gritos de Lynet, pero la niña permaneció callada, sujetando su pierna derecha cerca del pecho.

"Déjame ver, Lynet", pidió Mina, y la niña extendió la pierna y le mostró el pequeño rasguño en la rodilla causado por la raíz. Tenía el rostro contraído y los labios temblorosos, pero aún no lloraba ni emitía sonido alguno. Mina no lo comprendía: había creído que Lynet ya estaría llorando sin parar, corriendo hacia su padre para que solucionara todos sus problemas...

Y entonces, lo comprendió: si Nicholas se enteraba de aquel accidente, probablemente no le permitiría jugar afuera de nuevo durante al menos una semana. Lynet ya debía haberlo aprendido en sus primeros años de vida, así

que se había entrenado a sí misma para no llorar, gritar o demostrar que sentía dolor alguno. Mina había llegado a pensar que Lynet era una criatura frágil y consentida, pero ahora recordaba el modo en que la había hallado la primera vez, subida a un árbol, sin el rey cerca para mantenerla a raya. Quizás Mina había estado en lo cierto cuando la bautizó “lobita”. Quizás Lynet era más resistente de lo que aparentaba.

"No te preocupes, Lynet", dijo Mina con dulzura. "No le diré a tu padre lo que pasó si no quieres que lo haga", aquel era un instinto que Mina podía comprender, algo que por fin podía compartir con Lynet.

En ese momento, la niña pareció relajarse. No se movió cuando Mina limpió su rodilla con nieve, y cuando le sugirió que era hora de ir adentro, la niña se puso de pie y colocó su mano en la de Mina.

Las dos caminaron al paso de la niña por el patio, de regreso al castillo. Lynet hablaba mucho y Mina intentaba seguir sus repentinos cambios de tema y sus palabras balbuceadas. Entre otras cosas, Mina descubrió que Lynet odiaba usar zapatos y que tenía un diente flojo. Pero estaba contenta de haber aceptado quedarse con la princesa. Algo en la juventud despreocupada de Lynet hacía que Primavera Blanca pareciera un poco menos hosco y sombrío.

—¡Mina!

La mano de Mina apretó la de Lynet cuando oyó la voz de Gregory detrás de ellas justo cuando estaban cerca de la entrada del ala este. Sabía que Nicholas no querría a Gregory cerca de Lynet... y Gregory también debía saberlo. Entonces ¿por qué corría semejante riesgo al acercárseles? ¿Debía decirle a Lynet que continuara el camino a su cuarto sola?

Pero Gregory ya había atravesado el patio con rapidez para unirse a ellas. Mina aferró con fuerza la mano de Lynet mientras él miraba a la niña con gran interés. Como punto a su favor, Lynet intentaba ocultarse detrás de

Mina, lejos de la mirada del hombre.

–Es perfecta –suspiró él–. ¿Sabes quién soy, niña? Me llamo Gregory.

–Lynet, ¿conoces el resto del camino hasta tu cuarto? –preguntó ella, sin quitarle los ojos de encima a su padre. No había considerado que Gregory pudiera estar interesado en la niña, pero ahora recordaba que Lynet no era cualquier infante para él: ella era su creación. *Yo también lo soy*, pensó ella, pero también era un fracaso. Su corazón sin sangre no le interesaba a Gregory más que sus ratones de arena. Pero Lynet... Lynet era única.

–Sí –respondió la niña, su voz sonaba amortiguada por el vestido de Mina.

–Entonces, quiero que vayas ahora. Ve directo a tu habitación y no te detengas. ¿Puedes hacerlo?

Lynet no se molestó en responder. Soltó la mano de Mina y corrió hacia el interior del castillo. Ella continuó observándola hasta que estuvo a salvo, fuera de vista.

Cuando volteó de nuevo hacia Gregory, los ojos de su padre aún estaban clavados en el espacio vacío donde Lynet había estado.

–No deberías haber hecho eso –le dijo Mina–. ¿Y si el rey te veía?

Hubo un destello de ira en los ojos de Gregory, pero luego desapareció y él asintió y le dio la razón.

–Fue imprudente de mi parte, lo sé. No estaba pensando. Pero las vi pasar y... no pude resistir la oportunidad.

–Lynet te tenía miedo, ¿no la viste? –dijo Mina. Creyó que le causaría placer ver la expresión herida en su rostro, pero, en cambio, sintió algo cercano al dolor. No comprendía por qué debía estar celosa, pero lo único en lo que podía pensar era que a él nunca le había importado cuando *ella* le temía.

Gregory rascó su barbilla, pensativo.

–Sí, parecía asustada de mí, ¿cierto? Soy un extraño para ella gracias al rey

–entrecerró los ojos con desprecio–. ¿No piensas que es injusto que yo sea un extraño para la niña que creé con mis propias manos?

Continuó fulminando con la mirada el espacio vacío frente a él y Mina observó el perfil de su padre con pavor creciente.

–¿Qué quieres de ella? –susurró Mina–. ¿Por qué es tan importante para ti?

Gregory movió la cabeza de lado a lado, aparentemente confundido por la pregunta.

–¿No es natural que quiera conocerla mejor? Cualquier padre pediría lo mismo.

Mina decidió que había tenido suficiente del sentimiento paternal repentino que Gregory sentía por el hijo de otro, así que atravesó el patio hecha una furia y se alejó de él. Así que ese era otro motivo por el cual Gregory estaba ansioso de que Mina se convirtiera en reina; otra razón por la que había insistido en mudarse a Primavera Blanca en primer lugar. Quería a Lynet. Quería ser un *padre* para Lynet. *Que lo sea, entonces*, decidió Mina. ¿Qué le importaba a ella?

Sin embargo, cuando regresó a sus aposentos, pensó en la pequeña mano de Lynet sujetando la suya, en la comprensión que habían compartido respecto a su rasguño, y sus pensamientos severos desaparecieron. Recordó cuán asustada había estado Lynet de su padre y se preguntó si la única manera real de proteger a la pequeña era desaparecer por completo de la vida de la niña junto a Gregory. Pero ¿estaba dispuesta a hacer aquel sacrificio?

Mina apartó la idea y se dirigió a su habitación; tenía que decidir qué vestiría la noche siguiente cuando viera al rey.



I5  
MINA



**A** la hora pautada, un sirviente llegó a la habitación de Mina para llevarla con el rey en su comedor privado. Ella tenía el cabello suelto, sin ningún ornamento. Esa noche no haría ningún plan, ningún artificio. Iría con él como la joven que era y comprobaría sin dudas que Nicholas podía amarla por quien ella era en verdad.

El sirviente la llevó hacia el final de un pasillo donde unas puertas dobles inmensas estaban flanqueadas por los guardias del rey, y Mina se sintió como una novia caminando hacia su esposo. *Pronto, pensó. Pronto se hará realidad.*

Los guardias le abrieron la puerta y ella atravesó la entrada flotando, solo para encontrarse con un fantasma.

Pero no, era imposible que fuera un fantasma porque los espectros pertenecían al pasado y esa era una visión del futuro, de Lynet como mujer. En la pared frente a ella, encima de una chimenea inmensa que estaba encendida, había un retrato grande de la reina muerta. Aunque había oído hablar varias veces del parecido entre la princesa y su madre –y aunque sabía cuál era la razón verdadera detrás de ello–, no había estado preparada para ver la verdad de aquella afirmación con sus propios ojos. Sentía que podría asfixiarse bajo la presión de aquel fantasma pasado y futuro, de aquella mujer que estaba muerta, pero, sin embargo, con vida.

–¿Estás admirando a mi reina? –preguntó Nicholas.

El retrato la había impactado tanto que no había notado a Nicholas de pie en un extremo de la mesa larga del banquete, frente a la chimenea. Una comida norteña y abundante que consistía en venado los esperaba en la mesa, y Mina se preguntó brevemente si Félix había sido quien había cazado aquel venado.

–Buenas noches, Nicholas –dijo, ignorando su pregunta.

Él corrió la silla para ella, esperando a que tomara asiento antes de

acercarse a su propio lugar en el extremo opuesto de la mesa. Comieron casi en silencio; Mina hacía de vez en cuando comentarios acerca de la comida o Nicholas le ofrecía más vino. Durante el transcurso de la cena, la reina Emilia los miraba, observándolos comer. Mina se movió en su asiento, intentando bloquear el cuadro de la vista. Algo perturbaba al rey esa noche, pero Mina no sabía si estaba relacionado a ella. Después de todo, un rey podía tener un sinnúmero de motivos para estar preocupado.

Cuando terminaron de cenar, Nicholas se puso de pie y se acercó a la chimenea; se detuvo dándole la espalda a Mina, con las manos juntas detrás de su estómago.

–Estás callada esta noche –dijo en voz baja.

Mina por poco comenzó a reír.

–Solo porque pareces muy pensativo. No quería interrumpir tu reflexión privada –él asintió y Mina solo pudo ver su perfil ensombrecido contra las llamas–. Desearía saber en qué pensabas –añadió ella, permitiéndose hablar con mayor honestidad de la que habitualmente se atrevía a usar.

Él volteó hacia ella y ambos se observaron con atención, aunque Mina no sabía qué buscaban ambos en el otro.

–Pensaba en Lynet –dijo Nicholas–; en qué es lo mejor para ella.

Mina se esforzó en no reaccionar, aunque sus ojos no pudieron evitar elevarse hacia el retrato colgado sobre la cabeza de Nicholas.

–¿Y qué has decidido?

Él caminó hacia la mesa con paso pesado y se detuvo junto a ella. Se inclinó y enroscó un mechón de cabello de Mina entre sus dedos. La muchacha permaneció completamente quieta; a duras penas respiraba.

Nicholas soltó el cabello y la miró a los ojos.

–Hablé con Lynet esta mañana –dijo–. Parecía preocupada, perturbada por algo. Cuando le pregunté si había sucedido algo después de que la dejé

contigo ayer, se volvió silenciosa, casi temerosa. Después de muchas preguntas, descubrí que conoció a tu padre.

Mina sintió que la sangre abandonaba su rostro. Pensó a toda velocidad, pero terminó diciendo la verdad.

–No pude evitarlo –susurró ella–. Estaba llevándola a su cuarto cuando él nos detuvo.

Nicholas inhaló profundamente y luego regresó a la chimenea.

–No dejo de intentar olvidar quién eres, quién es tu padre, pero solo estaba engañándome a mí mismo.

La resignación en su tono asustó a Mina; su piel se erizó de preocupación.

–¿A qué te refieres?

Sin mirarla, el rey dijo:

–No deberíamos continuar viéndonos. Tu padre y tú seguirán viviendo en la corte, por supuesto, pero nuestra interacción será la mínima indispensable.

Mina se puso de pie.

–Nicholas, yo... –él volteó hacia ella, y Mina dio un paso tembloroso antes de comenzar a hundirse en el suelo.

Estaba bien, claro –conmovida, no incapaz de caminar–, pero quería que Nicholas se acercara a ella. Lo hizo de inmediato: fue hacia ella antes de que pudiera caer al suelo y la sujetó con sus brazos. Mina recordó cómo había querido ser ella misma esa noche, sin trucos ni artimañas. Ya había fracasado.

–¿Necesitas sentarte?

–No –respondió Mina, sujetándose de los brazos del rey para mantener la estabilidad–. No, estoy bien, solo que... no lo comprendo. ¿He hecho algo mal?

–No, Mina, por supuesto que no. No es tu culpa –él apartó la mirada de ella–. Pero tu padre...

–Yo no soy mi padre.

Nicholas aún no la miraba, y el momento de timidez había pasado, así que ella colocó sus manos frías en las de él.

–Mina, no puedo...

–Por favor. Por favor, solo mírame.

Él volteó para mirarla y ella sintió alivio al ver que parecía tan devastado por la decisión como ella. Mina no podía aceptar haber llegado tan lejos solo para perderlo en ese instante.

–Nicholas –dijo ella–, toda mi infancia, las personas me han odiado debido a mi padre, debido a sus poderes. No puedo soportar pensar que incluso tú me odies por culpa *de él*. Ódiame por otro motivo, pero no por ese.

Nicholas movió la cabeza de lado a lado.

–No te odio, Mina, pero... –se detuvo y frunció el ceño, y por un instante, no hubo otro sonido más que el chisporroteo del fuego. La mirada del rey se endureció y sus manos se cerraron con firmeza sobre las de ella–. Sabes acerca de Lynet, ¿cierto?

Mina no sabía cómo responder: no sabía qué respuesta quería oír el rey... pero su vacilación *era* una respuesta y Nicholas soltó sus manos y retrocedió.

–Me prometió que no se lo diría a nadie, pero te lo contó, ¿no es así? ¿*No es así?*

–No te mentaré –afirmó Mina. La dulzura había desaparecido en su voz y ya no fingió estar mareada. El momento de mentir había terminado. Tenía que cambiar el paso, como si estuviera balanceándose sobre un muro muy alto que de pronto había comenzado a derrumbarse. Si tenía cuidado, quizás aún no caería al suelo–. Sí, lo sé. Lo sé y nunca se lo he contado a nadie. Nunca se lo contaría a nadie, y mucho menos a Lynet.

Él le dio la espalda y caminó hacia la chimenea... hacia Emilia. Mina sabía que lo perdería si él continuaba mirando a la reina en lugar de a ella.

–Nicholas, escúchame –habló a espaldas del rey–. No mentía cuando dije

que me sentía sola aquí. Mi padre no es un buen hombre. No le importo y siempre lo he sabido. En los años que he estado en la corte, tú siempre has sido amable conmigo, en especial cuando más lo necesitaba. ¿Es tan difícil creer que sienta cierto... afecto por ti? ¿Que desee estar cerca de ti cada vez que puedo? No soy un peón en los juegos de mi padre. Yo... yo te quería para mí, no para él. Por favor... –se detuvo, casi sin aliento. No sabía que la honestidad podía ser tan agotadora.

Pero la confesión no conmovió a Nicholas. Continuó dándole la espalda a Mina y moviendo la cabeza de lado a lado lentamente.

–Por poco te propongo matrimonio esta noche –dijo en voz baja.

Ella sujetó el respaldo de su silla para no perder el equilibrio, ahora realmente lo necesitaba.

–¿Qué dijiste?

–Por ese motivo te invité aquí. Planeaba pedirte que te casaras conmigo.

Mina respiró con lentitud.

–¿Y aún quieres proponérmelo?

–No estoy seguro –Nicholas movió su cabeza oscura de lado a lado–. A veces pienso que no debería casarme de nuevo en absoluto.

Mina aferró el respaldo de la silla con los dedos y sus uñas dejaron marcas diminutas en la madera. Se había quitado cada pieza de su armadura, se había despojado de cada mentira y artimaña, y aun así lo perdería debido a su padre. Había intentado ser la chica solitaria y triste que necesitaba rescate y había intentado ser ella misma hasta donde se atrevía a serlo. ¿Qué más podía hacer para que él la quisiera? ¿Qué más tenía que ofrecerle?

En su mente, oyó la voz de su padre con seguridad inmutable: *No puede contentarse con un recuerdo para siempre. Pronto, querrá carne sólida y eso es algo que tú tienes y que la antigua reina ya no.*

Él todavía estaba mirando el retrato de su amada reina muerta, a quien solo

podía amar a la distancia. Mina soltó la silla y se acercó a él. Incluso si ahora lo ofendía, al menos él la rechazaría por mérito propio en vez de por su padre. Mina presionó su cuerpo contra la espalda del rey, envolvió con los brazos los hombros del monarca y soltó un suspiro sorprendido y diminuto.

–Nicholas –susurró–, no quiero perderte.

Él se libró de sus brazos y volteó hacia ella. Mientras dejara de mirar el retrato, Mina creía que aún tenía una oportunidad.

–¿Luzco como mi padre? –preguntó ella, girando el rostro hacia la luz.

Él logró emitir una única risa aireada.

–Por supuesto que no.

–Entonces ¿qué ves cuando me miras?

–Mina... –dijo, tragando con dificultad.

–¿Te parezco hermosa?

Él comenzó a voltear de nuevo, pero Mina tomó la mano del rey y la posó sobre su mejilla.

–Aquel día en la sala del trono, tocaste mi rostro de este modo. Creo que querías besarme. Nada ha cambiado entre nosotros ahora.

Después de haber amado a un fantasma durante tanto tiempo, él pareció maravillarse ante la sensación de la piel de Mina bajo su mano.

Él era más cálido que Félix... y también más suave, y ella se preguntó si su toque podría transformar el cristal en carne.

–Ambos nos hemos sentido solos, ¿verdad? –dijo Mina y no estaba segura de si aún estaba interpretando un papel o de si estaba siendo honesta en ese instante.

Él jugaba con el cabello de la muchacha y dejaba que los mechones cayeran entre sus dedos.

–Sí, a veces –concordó en voz tan baja que Mina apenas podía oírlo–. No creí que me casaría de nuevo, pero...

Él se inclinó hacia ella levemente y Mina tuvo que contenerse para evitar jalarlo hacia ella con un solo movimiento. En cambio, pensó en Félix y se puso en puntillas para depositar un único beso debajo de su mandíbula, donde podía sentir el latido agitado del rey bajo su piel.

Aquel momento de contacto simple pareció romper el autocontrol al que él aún se aferraba: acercó a Mina hacia él y posó sus labios sobre los de ella.

Si ella hubiera sabido que lo único que debía hacer era besarlo primero, lo habría hecho hacía mucho tiempo.

De pronto, él la apartó y les dio la espalda al retrato y a Mina mientras pasaba las manos por su cabello. Cuando la miró de nuevo, sus ojos resplandecían, desafiantes.

–Cásate conmigo –dijo él.

Las palabras sonaban tan dulces para Mina que quería oírlas de nuevo. Y esperó tanto para hablar que se cumplió su deseo.

Él se acercó rápido hacia ella y tomó su cintura con un brazo.

–No me importa tu padre. Quiero que te cases conmigo. ¿Serás mi esposa y mi reina?

Mina emitió una risa temblorosa.

–Acepto, con todo mi corazón.

Él la besó de nuevo y después, solo la abrazó, como si fuera posible que alguien intentara alejarla de él. Pero Mina había luchado tanto por aquel momento que supo que nada podría debilitar su abrazo. Ella se aferró a él, aliviada, mientras sus labios rozaban el cuello del rey, pero entonces, sintió el corazón de Nicholas latiendo en su pecho y se apresuró a poner algo de espacio entre ellos, preocupada de que él notara que ella no tenía un latido propio. Tendría que ser cuidadosa y no permitir que los abrazos duraran demasiado.

Nicholas le dio un beso en la sien.

–Algo más –dijo él–. Tenemos que contárselo a Lynet.

–¿Ahora? ¿No es tarde para que hablemos con ella? –preguntó Mina.

Él la soltó y caminó hacia la puerta.

–Los rumores viajan rápido, y no quiero que se entere por alguien que no sea yo –Nicholas mandó a llamar a su hija y luego volteó hacia Mina con una expresión seria en el rostro–. Claramente comprendes que no puedo permitir que Lynet se apegue demasiado a ti. No quiero que tu padre esté a solas con ella, y si eso significa que tendrás que mantener distancia de ella, entonces, que así sea.

–Por supuesto –afirmó Mina. Hubiera sido una ilusa si creía lo contrario, sin importar cuánto le agradara la niña.

Cuando Lynet llegó con los ojos un poco enrojecidos por el sueño, pero brillantes y curiosos, Nicholas se puso de pie junto a Mina. Él la miró y después miró a su hija y dio un paso al frente. Carraspeó y dijo:

–Tenemos algo que decirte, Lynet –hizo una pausa, deseando probablemente que Lynet comprendiera cuál era la noticia y que la anunciara ella misma para ahorrarle el esfuerzo. Cuando la niña no lo hizo, él prosiguió–: Serás reina algún día. Lo sabes, ¿verdad?

Lynet asintió solemnemente con la cabeza.

–Pero hasta que llegue ese día, este reino necesita una reina y eso significa que... tengo que casarme de nuevo. ¿Lo entiendes?

Asintió de nuevo y clavó los ojos en Mina.

–Mina y yo nos casaremos –dijo Nicholas por fin.

Lynet miraba directamente a Mina en ese instante e intentaba ocultar una sonrisa.

–¿Te casarás con mi papá?

–Así es –respondió Mina.

–¿Eso significa que serás mi mamá?



Mina comenzó a hablar, pero Nicholas apoyó su peso en una rodilla frente a Lynet y se puso a la altura de la niña.

–Escúchame, Lynet. Que contraiga matrimonio de nuevo no significa que estoy intentando reemplazar a tu madre –señaló el retrato–. *Esa* es tu madre y siempre lo será. Mina será tu *madrastra*.

El labio inferior de Lynet comenzó a sobresalir, pero se detuvo antes de hacer un mohín. Miró, suplicante, por encima del hombro de su padre a Mina.

Pero ella ya había tomado una decisión.

–Tu padre tiene razón –dijo.

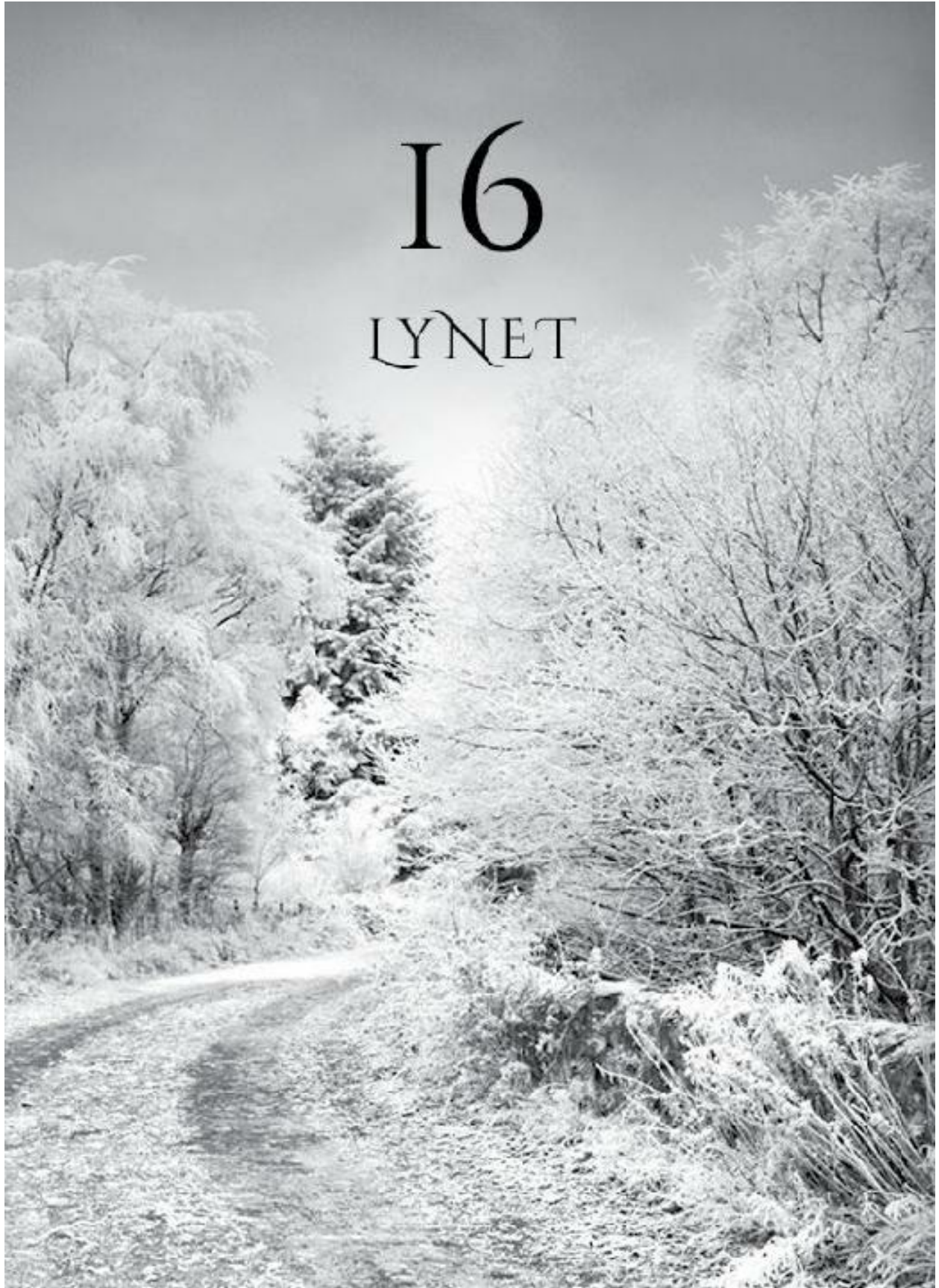
Lynet se acercó más a Mina, mirándola con aquellos ojos que había heredado de su madre... pero la verdad era que no tenía madre, excepto por la nieve. Quizás una parte de ella lo comprendía y por ese motivo no estaba dispuesta a renunciar tan fácil a Mina. Con cuidado, Lynet rodeó la cintura de su futura madrastra con los brazos y apoyó la cabeza sobre el estómago de Mina.

Nicholas las observaba, esperando ver cómo respondería Mina. Y a pesar de tener los brazos de la niña alrededor de la cintura, Mina sintió una puñalada feroz de resentimiento hacia ella por haber tenido ese gesto en primer lugar y por poner en riesgo su nueva posición. Se aferró a aquel resentimiento, irracional como era. Lo necesitaría para hacer lo que debía hacer a continuación.

Apartó a la niña de ella con suavidad. Nicholas asintió como muestra de aprobación y Mina centró su atención en eso en vez de en los hombros abatidos de Lynet. Nicholas tomó la mano de la pequeña para sacarla de allí y Mina mantuvo la vista clavada en él en lugar de en la cabeza inclinada de Lynet. Si había existido un momento para ser cruel, era ese.

16

LYNET



*El rey ha tenido un accidente.*

Lynet sabía que aquellas palabras podían implicar muchas cosas, que no había motivos para pensar que algo terrible había sucedido, pero *supo* que debía esperar lo peor debido al entumecimiento repentino de las puntas de sus dedos.

—¿Es...? —comenzó a decir Nadia, pero luego movió levemente la cabeza en dirección a Lynet y solo asintió—. Iré de inmediato.

En cuanto Nadia volteó para tomar su bolso de cirujana, Lynet la empujó al pasar y salió corriendo por la puerta.

—¡Lynet, espera! —oyó que Nadia decía, pero no podía esperar. La verdad no podía ser tan terrible como imaginaba así que necesitaba saber cuanto antes qué había ocurrido.

El patio estaba atestado de personas, la mayoría estaban reunidas alrededor de unos pocos hombres con prendas de montar: nobles que habían acompañado al rey en su cacería. En el murmullo bajo de la multitud, Lynet logró distinguir las palabras *ciervo* y *sangre*, pero no quería oír ningún informe exagerado: quería ver a su padre.

Sin embargo, permaneció de pie paralizada al límite de la multitud, sin saber con certeza cómo se abriría paso a través del gentío sin que la detuvieran. Desesperada, miró hacia arriba: quizás si escalaba los muros, nadie la vería, y podría llegar a los aposentos de su padre más rápido.

Se asustó cuando una mano rodeó su cintura. Nadia la había alcanzado y no dijo nada mientras avanzaba a toda prisa con Lynet a través de la multitud, protegiéndola de los ojos curiosos.

Mina ya estaba allí cuando llegaron a los aposentos del rey, sola, salvo por el cazador asustado. Había sangre en las manos y los antebrazos del hombre; el destello rojizo capturó la atención de Lynet inmediatamente.

Mina se tambaleó y colocó una mano sobre el brazo del cazador para mantener el equilibrio. Ver a su madrastra pálida y desorientada hizo que Lynet perdiera la poca compostura que le quedaba.

–¿Dónde está? –Lynet corrió hacia adelante, sin importarle el miedo que le causaba el cazador–. ¿Qué ocurrió? –sujetó el brazo del hombre y decidió que no lo soltaría hasta que le diera una respuesta–. Por favor.

Él miró a la reina, pero ella a duras penas parecía notar la presencia de Lynet.

–Fue un accidente –le dijo a la princesa–. Un ciervo.

Lynet corrió hacia la puerta de la habitación sin esperar a oír más. *Está muerto. Está muerto como mi madre, me ha dejado para ir con ella, está muerto, está muerto.* Pero antes de que pudiera llegar a la puerta, unos brazos fuertes la detuvieron.

–Suéltame –exclamó Lynet con la garganta cerrada. Cayó de rodillas y solo en ese momento vio que quien la sostenía no era el cazador, sino Mina.

–Primero deja que la cirujana lo vea y después puedes entrar –decía Mina. *Cirujana. Porque está despedazado. Porque está muerto.* Nadia lo sabría. Nadia se lo diría. La muchacha hablaba en voz baja con el cazador pero cuando Lynet intentó capturar su atención, Nadia volteó la cabeza.

–Está muerto –dijo Lynet, las palabras se repetían una y otra vez en su mente. *Está muerto, está muerto como ella.*

–No está muerto –Mina colocó las manos sobre los hombros de Lynet–. Escúchame. Ha perdido mucha sangre, pero no ha muerto.

Nadia carraspeó e hizo un gesto hacia la puerta donde Lynet y Mina bloqueaban el paso.

–Haré lo que pueda para ayudar –dijo Nadia.

–Entonces, ve –ordenó Mina, y cuando ella daba una orden, cualquiera la obedecía.

Nadia ingresó a toda prisa al cuarto y cerró la puerta con rapidez detrás de ella. Lynet quería seguirla, pero Mina aún la sujetaba.

–Entonces está vivo –dijo Lynet, probando las palabras; descubrió que sabían mucho más dulces que sus oraciones anteriores. *Está vivo, está vivo.*

–Está vivo por ahora –añadió Mina con una mezcla de tristeza y alivio.

–¿Por ahora? Pero él... Pero dijiste...

–Tiene heridas graves. El ciervo lo corneó. Tal vez no permanezca con nosotros durante mucho más tiempo.

Para Lynet no tenía sentido. O estabas muerto o estabas vivo, pero ella no sabía qué hacer con ningún estado intermedio.

–Lynet, ¿comprendes lo que digo?

–Pero no murió –insistió Lynet. Solo necesitaba explicarle a Mina que estaba equivocada. *Mamá* estaba muerta, pero papá estaba vivo. Así es como había sido siempre–. No puede morir.

–Todos podemos morir –susurró Mina.

Se puso de pie y se convirtió de nuevo en la reina que Lynet conocía tan bien. No sabía cómo recobrar la compostura tan rápido como Mina; permaneció donde estaba en el suelo; una parte de ella creía que si solo esperaba allí el tiempo suficiente, su padre saldría caminando por la puerta, vivo y entero. Mina asintió levemente hacia el cazador, él le devolvió el gesto, salió de la habitación y las dejó a solas.

Mina caminó por el cuarto a paso lento y en silencio. La luz gris tenue que provenía de la ventana la hacía parecer borrosa y fantasmal, perdida en otro mundo, y Lynet no sabía cómo traerla de regreso. Sin embargo, no podía tolerar aquella espera silenciosa.

–Serán capaces de salvarlo, ¿verdad? –dijo y retorció las manos en los pliegues de su vestido.

Mina se hundió con pesadez en una de las sillas que estaban junto a la

chimenea y apoyó la cabeza entre sus manos para que su cabello la protegiera de la vista. Luego, alzó la cabeza, miró la chimenea vacía y dijo:

–No lo sé.

*Se supone que no deberías decir eso*, pensó Lynet. Se suponía que Mina debía ayudarla, ofrecerle consuelo o tranquilizarla, pero últimamente, Lynet sentía que, en cambio, ella era quien siempre intentaba consolar a Mina.

–Solo dime que él estará bien...

–Lynet, *no lo sé* –replicó Mina.

–¡Deja de decir eso! –gritó; su voz era aguda y apenas podía contener el pánico. Se puso de pie a pesar del temblor en sus piernas. Odiaba sentirse tan asustada, odiaba sentirse débil e impotente para proteger a alguien que le importaba. Pero ¿cómo se suponía que ella sería valiente alguna vez si Mina ni siquiera la miraba?–. ¿Cómo puedes permanecer sentada allí? –dijo Lynet, las palabras brotaban de su boca–. ¿Cómo puedes estar tan tranquila? Ni siquiera te importa si se recupera o no, ¿verdad? Pero claro, ¿por qué te importaría? Nunca lo amaste.

Finalmente, Mina volteó y miró a Lynet con ojos fríos, y la ira de Lynet desapareció y la dejó solo con vergüenza.

–Mina, no quise...

–Tienes razón –replicó ella, en voz baja pero clara–. No lo amo. Creí hacerlo alguna vez, hace mucho tiempo. Pero te equivocas si crees que no me importa lo que le suceda –vaciló y luego añadió–: Si muere, serás reina, sabes.

*¿Reina?* Era lo último en lo que Lynet pensaba. Renunciaría a cualquier derecho al trono si eso significara que podría mantener a su padre vivo.

–No me importa –dijo Lynet–. Nada de eso me interesa.

Mina sonrió, una curvatura aterradoramente en sus labios, y apartó la mirada de nuevo mientras cerraba los dedos alrededor de los apoyabrazos de la silla.

–Es muy sencillo para ti, ¿cierto? –susurró–. Si yo hubiera tenido un padre como el tuyo al crecer, quizás tampoco me importaría ser reina.

Lynet permaneció en silencio y maldijo su propia desconsideración. Sabía que ser reina significaba más que una corona para Mina, pero solo en ese instante comprendió por completo la inevitabilidad de que ella perdiera esa corona. Le importara o no a Lynet, ella sería reina el día en que su padre muriera –ya fuera ese mismo día o años después en el futuro– y aquel día, Lynet no sería la única que perdería algo querido.

–Mina...

La puerta de la habitación de su padre se abrió antes de que Lynet pudiera continuar, y tanto ella como Mina voltearon mientras Nadia salía de la habitación. Tenía el rostro cansado y había algunas gotas de sudor en su frente mientras respiraba hondo un par de veces.

–Ha perdido mucha sangre –informó Nadia, mirando solo a Mina–. Le he dado beleño negro para hacerlo dormir.

–¿Puedo...? –Lynet tragó con dificultad–. ¿Puedo verlo?

Nadia suspiró al voltear hacia ella, pero luego, asintió.

–Quizás no tenga la coherencia suficiente para hablar contigo, pero puedes verlo si quieres.

Mina se puso de pie y abandonó su silla.

–Te dejaré ir sola. Necesitas un mejor consuelo del que yo puedo darte ahora mismo –miró a Nadia y añadió–: Llámame si algo cambia.

Cuando Mina partió, Lynet ya no tuvo más excusas para esperar. Se detuvo frente a la puerta, preparándose.

–¿Quieres que entre contigo? –preguntó Nadia y colocó suavemente una mano sobre el hombro de Lynet.

–No –respondió ella–. Solo... solo dime si vivirá. Sé honesta.

La mano de Nadia se puso tensa un instante y aquella presión leve fue

respuesta suficiente.

–Si sobrevive, probablemente no sea por mucho tiempo más. Deberías despedirte ahora, por si acaso. Y Lynet...

Ella volteó y la miró.

–Respecto a antes, cuando estábamos hablando en el taller...

Lynet movió la cabeza de lado a lado, y con un movimiento del hombro se quitó de encima la mano de Nadia.

–Ahora no. Eso no me importa ahora.

Antes de que Nadia pudiera responder, Lynet ingresó al cuarto de su padre y cerró la puerta. En cuanto estuvo dentro, se estremeció; su cuerpo entero retrocedió al ver la silueta inmóvil que yacía en la cama. Había creído que nada podía ser peor que la cripta, pero ahora sabía que estaba equivocada.

Sin embargo, se obligó a avanzar hacia la cama. La idea de que debía apresurarse por si él moría mientras ella estaba de pie allí flotaba en su mente, aunque se sentía demasiado culpable para expresarla.

La herida en el lateral de su padre estaba cubierta con muchas vendas y tenía la piel cetrina, pero Nicholas parecía tranquilo en su sueño inducido. Lynet esperaba que estuviera teniendo sueños placenteros. Vacilante, intentó tomar la mano de su padre, pero le llevó tres intentos hacerlo hasta que logró tocarlo. Había pensado que estaba demasiado dormido para despertar, pero ante el roce de la mano de su hija, el rey gimió y Lynet retiró la mano. Al menos, estaba vivo. Muriendo, pero vivo, todavía vivo.

Él movió la vista hacia ella; tenía los ojos somnolientos por su sueño inducido. Dijo una sola palabra:

–¿*Emilia*?

–No –replicó Lynet–. No, no soy Emilia. Soy Lynet.

–Lynet –susurró él y sus ojos se cerraron de nuevo.

–Sí, *Lynet* –repitió ella. Había ido allí a despedirse, pero en cuanto comenzó



a hablar de nuevo, las palabras parecieron brotar por voluntad propia—. Siempre seré Lynet —continuó en un susurro—. No quiero convertirme en ella. No quiero el Sur y no quiero ser reina, y desearía... desearía ni siquiera parecerme a ella. Desearía que dejaras de verla a ella cada vez que me miras. Desearía que dejaras de querer tanto que fuera como ella —quizás, solo podía decir lo que pensaba en ese momento porque él no podía comprenderla realmente, o tal vez era porque ella sabía que esa podría ser su última oportunidad, pero ahora que había comenzado, no podía detenerse; el discurso rígido y cuidadoso que había ensayado quedó en el olvido—. Desearía saber cómo hacerte feliz sin olvidar quién soy —dijo, ahogándose en sus palabras—. Pero... igual te amo y... y quería despedirme.

Se le quebró la voz, pero en ese instante se sintió muy liviana; liviana y completa.

Nicholas abrió los ojos para mirarla, aunque no parecían realmente *verla* a ella, y de nuevo susurró el nombre de la madre de Lynet.

—Sí —dijo la chica—. Sí, soy yo. Emilia —le haría aquel último favor. Podía hacerlo sin miedo ahora que le había dicho la verdad.

Se inclinó, le dio un beso en la frente y retrocedió antes de que él le pidiera algo más. *No soy mi madre*, se recordó a sí misma. *Yo estoy viva*.

El rey cerró los ojos lentamente de nuevo y ella se alejó, agradecida de ver el movimiento lento del pecho de su padre mientras salía de la habitación.



Sybil la esperaba junto al lago, ocultando el rostro entre sus manos de piedra como siempre. El festejo de cumpleaños de esa noche había sido cancelado, por supuesto, así que Lynet no le prestó atención al cielo que se oscurecía gradualmente mientras se acomodaba debajo de la estatua, llevando sus propias rodillas hacia el pecho y diciendo plegarias silenciosas por su padre.

Era extraño el modo en el que nada había cambiado. La reina Sybil lloraba; el lago era sereno como siempre; los árboles del Jardín de las Sombras

extendían sus brazos desnudos y retorcidos hacia el cielo. No parecía justo que Lynet disfrutara de algo hermoso mientras su padre moría (estaba vivo, pero muerto; muerto, pero vivo). *Debería haberme quedado, pensó. Debería haber esperado hasta el final.*

Pero lo había escuchado llamarla por el nombre de su madre y el pánico la había superado. Abrazó más fuerte sus rodillas y supo que no regresaría, no ahora, no cuando la muerte estaba tan cerca. Aquello ya no era un juego. ¿Y si cuando la muerte fuera en busca de su padre la confundía a ella con su madre y también se la llevaba?

Pero ella ya estaba al borde de la muerte, ¿cierto? Porque si Nicholas vivía, ella nunca sería capaz de rechazar su oferta del Sur, no después de haber estado a punto de perderlo; y si él moría, ella se convertiría en reina. Y de cualquier modo, Lynet temía que ella también moriría lentamente y no dejaría nada atrás más que a Emilia.

Y de cualquier modo, Mina la odiaría por ello.

El recuerdo vergonzoso de su discusión con Mina por fin hizo llorar a Lynet, y no emitió sonido alguno mientras sollozaba entre sus manos como la triste reina Sybil sobre ella: la reina Sybil, quien solo era recordada por su muerte y por el daño que le sucedió. ¿Y cómo recordarían a Lynet? ¿Como una niña asustada que despotricaba contra las personas que amaba?

*Es muy sencillo para ti, ¿cierto?*

Lynet apoyó la cabeza en la nieve y cerró los ojos, obligándose a dejar de llorar, a dejar de pensar en su padre o en Mina, a dejar de pensar por completo...

Cuando los abrió de nuevo, le dolía el cuello y el cielo estaba totalmente oscuro, excepto por la luna que brillaba sobre su cabeza. Debía haberse quedado dormida. Mientras abandonaba su posición ovillada, recordó lo que la había llevado allí en primer lugar y deseó poder sumergirse de nuevo en la

inconsciencia y hacer desaparecer otra vez el mundo.

Se arrastró hasta la orilla del lago y lavó su rostro. El viento generaba ondas en el agua y silbaba entre los árboles del Jardín de las Sombras con un gemido triste. Lynet pensó que sonaba como palabras: *Huye lejos*. Las oyó en su mente, urgentes como una orden, pero suaves como un susurro. *Huye lejos, huye lejos*.

“No puedo. No debo”.

Sin embargo, tenía sentido. Nadia le había dejado en claro que la vida de su padre ya había acabado y, si huía, nadie le daría jamás la noticia de la muerte de Nicholas. No habría noticias que informar, no si se marchaba lejos de allí. Incluso si de algún modo él sobrevivía, Mina aún tendría todo lo que quería, dado que Lynet no estaría allí para quitárselo. Y Lynet...

Lynet sería libre.

Oyó otro susurro urgente, pero esa vez, era la voz de Nadia que le preguntaba: *¿Qué es lo que tú quieres?*

Pero le había dicho a Nadia lo que quería, y ella la había rechazado y la había hecho sentir débil y consentida, como una mariposa de alas atrofiadas que nunca había aprendido a volar. Si se enteraba, Nadia la detendría para evitar que se marchase.

*Entonces, no se lo diré.*

Lynet se puso de pie. El susurro sucumbió ante el rugido ensordecedor de su corazón latiendo desbocado y pronunciando las palabras en una clase de canto furioso:

*Huye lejos, huye lejos, huye lejos.*

Nadia pensaba que Lynet no sobreviviría fuera de Primavera Blanca, pero se equivocaba; la única manera de sobrevivir era abandonar Primavera Blanca, crear una nueva vida para ella fuera de esos muros. Había nacido y tomado la forma de una mujer muerta, había vivido bajo su sombra fantasmal

y ahora por fin escaparía de ella de la única manera que conocía.

Empacaría lo necesario esa noche y luego partiría antes del amanecer, cuando aún estaba oscuro... Y quizás, para ese entonces ya sabría con certeza cuál era el destino de su padre. Lynet centró su atención en la sangre que corría por su cuerpo, en la energía extraña y burbujeante que llenaba su pecho, y por poco sintió ganas de reír, solo para poder liberar un poco de aquella energía. Necesitaba recordar esa sensación porque sabía que desaparecería cuando fuera a ver a Mina. No podía marcharse sabiendo que Mina estaba furiosa con ella; sabiendo que sus últimas palabras compartidas habían estado impregnadas de resentimiento.

No se molestó en ir a la habitación de Mina. Ya sabía a dónde iba su madrastra cuando estaba tan angustiada.

Pero la capilla estaba vacía cuando Lynet llegó. Caminó a paso lento hacia el altar central. Su explosión de energía por haber tomado la decisión se desvanecía y ahora los nervios de ver a Mina otra vez se apoderaban de ella.

Oyó que unos pasos se acercaban y, al principio, Lynet pensó que debía ser Mina, pero el sonido era demasiado pesado para pertenecer a su madrastra. Por instinto, Lynet se ocultó detrás del gran altar de piedra y espió para ver quién más que su madrastra iría a esa capilla abandonada.

La respuesta a su pregunta apareció cuando el cazador lleno de cicatrices ingresó con urgencia en la sala. ¿La había seguido hasta allí? ¿Qué quería de ella? Se encogió detrás del altar, temiendo que él la encontrara y la sujetara del cuello como un animal. Las mangas del hombre aún estaban cubiertas de sangre seca.

Pero él solo permaneció de pie, esperando, hasta que Lynet supuso que se reuniría con alguien allí: quizás un romance secreto. Sintió un destello de ira en nombre de su madrastra al ver que alguien utilizaba su refugio para su propio propósito. Estaba aún más irritada porque sabía que no podría salir del

lugar hasta que él se marchara, y tenía calambres en las piernas debido a su posición agazapada.

Sin embargo, sintió curiosidad: ¿era aquello un encuentro amoroso? De ser así, ¿quién amaría a semejante hombre? Sin dudas él era fuerte y bastante atractivo; tenía la mandíbula cuadrada y hombros amplios, y Lynet suponía que sus cicatrices le daban cierta atracción peligrosa. Pero ¿quién podría mirar esos ojos extraños y vacíos y encontrar amor o calidez en ellos?

El cazador alzó la cabeza cuando una silueta ingresó por la puerta.

–Lamento llegar tarde, mi amor, pero me retrasé en el camino.

Lynet reconoció la voz de inmediato, por supuesto, así que ya estaba aferrándose al altar de piedra, atónita, cuando la silueta avanzó y se convirtió en Mina.



I7  
MINA

**E**l compromiso fue sencillo y la ceremonia de casamiento fue pequeña, como Nicholas quería. Él parecía pensar que celebrar su segundo matrimonio sería una ofensa para su esposa muerta.

Igualmente, Mina lo consideraba un triunfo. Había prestado mucha atención a Xenia cuando Nicholas hizo el anuncio de que ella sería la nueva reina de Primavera Blanca, y disfrutó la expresión atónita que atravesó el rostro de la mujer antes de que lograra ocultarlo. Casarse con el rey se había convertido en algo más que un modo de asegurarse un esposo y una corona: ahora, era un acto de rebeldía.

Lo sintió aún más cuando ocupó su lugar en la mesa alta junto al rey en el banquete de bodas, dos meses después de su propuesta. El Salón estaba lleno de personas que alguna vez le habían dado la espalda, pero ni siquiera su desaprobación había sido suficiente para alejarla de aquel asiento. Ella, la hija del mago, ahora era la reina, y el mago estaba sentado a la izquierda de Mina.

A su derecha, estaba el rey, su esposo, y a la derecha *de él* estaba Lynet. Mina deseó que la niña estuviera sentada en cualquier otra parte; pero sentada junto a su padre, la niña exigía su atención completa, lo que dejaba a Mina solo con la nuca del rey y con Gregory como compañía. No estaba segura de cuál de los dos prefería.

–Podrías estar un poco más contenta el día de tu boda –susurró Gregory. Apenas la miró al hablar; sus ojos resplandecían debido a la luz del Salón.

–Estoy aburrida –murmuró Mina–. No creí que mi esposo prefiriera conversar con una niña en vez de conmigo.

–¿Aburrida? Entonces, tendré que darte algún entretenimiento.

Antes de que ella tuviera la oportunidad de preguntarle a qué se refería, Gregory se puso de pie. Esperó que el ruido del Salón cesara mientras todos, incluidos Mina y Nicholas, centraban la atención en él. Una incomodidad

confusa se apoderó de la sala.

–Gracias a todos por celebrar este día con nosotros –dijo Gregory, y Mina sintió vergüenza de su arrogancia–. Como el padre de nuestra hermosa reina nueva, me gustaría darle un regalo a la pareja real, si me lo permiten.

Nicholas miró a Mina con una expresión confundida y levemente asustada, pero Mina solo se encogió de hombros. Después de una vacilación breve, el rey miró a Gregory y asintió, y luego se acercó más a su propia hija.

Gregory bajó de la tarima. Les hizo señas a dos hombres que estaban al final del Salón, quienes salieron rápido y regresaron cargando un objeto enorme cubierto con una sábana. Lo apoyaron delante de la tarima.

–Milord, miladi, les presento un regalo hecho por los mejores artesanos del Norte –con un movimiento teatral, quitó la sábana y Mina... se vio a sí misma.

El espejo era más alto que su padre, el marco de madera oscura era simple y carecía de ornamentos. Era la primera vez que Mina veía su reflejo desde que se había convertido en la esposa del rey. La boda había sido surrealista, como caminar en un sueño. Pero esa vista, esa mujer en el vidrio con una diadema dorada... era algo en lo que creer.

*Soy la reina.*

Nicholas se puso de pie y ella caminó junto a él; descendió de la tarima para acercarse a su regalo. Su esposo le agradecía a Gregory, pero ella no lo oía; estaba demasiado cautivada por la mujer en el espejo. Quería extender la mano y tocar el cristal, invocarlo, pero sabía que no debía hacerlo, aún no.

Los invitados en el Salón aplaudieron fuerte y el ruido liberó a Mina del hechizo extraño del espejo. Al principio, estuvo a punto de encogerse ante la mirada colectiva. ¿Veían a una chica sureña, una forastera, que ocupaba un puesto que no estaba a su altura? Pero no, no había desprecio en los rostros de sus nuevos súbditos. Incluso aquellos que una vez se habían burlado de



ella sabían que no era apropiado insultar a una reina. En sus ojos, Mina se vio como ellos la veían; hermosa, sí, pero más que eso: majestuosa, poderosa.

La adoraban.

Mina oyó que alguien corría y bajaba de la tarima, y luego, Lynet apareció junto a su padre, deseosa de formar parte de aquel juego nuevo. Riendo, él la alzó en brazos y la llevó cerca del espejo mientras Mina se hacía a un lado. Lynet exploraba el espejo con las manos, deslizando sus dedos regordetes sobre la madera, y Mina sintió una irritabilidad inesperada.

Más tarde se preguntaría si podría haber evitado lo que sucedió a continuación; vio las piezas del rompecabezas, pero no había sido capaz de comprender la imagen completa lo bastante rápido como para detenerlo. Gregory, percibiendo la inquietud creciente de la multitud, les ordenó a sus hombres que alzaran el espejo y que se lo llevaran. Al mismo tiempo, Nicholas se puso de rodillas para dejar a su hija en el suelo. Cuando alzaron el espejo y Lynet apoyó los pies en el suelo, ambos chocaron y la cabeza de la niña golpeó la parte inferior del espejo.

Un grito ahogado recorrió la sala y hubo un silencio tenso antes de que Lynet comenzara a llorar a pesar de hacer su mayor esfuerzo por evitarlo; tenía el rostro arrugado de dolor. Nicholas la alzó de inmediato y corrió el cabello de la niña para ver el corte: no era nada profundo como Mina había temido, pero fue suficiente para que un hilo de sangre cayera por la frente de la niña sobre su mejilla.

Nicholas le gritó a uno de sus sirvientes que llamara a su cirujano y luego fulminó con la mirada a los hombres de Gregory, quienes habían apoyado el espejo de nuevo en el suelo.

–Desháganse de él –ordenó el rey, mientras acunaba a Lynet en brazos.

Comenzó a alejarse, pero Gregory apareció frente a él y le bloqueó el paso.

–Milord –dijo el mago, inclinando la cabeza–. Tengo cierta habilidad para

la medicina, y no querría que se perdiera su banquete de bodas. Deme a la niña y yo la curaré. Después de todo, ahora somos familia, ¿verdad?

Mina observó la escena, horrorizada. Después de la propuesta de Nicholas, le había dicho a Gregory cuán cerca había estado de perder al rey debido a su intromisión, y aunque el mago la había fulminado con la mirada, creyó que él lo había entendido. Aunque quizás sí lo había hecho: había elegido aquel momento para pedirle a Lynet, cuando toda la corte los observaba. Si Nicholas rechazaba su generosa oferta o lo insultaba de algún modo, todos se preguntarían si había algún significado más profundo oculto en aquel acto, y lo último que Nicholas quería eran especulaciones acerca de su hija. Mina se preguntó cuán accidental era realmente la herida de Lynet.

No podía ver el rostro de Nicholas desde donde estaba de pie, pero veía la derrota de su esposo reflejada en el resplandor triunfal y frío en la mirada de su padre. Quería intervenir, arrebatárselos a Lynet a ambos, pero sabía que si se acercaba ahora a ellos, Nicholas pensaría que ella era parte del plan de Gregory.

El mago extendió los brazos hacia Lynet, quien se aferraba a su padre con todas sus fuerzas, pero entonces uno de los guardias apareció junto al cirujano del rey. Así que, agradecido, Nicholas le entregó la niña al médico mientras Gregory fulminaba con la mirada al cirujano intruso.

–Aprecio tu oferta, pero es innecesaria –le dijo Nicholas a Gregory por el bien de la multitud. Salió del Salón junto al cirujano, sin mirar ni una vez a su nueva reina.

Mina permaneció de pie allí, sin poder hacer nada, sin saber si debía seguirlo o no. Los murmullos recorrieron el Salón y Mina supo que si no los callaba en ese instante, la dominarían. Por el rabillo del ojo, vio a Xenia con el fantasma de una sonrisa en los labios. Qué satisfactorio sería para ella si Mina comenzaba su reinado en medio de la confusión y el caos. Cerró la

mano en puños en los laterales del cuerpo. *Soy una reina*, se recordó a sí misma. *Y me adoran*.

–Por favor, mantengan la calma –le dijo a la multitud–. La princesa tiene una herida leve, nada que no pueda curarse pronto. Continúen con su comida; estoy segura de que mi esposo querría que lo hicieran –su voz era firme y el murmullo ansioso desapareció. Mina sabía que debía regresar a la mesa; si no lo hacía, todos asumirían que algo andaba mal.

Antes de subir a la tarima de nuevo, inspeccionó el espejo y encontró una pequeña grieta en el cristal, cerca de la parte inferior. Ella podría haberla reparado, por supuesto, pero ya había demasiadas personas que habían visto el daño.

–¿Debemos deshacernos de él, miladi? –preguntó uno de los hombres.

Mina rozó el cristal frío con los dedos. Sin embargo, no era solo vidrio; estaba acariciándose a sí misma, a la imagen que le había enseñado que ella era una reina. ¿No sería desagradecido de su parte deshacerse tan pronto de él?

–No –respondió–. Llévelo a mis aposentos... a los aposentos *de la reina* – los hombres obedecieron y se llevaron el espejo.

Gregory se acercó a Mina.

–Lo manejaste bien –dijo mientras subían juntos a la tarima.

Mina no respondió. Solo tomó asiento en la mesa alta y miró a sus súbditos nuevos, encontrándose a sí misma en el reflejo de sus ojos.



Después del banquete, Mina fue en busca de su nuevo esposo. No había olvidado la promesa que se había hecho a sí misma, que le contaría a Nicholas acerca de su corazón en la noche de bodas. Le explicaría lo que significaba, y él le aseguraría que su padre debía haber cometido un error, que el amor que sentían mutuamente probaba que su corazón era tan real como el de él.

Encontró a Nicholas en su habitación, mirando el fuego en la chimenea.

–¿Se ha recuperado la princesa? –preguntó Mina.

Nicholas volteó hacia ella; todo el cuerpo del hombre estaba tenso.

–Sí, está durmiendo en su cuarto. Más tarde iré a ver de nuevo cómo está.

–No creo que haya sido grave. Fue un rasguño. ¿Acaso tu cirujano no la inspeccionó?

–Sí.

–¿Y?

–Quiero estar allí si me necesita. No quiero que piense que nuestro matrimonio cambiará todo.

–Ya veo –*prefiere pasar su noche de bodas con ella*, pensó Mina, y no pudo evitar sentir un estallido de furia hacia su esposo, hacia su hija, incluso hacia su esposa muerta.

–Estás enfadada conmigo –dijo el rey y alzó una ceja, sorprendido.

–No estoy enfadada, milord –mintió Mina–, pero no había esperado pasar mi noche de bodas sola –se acercó más a él y colocó una mano sobre el pecho del rey, retorciendo los dedos sobre la tela de su camisa, deseando poder tomar la carne y la tela del mismo modo, para reclamar el corazón de Nicholas como propio. El rey miraba la mano de Mina y la cubrió con su propia mano; la piel de Nicholas estaba cálida debido al vino y al entusiasmo del día. Ella apartó la mano de la de él y la colocó sobre la mandíbula del rey, sobre su mejilla, y él presionó la mano de Mina contra sus labios. Mina se inclinó hacia adelante, sintiéndose viva bajo la mirada de Nicholas–. Ven conmigo a mi habitación, esposo.

Él tomó el rostro de Mina con ambas manos y la besó con brusquedad. Mina llevó las manos hacia el pecho de Nicholas, pero ante su tacto, él retrocedió y movió la cabeza de lado a lado al mirarla.

–No puedo ignorar lo que ocurrió esta noche, Mina.

–No comprendo.

–Creí que podía casarme contigo y mantener a Lynet lejos de tu padre, pero fue un error –negó con la cabeza de nuevo, apartando la mirada de ella–. Me temo que este matrimonio fue un error.

La voz del rey era firme y decidida mientras pronunciaba esas palabras. Y aunque Mina sintió que el pánico se extendía lentamente por su cuerpo, parte de ella sabía que debía haber esperado desde el principio que aquello ocurriera. *Nadie es capaz de amarte, ¿recuerdas?*

–Nicholas, no puedes estar hablando en serio –dijo, casi susurrando–. Querías esto tanto como yo.

–Lo sé. Pero no he tenido un momento de paz desde que te propuse matrimonio. No dejaba de preguntarme si estaba poniendo en riesgo a mi hija, si estaba siguiendo mis deseos egoístas sin pensar en ella. Al menos ahora sé que tenía razón en sentirme de ese modo.

–Es un poco tarde para cambiar de opinión, ¿no crees? –replicó Mina; le temblaban las manos. No sabía si sentirse devastada o furiosa; ambas emociones crecían en ella y estaba segura de que se partiría en dos.

Él se acercó a ella y tomó su rostro con las manos; simplemente la miró en busca de algo.

–He sido injusto contigo –dijo en voz baja el rey–. Cuando estamos juntos y solos, es fácil para mí olvidar quién eres, fingir...

Mina se alejó de él.

–Fingir que soy Emilia. ¿Eso es lo que quieres decir?

–Mina, lo lamento.

Él intentó acercarse de nuevo, pero ella retrocedió.

–Si cerraras los ojos y me abrazaras, sería fácil pensar que soy ella, sentir que tienes una esposa que puedes tocar de nuevo. Pero yo soy más que solo algo que tocar, Nicholas. Quiero que *me* ames.

–Lo sé. Pero no puedo darte lo que quieres, al igual que tú no puedes darme lo que yo quiero. Ahora lo comprendo.

Él comenzó a alejarse, pero Mina lo detuvo con una mano sobre el brazo.

–¿Por qué? –preguntó; le temblaba la voz–. ¿Es por mi padre? ¿O es por ella? Emilia está *muerta*, Nicholas.

Supo de inmediato que había cometido un error, y dejó caer la mano del brazo de Nicholas. Incluso con el fuego ardiendo detrás de él, en ese instante el rey parecía hecho de hielo, rígido e insensible.

–Nicholas...

–Tienes razón –dijo él en voz baja–. Emilia pertenece al pasado, y ahora debo mirar al futuro... a *nuestro* futuro. No te quitaré la corona. Aún seremos rey y reina juntos, lo prometo. Pero seremos esposo y esposa solo como una formalidad. Y no quiero que tu padre crea que es parte de la familia de Lynet.

Mina no habló. No confiaba en que pudiera evitar gritar o maldecir a su nuevo esposo y a su hija miserable. ¿Y qué le diría a su padre? ¿Que su belleza no era suficiente y no tenía nada más que ofrecer? ¿Que aun como reina, no tenía el poder de ganar el amor de un solo hombre?

*Pero no tienes ese poder, y nunca lo tendrás*, se recordó Mina. Incluso la multitud devota del festín solo la quería porque era reina... y Nicholas ya tenía una reina a quien amar.

–¿Eso es todo? –dijo ella cuando encontró de nuevo su voz.

En ese momento, él se suavizó; suspiró mientras frotaba su propia frente.

–No. Por supuesto que no. Pídeme lo que quieras, e intentaré concedértelo.

El primer instinto de Mina fue rechazar su oferta y su pena, pero luego reflexionó con mayor cautela: ahora era reina, ¿verdad? Había querido obtener a Nicholas y la corona; ¿por qué debía perder ambos si solo podía poseer uno?

–Quiero el Sur –dijo ella; fue una revelación más que un pedido. Ella era la

primera monarca sureña desde antes de la maldición de Sybil: ¿acaso eso no le daba cierta sensación de pertenencia, e incluso de responsabilidad?—. Cuando recibas peticiones de cualquier parte del Sur, quiero que me las otorgues a mí. Yo decidiré qué sucede allí y qué proyectos financiar, sin intromisiones. ¿Me lo concederás?

Él la observó un momento, sorprendido por el fervor en su voz al hacer el pedido. Por fin, asintió.

—Muy bien. El Sur es tuyo. ¿Algo más?

*Un lugar en tu corazón.*

—No —dijo ella—. No hay nada más que estés dispuesto a darme.

—Mina...

—Buenas noches, Nicholas —quería marcharse mientras aún tuviera aquella victoria parcial.

Al salir de la habitación, recordó que había querido contarle la verdad acerca de su corazón. Ahora, nunca lo haría.



Los aposentos de la reina eran mucho más elegantes que los de la hija del mago. Su nuevo espejo ya estaba colocado en su recámara, y Mina miró su reflejo con el ceño fruncido mientras se quitaba la diadema dorada. Era hermosa, sí, pero del mismo modo que una alfombra. Era algo bonito que mirar, no alguien a quien amar.

Se hundió en el suelo, arrastrada por su autocompasión. *Mírate*, parecía decirle su reflejo a modo de reprimenda; *eres una reina sin rey, una esposa sin esposo, sentada sola en el suelo de tu habitación grande y vacía y sintiendo pena de ti misma.*

Mina ni siquiera podía mirarse a los ojos. Su mirada cayó sobre las grietas en la esquina del espejo, la fuente de todos sus problemas de esa noche. Pensó en Lynet y reprimió el impulso de culparla por las decepciones de la velada. Se dijo que aunque Lynet no se hubiera lastimado, Nicholas

igualmente la habría rechazado con el tiempo: si no era por Gregory, entonces habría hallado otro motivo. Se dijo a sí misma esas cosas, pero no sabía si las creía por completo... o si quería creerlas. Era mucho más fácil para su orgullo culpar a Lynet. ¿Y acaso no merecía aquel indulto la noche de su boda?

Deslizó los dedos sobre las grietas en el vidrio, que le recordaron a las cicatrices en los brazos de Félix.

*Félix.*

Todavía tenía el marco del espejo vacío guardado bajo llave en un baúl. Lo había conservado porque había pertenecido a su madre, pero también porque la ayudaba a recordar que había alguien en aquel castillo que la amaba a su modo. Hubo momentos desde que había rechazado a Félix en los que sintió la tentación de llamarlo, y siempre se había resistido... pero ahora no había necesidad de hacerlo; no había razón para serle fiel a un esposo que no era en absoluto un esposo.

Mina tomó una decisión: no pasaría sola su noche de bodas.

Ya era bastante tarde y pudo escabullirse por los pasillos del castillo sin que la vieran; la capilla estaba desierta, como siempre, cuando llegó allí. ¿Vendría él con ella si lo llamaba? ¿O se resistiría, resentido de que estuviera casada?

De todos modos, lo llamó, conectándose con él lo suficiente para que Félix sintiera aquel jalón y supiera que ella lo llamaba. Mina podía *obligarlo* a ir hasta ella, hacer que la amara de nuevo con una orden silenciosa, pero no quería eso. Quería que Félix eligiera ir a la capilla... que la eligiera *a ella*.

Tembló de frío mientras esperaba. Intentó decirse que el camino que separaba las habitaciones de los sirvientes de la capilla era largo y que debía ser paciente, pero con cada segundo que pasaba, estaba segura de que él no vendría. O tendría que regresar a su cuarto, sola y doblemente rechazada, o esperar allí para siempre en la oscuridad.



Pasó otro minuto, y otro más, y la capilla vacía que antes había sido tan acogedora, parecía burlarse de ella por su esperanza ingenua. ¿Acaso pensaba que era tan digna de perdón que podía esperar que Félix simplemente regresara corriendo a ella?

Y entonces, sucedió lo imposible: oyó pasos. Mina contuvo el aliento, escuchando con atención, mientras los pasos avanzaban rápido hacia la capilla, cada vez más fuertes al llegar a la puerta.

La contextura amplia de Félix apareció en la entrada y él la miró sorprendido.

–Al principio no lo creí –dijo el hombre–. Pensé que me había equivocado, y que vendría aquí y encontraría el lugar vacío –ingresó a la habitación, pero mantuvo su distancia de ella, observándola con cautela–. Creí que hoy era tu noche de bodas.

Mina quería acercarse a él, anhelaba sentir la amplitud familiar de sus hombros, las cicatrices que recorrían sus brazos, pero no podía soportar la idea de que incluso él la rechazara.

–Hoy es mi noche de bodas, pero... pero mi esposo no me quiere.

Félix parpadeó, sin expresión alguna.

–Entonces debe ser un tonto.

Ella sonrió con tristeza.

–Te he extrañado, Félix.

Él inclinó la cabeza a un lado.

–Tú me rechazaste –no había reproche en su voz; simplemente mencionaba un hecho.

La luz resplandecía en sus ojos, y ella vio cuán vacantes y vacíos estaban. La última vez que lo había visto, él había sido casi humano, pero ahora, después de estar lejos de ella, se había convertido en el cazador perfecto, y nada más. ¿Acaso siquiera recordaba amarla?

–No debería haberte llamado de nuevo –susurró Mina–. Es demasiado tarde.

–¿Demasiado tarde para qué? –dijo Félix, dando un paso hacia ella–. ¿Por qué me llamaste esta noche?

Ella quería hacer lo que debería haber hecho la última vez: convertirlo de nuevo en vidrio, destruir cualquier evidencia de que él había vivido, de que había estado de pie en aquella misma habitación y de que la había amado.

–No lo sé –replicó ella–. Tú ni siquiera...

Él dio otro paso hacia ella.

–¿Ni siquiera qué?

Negó con la cabeza, furiosa consigo misma por haber ido allí esa noche.

–No importa.

Él estaba directamente frente a ella en ese momento, así que no le quedó más opción que mirarlo.

–¿Qué quieres de mí, Mina? –preguntó él y por un instante, ella vio un destello de esperanza en los ojos del hombre... o quizás solo vio reflejado en él su propio sentimiento.

–Solo quiero que me ames de nuevo –confesó ella.

La voz de Mina se quebró cuando habló y se dio cuenta de que creía lo que había dicho con gran desesperación. Si Félix ya no la amaba, si incluso su propia creación se había puesto en su contra, entonces ¿qué le quedaba? Su compostura gélida había desaparecido y le suplicó a él en silencio como un igual, dos corazones de cristal torpes que intentaban encajar sin romperse.

–Mina –susurró Félix y sus ojos parecieron resplandecer, absorbiendo la luz de la lámpara.

Él tomó el rostro de ella entre las manos y le dio un beso en la frente y después uno en el puente de su nariz. La rodeó con los brazos, y Mina se aferró a él, aliviada. Él no era cálido, no exactamente, pero la presión de sus

brazos a su alrededor era algo similar a la calidez, y aquello era suficiente para ella esa noche.

–Me mantuviste alejado de ti durante demasiado tiempo –susurró él en su cabello–. Había olvidado cómo se sentía amarte.

–Nunca más esperaré tanto tiempo –le prometió ella.

Sabía que el amor de Félix era solo una ilusión, pero aquello también le bastaba esa noche.



Era tarde cuando regresó a su habitación, pero Mina no planeaba dormir todavía. Encendió unas velas y sonrió, aún recordando aquel momento feliz en el que Félix la había tomado en brazos de nuevo. Y después, alguien llamó a su puerta y el momento quedó arruinado.

¿Nicholas? Su primer pensamiento fue que su esposo había ido a verla, y de pronto, era consciente de cuánto deseaba que aquello fuera cierto, cuánto quería aún que él la amara. Sabía que rompería todas las promesas que le había hecho a Félix si eso implicaba que tendría a su esposo a su lado.

Pero cuando la puerta se abrió, al principio no vio a nadie. Luego oyó unos pasos baja, así que bajó la vista, y vio a Lynet de pie en la puerta, con un vendaje en la frente y los nudillos en la boca. La felicidad que había sentido un instante atrás resultó ser algo superficial y ligero en comparación con la decepción abrumante que sentía en ese momento.

–¿Lynet? ¿Qué estás haciendo aquí tan tarde?

–Lamento haber roto tu espejo –balbuceó Lynet. Tenía la vista calvada en el suelo.

A pesar de que Mina antes había estado feliz de culpar a Lynet por la humillación de esa noche, la niña parecía tan triste que quería consolarla.

*Mantente alejada de ella*, se recordó a sí misma... Pero ya no necesitaba hacerlo. Lynet había sido tímida con Mina desde el compromiso, y ella no había hecho nada para cambiarlo; pero eso era antes, cuando quería

complacer a Nicholas. Ahora no había razón para hacer algo por el bien del rey.

–Entra, Lynet –dijo Mina–. Quiero mostrarte algo.

Guio a la niña por la habitación hasta que ambas quedaron de pie frente al espejo. Mina se puso de rodillas y señaló la telaraña de grietas en la esquina del cristal.

–¿Ves eso? –Lynet asintió–. Ahí es donde golpeaste tu cabeza. ¿Lo ves? Tendría que inclinarme hasta aquí debajo de rodillas para notarlo. Cuando estoy de pie –se incorporó para probar su punto–, ni siquiera lo veo –se paró un poco a un lado, para no reflejarse en absoluto en el cristal agrietado y Lynet por fin alzó la vista hacia ella y sonrió.

»Pero ¿cómo está tu cabeza? ¿Duele donde te golpeaste? –preguntó Mina. Lynet negó con la cabeza–. ¿Tu padre sabe que estás aquí?

La niña volvió a mover la cabeza de lado a lado.

–Está durmiendo.

Mina sentía una arrogancia extraña ante aquella situación, como si ella y Lynet estuvieran ocultando un secreto juntas. Miró a la niña a su lado, a la pequeña que siempre le había otorgado calidez y aceptación desde el instante en que se habían conocido. Lynet era demasiado joven para tener los prejuicios de sus compatriotas nortños, era demasiado inocente para ver en Mina el resplandor filoso de su corazón de cristal... Así que con su inocencia, también hacía que Mina fuera inocente.

Tomó asiento en el borde de la cama.

–Siéntate conmigo –dijo, dando golpecitos junto a ella.

–Sí, madrastra –Lynet trepó y se acomodó a su lado. Mina arrugó la nariz.

–Oh, no me agrada eso. “Madrastra” me hace sonar muy vieja y formal. Llámame Mina, como solías hacerlo.

La niña no dijo nada.

–Lynet, sé... Sé que he estado ocupada con el compromiso y la boda, y que no he podido pasar mucho tiempo contigo, pero ahora que todo terminó... bueno, aún somos amigas, ¿cierto?

–Eres mi madrastra –recitó Lynet.

–Es verdad –dijo Mina–. Soy tu madrastra y nunca podré reemplazar a tu madre, pero aún puedes... –*aún puedes amarme*–. Aún puedes ser mi amiga. Solo tienes una madre, pero puedes tener muchos amigos.

Lynet reflexionó y luego se acercó más a Mina y tomó un mechón de su cabello con su mano.

–Desearía que mi cabello fuera como el tuyo –dijo Lynet mientras el mechón caía de su mano.

–Pero tienes unos rizos maravillosos –replicó Mina. *Como tu madre*. Aunque estaba segura de que Lynet ya había oído aquel comentario suficientes veces de parte de Nicholas–. Solo necesitas cepillarlo con mayor frecuencia.

Lynet negó con la cabeza.

–El cepillo queda atascado y después me duele. No me gusta peinarme.

Mina observó el cabello de Lynet un instante y luego dijo:

–Voltea y dame la espalda.

La pequeña frunció el ceño con desconfianza, pero volteó con los brazos cruzados.

–¿Qué estás haciendo?

–Peinaré tu cabello –de inmediato, Lynet comenzó a escabullirse, pero Mina jaló de ella y mantuvo las manos en sus hombros–. Escúchame. Peinaré tu cabello con los dedos. Tendré cuidado para que no duela, pero si duele, nos detendremos. ¿De acuerdo?

–¡No!

–¿Tienes miedo, lobita?

La niña hizo un mohín, pero dejó de intentar escapar.

–No.

Mina intentó no reír, ya que sabía que Lynet se ofendería si lo hacía. Comenzó a peinar su cabello con los dedos, desenredando los nudos. Le causó dolor a Lynet una o dos veces: la niña se encogía cada vez que Mina se acercaba a una maraña particularmente desagradable... pero Lynet no protestó ni intentó partir.

–Cuando sea grande, quiero lucir como tú –dijo Lynet en voz baja.

Mina fingió no oírla. Era un deseo imposible. Pero no podía explicárselo a Lynet, claro, al igual que Mina no podía explicar su propio corazón de cristal.

Sus manos se detuvieron al rozar el cuello de Lynet. Su piel siempre estaba muy fría, y sin embargo nunca parecía sentir frío. Quizás su inmunidad aparente al clima gélido era uno de los efectos secundarios de su creación; pero ¿acaso era el único? Mina nunca había pensado que Lynet podía tener el mismo poder sobre la nieve que ella sobre el vidrio, pero ahora se preguntaba cómo no lo había notado antes. Había habido momentos en los que durante las caminatas con Nicholas, Lynet había jugado en la nieve haciendo estructuras elaboradas que deberían haber sido difíciles, por no decir imposibles, para una niña tan impaciente. Mina no había sido capaz de manipular el vidrio hasta que su padre le contó acerca de su corazón; quizás, Lynet no podría manipular la nieve por completo hasta que supiera la verdad de su nacimiento. *Podría enseñarle, pensó Mina. Soy la única que podría hacerlo.*

Pero tendría que explicarle a Lynet las circunstancias de su nacimiento, la deuda que tenía con Gregory. Mina aún tenía pesadillas a veces con aquel corazón podrido enfrascado, y la voz de su padre detrás de ella diciéndole que le debía la vida. Recordaba el modo en el que las aldeanas la habían mirado cuando la vieron experimentando con sus poderes. Probablemente,

era mejor que Lynet nunca supiera la verdad.

Incluso cuando terminó de desenredar el último nudo, ni Mina ni Lynet se movieron. Pasar las manos a través del cabello de la niña era sorprendentemente tranquilizador. Era más grueso que el suyo, pero más suave. ¿Acaso Nicholas podía mirarlo sin pensar en el cabello de su esposa? *Su esposa*, pensó Mina, como si él solo hubiera tenido una en la vida. Tuvo la necesidad urgente de arrancar el cabello de Lynet, pelo por pelo, y quemarlo.

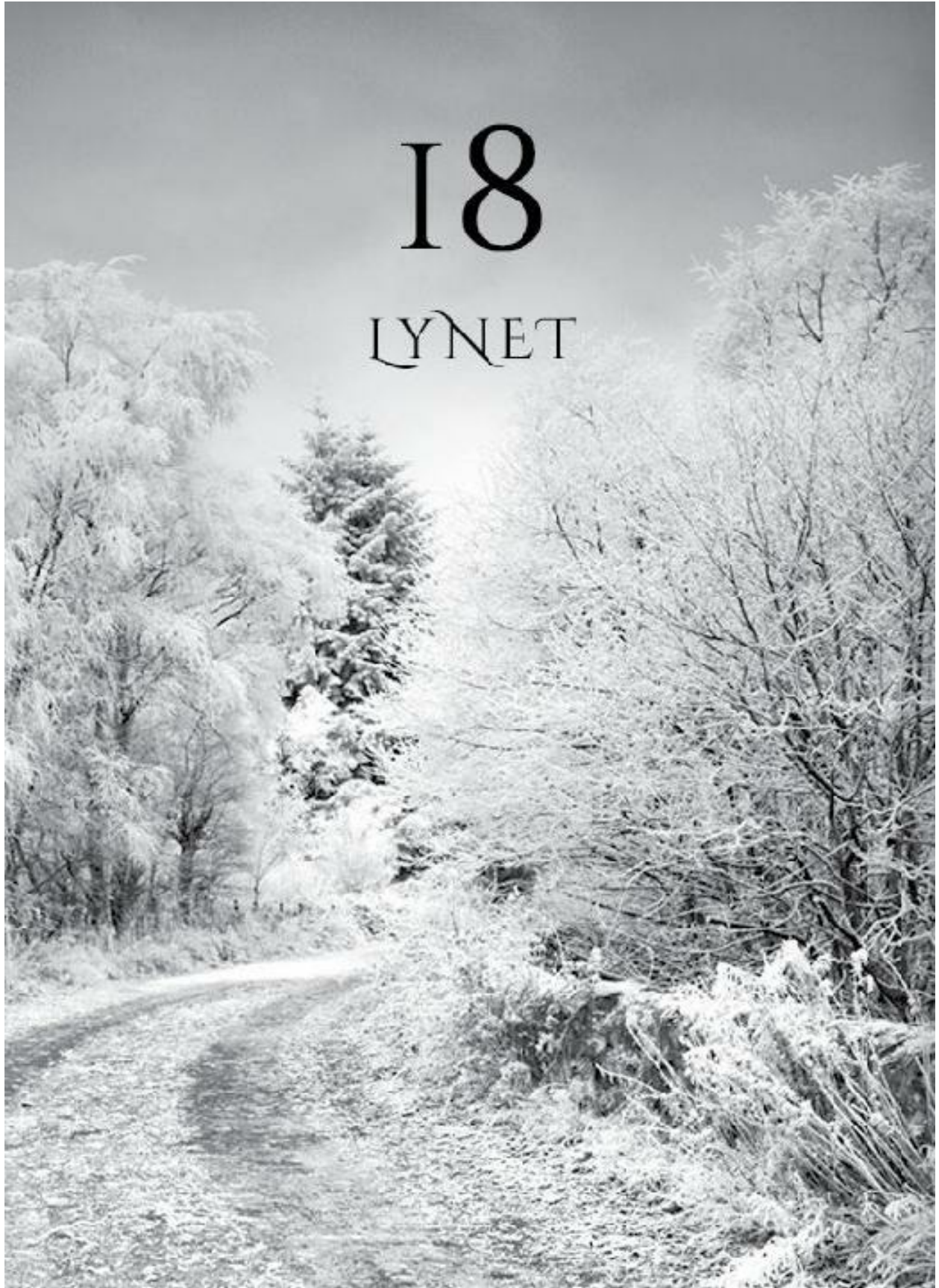
La niña emitió un gritito, y Mina vio que había comenzado a cumplir su fantasía sin querer; tenía algunos pelos sueltos de Lynet en la mano.

—Creo que es hora de que regreses a tu habitación, Lynet. Tu padre podría despertar y descubrir que no estás, y tu madrastra está cansada.

Lynet bajó de la cama, con su olvido feliz, y Mina la observó partir. ¿Cuántos años tendrían juntas antes de que Lynet se diera cuenta de que el amor que creía sentir por Mina no era más que una ilusión infantil? ¿Cuánto faltaba para que Lynet comenzara a parecerse al retrato de Emilia que colgaba en la pared de Nicholas? Un día, ambos comenzarían a verse mutuamente de un modo distinto, y Mina no podía imaginar cómo podrían ser algo más que enemigos cuando aquel día llegara.

18

LYNET





**E**l cazador se dirigió directo hacia Mina y tomó el rostro de la mujer entre sus manos, observándola con atención.

–Luces triste –dijo él–. Cansada.

Lynet estaba cautivada. Nunca había visto a alguien acercarse a su madrastra con semejante intimidad. Su padre siempre llevaba una capa de formalidad cuando estaba con la reina. Pero a pesar de la apariencia juvenil del hombre, el cazador hablaba con ella y la tocaba como si se conocieran desde hacía mucho tiempo.

Mina apartó las manos del cazador y su voz sonó fría.

–Me veo triste, ¿verdad, Félix? ¿Y por qué crees que es así?

El cazador, Félix, dio un paso inseguro lejos de ella.

–¿El rey ha muerto?

¿Acaso había una nota de esperanza en la voz del hombre?

–No ha muerto –dijo Mina–, pero apenas está vivo. La cirujana hizo un buen trabajo al coserlo, pero es como... Como si él quisiera morir. No deja de preguntar por *ella*, por su reina muerta. Creo que quiere unirse a ella.

–Lo lamento, Mina...

Ella rio, un sonido frágil.

–¿Sí? Creo que no sabes lo que significa lamentar algo.

–Solo sé lo que tú sabes. Lo que tú quieres que sepa.

–¿Y sabes cómo lastimar? ¿Cómo destruir? ¿Yo te he enseñado eso? –ella sujetó el brazo del hombre, levantó una de sus mangas y dejó expuesta la piel herida de su antebrazo–. Mira esas cicatrices. ¿Recibiste una hoy cuando intentaste apuñalar a mi esposo? –Félix retrocedió y liberó su brazo, pero Mina no cedió. Un silencio terrible flotaba sobre ambos, y Lynet mantuvo una mano sobre su boca, asustada de exponer su presencia al emitir cualquier sonido.

–Mina –dijo él por fin–, te prometo que yo no lo maté. Fue un ciervo. Nos separamos. Yo no estaba ahí para ayudarlo.

–No estabas allí, pero *viste* cómo sucedía, ¿cierto? Puedo verlo ahora en tus ojos –colocó una mano sobre el pecho del hombre y luego Lynet presenció algo extraordinario: unas grietas aparecieron en la piel del cazador, grietas que se extendieron por su cuello y subieron hacia su rostro. El cazador permaneció completamente quieto, sin siquiera respirar.

¿Mina estaba haciéndole eso? ¿Cómo era posible?

–¿Qué hiciste, entonces? –su voz era peligrosa y baja–. Ya sé la respuesta, pero quiero oírte decirlo.

–Pensé en *ti* –musitó él y hundió la cabeza en el espacio existente entre el cuello y el hombro de Mina mientras rodeaba su cintura con los brazos.

Las grietas en su piel desaparecieron cuando Mina le devolvió el abrazo y hundió una mano en su espalda mientras la otra acariciaba el cabello del hombre. Lynet sintió una puntada inesperada en el pecho. Siempre había creído que *ella* era la única que veía la versión íntima de Mina, la mujer detrás de la reina majestuosa, pero ahora comprendía que nunca había visto a la Mina real.

–Oh, tonto –susurró ella en el cuello del cazador. Jaló de su cabello y movió el rostro del hombre para que estuviera a la misma altura que el de ella–. Dulce tonto. Lo has arruinado todo.

–No comprendo –replicó él–. Él no te amaba. Él te hacía sufrir una y otra vez.

–Oh, Félix.

Él la miró suplicante como un niño herido, rogándole que lo entendiera.

–Quería verte sonreír como lo hacías antes –dijo él–. Quería que me miraras a los ojos y que te vieras como eres, sonriente y hermosa. ¿Qué hice mal, entonces?

–Cuando el rey muera, ya no seré reina.

–¿Y qué tiene? ¿Acaso no éramos más felices antes? ¿Antes de que lo eligieras a él en vez de a mí? Cuando te convertiste en reina comenzaste a verte muy infeliz y muy distinta de la primera vez que te vi.

Él extendió una mano hacia ella, pero Mina se apartó de él.

–Eso era cuando no tenía nada que perder. Ahora siento cómo todo se escapa de mis manos... mi juventud, mi poder, mi corona. Incluso si Nicholas sobrevive, él le dará todo mi poder a Lynet, parte por parte, hasta que no me quede nada más que el corazón de cristal que mi padre me dio – Mina cerró los dedos sobre su propio pecho e hizo una mueca de dolor–. Ella me reemplazará.

El cazador inclinó la cabeza levemente, frunciendo un poco el ceño mientras pensaba.

–¿Quieres que mate a la chica?

El silencio subsiguiente era tan espeso como la oscuridad de la cripta. Aquel silencio de Mina fue peor para Lynet que cualquier otra cosa que hubiera oído. Era el silencio de la reflexión, de la duda... y sin importar qué respuesta diera Mina, Lynet nunca sería capaz de olvidar la pausa que la antecedió.

–No, Félix –dijo Mina por fin, con voz ronca–. No puedes... No *puedo* hacer eso –se alejó del cazador y alzó la vista hacia los vitrales, como si fueran a hablar con ella. A través de las ventanas, la luna manchaba su rostro con sombras, y le recordaba a Lynet aquellas grietas extrañas que habían aparecido en el cuello de Félix. Mina comenzó a caminar hacia el altar donde Lynet estaba, y ella se movió para ocultarse mejor... y luego oyó que Mina daba un grito ahogado.

Un instante después, Lynet descubrió por qué: la luna había cambiado de posición desde que ella se había ocultado allí y ahora proyectaba una sombra

larga que se había movido con ella.

La voz de Mina, fuerte pero levemente asustada, resonó en la capilla.

–Sé que hay alguien aquí.

Ya no tenía sentido ocultarse. Era mejor ponerse de pie y exponerse a que la atrapara agazapada y asustada. Lynet salió de detrás del altar, intentando no tropezar por sus piernas acalambradas, y Mina frunció el rostro al verla. Sabía que estaba repasando todo lo que le había dicho al cazador, cada cosa que Lynet debía haber oído. Y quizás, al igual que Lynet, había decidido que prefería enfrentar ese momento directamente en lugar de ocultarse y que la descubrieran.

Ante sus ojos, Mina se convirtió de nuevo en la reina orgullosa e irguió la espalda. Alzó una mano arrogante hacia Félix, indicándole que permaneciera donde estaba mientras ella se acercaba a Lynet con pasos medidos.

–Siempre estás husmeando y espiando, ¿verdad, Lynet? –dijo Mina. Su tono de voz era mordaz, pero tenía un dejo temeroso debajo que la reina intentaba controlar. La mujer extendió la mano para tocar el rostro de Lynet, y ella no pudo evitar apartarse cuando rozó su mejilla con sus nudillos—. ¿Qué hago ahora? –susurró Mina—. ¿Qué hago ahora contigo? Has oído demasiado. Has visto...

Mina retrocedió y llevó la mano hacia su propia garganta mientras posaba los ojos en el cazador; y al mismo tiempo que Lynet notaba a qué le recordaban las grietas en el cuello del hombre, recordó lo que Mina había dicho acerca del corazón de cristal que su padre le había dado. Antes no lo había comprendido, pero ahora se preguntaba si... si una chica podía estar hecha de nieve y nunca sentir frío, entonces quizás...

–Eres como yo, ¿verdad? –dijo Lynet—. Estás hecha de cristal.

Mina se estremeció e inclinó la cabeza y su cabello ocultó su rostro. Cuando alzó la vista de nuevo, realmente *parecía* que pudiera estar hecha de

cristal: sus ojos era fríos, duros e ilegibles como los del cazador.

–Mi corazón está hecho de cristal, Lynet, pero no soy como tú –sujetó la muñeca de Lynet–. ¿Creíste que eras el único experimento de mi padre? ¿Su único éxito? –Mina sujetó la mano de Lynet contra su pecho, sobre su corazón. Ella esperó, demasiado confundida y asustada al principio para comprender lo que sentía... lo que *no* sentía. No había latidos, ninguna señal de vida palpitando bajo la piel de Mina. Lynet dio un grito ahogado, y la reina se rio de ella.

»¿Lo ves? Cuando era una niña, mi corazón se detuvo, así que mi padre me abrió el pecho y me dio un corazón de cristal. ¿Recuerdas lo que te conté acerca de tu nacimiento, Lynet? ¿Acerca de la sangre de mi padre? La sangre es lo que te hace real, pero no hay sangre en mi corazón. El órgano artificial cumple su función y me mantiene con vida, pero no puede amar, y nadie jamás podrá amar a una criatura sin corazón como yo.

Lynet liberó su mano, y su propio latido era salvaje y frenético. La voz de Mina era tan desafiante que Lynet por poco pasa por alto el miedo oculto en ella. Sin embargo, estaba allí, esperando su próximo movimiento, su próxima palabra. Con cada segundo que pasaba, Lynet sabía que debía hacer o decir algo si quería probar que no miraría de un modo distinto a Mina, que no le temía, que aún amaba a su madrastra. Pero no había nada que decir; ninguna palabra capaz de infundir vida en el corazón de Mina, y la verdad era que Lynet *tenía* miedo. Mina era un misterio para ella ahora; ¿cómo podía afirmar que conocía el corazón de su madrastra mejor que Mina?

Así que solo pudo observar cómo la esperanza en el rostro de su madrastra moría lentamente con cada segundo en silencio.

–Di algo –ordenó Mina, en voz tan baja que Lynet creyó que había oído mal al principio–. No puedo soportar que me mires así.

La reina retrocedió y envolvió los brazos alrededor de su propio cuerpo.

Pero Lynet aún no decía nada, como si aquello fuera una prueba o una trampa, y estaba segura de que fallaría... o quizás ya lo había hecho.

–¡Di algo! –gritó Mina y en aquel instante, los vitrales de las ventanas se hicieron añicos a la vez y fragmentos coloridos cayeron sobre ellas como lluvia.

Lynet cubrió su rostro rápido, pero sintió que uno de los fragmentos de vidrio lastimaba su mejilla y, sin pensar, corrió hacia la puerta de la capilla para huir de la tormenta de cristal. Cuando cruzó la entrada, oyó que Mina gritaba “¡Atrápala!” y luego sintió los golpes de las botas del cazador bajo sus pies, que la perseguía.

El corazón de Lynet latía desbocado mientras corría a través de los pasillos. Salió al patio oeste sin aliento, y se detuvo solo un instante para orientarse. Lynet rara vez iba allí dado que sabía que era uno de los lugares favoritos de su madre, pero sabía que si trepaba del otro lado del muro alto frente a ella, saldría de los muros del castillo. Cuando había pensado en huir, no se había imaginado así, furtiva y desesperada, con las manos vacías y asustada. Pero incluso en el silencio de la noche, aún podía oír el sonido del vidrio quebrándose en sus oídos, y estaba más deseosa que antes por correr y dejar atrás las ruinas de su antigua vida.

No tenía tiempo que perder así que en el espacio breve entre una respiración y la próxima, tomó la decisión, corrió hacia el muro y comenzó a escalarlo lo más rápido que pudo. Pero no estaba familiarizada con aquella pared en particular, así que colocó un pie sobre una piedra que resultó estar suelta. La roca se deslizó debajo de ella y Lynet cayó hacia atrás y esperó el impacto de la nieve contra su espalda.

Pero nunca golpeó la nieve: alguien la atrapó.

–Te tengo –dijo el cazador, con los brazos alrededor de la cintura de la chica.

Lynet lo pateó y él gruñó sorprendido y la soltó. No miró atrás cuando intentó alcanzar la pared de nuevo, pero el cazador estaba acostumbrado a perseguir bestias mucho más grandes que ella, así que la alcanzó rápido y la lanzó al suelo. Félix sostenía los brazos de Lynet y tenía una rodilla de cada lado de su cintura.

Cuando Lynet alzó la vista hacia su atacante, notó que los ojos de él reflejaban el rostro de ella con gran claridad y le mostraban el terror que sentía. Pero se negaba a permitirle que la viera así. Debía ser valiente, incluso si era solo para fingir.

–¿Te ordenó que me mataras? –exclamó ella–. ¿Por *ese motivo* te envió a perseguirme? –incluso mientras hablaba, se sorprendió al descubrir que quería conocer la respuesta. Mina antes le había dicho que no la matara, pero quizás cambió de opinión después de descubrir que Lynet había oído todos sus secretos. ¿Acaso Mina había enviado a su sirviente a hacer lo que ella misma no podía?

–Será más fácil para ella si mueres –respondió el cazador.

Lynet deseó poder dejar de temblar. Deseó poder mirarlo a los ojos y decirle que lo hiciera rápido.

–Entonces es cierto –dijo ella, pero su voz sonaba muy pequeña, muy insustancial, como la sensación de una pestaña contra su mejilla–. Me matarás.

El cazador tensó la mandíbula.

–Lo siento, niña –dijo.

Lynet no comprendía por qué *él* sonaba tan asustado, o por qué su voz comenzó a quebrarse cuando la llamó “niña”. Cuando Lynet hizo una mueca de dolor debido a la fuerza con la que él la sujetaba, él hizo lo mismo, como un reflejo perfecto. Le recordó a la noche en la que lo encontró en el jardín, el modo en que había parecido copiarla, incluso imitando su postura. *Él es como*

*un espejo*, pensó Lynet al recordar cómo Mina por poco lo había destrozado como a los vitrales. *Siente lo que yo siento*. Si lo miraba con resolución feroz, él solo haría lo mismo. No ganaría nada si fingía ser valiente.

Comenzó a llorar, inhalando con ruido y estremeciéndose como si corriera el riesgo de asfixiarse.

–Por favor –dijo sin aliento–. Por favor, no me mates.

Mostrar su miedo era mucho más fácil de lo que quería admitir. Ni siquiera tenía que intentarlo; más bien era como si tuviera que dejar de intentarlo.

Su exabrupto repentino tomó al cazador por sorpresa y él sujetó con un poco más de suavidad sus brazos.

–Por favor, no me lastimes, no quiero morir, tengo mucho miedo –las palabras brotaban de ella y no estaba segura de poder detenerse aunque lo intentara–. Déjame ir...

Él la soltó mientras su rostro se contorsionaba y Lynet se incorporó lentamente. Pero entonces, él movió la cabeza de lado a lado, extendió un brazo y cerró la mano alrededor de la garganta de Lynet.

–¿Y si lo hago? –dijo él. Lynet no se movió. De algún modo, estaba segura de que mientras él pudiera ver el miedo en su rostro, no la lastimaría–. Ella no me hizo para esto, al menos no al principio –continuó, en voz baja–. Me creó para que la amara, para que le mostrara lo que es el amor, no para cazar o matar –apretó la mano–. Si te mato por ella, entonces ¿qué verá en mí? ¿Y qué verá yo en ella? –soltó la garganta de Lynet y la chica luchó por mantenerse quieta.

Félix se puso de pie y Lynet se paralizó como un conejo asustado, esperando para huir.

–Vete ahora –dijo él. Tomó una bolsita de su cinturón y la lanzó sobre la nieve junto a ella–. Déjala en paz y no permitas que te encuentre de nuevo. Si necesitas ayuda, pídesela a la nieve.



*¿Pedirle a la nieve?* Lynet no comprendía, pero no se detuvo a preguntarle. Tomó la bolsa, se puso de pie con dificultad y corrió hacia el muro; esa vez lo escaló fácilmente y cruzó del otro lado: sus primeros pasos fuera de Primavera Blanca.

Parte de ella temía que Nadia tuviera razón, que en cuanto sus pies tocaran el suelo, la tierra se abriría debajo de ella y la tragaría por completo. Tendría que cruzar un bosque espeso en medio de la noche antes de que pudiera llegar al pueblo más cercano... ¿Qué la hacía pensar que siquiera podía sobrevivir?

Pero dio un paso hacia el boque y luego otro, y nada sucedió, excepto que ahora estaba dos pasos más cerca de una nueva vida. Después de todo, por poco había muerto esa noche *dentro* de los muros de Primavera Blanca. La muerte estaba en todas partes de aquel castillo, en cada día idéntico al anterior, pero la vida... la vida era lo que ocurriría a continuación, la vida era la ráfaga de aire en sus pulmones cuando hizo un salto que no estaba segura de poder hacer.

Sabía que no debía permanecer allí; sería estúpido dejar que su vida dependiera del capricho del cazador. Y Mina... no quería pensar en Mina aún. No comprendía un mundo en el que su madrastra fuera un peligro para ella... así que simplemente dejaría aquel mundo atrás.

Lynet alzó la vista hacia Primavera Blanca por última vez, y se despidió de todo lo que había conocido en la vida.

Y luego no quedó nada más que hacer, salvo correr.



19  
MINA

**M**ina permaneció de pie en la capilla, rodeada de trozos de vidrio roto. No había sido su intención desquitarse así, pero el miedo y la ira que crecían en su interior habían exigido alguna clase de liberación, algo que ahogara el silencio de su corazón. Dado que Lynet ahora sabía la verdad, ya no tenía motivos para reprimirse.

La capilla era oscura y silenciosa, pero aún podía oír el eco que generó el vidrio cuando se rompió, aún podía ver la expresión horrorizada en el rostro de Lynet, la mirada que le daría a un extraño aterrador. Y quizás, ella era una extraña: había guardado muchos secretos a lo largo de los años, ya fuera por la seguridad de Lynet o por la propia.

Pero sabía que algún día ocurriría. En el instante en que Mina había visto cuánto había crecido Lynet –la misma noche en la que había visto la primera hebra gris en su propio cabello– supo que aquella desilusión sería inevitable. Sabía que la veneración infantil de Lynet no podía durar para siempre, y que cuando creciera lo suficiente para ver a Mina –para ver directo su corazón–, ella solo sería capaz de odiarla. Debería haber estado mejor preparada para esa noche.

Mina frunció el ceño. Félix tardaba demasiado. Ya debería haber regresado con Lynet. Había atrapado presas más difíciles que una chica asustada, aunque ella era habilidosa para esconderse. Mina sintió el mismo miedo frustrante aumentando en su interior que había experimentado antes de destrozarse la ventana, pero ahora ya no había más vidrio que romper.

*Tengo que ganar el favor de Lynet*, pensó Mina. Cuando Félix la trajera de vuelta, le explicaría todo e intentaría ser la madrastra que Lynet siempre había conocido...

Pero incluso mientras el pensamiento aparecía en su mente supo que era imposible. Era demasiado tarde. No habría otras oportunidades u otros roles

más que los que habían sido asignados para ellas desde el comienzo: la reina amargada y envejecida, y la princesa dulce y joven que estaba destinada a arrebatárselo todo.

Oyó que Félix regresaba antes de verlo: escuchó que caminaba a paso normal, rápido y corto, así que ni siquiera se sorprendió cuando apareció solo en la entrada.

—¿Dónde está? —susurró Mina.

Él movió la cabeza de lado a lado; la luz que ingresaba a través de las ventanas rotas hacía que los ojos oscuros del hombre resplandecieran con una intensidad escalofriante.

—No lo sé.

Mina alzó su falda y caminó sobre vidrio roto para llegar a Félix y, cuando lo hizo, tomó el rostro del hombre con las manos y buscó respuestas en sus ojos ilegibles.

—Félix, ¿qué quieres decir? ¿No pudiste encontrarla?

Él intentó apartar la mirada, pero ella lo mantuvo en su lugar mientras una expresión avergonzada y triste comenzaba a llenar los ojos del cazador.

—No —respondió él—. No pude encontrarla.

Mina lo soltó y enterró el rostro en sus propias manos. *Si ella fue con Nicholas...*

—Continúa buscándola —le ordenó, y quitó las manos de su propio rostro—. Busca especialmente entre los árboles. Yo revisaré los aposentos del rey. Debemos encontrarla.

Pero Lynet no estaba con su padre. Y Félix no la había hallado en ninguno de los otros lugares que Mina había sugerido: no estaba junto a la estatua o en la Torre Norte, y tampoco la habían visto escalando muros o saltando por los techos. ¿Dónde más podía estar? ¿En qué otra parte de Primavera Blanca pasaba el tiempo? ¿A quién más visitaba?

*La cirujana*, recordó Mina, la que Lynet había mencionado solo una vez hacía más de un mes y acerca de la que se negó a hablar de nuevo, incluso cuando Mina le había preguntado al respecto. Sabía que Lynet no había olvidado a la cirujana por el modo en que la princesa había evitado hacer contacto visual; solo no quería hablar acerca de ella con Mina.

Le dijo a Félix que la esperara en la capilla y luego corrió hasta el taller de la cirujana. Mina sabía que el nombre de la chica era Nadia, pero nunca había hablado con ella ni había necesitado sus servicios antes del accidente de Nicholas; ni siquiera le había prestado atención hasta que Lynet la mencionó. A partir de ese momento, cada vez que veía pasar a la chica notaba su andar confiado, pero elegante, el modo en que tenía los ojos al frente, sin malgastar ni una mirada en nadie que estuviera a su alrededor. Otros quizás hubieran interpretado que aquello era arrogancia, pero Mina reconoció que la cirujana era pura determinación. Una chica en su posición no podía darse el lujo de demostrar vacilación o debilidad. Comprendía por qué Lynet se sentía atraída hacia ella.

Cuando Mina llamó a la puerta del taller en el sótano, no hubo respuesta alguna, así que ingresó en la sala vacía a esperar.

Rogaba no tener que aguardar demasiado tiempo. El vello en sus brazos se erizó en alerta y la respiración de Mina se hizo superficial en la habitación poco iluminada y atestada de cosas; el cielo bajo la apretaba contra el suelo. Observó los estantes llenos de frascos, la mesa de madera manchada, los libros apilados por doquier... todo le recordaba a otro taller y comprendió por qué se sentía tan incómoda allí.

Se acercó a la mesa y apoyó el peso de su cuerpo sobre la tabla para mantener el equilibrio mientras luchaba por controlar su respiración agitada. No podía permitir que la cirujana la encontrara en ese estado, como una niña asustada sin poder. Ya no era esa niña, y ese no era el laboratorio de su padre.

La mesa debajo de sus manos temblorosas estaba hecha con una madera más clara que la otra mesa. Abrió uno de los diarios de la cirujana y encontró anotaciones con su caligrafía, desbaratada e inclinada, que no lucía en absoluto como la letra cuidadosa y puntiaguda de su padre...

Mina frunció el ceño y parpadeó mientras miraba los diarios e intentaba comprender por qué, por un instante, *había visto* la caligrafía de su padre. ¿Era solo su mente jugando con ella? Pero no, la vio de nuevo por el rabillo del ojo en un trozo de pergamino suelto que sobresalía entre las páginas del diario. Y allí, visible en la hoja, había dos palabras escritas en una letra que nunca podría olvidar: *Bien hecho*.

Creyó romper el papel en su apuro por extraerlo del diario, pero ya estaba roto; no era más que media hoja de papel con aquellas dos palabras escritas. No había firma, pero Mina supo, gracias al sudor frío en su nuca, que le pertenecía a Gregory.

Sin que le importara ya en qué estado la encontrara la cirujana, Mina hurgó entre los demás papeles, en busca de algo que explicara la nota.

*Estoy enloqueciendo*, pensó mientras hojeaba más diarios. La habitación la había afectado, había revivido recuerdos dolorosos y ahora buscaba algo que no estaba allí.

Y entonces, vio otro trozo de pergamino suelto, guardado debajo de una pila de libros y supo que no estaba imaginando nada. Mina tomó el pergamino –dos hojas– y miró la carta a medio terminar con la caligrafía de la cirujana.

La leyó mientras apretaba los dedos en los bordes del papel con la fuerza suficiente para arrugarlo.

La puerta del taller se abrió, pero Mina no se movió.

–¡Miladi! –dijo la cirujana sorprendida–. ¿Necesita...?

Mina bajó la carta y volteó para enfrentar a la cirujana; la angustia sin

forma que había sentido antes, ahora había formado una punta filosa.

–¿Cuándo conociste al mago Gregory? –preguntó con calma.

Había que reconocer que la cirujana no se movió ni apartó la mirada. Tenía una mano en la cadera, demostrando confianza.

–Antes de venir a Primavera Blanca. Él fue quien me alentó a postularme para este trabajo.

–¿Te pidió que espieras a Lynet? –la voz de Mina aún era tranquila, pero le temblaban las manos.

Los ojos de la cirujana miraron la carta en la mano de Mina; sabía tan bien como ella que la carta contenía, con su propia letra, información acerca de los planes de Nicholas de entregarle el Sur a Lynet, y detallaba especialmente la reacción de la chica ante la noticia, sus miedos y dudas. Respiró hondo antes de responder.

–Él quería saber más acerca de ella. Nada... nada dañino, solo quería saber cómo era su personalidad, cuál fue su reacción al... al...

–¿Al enterarse cómo la crearon?

Y en ese momento, la vergüenza obligó a la cirujana a apartar la vista.

–De todas formas, se lo hubiera contado a Lynet –susurró–. Tenía derecho a saberlo.

–¿Y qué te prometió mi padre a cambio de esa información?

–Poder viajar al Sur y un lugar en la universidad –respondió en voz baja.

Mina asintió y apoyó la carta en la mesa a sus espaldas. En cierto modo, sentía pena por la joven. Ella había sido justo lo que su padre necesitaba: una extraña, alguien que no le debía lealtad a Lynet, alguien que quería algo con la desesperación suficiente para intercambiar información aparentemente inofensiva para conseguirlo. Si hubiera estado en su lugar, Mina quizás habría hecho lo mismo.

Y ahora, estaba allí en busca de su propio espía, esperando que Nadia

pudiera guiarla hasta su hijastra.

–¿Dónde está Lynet? –preguntó en voz baja.

Nadia movió la cabeza de lado a lado sin energía, aún intimidada por su confesión, y ahora que sus aires de desafío se habían ido, Mina notó lo joven e insegura que era. No debía ser mucho mayor que Lynet.

–No lo sé –dijo Nadia–. No he visto a Lynet desde el accidente del rey.

Mina dio un paso hacia ella, en busca de señales de mentira en el rostro de la chica, pero solo vio derrota.

–¿No ha venido a verte?

Ahora, Nadia frunció el ceño y Mina pudo ver cómo unía las piezas en su mente.

–¿Lynet desapareció? –su confusión parecía bastante genuina, y Mina suspiró y volteó, decepcionada–. ¿Sucedió algo? –insistió ella con un dejo de preocupación en la voz.

Mina rio con ironía.

–¿Crees que te lo diría solo para que le envíes otro informe a mi padre? –tomó la carta y la abolló en la mano–. ¿Alguna vez te detuviste a pensar *por qué* él querría que le dieras esa información cuando podía obtenerla solo?

Nadia se encogió de hombros.

–Dijo que no le agradaba el rey y que era difícil para él conocer a esta chica que veía como una nieta. Pero ¿Lynet está...?

–Estoy segura de que eso es lo que te dijo. Pero ¿le creíste? –dijo Mina, alzando la voz–. Debes ser una chica inteligente para ser cirujana a tu edad. ¿No te preguntaste por qué él simplemente no podía *preguntarme* acerca de ella? ¿O por qué quería estar lejos mientras tú estabas aquí recopilando información? ¿Nada de eso te resultó un poco sospechoso?

–¡Claro que sí! –replicó Nadia. Parecía sorprendida por su propio exabrupto, y bajó la mirada al continuar–. Pero... pero no me importó en ese



momento. No la conocía entonces. No...

–No te importaba. Solo querías tu recompensa. Bueno, permíteme decirte cuál fue el costo de tu recompensa. Mi padre no ve a Lynet como una nieta o siquiera como una persona. Solo cree que le *pertenece*. No tiene respeto alguno por la vida humana. ¿Por qué debería tenerlo cuando puede crearla tan fácilmente? Y, al parecer, tú tampoco la respetas, dado que estabas dispuesta a utilizar a Lynet para tu propio beneficio, a sacrificar su seguridad solo para conseguir lo que querías –ahora rompía la carta, haciéndola trizas mientras cada palabra que lanzaba hacia Nadia regresaba hacia adentro y la atravesaba a ella misma.

Pero sus palabras afectaron en cierta medida a Nadia también. Parecía atónita, paralizada, y parpadeaba mientras miraba los trozos de papel que caían de las manos de Mina.

–Tienes razón –dijo, sin emoción alguna–. He estado intentado escribir esa carta toda la noche, pero es como sacar sangre –movió la cabeza de lado a lado–. Intenté no permitir que me molestara antes, pero ahora...

Mina intentó permanecer indignada, pero lo único que pensaba era que ambas eran traidoras, ambas herramientas que su padre había usado para alcanzar a la niña que había creado. Y ahora que Lynet se había ido, las había dejado a ambas solas para enfrentar lo que habían hecho. Mina la había traicionado por una corona y Nadia la había traicionado por la universidad. Pero ¿cómo podía Mina juzgar a la cirujana con tanta severidad por querer marcharse de aquel sitio miserable y dirigirse a un lugar cálido? Al menos, una de ellas aún podía hacerlo.

–Te daré lo que mi padre te prometió.

–¿Qué? –Nadia alzó la cabeza de pronto.

–Quiero que te vayas de aquí. Le daré una carta sellada y dinero al sirviente para ti. El dinero te llevará hasta el Sur y la carta asegurará tu lugar en la

universidad. Mi único precio es que te marches al amanecer y que nunca regreses.

–Pero, Primavera Blanca...

–Sobrevivimos sin cirujano antes de que mi padre te encontrara.

Nadia permaneció en silencio un largo momento y luego movió la cabeza de lado a lado, decidida.

–No puedo irme hasta que sepa qué le ha sucedido a Lynet.

–Lynet está fuera de tu alcance y del mío –Mina pasó a su lado y corrió los trozos de papel con el pie–. Recuerda que quiero que te marches al amanecer. No permitas que te encuentre de nuevo.

–Ella quería huir –soltó Nadia, y Mina se paralizó–. Quería ir al Sur conmigo. Me lo dijo antes del accidente.

–¿Y crees que llegará hasta allí sola? –preguntó Mina.

Nadia no respondió, y la reina supo que ambas pensaban que, a pesar de la energía incasable y los hábitos imprudentes de Lynet, todavía era una niña protegida que pateaba las barras de su jaula.

Mina salió de la habitación sin interrupción esa vez, pero cuando estuvo fuera de la vista de la cirujana, se detuvo y se apoyó contra la pared de la escalera; le temblaban las rodillas. En cuanto descubrió que Lynet no había ido con Nicholas, parte de ella supuso que la princesa se había marchado de Primavera Blanca. Había apartado aquel pensamiento, lo había reprimido; no por miedo, sino debido al sentimiento mucho más vergonzoso que la atravesaba en ese instante...

Alivio.



–¿No es mejor para ti que se haya marchado? –le preguntó Félix cuando se reunieron de nuevo en la capilla–. ¿No es más seguro que nunca la encuentres?

–No, Félix –respondió ella, pero por supuesto que sabía que había verdad

en sus palabras. Lynet se había ido, pero al menos no podía contarle a su padre los secretos de Mina.

Inhaló. *Estoy a salvo.*

Exhaló. *Pero Lynet corre peligro.*

Incluso cuando cerró los ojos, aún veía el rostro de Lynet, con la mano en la mejilla, dolorida y atónita al ver que un trozo de vidrio se había clavado allí...

En alguna parte, debajo de su piel, Mina sentía cada fragmento de vidrio filoso desparramado por la sala. Se enfocó en ellos, sabiendo que necesitaría que le dieran fuerza para cumplir con aquella próxima tarea, y los cristales comenzaron a moverse, a deslizarse por el suelo y a juntarse. Félix permaneció de pie a su lado, observando, levemente boquiabierto por el asombro mientras los charcos de cristal líquido se extendían por el suelo y formaban a sus nuevos hermanos.

Había una docena de ellos, la misma cantidad que conformaba la guardia del rey, todos tenían rostros sosos y nada memorables. Pero Mina estaba apresurándose, así que algunos de ellos tenían cicatrices similares a las que Félix llevaba en los brazos. Mina los vistió con el mismo uniforme blanco y azul que usaban los guardias del rey y les infundió un único propósito: encontrar a la princesa y traerla de regreso a Primavera Blanca. Les dijo que buscaran en el bosque al sur de Primavera Blanca, que vigilaran el pueblo en caso de que ella apareciera allí. Bajo ninguna circunstancia debían herir a la princesa.

“Vayan”, les ordenó a los soldados; le dolía el pecho por el esfuerzo de haber creado tantas personas a la vez; los hombres partieron marchando con Félix al frente.

Había creído que se sentiría más tranquila después de haber tomado acción, pero no podía dejar de apretar las manos. Si algo le ocurría a Lynet fuera de

los muros del castillo, sería su culpa. Ella la había ahuyentado.

*Y yo seré quien la traiga de regreso, se prometió.*

Pero un susurro traicionero añadió: *¿Y qué harás después con ella?* Lynet sabía acerca de su corazón y de la existencia de Félix. ¿Cómo podía confiar de nuevo en Lynet hora que le habían quitado la piel y que su corazón podrido había quedado expuesto ante la única persona que hasta entonces había pensado que era perfecta?



20

LYNET

**L**ynet avanzaba a tropezones en la oscuridad, su única guía eran los haces de luz de luna que atravesaban los árboles. No pensó a dónde se dirigía, pero intentó mantenerse en el camino principal. No pensó en lo que dejaba atrás, aunque continuaba mirando por encima del hombro, segura de que el cazador había cambiado de opinión y la seguiría. Solo centró su atención en avanzar, ignorando la tensión en su pecho y el nudo en la garganta. *Esto es lo querías, ¿verdad?, pensaba. Eres libre ahora. Puedes ser lo que quieras ser.*

Pero rodeada de pinos altos como torres, no se sentía libre. Se sentía como una cobarde que huía ante la primera señal de peligro.

Con cada paso, las monedas en su bolsa tintineaban y Lynet tuvo que intentar no estremecerse al recordar el sonido del vidrio quebrándose en la capilla. Se repetía una y otra vez que no era cierto... que Mina la quería, que no había enviado al cazador a matarla, pero el peso de la bolsa que el cazador le había dado era un recordatorio constante. Perdió la noción del tiempo y no sabía hacía cuánto caminaba, pero sabía que si permanecía en el camino que iba al Sur, saldría del bosque en algún momento y llegaría a Cumbre Norte. Asumiendo, por supuesto, que ningún animal salvaje la atacara en el bosque. *Como le ocurrió a mi padre, casi pensó, pero se obligó a reprimir aquel pensamiento.* Había demasiados pensamientos peligrosos y ella los evitaba con el mayor cuidado posible, como si estuviera avanzando a través de un campo lleno de trampas.

*Pronto, se prometió. Pronto llegaría al pueblo, pero no se detendría allí, continuaría avanzando hacia...*

*¿Hacia dónde?*

Al Sur, claro. Iría al Sur, tal como lo había planeado. Pondría la mayor distancia posible entre ella y los sucesos de esa noche, hasta que olvidara su

antigua vida y se convirtiera en alguien completamente nuevo. Eso era lo que había querido: la libertad para darle forma a su propio futuro. No había nada que temer, nada de qué arrepentirse. *Yo quería esto*, recordó de nuevo. Y cada vez que tropezaba en la oscuridad, o se preguntaba si había oído un gruñido, o recordaba la expresión en el rostro de Mina en la capilla, solo volvía a repetir esas palabras. *Yo quería esto*.

Todavía estaba diciéndolo en su mente una vez más cuando sintió que unas manos ásperas la sujetaban; un brazo rodeaba su cintura mientras el otro sostenía algo filoso en su garganta.

*Me encontró*, pensó, pero la voz que habló no le pertenecía al cazador.

–Dame tu bolsa –dijo la voz, baja y frenética junto a su oído–. Oigo las monedas. Dámelas, o cortaré tu garganta y las tomaré yo mismo.

Lynet recordó que Nadia le advirtió que había ladrones ocultos en el bosque, que nunca sobreviviría sola. Luchó por respirar: la hoja del cuchillo apretaba su garganta y un hilo de sangre comenzaba a fluir lentamente desde el lugar en el que la había lastimado.

–Toma –dijo ella. Extendió los dedos hacia la bolsa amarrada a su cintura. La alzó y rogó en silencio que él no decidiera matarla y saquearla de todos modos.

Pero en cuanto el ladrón le quitó la bolsa de la mano, desapareció y dejó a Lynet aterrorizada y sin dinero, pero con vida.

Comenzó a correr.

Pensó que en realidad, tuvo suerte. El ladrón no había visto el brazalete de plata en su muñeca, oculto debajo de la manga, así que aún podía comprar su pasaje hacia el Sur. Si necesitaba algo más, tendría que mendigar.

Debido a sus botas pesadas, Lynet tropezó con la raíz de un árbol que sobresalía de la nieve y cayó al suelo sobre sus manos y sus rodillas. Algo en su interior se rompió en ese instante, y todos los pensamientos peligrosos que

había intentado reprimir por fin la invadieron. Su padre, la capilla, el cazador, el ladrón con el cuchillo contra su garganta... todos la atormentaron a la vez y ella luchó por reprimir las lágrimas que ardían en sus ojos; le ardía la garganta por el esfuerzo de no llorar.

Lynet se acurrucó de lado, llevó las rodillas al pecho y se aferró a su vestido mientras intentaba detener los sollozos secos y agitados que le hacían temblar todo el cuerpo; cada llanto hacía que se odiara a sí misma un poco más. Imaginó cómo debía lucir en ese instante para un observador, y la imagen era igual a una presa asustada que intentaba reducir su tamaño y hacerse invisible.

*Es cierto*, susurró una voz traicionera en su mente. *No soy fuerte y nunca lo fui; solo estaba fingiendo.* ¿Qué sentido había tenido trepar árboles o torres altas si terminaría allí, yaciendo en la nieve, indefensa? Había intentado convencerse de que no era frágil, sin entender nunca que el único motivo por el cual debía esforzarse tanto para probarlo era que nunca la habían puesto a prueba realmente. Y ahora que *la habían* puesto a prueba, ahora que había fallado en grande, supo que nunca había sido fuerte: solo afortunada.

Se obligó a abrir los ojos y se incorporó despacio. Había dejado una mancha oscura en la nieve debido a la sangre que brotaba de la herida en su garganta y, por un instante, quedó embelesada al verla; era una distracción de los pensamientos que la perturbaban. La sangre funcionaba como recordatorio de quién era, de qué estaba hecha. No era hija de su madre: nunca lo había sido. Era sangre y nieve, así que sería como la nieve, como las agujas de los pinos, como el viento invernal: filosa, fría y cortante. La nieve no se rompía ni se hacía añicos, y ella tampoco lo haría. Lo único que tenía que hacer era ser fiel a su naturaleza verdadera.

*Fría como la nieve, filosa como el vidrio.* Lynet se puso de pie. Aún tenía un largo camino que recorrer.





Cuando oyó por primera vez el ruido de unos cascos detrás de ella, no vaciló. De inmediato, salió del sendero principal y se hundió en el laberinto de árboles sabiendo que podría perderse por completo como resultado de su accionar. Había un único motivo por el cual había oído caballos aproximándose desde Primavera Blanca en medio de la noche: Mina había enviado a alguien a buscarla, a cazarla.

Lynet pensó rápido. ¿Qué importaba que hubiera escapado de su perseguidor si terminaba muerta después de perderse en el bosque? De algún modo tenía que mantenerse en el camino principal, aunque solo fuera para saber cuándo había cesado el peligro y cuándo estaba a salvo para dejar de esconderse.

Lynet encontró un árbol que tenía ramas lo bastante bajas para que pudiera trepar y subió lo más alto que se atrevía, hasta que tuvo una vista decente del sendero que se extendía en ambas direcciones. Había actuado justo a tiempo: apenas pocos segundos después de que se ocultara en el árbol, vio pasar a dos hombres a caballo.

Había estado en lo cierto: venían de Primavera Blanca y vestían los uniformes de la guardia de su padre. Pero cuando la luz de luna iluminó el rostro de los hombres, Lynet supo que esos soldados no le pertenecían a su padre. Uno de ellos tenía una cicatriz larga que descendía por su cuello y los ojos de ambos eran oscuros y vacíos, como dos estanques. A Lynet se le revolvió el estómago al recordar que había visto aquellos mismos ojos, segura de que estaba a punto de morir.

Los dos hombres continuaron galopando, pero pronto, otros los siguieron. El cazador de Mina estaba entre ellos. Ahora cabalgaban más lento y sujetaban los faroles al frente para ver el bosque. Algunos soldados iban a pie y se dispersaron entre los árboles.

Lynet intentó no respirar; rogaba que no se acercaran a su árbol, que no

alzarán la vista y la iluminarán con sus lámparas. No podía hacer nada más que esperar; si intentaba subir más alto, quizás haría demasiado ruido o llamaría la atención de sus perseguidores. O peor aún, podría resbalarse, caer y aterrizar a los pies de los hombres con el cuello roto. Si eso ocurría, la búsqueda de los soldados habría terminado.

Perdió de vista a los hombres; creía haber visto a diez de ellos, sin contar a los dos que habían continuado cabalgando. Pero luego, oyó un ruido proveniente desde abajo y vio la luz dorada de una farola acercándose a su árbol.

El cazador salió de entre los árboles con su farola en alto. Miraba hacia arriba, inspeccionando las ramas del pino en busca de una chica asustada que quizás estaría oculta allí.

Lynet agradeció llevar puesto su vestido café oscuro y esperaba que, si mantenía la cabeza inclinada con su cabello cubriéndole el rostro, parecería solo una sombra más. Oyó su respiración salir en exhalaciones superficiales, cubrió su boca con una mano y esperó...

Pero el cazador no parecía particularmente entusiasta respecto a su tarea. Los otros habían buscado con una determinación férrea, pero el cazador avanzaba más despacio y pasaba su farola de un árbol a otro después de haber echado solo un vistazo hacia arriba. Cuando llegó a su árbol, el corazón de Lynet latía desbocado en su pecho, pero la luz de la farola ni siquiera se acercó a ella; se balanceó en un arco bajo muy por debajo de la rama en la que ella estaba.

Tenía suerte de que fuera él. Cualquiera de los demás soldados hubieran descubierto su escondite, pero el cazador no la había dejado huir solo para capturarla de nuevo. No creía que él le permitiera marcharse si la atrapaba por segunda vez, pero estaba segura de que esperaba no encontrarla en primer lugar.

No bajó del árbol hasta que los últimos soldados hubieran desaparecido de vista en el sendero, e incluso en ese momento, esperó un poco más antes de descender lentamente y con cuidado.

El nudo en su estómago se aflojó, pero no desapareció por completo. Lynet suponía cuál era el objetivo de los dos jinetes que había visto primero: irían hasta el pueblo y esperarían allí en caso de que Lynet saliera del bosque antes de que los demás la hallaran.

No podía ir a Cumbre Norte. No podía ir a Primavera Blanca. Estaba atrapada en el bosque hasta que muriera de hambre o la encontraran. La muerte esperaba por ella en todas partes.

Lynet se aferró a la base del árbol, sin saber en qué dirección ir ahora. Estaba sola, la superaban en número, y tenía las manos vacías, sin nadie que la ayudara...

*Si necesitas ayuda, pídesela a la nieve.*

Se hundió en el suelo mientras le daba vueltas a las palabras del cazador en la cabeza. Quizás era alguna clase de acertijo, pero sin importar cuántas veces lo repitiera, no podía encontrar ningún significado en aquellas palabras.

Lynet recogió un puñado de nieve y la miró, insegura.

“¿Ayuda?”, susurró. No ocurrió nada, pero ella ni siquiera sabía qué quería que sucediera, o qué clase de ayuda pedía. Lo que en verdad necesitaba era una capa con capucha, algo con lo que esconder su rostro, ya que si lograba hallar un modo de ingresar al pueblo necesitaba pasar inadvertida. Imaginó la capa, una prenda levemente andrajosa y opaca para no llamar la atención, y de pronto, notó que algo le ocurría a la nieve.

La nieve *se movía* y Lynet, asustada, permitió que cayera de su mano. Pero el elemento continuó mutando, entre sólido y líquido, mientras se expandía sobre el suelo. Y entonces, en cuestión de segundos, apareció una sencilla capa negra en el suelo.

Sin poder creer lo que veía, Lynet tocó la prenda y sintió la tela pesada entre sus dedos, maravillada de que fuera real. La nieve se había transformado en una capa porque ella se lo había pedido. Pero ¿cómo era posible...?

*Porque estoy hecha de ella*, pensó; la respuesta era obvia e increíble a la vez. Siempre había sido habilidosa para crear formas en la nieve, construir castillos intrincados o animales que parecían a punto de cobrar vida. ¿De qué otro modo se habían roto los vidrios de la capilla a menos que Mina lo hubiera generado solo con su voluntad? ¿De qué otro modo se habían expandido las grietas en el cuello del cazador cuando Mina lo ordenó? Los soldados con ojos vidriosos y expresión ausentes... no eran reales en absoluto. Eran hombres hechos de cristal. Si el corazón de cristal de Mina le daba poder sobre el vidrio, entonces Lynet debía poseer el mismo poder sobre la nieve. Después de todo, la habían creado con magia: ¿por qué un poco de esa magia no debería permanecer en su sangre?

Lynet quitó unas agujas de pino de en medio y tomó un puñado de nieve. *Derrítete*, pensó. La nieve se convirtió en agua en sus manos casi de inmediato y comenzó a gotear entre sus dedos. A pesar de todo, Lynet quería reír. Sentía que era como mover otro brazo, una extensión de su cuerpo de la que no había sido consciente antes.

Pero Mina lo sabía. Al menos, debería sospechar que Lynet tendría aquel poder, dado que evidentemente era consciente del propio. Entonces, ese era otro secreto que Mina le había ocultado, otra parte de sí misma que no había conocido. Había tanto que aún no sabía... ni de ella ni de Mina. Ninguna de ellas era ya la misma persona. Lynet todavía tenía todos los fragmentos – todos los momentos que había compartido con Mina, la sensación de las manos de su madrastra mientras le trenzaba el cabello, los consuelos pequeños que le había ofrecido–, pero parecían estar desparramados a su

alrededor, incapaz de repararlos sin crear una imagen distorsionada, como un espejo roto. Y en los espacios entre todas esas grietas yacían los secretos de Mina, la Mina que aseguraba ser incapaz de amar, la Mina que Lynet nunca había conocido.

Aún no comprendía los poderes extraños que las habían moldeado a ambas. *Supongo que debería preguntarle al mago al respecto.* Pero no podía preguntarle a Gregory, porque él...

Estaba lejos, en el Sur.

Sintió un cosquilleo en toda la piel, entusiasmada debido a una nueva sensación de propósito. Ya había planeado dirigirse al Sur, pero ahora tenía un destino más preciso: podía ir a la universidad, encontrar a Gregory y hacerle todas sus preguntas. Quizás él sabría cómo curar el corazón de cristal de Mina, cómo hacerla capaz de experimentar el amor que Lynet recordaba. Quizás, después de todo, el espejo roto no era imposible de reparar.

Pero primero tenía que evitar a los soldados de Mina. Tenía la capa, pero no era suficiente, en especial si ellos continuaban avanzando hacia el Sur hasta atraparla. Tenía que engañarlos de algún modo, hacerles creer que se dirigía a otra parte para que no la siguieran. Miró la nieve, preguntándose cómo podía ayudarla en ese momento.

Y entonces, recordó que cuando estaba oculta en lo alto del árbol, pensó que si caía y se quebraba el cuello a los pies de los soldados, su búsqueda terminaría. *Podría crear otra yo,* pensó. *Otra chica hecha de nieve que luzca igual a mí.* Mina la quería muerta... así que si Lynet le daba a su madrastra lo que quería, si Mina creía que Lynet había muerto, detendría su búsqueda y eso le daría el tiempo que necesitaba para ir con Gregory.

*Un cuerpo,* pensó, hundiendo las manos en la nieve. No, no era solo un cuerpo. *Yo. Conviértete en mí.*

La nieve comenzó a derretirse frente a ella. Lynet mantuvo su propia

imagen en mente, repitiendo la orden una y otra vez hasta que la nieve cambió y se hizo líquido bajo sus manos; se expandió y creó la silueta de un humano; pero crear una réplica perfecta de sí misma era mucho más difícil que hacer una capa simple. La silueta frente a ella era una imitación inquietante de Lynet, pero no tenía pestañas, su vestido era de un tono café erróneo, y sus dedos parecían juntarse. También había olvidado crear el pequeño corte en su mejilla donde el vidrio de la capilla la había lastimado. La imagen de su mente no había sido lo suficientemente precisa, así que se concentró una y otra vez para hacer los ajustes, hasta que bajó la vista y vio su propio cuerpo, con el mismo vestido café con cuello de piel. Era su imagen exacta, salvo que no tenía pulso ni respiración. Se preguntó si así lucía su madre cuando murió.

Lynet se estremeció. Sabía qué más tenía que hacer para que Mina creyera que había muerto sola en el bosque, y no estaba entusiasmada por ver el resultado.

*Un cuello roto por caer de un árbol*, pensó, imaginándolo, y después de que la nieve se hizo líquida y luego sólida otra vez, contempló la cabeza –su cabeza– que ahora yacía en un ángulo extraño; una realidad que apenas había evitado una y otra vez.

Lynet se quitó el brazalete plateado, el primer regalo que Mina le había hecho, y lo colocó en la muñeca del cadáver. Se sentía relajada, liviana prácticamente, como un espíritu que abandona su cuerpo debilitado. Lynet estaba muerta, al igual que su madre, y la chica que resurgiría era alguien nuevo que cambiaba de piel para convertirse en algo frío e intocable. Por poco había olvidado que ese día era su cumpleaños.

*El primer cumpleaños real que he tenido en mi vida*, pensó, mientras colocaba la capa sobre sus hombros. Alzó un poco la capucha para ocultar su cabello y su rostro, y se puso de pie en la nieve para comenzar su nueva vida.



21

MINA

**M**ina esperaba que Félix trajera a Lynet de vuelta, pero, en cambio, le trajo el cuerpo inerte de la princesa.

Había estado esperando afuera de la recámara del rey al amanecer cuando Félix llegó, muchas horas después de que ella lo hubiera enviado con los demás soldados al bosque.

En ese entonces, Mina había estado asustada, paralizada al pensar que Lynet la esperaba llena de odio hacia su madrastra. Por poco deseó que Félix no la hubiera encontrado.

El cazador llevó a Mina a la capilla y ella no comprendía por qué él evitó hacer contacto visual con ella al decirle que Lynet estaba allí o por qué continuaba diciendo que lo lamentaba.

Muchos soldados esperaban en la capilla, de pie alrededor del altar central. Con un movimiento de la mano, Félix les ordenó que se apartaran, y guio con dulzura a Mina hacia adelante. Y solo en ese instante la reina vio que aquel era el cadáver de Lynet; que Lynet estaba muerta.

Incluso cuando se acercó a inspeccionar el cuerpo, todavía pensaba que era alguna clase de truco, o que se había equivocado y que vería el movimiento débil del pecho de Lynet como una señal de que estaba viva, solo que inconsciente. Pero el pecho de la princesa estaba quieto y, por primera vez, el pulso de Lynet era igual al de Mina.

Tenía el cuello roto, y aún tenía el corte pequeño en la mejilla en el lugar donde Mina la había herido por accidente con el vidrio. *No, se dijo Mina, nada de esto fue un accidente.* Lynet debía haber caído, probablemente de un árbol en donde se había ocultado de Félix y los soldados. Cada detalle de la muerte de Lynet encastró, como cientos de fragmentos diminutos de vidrio, y juntos formaron un espejo que le mostraba a Mina su propio rostro, su propia culpa.



Mina tropezó y Félix sujetó su brazo para ayudarla a mantener el equilibrio.  
–¿Alguien te vio trayéndola aquí? –preguntó ella; su voz era un chirrido débil.

–No –respondió él–. Solo tú.

Pero todos lo sabrían en algún momento. La muerte de la princesa, tan pronto después del accidente del rey. ¿Acaso alguien creería que Lynet había muerto de causas naturales? ¿O todos asumirían que se había quitado su propia vida a causa de la situación de su padre? Una parte terrible de su interior susurró que podía utilizar aquella suposición a su favor en caso de necesitar alejar las sospechas de ella.

Temblando, Mina apoyó suavemente una mano sobre la mejilla de Lynet. Su piel estaba igual de fría que siempre, su rostro era igual de prístino y hermoso. Y sin embargo, el cuerpo era una imitación pálida de la chica con vida; solo una copia de la belleza sin movimientos en el rostro de Lynet, sin su espíritu en la mirada. ¿Acaso no era eso lo que Mina siempre había querido en secreto? ¿Quitarle a Lynet su belleza para ser la única mujer que valiera la pena mirar y amar?

En ese momento, le alegraba haberle ordenado a la joven cirujana que abandonara Primavera Blanca en lugar de otorgarle un castigo más severo. Le alegraba que hubiera alguien más en el mundo que llevara el recuerdo de los ojos de Lynet, de su sonrisa, del modo en que siempre corría por los pasillos en vez de caminar. Nicholas tenía su propio recuerdo de Lynet, y los miembros de la corte recordarían a una princesa que era idéntica a su madre. Pero si aquella joven había sido amiga de Lynet, entonces quizás sería la única persona además de Mina en haber conocido a Lynet como era y no como aparentaba ser.

Las manos de Félix la rodearon con dulzura, intentando apartarla.

–No –dijo Mina–. Aún no –quitó el brazalete plateado de la muñeca de

Lynet. Lo guardaría en su mesita de noche, junto al marco de espejo vacío que una vez le había pertenecido a su madre. Una colección de cosas que había perdido, suponía, o de personas que había apartado de su lado.

–Llévala a la cripta –ordenó, aunque sentía que estaba mal. Lynet siempre había tenido mucho miedo de la cripta, segura de que terminaría allí junto a su madre, ambas idénticas en la vida y en la muerte. Ahora su temor se había vuelto realidad–. Intenta que nadie te vea. No quiero que el rey se entere antes de que pueda decírselo en persona.

Félix guio a los otros y salió, y Mina respiró hondo antes de regresar a los aposentos del rey. Se preguntó si la noticia lo mataría.

Nicholas estaba lúcido cuando ella tomó asiento en la cama, aunque su piel había tomado un tinte gris enfermizo. Las primeras palabras del rey fueron:

–¿Cómo está Lynet?

–¿Por qué lo preguntas? –dijo Mina, sin denotar expresión alguna.

Él alzó la vista hacia el dosel sobre su cama, con los ojos muy abiertos y sin ver.

–Creo que soñé con ella. Creo... creo que estaba despidiéndose –cerró los ojos; tenía el rostro fruncido de dolor–. Ya no puedo distinguirlas, no puedo saber a quién... a cuál de las dos vi...

–Nicholas...

–No dejo de oír su voz en mi cabeza diciendo cosas terribles, las mismas que tú me dijiste: que nunca le importó su madre, que era infeliz... pero no recuerdo si algo de eso es real –extendió la mano hacia Mina y ella la tomó, sorprendida–. Dímelo, Mina, dímelo: era feliz, ¿verdad? Éramos felices juntos.

Mina no sabía si se refería a Lynet o a Emilia, y no estaba segura tampoco de que Nicholas lo supiera o si ambas se habían fusionado para formar una única muerta hermosa, lejos de su alcance. *Él también me amaría si estuviera*

*muerta*, pensó Mina. A pesar de toda la amargura que había entre ellos, Mina sabía que si moría en ese instante, él lloraría por ella. Él moldearía su recuerdo para convertirla en una esposa que pudiera amar, y veneraría su cuerpo inerte al igual que había evitado el vivo. *No hay nada que él ame más que su propia pena.*

–Nicholas, tienes que escucharme. Tengo que decirte algo.

–Ella se despidió... ¿Por qué dijo adiós? ¿A dónde fue?

Mina tenía la extraña sensación de no estar en su propio cuerpo, de estar observando la situación desde otra parte. Sujetó más fuerte la mano del rey, obligándose a regresar y a terminar lo que había empezado.

–Está muerta, Nicholas. Lynet murió.

Él soltó su mano de inmediato y miró a Mina con repulsión.

–¿Tanto me odias?

–No te odio, Nicholas, nunca lo he hecho. Siempre has sido tú quien me odiaba.

–Nunca te odié –dijo él, negando con la cabeza–. Pero no puedo amarte y creo que nunca me perdonarás por ello. Por ese motivo estás mintiéndome ahora.

Mina suspiró. Deseaba haber esperado que él muriera en vez de haberle contado lo sucedido.

–Tienes razón –dijo ella–. Estoy mintiendo. Lynet está en su habitación.

–Dile que venga –pidió él y cerró los ojos.

–Lo haré. La verás pronto. Las verás a ambas pronto.

Él murmuró algo en voz baja, algo que sonaba a “dijo adiós”, y las lágrimas comenzaron a caer de sus párpados cerrados.

–¿Nicholas? –susurró Mina, con un dejo de pánico en la voz.

Pero antes de que pudiera decir algo más, él se había ido.



Mina estaba de pie sola en la capilla, mirando los trozos rotos de vidrio en los

marcos vacíos de las ventanas. No debería haber regresado. La habitación le recordaba a Lynet, algo que Mina había esperado que ocurriera desde que la había llevado allí por primera vez. En ese entonces había estado extrañamente nerviosa. Quizás solo había tenido miedo de que Lynet la viera con demasiada claridad; que viera a la chica furiosa y llena de nostalgia que Mina había sido.

Los miedos de Mina habían sido injustificados. Lynet la había comprendido. Lynet le había agradecido por compartir aquella parte de su ser y, si había visto alguna versión pasada de Mina allí, no la había juzgado demasiado.

La reina cayó de rodillas frente a los altares; su respiración agitada era el único sonido. El vidrio roto se clavó en sus rodillas y atravesó la tela gruesa de su falda, pero apenas sentía el dolor.

Oyó que abrían la puerta a sus espaldas, pero mantuvo la cabeza inclinada hacia abajo.

–Creí que estarías aquí –dijo Félix mientras se ponía de rodillas a su lado.

–Déjame sola.

Él tomó el rostro de Mina entre sus manos con suavidad y alzó su cabeza para que lo mirara.

–Si me lo pides de nuevo, lo haré.

Ella no respondió, así que él se inclinó hacia adelante y rozó sus labios con los de ella.

–El rey ha muerto –le dijo Mina.

Félix inclinó la cabeza, pero ella no sabía si era por vergüenza o por respeto.

–Lo lamento.

–Aún no le cuentes a nadie. Si Primavera Blanca supiera que el rey y la princesa murieron, reinaría el caos –tomó el rostro de Félix en sus manos y lo

obligó a levantar la cabeza para que la mirara—. Félix, ¿qué hago ahora? —le preguntó en un susurro.

Él colocó las manos sobre las de ella, las llevó hacia sus labios y besó sus nudillos.

—Sé una reina, como siempre has estado destinada a ser.

Mina miró a Félix a los ojos, intentando descubrir si él solo estaba reflejando la respuesta que ella misma deseaba darse.

—¿Qué ves en mí, Félix? ¿Qué ves ahora mismo?

Él la observó con atención, y mientras lo hacía, su rostro comenzó a cambiar, sus labios se curvaron hacia abajo y sus ojos se llenaron de pánico. Mina vio su rotura, lo cual significaba que él veía algo roto en ella. Mina le había dicho a Lynet que era un regalo ser frágil, porque significaba que nadie había intentado romperla. La palabra que Lynet odiaba tanto había sonado como un lujo para Mina. Había intentado pensar en un momento en el que se hubiera sentido frágil, pero no pudo hacerlo; desde que tenía memoria, siempre había sentido que estaba cubierta de fracturas invisibles, un mapa de cicatrices similares a las que recorrían los brazos de Félix. Quizás, estaba tan rota que se había vuelto irrompible.

Mina decidió que nadie la vería así jamás. Nadie la vería de rodillas con la cabeza inclinada y avergonzada. No tenía nada más que perder, excepto su corona... y lucharía por ella. El pueblo del Sur todavía la necesitaba, y ella también lucharía por ellos. No permitiría que la muerte de Lynet fuera en vano derrumbándose.

Mina pensó en la chica que una vez había estado sentada en aquella misma sala, prometiéndose a sí misma que sería reina, y se puso de pie.



Caminó por la sala del consejo carente de ventanas, esperando a su invitado. Aquel día, la mesa larga estaba despojada y el trono en la cabecera, vacío.

Padre e hija estaban muertos, pero Mina no podía darse el lujo de continuar

llorando. En la capilla, podía caer de rodillas y rendirse ante el arrepentimiento, pero en cuanto atravesó la puerta, no podía ser menos que una reina, sin rastros de debilidad o duda.

Sabía que debía actuar rápido en las primeras horas subsiguientes a la muerte de Nicholas. Siempre le había agradado al capitán de la guardia –él le había susurrado una vez que tenía raíces sureñas– así que cuando ella le llevó doce soldados nuevos para que él entrenara para formar su guardia personal y un bolso lleno de monedas de oro como agradecimiento por su lealtad continua, él inclinó su cabeza gris y prometió siempre estar al servicio de su reina.

Buscó a los pocos nobles que conocía, aquellos que la habían mirado un poco más de lo debido a lo largo de los años, hombres con los que había coqueteado en eventos sociales incluso antes de ser reina. No les contó que Nicholas estaba muerto, pero expresó que le preocupaba que estuviera por morir pronto y convertirse en una reina viuda. Los mantuvo a todos lejos; solo utilizó halagos y la ilusión de vulnerabilidad para permitirles pensar que estaba al alcance de sus manos. Después, cuando se enteraran de que Nicholas y Lynet habían muerto, ellos recordarían que la reina había acudido especialmente a ellos y creerían que Mina los prefería, quizás incluso que los deseaba. Todos pensarían que con Mina en el trono, ellos también tendrían la oportunidad de reinar: una reina viuda era un bien valioso para un hombre que quería ser rey.

Finalmente, habló con el sirviente y se aseguró de que sus planes tuvieran algún precedente histórico. Y luego, mandó a llamar a Xenia. Por mucho que odiara admitirlo, Mina necesitaba su apoyo.

Con un golpe en la puerta, Xenia entró, acompañada por uno de los nuevos soldados de Mina, y la reina le dijo que esperara afuera mientras ella y la mujer conversaban.

–¿Ocurrió algo, miladi? –preguntó Xenia con el tono meloso que siempre había utilizado desde que Mina se había convertido en reina.

–Toma asiento, por favor –hizo un gesto hacia la mesa. Xenia ocupó su lugar habitual a la izquierda del rey y Mina tomó asiento frente a ella–. Te diré esto porque sé que puedo confiar en que harás lo mejor para la estabilidad del reino –prosiguió Mina. Había creído que tendría que hacer un esfuerzo para pronunciar esas palabras, pero descubrió para su sorpresa que las creía. El poder de Xenia provenía de su posición en la corte, un puesto que dependía de la estabilidad y el orden constante. Si podía convencer a Xenia de que ambas querían lo mismo, ganaría.

–Me honra su confianza en mí, miladi –respondió Xenia–. Espero que el rey se encuentre bien.

–Me temo que no es así –replicó Mina. Bajó la vista hacia sus manos cruzadas antes de continuar–. El rey ha muerto.

La noticia impactó a Xenia, quien se sumió en un silencio momentáneo con la boca abierta.

–Lo he conocido desde que era un niño –dijo, esforzándose por recobrar la compostura–. Lo... Lo lamento, miladi. Sé que esta pérdida debe ser...

–Comprendo tu pena, pero ahora no tenemos tiempo para ella –Mina se movió en su lugar.

Las palabras cortantes de Mina tuvieron el efecto deseado: la máscara amable de Xenia cayó y endureció el rostro mientras miraba con odio a la mujer de baja cuna que tenía un rango superior al suyo.

–Entonces me disculparé por preguntarle por qué me ha llamado a mí sola. Sé que no es porque me tenga en estima.

Mina le sonrió con frialdad.

–Tienes razón. Pero comprendo cuál es tu posición aquí y la influencia que tienes en el resto de la corte. La experimenté de primera mano cuando era una

niña. Dices una palabra, y el resto te sigue.

Xenia inclinó la cabeza, aceptando lo que Mina decía.

–Es cierto.

–Tengo algo más que contarte... algo que desearía no tener que decir – Mina pausó; temía que se le quebrara la voz. Cuando estuvo segura, dijo–: La princesa también murió.

Xenia no reaccionó en absoluto, mantuvo el rostro completamente quieto. Y luego, dijo:

–¿Está diciéndome la verdad?

La imagen del cuerpo sin vida de Lynet en la capilla atravesó la mente de Mina. Respiró hondo y obligó a la imagen a desaparecer antes de responder.

–Encontraron a Lynet muerta temprano esta mañana en el terreno del castillo. Tenía el cuello roto, probablemente debido a una caída. No puedo saberlo con seguridad, pero creo... Creo que tomó mal la noticia de la muerte de su padre.

Xenia dio un grito ahogado al comprender lo que implicaban las palabras de Mina.

–Pobre niña.

Mina esperó a que Xenia se recuperara, a que comprendiera los demás efectos de la muerte de Lynet, como sabía que lo haría.

Y allí estaba: la mujer de pronto alzó la vista hacia Mina y la miró a los ojos con comprensión absoluta.

–El rey no nombró otro sucesor, ¿verdad?

Mina movió la cabeza de lado a lado.

–Hablé con el mayordomo. Dijo que el rey no tenía ningún otro familiar directo, solo primos lejanos, todos con el mismo derecho a reclamar el trono. ¿Comprendes lo que significa?

–Por supuesto que lo comprendo. Este reino caerá en el caos. Podría haber



una guerra civil...

–Yo tampoco quiero que suceda eso. Quiero que todo permanezca como está. Y hay solo un modo en el que veo que aquello sea posible.

Había temido que Xenia riera al entender lo que Mina realmente quería, pero la mujer no rio ni la miró con desprecio. Asintió despacio y miró a Mina directo a los ojos cuando habló:

–Debe continuar siendo reina. Y no puede hacerlo sin mí.

–Parece que nos necesitamos mutuamente –dijo Mina–. Tú me mantienes en el trono, y yo te mantendré en mi consejo.

–¿Eso es todo lo que puede ofrecerme? –replicó Xenia; su voz era baja pero firme. Mina había estado preparada para esa pregunta.

–Te convertiré en mi consejera principal.

–¿Una alianza, entonces?

–Por el bien del reino.

Las dos mujeres se observaron mutuamente, y Mina supo que ambas estaban llegando a la misma conclusión: a pesar de su odio mutuo, serían más fuertes juntas de lo que habían sido antes, cuando estaban enfrentadas. La paz de un reino entero esperaba que ellas dejaran de lado las ofensas del pasado en nombre del poder y el pragmatismo.

Xenia entrecerró los ojos levemente.

–Si la ayudo a obtener el consejo y el resto de la corte, ¿cree que será capaz de conservar su lugar en el trono?

–Tengo a la guardia del castillo de mi lado –explicó Mina–. Y también una nueva guardia personal que armé. El sirviente me asegura que no soy la primera reina en la larga historia de Primavera Blanca en permanecer en el poder después de la muerte de su esposo. Imagino que Primavera Blanca también preferiría una transición pacífica de poder en vez de una larga búsqueda, o guerra, de un sucesor, y que no me causarían problemas. Y

además, claro, tengo el apoyo del Sur. Si les ordeno que alcen armas, o que dejen de enviar comida hacia el Norte, obedecerán.

Xenia se estremeció, probablemente imaginando el desastre que causaría un asedio sureño contra el Norte. Por fin, asintió.

–Nadie quiere una guerra, en especial el Norte.

–Entonces ¿estamos de acuerdo? –Mina se puso de pie–. Hablaremos juntas con cada uno de los consejeros y les diremos lo que ha ocurrido; les explicaremos por qué su apoyo es necesario, al igual que te lo expliqué a ti. Con tu influencia y mi posición, estoy segura de que podemos persuadirlos para que den su apoyo.

Xenia también se puso de pie.

–Creo que tiene razón. No se preocupe, miladi. Esta noche, dormirá como reina.



Esa noche, Mina reunió a su corte en el salón del trono mientras sus guardias, los anteriores y los nuevos, bordeaban las paredes. El Salón era más apropiado para una audiencia de aquel tamaño, pero Mina creyó que la sala del trono le otorgaba un aire de autoridad y que era un cambio de escenario distinto al de los reyes y reinas viejos y estancados que la habían precedido.

–Habitantes de Primavera Blanca –dijo Mina dirigiéndose a la pequeña multitud–. Como algunos quizás ya han oído, el rey Nicholas murió esta mañana debido a las heridas que recibió en un accidente de caza –esperó a que todos intercambiaran susurros y se prepararan para lo que diría a continuación. ¿Alguna vez sería más fácil decirlo? ¿Alguna vez se acostumbraría a pronunciar esas palabras?–. Pero aun mientras lloramos su pérdida, debemos enfrentarnos a otra tragedia: también encontraron muerta a la princesa Lynet.

La multitud dio un grito ahogado colectivo como señal de respeto ante la noticia, pero Mina no vio tristeza fresca o sorpresa verdadera. Todos los

miembros del consejo lo sabían, claro, porque ella y Xenia se lo habían dicho y ellos debían haber compartido la noticia rápidamente con los demás. En ese momento, Mina prefirió la pena honesta de Nicholas en vez de las miradas de tristeza premeditadas en los rostros de los presentes.

–Ya habrá tiempo suficiente para llorarlos en los días venideros, pero en este instante, es mi deber mirar hacia el futuro, asegurarme de que nada dañe a este reino mientras aún esté bajo mi cuidado. El rey murió sin nombrar un nuevo sucesor así que, con el objetivo de mantener la paz en nuestro reino, me han pedido que continúe ejerciendo como reina y que gobierne en lugar de mi esposo fallecido. Nunca aceptaría semejante pedido sin el apoyo y la aprobación de mi corte. Si hay alguien aquí que desee refutar mi reclamo, por favor, que hable ahora.

Pasaron unos minutos en silencio, y aunque Mina vio a varias personas mirando con inseguridad a los soldados desperdigados por la sala, nadie habló.

Finalmente, Xenia dio un paso adelante para apartarse de la multitud, pero igualmente mantuvo una distancia cuidadosa entre Mina y ella.

–Creo que hablo en nombre de todos, miladi –dijo–, cuando afirmo que estamos agradecidos por su liderazgo en un momento tan angustiante. Todos le debemos nuestra continua buena suerte a usted, reina Mina –y con una mirada astuta que solo Mina percibió, Xenia inclinó la cabeza. De inmediato, el resto de los presentes la imitaron, y toda la sala le hizo una reverencia a su reina.

Mina se permitió inhalar una pequeña cantidad de aire en silencio; un gesto apenas notable para cualquiera que estuviera mirándola desde el mar de cabezas inclinadas. Ya había estado de pie frente a una corte reverencial, pero siempre junto a Nicholas, siempre con Lynet cerca detrás de ella, como un recordatorio de que solo era algo temporal entre dos reinas idénticas.

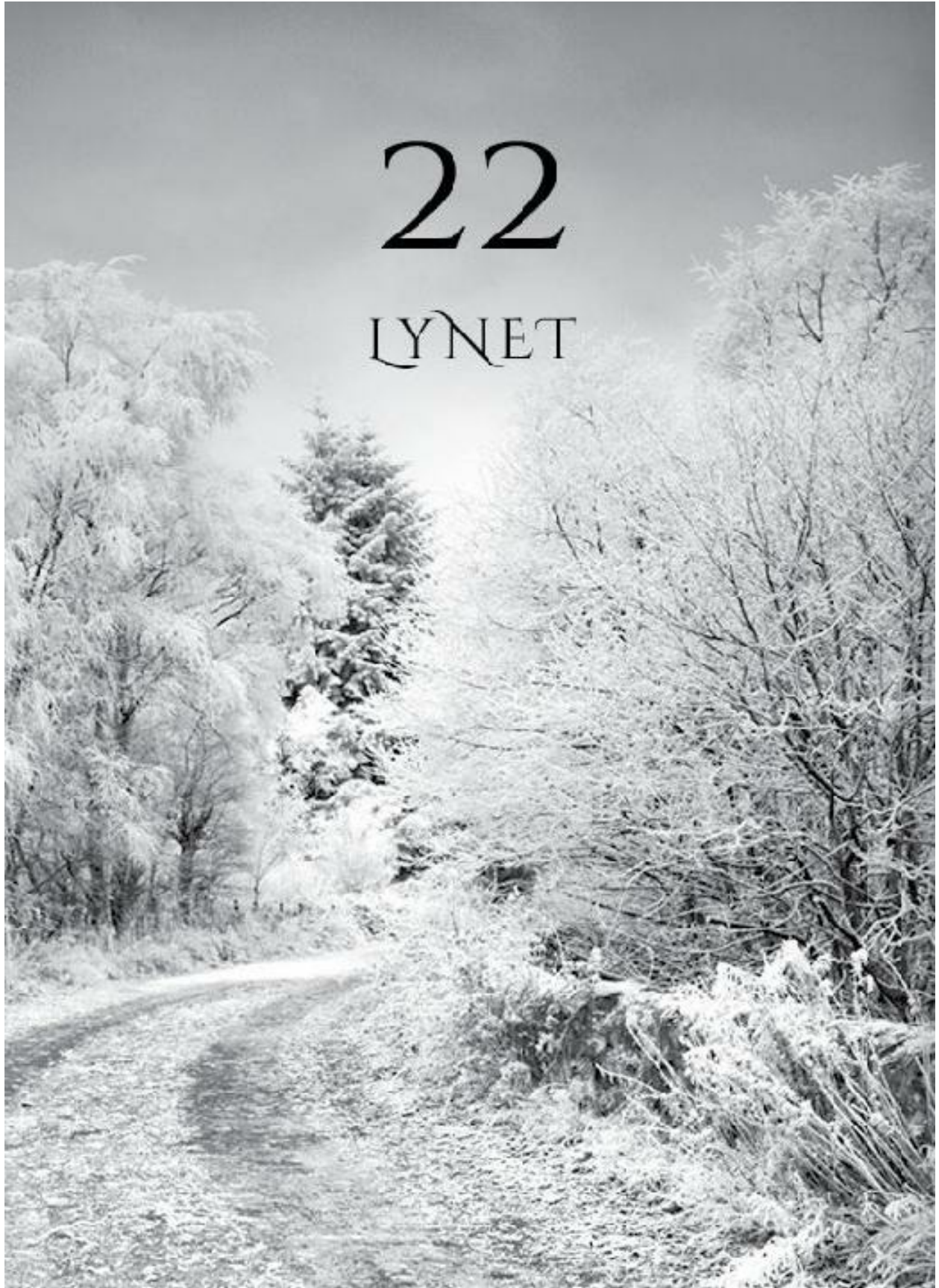
Recordaba que la última vez que había enfrentado sola a la corte había sido la noche de bodas. Y también había sido la última vez que había sentido que quizás podrían quererla.

¿Y ahora la querían? ¿La aceptarían por completo ahora que ella era su mejor y única opción? ¿La recordarían como la reina que había salvado al reino de la destrucción causada por una guerra civil? ¿O siempre pensarían que Lynet debería haber sido quien estuviera allí de pie?

Mantuvo la cabeza en alto y aceptó el gesto, pero parte de ella se preguntó si solo había intercambiado el fantasma de una reina por otro.

22

LYNET



**L**a carreta del mercader estaba abarrotada, pero a Lynet eso la alegraba: cuantas más personas hubiera, menos llamaría la atención. Acurrucada en la esquina de la carreta, Lynet intentaba no quedarse dormida, pero estaba exhausta, y se pellizcaba cada vez que su cabeza comenzaba a caer.

La nieve se había convertido en un recurso sorpresivo. Ahora tenía una daga nueva oculta bajo la capa, y aunque no estaba segura de que supiera cómo usarla, se sentía más segura con saber que estaba allí. No había comido desde que abandonó Primavera Blanca, así que creó un poco de pan con la nieve y lo engulló. Tenía una bolsa con dinero nueva también, la cual había usado para comprar su pasaje hacia el Sur.

La carreta le pertenecía a un mercader de fruta que regresaba al Sur para reponer sus provisiones. Cuando Lynet vio que otros pagaban por viajar parte del camino en su carreta, hizo lo mismo. Había considerado brevemente intentar crear un caballo y una carreta propia, pero aún no estaba segura de cómo funcionarían sus poderes lejos de la nieve. Hasta donde sabía, todo lo que había creado podría derretirse en cuanto cruzara la Línea Gélida que separaba el Norte del Sur. Además, la idea de crear una criatura viva la intimidaba. No estaba muy familiarizada con los caballos: ¿y si olvidaba alguna parte crucial de su conformación?

Los demás viajeros no iban tan lejos como ella. Lynet oyó que una joven explicaba que había encontrado un trabajo como fregona en uno de los estados nortños. Solo había sido capaz de subir a la carreta que la llevara al pueblo nortño más cercano y luego tendría que caminar por la nieve el resto del trayecto. Lynet no sabía cómo había sido capaz de llegar tan lejos; los nudillos de la chica estaban rojos y lastimados por el viento gélido. La mujer de cabello gris junto a Lynet quitó una chalina tejida de sus hombros y se la

entregó a la joven, asegurándole que estaba regresando de una visita familiar y que podría tejer otra chalina cuando llegara a casa.

Lynet se hundió debajo de su capa. Le alegraba tener aquella prenda pesada para ocultar su vestido bordado y elegantemente confeccionado, pero sentía culpa de saber que realmente no lo necesitaba cuando vio a los demás temblando en la carreta debajo de sus prendas delgadas.

En Primavera Blanca, no mostrar signos de sentir frío era una cuestión de orgullo. Pero Lynet comprendía ahora que aquel era un juego en el que solo los ricos podían participar: soportaban el frío en público y luego regresaban al fuego cálido y a las pieles de sus aposentos privados. Refunfuñaba en silencio cada vez que una astilla de la madera rasgaba sus prendas o sus manos, o cada vez que la carreta movediza le causaba náuseas en el estómago, pero ahora solo pensaba en la gran bendición que era nunca sentir aquel frío gélido.

El comerciante se detuvo varias veces en el camino, ya fuera para alimentar a los caballos, para esperar mientras quitaban la nieve del sendero o para dormir durante la noche. En cada parada, Lynet aprovechaba la oportunidad para explorar las aldeas norteñas, siempre con la esperanza de que cada una fuera distinta a la anterior.

Lynet había sentido un estremecimiento de entusiasmo cuando había pisado por primera vez Cumbre Norte. Su padre nunca le había permitido ir al pueblo los días de mercado ya que insistía en que, si ella quería algo, él enviaría a alguien a comprarlo en su lugar. Sin embargo, Mina le había contado historias acerca de su hogar en el Sur y una parte de Lynet había imaginado que todos los pueblos eran iguales: llamativos y vivaces, llenos de colores y movimiento. Cumbre Norte no se parecía en nada a lo que esperaba. Lynet había pasado junto a individuos encorvados debido a la cantidad de capas de prendas desiguales que vestían para protegerse del frío y con el

rostro surcado por el cansancio.

Nadie la miraba. Nadie miraba nada. Era como... *como caminar entre fantasmas*, había pensado la primera vez mientras se estremecía. Por supuesto que no había comprendido cómo era la vida para los norteños que no podían comprar la calidez en Primavera Blanca: ella nunca sentía frío.

Mientras andaba sin rumbo por otra aldea lúgubre, Lynet tuvo la misma sensación que había tenido en Cumbre Norte, que estaba caminando entre fantasmas. Atravesó el mercado con la esperanza de encontrar un puesto de frutas, pero la mayoría de los frutos ya habían comenzado a echarse a perder. Y no había rastros de los lujos que enorgullecían tanto al Norte; ni gemas ni metalistería de las minas ni tallas elaboradas en madera: solo cosas de primera necesidad.

*Nada crece aquí*, había dicho Nadia. Con una puntada de vergüenza, supuso que toda la comida que permanecía fresca durante el viaje hacia el norte probablemente estaba destinada a Primavera Blanca.

Otra chica que también tendría su edad miraba la fruta podrida y arrugaba la nariz, decepcionada. Pero igualmente compró una sola manzana arenosa y siguió su camino mientras Lynet tomaba la dirección opuesta sabiendo que podía tomar un puñado de nieve y crear su propia fruta. Hizo una pausa y se preguntó si *debería* crear una manzana y perseguir a la chica para ofrecerle algo mejor de lo que podía encontrar en aquel lugar. Y a partir de ahí, sus ideas se expandieron: si podía crear una fruta, entonces ¿por qué no una carreta llena? ¿Por qué no alimentar a un pueblo entero si tenía la capacidad de hacerlo?

*Porque se supone que estás muerta*, recordó. No había oído noticias acerca de la muerte del rey o de la princesa durante su viaje hacia el Sur, pero estaba segura de que los soldados de Mina ya habían hallado el cuerpo. Tampoco podía darse el lujo de ser heroica: necesitaba ser alguien nuevo e invisible, al



menos hasta llegar al Sur.

Y quizás era egoísta de su parte, pero le *agradaba* ser invisible. No tenía nombre, ni rostro ni conexión alguna con Emilia. Simplemente existía por derecho propio, y por primera vez, el futuro era un gran misterio, un sendero libre de nieve.

Caminaba de regreso a la carreta al límite del pueblo cuando una mano apareció y sujetó su brazo. Lynet se asustó, pero solo era una anciana con mechones de cabello que escapaban debajo de su chalina andrajosa.

–¿Eres tú? –susurró la mujer mientras inspeccionaba el rostro de Lynet debajo de la capa–. ¿Eres la princesa?

Lynet se paralizó de miedo y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les estuviera prestando atención. El amarre de la mujer sobre su brazo era más fuerte de lo que hubiera esperado de alguien tan pequeño y frágil, aunque la anciana debía ser fuerte para haber sobrevivido tanto tiempo en el Norte.

–No, señora. Está equivocada –logró decir Lynet en un suspiro quebrado.

–Trabajé en Primavera Blanca, en la cocina –dijo la anciana–. No hubieras reparado en mí, pero conozco tu rostro... era el mismo de tu madre.

La mujer ahora hablaba más fuerte, y Lynet no sabía cómo detenerla o cómo hacer que soltara su brazo. ¿Podría sobornarla? Pero eso solo confirmaría las sospechas de la anciana y luego quizás le contaría a alguien, y la noticia de que habían visto a la princesa en una de las aldeas camino al Sur se expandiría a través del Norte.

Si Lynet quería escapar, tendría que convencer a la anciana de que no era una princesa delicada, una mariposa frágil. Lynet liberó su brazo del amarre de la anciana con fuerza, y la mujer por poco pierde el equilibrio debido al movimiento brusco. Abrió un poco su capa y colocó levemente la mano sobre el mango de la daga que llevaba en la cintura.

–Estás equivocada –repitió con más firmeza esa vez–. Ahora, déjame en paz.

La mujer miró el arma mientras retrocedía.

–Claro –dijo–. Por supuesto. Siento haberte molestado –y luego volteó y se apresuró a partir.

Lynet emitió un suspiro largo mientras continuaba su camino de regreso hacia la carreta. Sentía más vergüenza que alivio. No estaba acostumbrada a aquella clase de cautela; sentía que no era natural, como un vestido que no le quedaba del todo bien. Había una suerte de dolor en su pecho, una sensación de asombro. *¿Así se siente ser fuerte?*

Cuando regresó a la carreta, continuó pensando en la anciana, en la chica y su manzana podrida, en cuán fácil sería para Lynet bajar del carro y liberar las calles solo con decirle a la nieve lo que quería. Había visto a algunos trabajadores en el camino y estuvo tentada a ayudarlos, a simplemente pedirle a la nieve que se apartara y observar cómo la obedecía. Caminos limpios, comida fresca: veía las posibilidades para contrarrestar la maldición de Sybil; sin embargo, huía.

Pero ¿acaso no era lo que debía hacer para sobrevivir? ¿Acaso Mina no había guardado sus propios secretos en lugar de utilizarlos para obrar en beneficio de alguien que no fuera sí misma? Si Lynet quería igualar la ferocidad de su madrastra, ser más fuerte de lo que ella solía ser, entonces también debería aprender a guardar sus propios secretos.



La carreta quedaba un poco más vacía en cada parada hasta que Lynet fue la única pasajera junto al mercader, quien afortunadamente no le prestó atención alguna. Tuvo suerte de haber estado sola cuando cruzaron la Línea Gélida, porque en cuanto ocurrió, se sacudió visiblemente.

Incluso aunque no hubiera visto con sus ojos que la nieve había desaparecido, lo habría notado de inmediato. Simplemente, ya no podía *sentir*

la nieve. En primer lugar, nunca había creído que pudiera sentirla, pero ahora que se había ido, percibía su ausencia, como un zumbido bajo en el oído que de pronto fue silenciado.

Y luego apareció la calidez que se expandía lento a través de su cuerpo y que la hacía sentir pesada y apática. Cuando alzó un brazo, la extremidad pareció moverse más lento de lo habitual, como si el mismísimo aire estuviera intentando bajarlo. Miró su mano y recordó los experimentos que había llevado a cabo con Nadia, y se preguntó si su piel aún era fría al tacto. Tendría que ser cuidadosa y no permitir que nadie la rozara; su piel gélida no era demasiado extraña en medio de la nieve en el Norte, pero era probable que las personas creyeran que estaba enferma si se encontraba helada al tacto incluso bajo el sol.

*No encajo aquí*, pensó de pronto, y se preguntó si Mina había sentido lo mismo cuando cruzó por primera vez la Línea Gélida en dirección opuesta. Mina siempre tenía frío, sin importar cuántos años hubiera pasado en el Norte, y Lynet sabía, sin ser capaz de explicar el motivo, que ella nunca se acostumbraría al calor que sentía en ese instante bajo la piel.

Lynet miró a su alrededor y encontró un mundo entero que jamás había visto. Las colinas verdes se alzaban cerca del horizonte y sobre ellas el sol brillaba casi demasiado ahora que no estaba oculto detrás de unas nubes densas. Había visto árboles antes, por supuesto, pero solo sabía que venían en dos variedades: verdes o sin hojas. A medida que la carreta avanzaba por el camino, observó que el entorno cambiaba. Vio árboles con hojas rojas y doradas, árboles con flores rosadas, árboles llenos de frutas o bayas. Todo la maravillaba y pensó en los aposentos de Mina, en su intento de llevar esos colores a Primavera Blanca. Aquellos tonos parecían tenues en comparación con el paisaje frente a ella.

Atravesaron kilómetros de tierras de cultivo, hileras de trigo y otras

cosechas que Lynet ni siquiera reconocía, pero nunca necesitaron detener la marcha: los senderos eran tranquilos y carecían de obstáculos. Lynet cerró los ojos y pensó en los mapas del reino que había estudiado en sus clases, recordando la extensión angosta de tierra, protegida y aislada por las grandes cadenas montañosas que bordeaban las fronteras norte y oeste, y la amplia extensión de mar al sur y al este. Levemente a mitad de camino desde la frontera norte estaba la Línea Gélida. Mina había mencionado una vez que su viaje hacia el norte le había llevado alrededor de una semana, pero la aldea de Mina había estado más cerca de la frontera sur del rey. El destino de Lynet, la ciudad más grande del Sur, estaba más al norte, no demasiado al sur de la Línea Gélida; así que ya había dejado atrás la parte más difícil de su viaje.

Llegaron a la ciudad cuando el sol comenzaba a ponerse aquella noche, unos tres días después de que hubieran emprendido el viaje. Lynet contempló maravillada los tonos rosados y dorados que se extendían a través del cielo. Ahora comprendía que nunca antes había visto realmente un atardecer.

El mercader pasaría la noche allí antes de seguir su camino, así que la carreta avanzó más despacio a través de las calles sinuosas de la ciudad; se detenía constantemente porque las personas caminaban sin prestarles atención a los caballos. El aire era cálido y tentador debido al aroma de la carne asada, y cuando cruzaron un puente que pasaba sobre un río, los restos de la luz del sol se reflejaron sobre el agua con tanta intensidad que Lynet tuvo que apartar la mirada.

Mina le había dicho una vez que allí era donde Gregory iba cuando él visitaba el Sur, a la universidad que Mina había reinaugurado no mucho después de convertirse en reina. Pensar en la universidad la hizo pensar en Nadia, por supuesto, pero Lynet apartó el pensamiento a la fuerza, intentando no imaginar cuán diferente habría sido aquel viaje si Nadia hubiera huido con ella cuando se lo pidió. Quizás era arriesgado acudir al padre de Mina en

busca de ayuda cuando se suponía que la reina creía que estaba muerta, pero Lynet recordaba el modo en el que su madrastra se ponía tensa cada vez que hablaba acerca de Gregory, y recordaba el modo en que Gregory se había alegrado de verla la única vez que se había topado con él. No estaba segura de dónde yacía la lealtad del hombre, pero él era el único que podía responder sus preguntas, así que debía correr el riesgo.

Cuando la carreta se detuvo frente a una posada, el mercader ayudó a Lynet a bajar y ella le agradeció por haberla transportado hasta allí. Al principio, lo único que pudo hacer fue permanecer quieta mientras todos se movían a su alrededor, la ciudad entera giraba mientras ella luchaba por mantener el equilibrio. Cuando se recuperó, le preguntó al mercader dónde podía encontrar la universidad, y él simplemente señaló un punto adelante. Cuando Lynet miró, vio un gran domo que se alzaba sobre el resto de los edificios, no muy lejos de donde estaba. Le agradeció al hombre y comenzó a caminar hacia el domo.

Pero las calles allí no eran líneas sencillas que apuntaban en línea recta. Viraban y giraban, y llevaban a Lynet lejos del domo y luego hacia él de nuevo y después levemente a la izquierda. Todo el tiempo, ella se sofocaba debajo de la capa e intentaba no prestar atención a las miradas que le dedicaban las personas que pasaban vestidas con prendas livianas, aireadas y los brazos descubiertos. Lynet pensó que debía lucir como una nube tormentosa que pasaba por allí.

Y adonde fuera, no dejaba de oír el nombre de Mina.

“Deja de mover las manos”, le decía una madre a su hijo. “¿Qué pensaría la reina Mina si viera lo impaciente que eres?”.

“¡Por el bienestar de la reina Mina!”, exclamaron dos hombres que compartían una taza.

Mientras se acercaba a la universidad, oyó un tumulto de estudiantes ebrios

que reían y daban vítores.

“¡Por la reina!”, exclamó uno, y los demás respondieron: “¡Por la reina Mina! ¡Por la reina sureña!”.

*La reina sureña...* qué distintas sonaban ahora esas palabras en comparación con la manera desdeñosa en que las pronunciaban las Palomas.

*Aquí la adoran*, recordó Lynet, y cubrió mejor su rostro con la capucha. Había oído que Mina le contaba al rey acerca de las cartas de agradecimiento que había recibido, pero nunca había considerado realmente cuán importante debía ser su madrastra para el Sur. Para esas personas, Mina era su campeona, y Lynet se preguntaba qué hubieran opinado del plan de su padre que consistía en entregarle el Sur a su hija norteña.

El sol había bajado un poco más cuando Lynet atravesó el corazón de la ciudad por los caminos sinuosos y llegó a la universidad. Contempló, maravillada, el inmenso edificio principal. Había mosaicos de colores que decoraban los muros de la universidad y formaban diseños diversos que resplandecían bajo la luz del sol.

Lynet siguió a un grupo de alumnos a través de las puertas de la universidad e ingresó a un patio elegante que tenía rosas rosadas en flor que trepaban sobre los muros de arenisca. En el centro había una fuente baja y redonda cubierta en azulejos de colores. A Lynet le hubiera gustado mirar con más atención aquel jardín de verdad y la fuente que no estaba congelada, pero no se permitió distraerse. Atravesó un arco redondeado y se maravilló al ver el despliegue de colores y luces por donde mirara; el sol poniente proyectaba las sombras dramáticas de los arcos y las balaustradas sobre los azulejos del suelo. No había líneas rectas ni ninguno de los bordes abruptos de Primavera Blanca: todo, los azulejos del piso, los marcos de las ventanas y el techo sobre su cabeza, era redondo o curvo.

Una gran escalera de mármol dominaba el vestíbulo y Lynet comenzó a

ascender con la esperanza de hallar a alguien que pudiera guiarla hasta Gregory. Tuvo que detenerse cuando llegó a un vitral inmenso en la ventana del rellano. Los restos de luz solar ingresaban a través de la ventana y la hacía parecer un tapiz de colores; Lynet se preguntó si las ventanas de la capilla de Primavera Blanca alguna vez habían lucido así, los días antes de la maldición. Lynet miró sus manos; la luz pintaba su piel en distintos tonos anaranjados, rojos y dorados.

Después, alzó la vista hacia la ventana, la vio en su totalidad y quedó boquiabierto ante la imagen: una reina con cabello rojizo, piel dorada y el sol alzándose detrás de ella. El vitral era un tributo a Mina, en agradecimiento por haber reinaugurado la universidad.

Lynet solo pudo permanecer poco tiempo allí de pie; el calor comenzaba a ser prácticamente intolerable para ella, pero aún podía ver el diseño del vitral detrás de sus párpados cuando pestañeaba. Continuó pensando en Mina, quien había crecido bajo el sol pero que ahora debía conformarse con encender fuegos en un intento por recrear su calidez. En ese instante, sintió una vergüenza extraña al estar allí, como si fuera el territorio de Mina y ella estuviera invadiéndolo, así que colocó la capucha de nuevo sobre su rostro.

Al final de uno de los pasillos, Lynet encontró a una mujer mayor que ella que caminaba confiada y la detuvo para preguntarle si sabía dónde podía encontrar al mago Gregory.

La mujer entrecerró los ojos mientras recorría inapropiadamente con la mirada las prendas pesadas de Lynet.

—¿El padre de la reina? No lo encontrarás aquí ahora.

El tono rígido de la mujer hizo que Lynet se encorvara un poco.

—Pero... ¿no vive aquí? —preguntó.

—Suele venir a visitar la biblioteca —dijo la mujer—. Pero no, no vive en el terreno de la universidad.

–Si no es mucha molestia, ¿podría quizás decirme dónde vive?

La mujer hizo un gesto vago en el aire.

–Aquí cerca, por alguna parte. Por lo que he oído, mantiene en privado su hogar porque no quiere que lo molesten, pero si de veras estás tan desesperada por encontrarlo, puedes intentar ir con el boticario. Quizás él sabe más.

La mujer continuó su camino y dejó a Lynet desorientada en medio del pasillo. Deseaba no haber cedido tan fácil ni haberse intimidado ante la actitud amenazadora de la mujer, pero al menos tenía una idea de dónde buscar a continuación. Ahora, solo debía hallar la tienda del boticario.

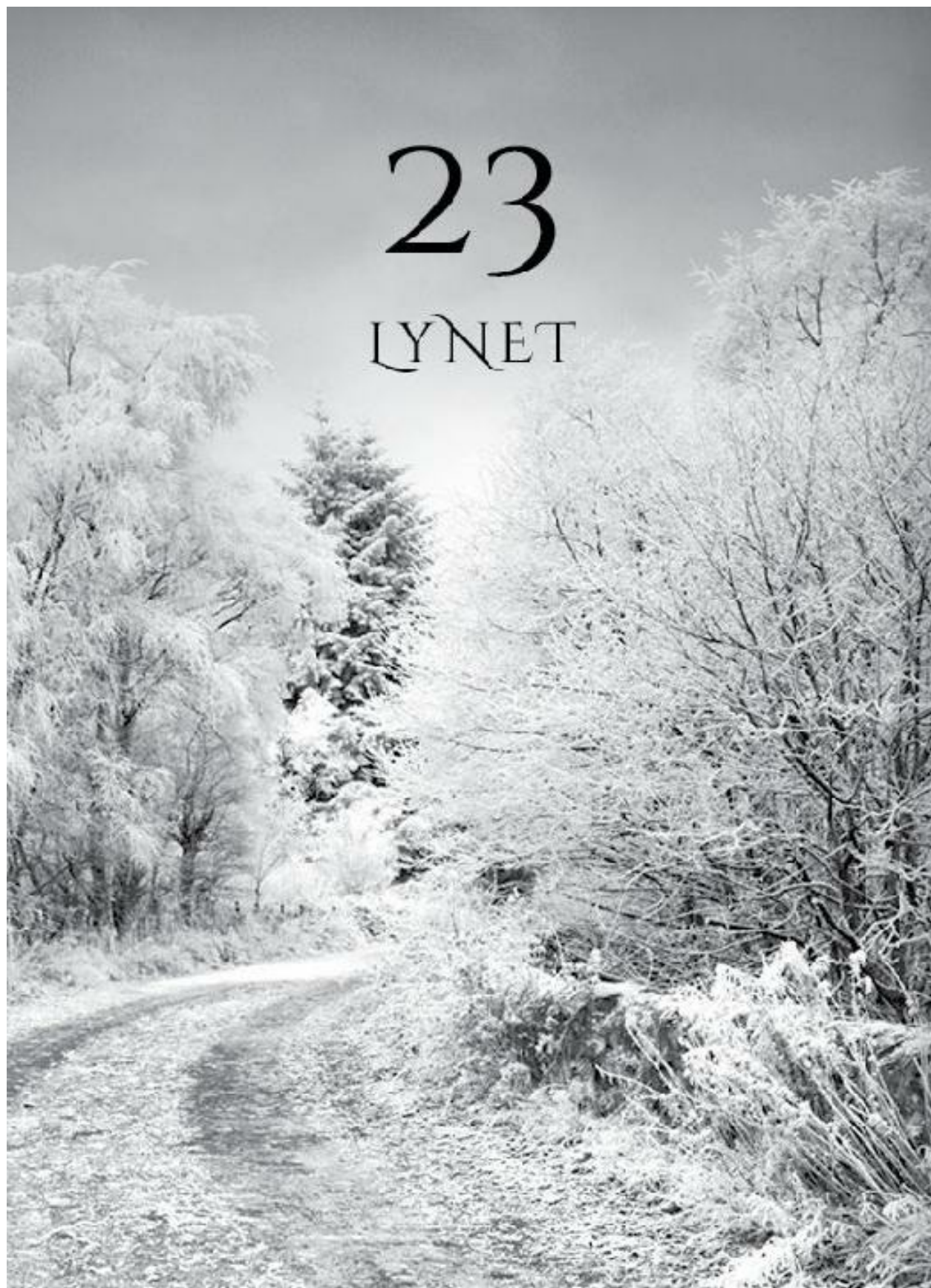
Pero no esa noche. Mientras bajaba las escaleras, agradecida de que el cielo oscuro ahora cubría la imagen de Mina en la ventana, decidió que regresaría sobre sus pasos, iría a la posada donde el mercader había parado y pasaría la noche allí. Y en la mañana... bueno, en la mañana, querría ver la ciudad bajo la luz diurna. La tienda del boticario podía esperar. Después de todo, antes de aquella noche en la capilla, incluso antes del accidente de su padre, había querido ir al Sur para ver quién podía ser cuando no era solo la hija de su madre. El descubrimiento de los poderes de Mina –y de los propios– la habían hecho olvidar el motivo original por el que quería ir al Sur, pero ahora que estaba allí, en una ciudad bulliciosa llena de extraños, supo lo que realmente quería olvidar: el sonido de la voz de Mina en la capilla, la imagen de su padre en su lecho de muerte... y su identidad.

Más que nada, quería olvidar su identidad.



23

LYNET



**E**l Sur era mucho más ruidoso de lo que Lynet había esperado. Se había sentido un poco nerviosa, pero bastante feroz, cuando cerró la puerta de su pequeña habitación en la posada y se recostó en la cama con la daga a su lado, cerca de su alcance. Se había dicho a sí misma que a pesar de su agotamiento, tendría que dormir con un ojo abierto, para ser consciente de cada paso del otro lado de su puerta. Una chica sola en una ciudad debía estar alerta.

Pero no debería haberse preocupado por dormir demasiado profundo. En casa, la nieve había amortiguado cada sonido y creado un mundo de susurros y movimientos silenciosos. Pero allí, aquella barrera no existía y la cortina estaba levantada, así que Lynet sin dudas oyó cada paso del otro lado de su puerta y sobre el suelo que estaba encima de su cabeza. Oyó ruidos de gritos y risas en las calles, fuera de su ventana. Oyó el traqueteo de las ruedas y los cascos de los caballos. Oyó cada sonido que la ciudad tenía para ofrecerle, y cuando se levantó temprano la mañana siguiente, y el sol ingresaba a través de su única ventana, a duras penas había podido dormir.

La pesadez que se había apoderado de ella cuando cruzó la Línea Gélida por primera vez nunca se había ido. Aún sentía levemente que estaba intentando avanzar en aguas agitadas; sus movimientos eran un poco más lentos de lo que esperaba. *No estás completa sin la nieve*, insistió una voz testaruda en su mente, pero ella la ignoró.

Lynet vació su bolsa en el suelo y contó las monedas de nieve que aún conservaba. Agradecía que no se hubieran derretido, y ahora se preguntó si podría disolverlas de nuevo y convertirlas en nieve para hacer más. Centrada, observó cómo las monedas se transformaron en nieve con el mismo asombro que antes. Después, antes de que la nieve pudiera derretirse, imaginó el doble de monedas que antes. Pero en cuanto la nieve se transformó, su cuerpo

pareció rebelarse contra ella: sintió un dolor en el pecho, como si algo estuviera apretándole el corazón, una fatiga repentina, como si algo estuviera drenando la energía de su cuerpo.

Cerró los ojos, respiró hondo y con esfuerzo hasta que el dolor desapareció, pero el letargo permaneció aferrado a ella como una niebla espesa y húmeda. No se había sentido así cuando utilizó su poder en el Norte, pero allí, había estado rodeada de nieve, tan consciente de su conexión con el elemento que había sentido que era parte de ella. Y ahora, le faltaba aquella conexión. No podía permitirse utilizar su poder de nuevo a menos que no tuviera otra opción; no si quería permanecer erguida.

Lynet guardó las monedas en la bolsa y miró con repugnancia la capa pesada. Llevarla puesta en la tarde ya había sido lo bastante desagradable, pero la idea de usarla sobre su vestido abrigado mientras el sol caía sobre ella a través de la ventana era insoportable. Incluso su cabello grueso parecía una carga, y lo alzó para despejar el cuello, preguntándose si debería simplemente cortarlo todo.

*¿Y por qué no debería hacerlo?* Su padre nunca le hubiera permitido cortar su cabello idéntico al de Emilia, pero su padre estaba... Él no estaba allí para detenerla. Antes de perder la valentía, tomó su daga y cortó su cabello en una línea desigual que terminaba en sus hombros. De inmediato, se sintió más fresca, y suspiró de alivio al recuperar un poco de energía. Pero más que eso, cuando vio el desastre que había hecho con los rizos de su madre, sintió que cierta quietud extraña se apoderaba de ella. O no, no era quietud –porque su corazón latía agitado y creyó que incluso podía sentir la sangre fluir en sus venas–, sino que era armonía. Cada parte de su ser por fin comenzaba a encajar; ya no iban en direcciones distintas para crear aquella sensación de inquietud bajo su piel.

Rio, sabiendo que nadie la escucharía... o que no importaba si alguien lo

hacía. Estar sola en una ciudad llena de personas a veces era un prospecto intimidante, pero en ese momento la hizo sentir audaz. Se aventuró a ir a la ciudad, a seguir el camino que llevaba al mercado. Compró un vestido nuevo, la seda roja se deslizaba entre sus dedos como líquido. Le habría encantado librarse de su vestido de lana que ahora estaba rasgado y sucio por sus viajes, pero decidió mantener la capa sobre las prendas al salir, a pesar del calor. En alguna parte de su mente, siempre tenía miedo de que alguien pudiera reconocerla. No había oído su propio nombre desde que había huido, y quería mantener en secreto su identidad... al menos hasta hallar a Gregory.

*Mañana*, prometió. Intentaría encontrarlo mañana. Primero necesitaba tiempo para analizar su entorno.

Durante el resto del día, solo hizo eso. Caminó sin rumbo a través del mercado, permitiendo que el movimiento de la multitud la paseara delante de canastos llenos de granadas, un puesto que cantaba con la música de las aves enjauladas y carros que cargaban alfombras enrolladas. Notó que había una tienda de un fabricante de muñecas y decidió regresar después con el cabello que había cortado para ver si podía venderlo. Bajó hacia el río que había cruzado la noche anterior y caminó hasta su orilla. Vio a un grupo de niños sumergidos hasta los tobillos en una parte poco profunda del río e hizo lo mismo, ignorando el eco de la voz de su padre que le decía que tuviera cuidado.

Al día siguiente, fue a la tienda de muñecas con una trenza larga de su cabello, y antes de partir de allí con su bolsa de monedas un poco más pesada, le preguntó al juguetero dónde podía encontrar la botica. Siguió sus indicaciones y recorrió la calle principal que serpenteaba a través de la ciudad en una gran espiral hasta que tomó una calle oscura que tenía unas pocas tiendas desparramadas. Supo cuál era la botica solo por el olor que la rodeaba, una mezcla embriagadora de lavanda y romero.

El olor era aún más intenso dentro de la tienda. Había ramilletes de hierbas secas colgados del techo, y detrás de un gran mostrador había estantes llenos de frascos y botellas. Había algunas personas más dentro de la tienda pequeña y Lynet esperó su turno hasta que pudo hablar con el boticario. Era un anciano, pero tenía un aire juvenil, un destello de diversión en la mirada mientras manipulaba sus productos con un cuidado afectuoso. Lynet se acercó a él con una sonrisa y le preguntó si sabía dónde podía hallar al mago Gregory.

De inmediato, el resplandor en la mirada del boticario desapareció mientras la observaba desde el otro lado del mostrador.

—¿Por qué querría una chica joven como tú hablar con el padre de la reina?

Pero a Lynet ya la habían ahuyentado antes; se había prometido que no permitiría que ocurriera de nuevo.

—Eso no importa —dijo, sin romper el contacto visual con el anciano—. Solo necesito saber dónde encontrarlo.

—No lo sé —respondió el boticario moviendo la cabeza de lado a lado.

—¿No lo sabe o no quiere decírmelo?

El anciano por poco sonrió.

—Viene aquí con bastante frecuencia, pero no sé a dónde va después de salir de mi tienda. Es reservado.

Lynet le agradeció por su tiempo y salió de la tienda, preguntándose qué debería hacer ahora. Antes de que hubiera avanzado unos pasos más, sintió que una mano comenzaba a rodear su brazo.

De inmediato, Lynet apartó la extremidad y extrajo su daga mientras volteaba para enfrentar a quien estuviera abordándola. El recuerdo del robo en el bosque aún estaba grabado en su mente, y estaba decidida a dar pelea esta vez.

Un joven con cabello oscuro y desordenado la miraba con las manos en alto

para demostrarle a Lynet que no quería hacerle daño. Ella reconoció que era uno de los otros clientes que estaba dentro de la botica, y bajó la daga.

–¿Qué quieres? –le preguntó.

–Escuché que preguntabas por el padre de la reina –dijo él con una sonrisa traviesa–. Yo sé dónde puedes encontrarlo.

–Entonces, dímelo –replicó Lynet y por un instante no reconoció su propia voz. Sonaba más profunda, más fuerte, sin rastro alguno de inseguridad, y se preguntó si era porque ya no había nadie que hablara por ella. No podía permitirse ser insegura en ese instante. Quizás, estaba cambiando despacio, como la nieve, transformándose en alguien más.

El joven la miró de arriba abajo y alzó las cejas como elogio a su aspecto.

–Creo que podríamos ir juntos.

Lynet lo miró con más atención y notó que, a pesar de su confianza y su altura, no podía tener más que trece o catorce años.

–Gracias por la oferta –dijo ella, suavizando la voz–, pero no estoy en busca de un guía. ¿De verdad sabes dónde vive?

El chico se encogió de hombros y relajó un poco la postura ahora que su intento de coqueteo había fracasado.

–A veces me pide que le haga entregas. Cuando las hago, siempre las dejo en los escalones de la iglesia abandonada, detrás de la universidad.

–Gracias –respondió Lynet–. Has sido de gran ayuda –extrajo unas monedas de su bolsa y se las entregó al chico, pero él movió la cabeza de lado a lado y retrocedió.

–No es necesario –replicó–. Ver tu bonito rostro fue paga suficiente.

Lynet ocultó una sonrisa mientras él pasaba a su lado y después continuó su búsqueda a solas, pero pronto comenzó a desear no haber rechazado tan fácilmente la ayuda del chico. Lynet rodeó los muros de la universidad, se dirigió al terreno trasero y, tal como el chico había prometido, encontró –al

final de un sendero corto y polvoriento— el patio de una antigua iglesia abandonada detrás de algunos robles. Pero cuando Lynet llegó a la puerta, descubrió que estaba cerrada.

Con las manos en la cadera, alzó la vista hacia la iglesia, pensando en un modo de obligarla a revelar sus secretos. La fachada de piedra estaba manchada de humedad y cubierta de musgo, y algunas de las ventanas más altas estaban rotas. El nido de un ave asomaba por el borde del techo de tejas desgastadas. Lynet había visto a algunas personas yendo y viniendo de una iglesia más nueva del otro lado de la universidad, que tenía un campanario alto, y supuso que Mina la había fundado al considerar el abandono de la iglesia antigua. Pero entonces, ¿por qué Gregory le pediría al chico que le hiciera entregas allí?

Lynet jaló fuerte de la puerta una vez más, pero ahora, el cielo estaba más oscuro y la iglesia comenzaba a tomar una apariencia siniestra en las sombras; las marcas de humedad hacían que pareciera que las piedras lloraban. Ella era la única persona en aquella extensión de camino oculto y de pronto, empezó a tomar consciencia de cuán sola estaba, no solo en el patio de la iglesia, sino en toda la ciudad. No había nadie allí para ayudarla, ninguna parte a la que ir excepto su cuarto en la posada. Su corazón se aceleró y sintió que estaba colgando de la ventana de la torre otra vez y que repentinamente era consciente de cuán lejos podía caer. Pero esa vez, no había nadie que la ayudara a regresar adentro.

*Desearía que Nadia estuviera aquí,* pensó. Había intentado no permitirse pensar en ella antes, pero ahora el anhelo de tener a su amiga cerca era corpóreo e implacable, y la obligaba a reconocer las sombras que moraban al límite de sus pensamientos, las dudas que intentaba ahogar con el bullicio de la ciudad. En alguna parte de su mente había un vacío oscuro que había comenzado a formarse la noche que abandonó Primavera Blanca, y le

preocupaba que si caminaba demasiado cerca de él, caería dentro y nunca escaparía.

Comenzó a regresar a la posada, en busca del consuelo de la luz y el movimiento de la ciudad, pero ni siquiera las luces citadinas parecían brillar tanto como la sonrisa de Nadia.



Tenía la cabeza apoyada sobre algo duro. Abrió los ojos y solo vio piedra sobre ella. *Estoy en la cripta.* En cuanto la idea apareció, supo que era verdad. *Debo estar muerta si estoy en la cripta.*

Se incorporó en el ataúd de piedra y, rodeándola por completo, estaban los espíritus de los muertos sentados en sus féretros. A la derecha de Lynet estaba su madre, con ojos tristes e incorpórea, como si estuviera hecha de humo. La reina muerta movió la mano con timidez para saludar a Lynet.

–No recuerdo cómo morí –dijo Lynet, pero las palabras salieron, en cambio, de la boca de Emilia–. No recuerdo quién era.

Lynet intentó hablar de nuevo:

–¿Dónde está Mina?

–Mina duerme. Olvidaste despertarla.

Lynet conocía esa voz. Volteó y vio a Nadia a su izquierda, sentada junto a ella en el féretro. Tenía el cabello suelto que caía sobre sus hombros. Fascinada, extendió la mano para tocarlo, pero Nadia negó con la cabeza y con una sonrisa triste.

–Los muertos no pueden tocar a los vivos. Me abandonaste.

–No era mi intención hacerlo –replicó Lynet. Su propio cabello crecía y se hacía más y más largo hasta que comenzó a apilarse alrededor de sus pies, como una maraña de serpientes. Miró las víboras. Siseaban–. ¿Cómo morí?

Lynet yacía recostada de nuevo, aunque no recordaba haber asumido esa posición, y Nadia estaba de rodillas, inclinada sobre ella; los mechones de cabello oscuro le hacían cosquillas en el cuello a Lynet.



–Se suponía que no debías morir –dijo Nadia. Se inclinó aún más cerca y sus labios rozaron la base de la garganta de Lynet–. Nunca me dijiste lo que querías –susurró contra la piel de la princesa.

Lynet parpadeó y cerró los ojos. En ese instante quería *tantas cosas*. Incluso su corazón latía expresando las palabras. Comenzó a decirlas en voz alta.

–Quiero...

–Es demasiado tarde –replicó Nadia bruscamente y alzó la cabeza. Frunció el rostro y Lynet no pudo discernir si estaba furiosa o triste–. ¿No lo ves? Todo murió contigo.

–Eso no tiene sentido –intentó decir Lynet, pero estaba muerta y los muertos no podían hablar. Trató de incorporarse, pero los muertos no podían moverse.

–Ahora, cortaré tus manos –susurró Nadia en el cabello marchito de Lynet–. Pero las conservaré en caso de que las quieras de nuevo.

Las aristas filosas de la sierra de Nadia presionaron su muñeca...

Lynet despertó. Tenía el cabello empapado en sudor y se aseguró inmediatamente de que sus manos aún estuvieran pegadas a sus muñecas. Recordó el sueño por partes –una mezcla de placer y miedo, pero sobre todo una sensación pesada de arrepentimiento– y lo apartó de la mente.

Más tarde, cuando estaba atravesando la plaza central de la ciudad, decidió que era culpa de esa iglesia. Aquel edificio antiguo ponía pensamientos espeluznantes en su mente, pero no podía permitir que eso la ahuyentara.

Pero ese día, había músicos tocando en la plaza, unos niños bailaban al ritmo de la música y el cielo era más azul de lo que jamás había visto. Antes de que siquiera supiera que había tomado una decisión, descubrió que estaba sentada al borde de la fuente construida en una pared observando a las personas pasar por la plaza.

Observó todo con libertad y a la vista, tranquila por el hecho de que ni una

sola persona allí sabía quién era. Y Lynet también estaba entusiasmada de no conocerlas, porque estaba muy acostumbrada a ver los mismos rostros en Primavera Blanca. Solo comprendió completamente cuán pequeño había sido su mundo cuando vio a dos mujeres jóvenes paseando tomadas de la mano, con los dedos entrelazados. Una de ellas se detuvo a comprarle una flor a un vendedor, y luego la colocó en el cabello de la otra chica con tanta ternura que Lynet estaba segura de que eran pareja. Intentó no mirarlas de un modo demasiado obvio, pero no podía evitar posar los ojos en ellas reiteradamente mientras avanzaban a paso lento por la plaza. Eso era algo que nunca había visto en Primavera Blanca. Su experiencia limitada solo le había dicho que los hombres y las mujeres se casaban y tenían hijos... nunca había sabido que existía otra opción.

*¿Y por qué te interesa tanto este conocimiento?*, susurró una voz en su cabeza. *¿Qué tenía que ver con ella?*

Las carcajadas ruidosas de los niños interrumpieron su maraña confusa de pensamientos, y ella permitió la distracción y se dispuso a observar cómo bailaban y jugaban.

Los pies de Lynet marcaban el ritmo de la música contra el suelo. Nunca había bailado así cuando era una niña, con los ojos cerrados y girando hasta estar mareada. Su padre siempre se preocupaba de que caería o quedaría agotada, así que la alzaba en brazos y le decía que podía bailar todo lo que quisiera cuando fuera un poco más grande. Pero los bailes recatados de la adultez nunca podrían compensar el desenfreno giratorio de la infancia que había perdido. Y por fin se permitió admitir que parte de ella se alegraba de que la iglesia hubiera estado cerrada el día anterior. Realmente quería ayudar a Mina, pero cuanto más rápido hallara a Gregory, más rápido tendría que perder su anonimato y regresar a su antigua piel. A la piel de su madre.

Una de las niñas había girado demasiado rápido y por poco chocó contra la

fuelle antes de que Lynet la atrapara.

–Ten cuidado –dijo, pero la risa de la niña ahogó su advertencia.

–Mi amigo cree que eres bonita –comentó la niña mientras quitaba su cabello castaño de la frente con la muñeca. Señaló a un niño de su edad, probablemente seis o siete años, que estaba mirando firmemente al suelo y tenía el rostro un poco sonrojado–. Deberías bailar con él.

–Oh, no puedo... –comenzó a decir Lynet, pero entonces se preguntó: ¿por qué no? ¿En qué otro momento volvería a tener a su edad la excusa para bailar como una niña de nuevo?–. De hecho, tienes razón. Lo haré –continuó Lynet y permitió que la niña la llevara de la mano hacia los otros.

Ahora el niño estaba aún más sonrojado, así que Lynet tomó sus manos y le preguntó:

–¿Me ensañarías cómo bailar? Nunca me permitieron hacerlo cuando era niña.

El niño asintió y pronto, ambos comenzaron a girar juntos en círculos con las manos entrelazadas. Los demás infantes querían su turno y Lynet bailó con todos, uno por uno. En poco tiempo, quedó sin aliento y el calor del sol la aplastaba, pero durante un rato, al menos, olvidó que alguna vez había sido otra persona.

Y entonces, en medio de un giro, recibió un recordatorio vívido. Caminando por la plaza en ese mismo instante estaba Nadia.

La trenza oscura y larga cayendo por su espalda, las líneas angulosas de su rostro... Lynet por poco tropezó en medio del baile; estaba muy segura de que la había visto. Pero entonces, miró con más atención y no reconoció a nadie en la multitud. ¿Acaso su mente la engañaba mostrándole lo que quería ver? El sueño de la noche anterior...

Pero si *efectivamente* había visto a Nadia, entonces ¿qué hacía ella allí? El único motivo que Lynet podía imaginar para justificar que ella se apartara del

lecho del convaleciente era... que el rey ya no necesitara un cirujano, de un modo u otro. De pronto, todos sus miedos anteriores la aboraron, retorciéndose a su alrededor como espirales invisibles.

Lynet dejó a los niños y comenzó a seguir a la aparición en dirección al mercado, en busca de una cabeza oscura entre un mar de colores; pero Nadia –si es que realmente había estado allí– ya había desaparecido.

Continuó caminando por el mercado, pasando la mirada de rostro en rostro, cuando, de pronto, sonó una gran campana. Al principio, Lynet se asustó, pero luego recordó el campanario que era parte de la iglesia más nueva. Las personas comenzaron a dirigirse en esa dirección y Lynet se les unió por curiosidad. Cuando llegó al patio de la iglesia, oyó el sonido de un festejo y vio a los mismos niños bailando afuera de las puertas.

Lynet se acercó al niño con el que había bailado antes y se puso de rodillas para hablar con él.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó Lynet–. ¿Por qué todos festejan? ¿Por qué sonó la campana?

–Hubo un mensaje de Primavera Blanca –dijo él con una gran sonrisa–. El rey y la princesa han muerto, pero la reina Mina continúa en el trono.

–¡Por la reina sureña! –exclamó una voz adulta.

–¡Por la reina sureña! –respondió la multitud.

En ese momento, el niño se marchó corriendo y dejó a Lynet de rodillas e inmóvil.



La noticia que se propagó rápidamente por la ciudad era que el rey había recibido una herida grave en un accidente de caza y que la princesa, debido a la tristeza que la sobrecogió ante la muerte inminente de su padre, se había lanzado desde lo alto de una torre. Cuando el rey oyó que su hija había fallecido, murió de inmediato.

Había tres partes en la historia: Lynet sabía que una era cierta y que otra era

una mentira, pero la tercera... Era imposible saber acerca de la tercera.

*Es culpa mía*, pensó Lynet mientras caminaba sin rumbo a través de la ciudad. Apenas era consciente de que estaba moviéndose. *Él murió por mi culpa... por todas las cosas que le dije, porque hui*. De pronto, sintió un dejo de culpa nauseabunda por haber cortado su cabello.

Lynet se ocultó en un callejón y se inclinó sobre sí misma mientras tenía arcadas, aunque no había comido nada ese día. Cuando su estómago se tranquilizó, se apiñó contra la pared, con la frente apoyada sobre las rodillas mientras todo su cuerpo temblaba por las lágrimas. Era tonto llorar ahora, pensó. Ya sabía que él moriría... por eso había querido irse en primer lugar. Pero ahora se preguntaba... Si no hubiera decidido huir, si no hubiera ido a la capilla en busca de Mina, si se hubiera sentado junto a la cama de su padre como una buena hija, entonces, ¿habría sobrevivido el rey? ¿Debería haber tenido más fe en que él sobreviviría la noche? Y si hubiera vivido, ¿Mina y ella igualmente se habrían convertido en enemigas?

*Mina*. Los rumores decían que conservó el trono para evitar una guerra por la sucesión. Ahora Lynet nunca podría regresar, no a menos que quisiera enfrentarse a Mina por la corona. No es que quisiera volver... Quería *olvidar*.

Pero cuando enderezó la espalda sobre sus piernas temblorosas y salió del callejón, se preguntó si aquello era siquiera posible. Ya no tenía sentido fingir que era otra persona, no cuando la muerte de su padre le había recordado abruptamente quién era. Tal vez era la única persona en esa ciudad que había llorado por el rey, y aquella pena la definía con mayor claridad que su cabello corto o su vestido nuevo. No podía olvidar que el rey era su padre o que lo había amado.

Incluso en ese momento, mientras continuaba caminando por la ciudad, veía rastros de Mina en todas partes, más recordatorios de la vida que había intentado dejar atrás. La reina había reconstruido el puente que Lynet había

cruzado en carreta aquella primera noche. Pasó junto a un grupo de trabajadores que cavaban un nuevo sendero por órdenes de la reina, para que la calle principal hacia el Norte estuviera menos atestada. Y siempre en la distancia, sobre las colinas, Lynet veía el resplandor dorado que solo podía pertenecerle al Castillo de Verano. Mina se había mudado a Primavera Blanca hacía mucho tiempo; sin embargo, Lynet aún continuaba hallando todas aquellas partes de su madrastra que Mina había dejado atrás. *¿Qué dejé yo atrás?*, se preguntó. *¿Qué partes de ella estaban todavía en Primavera Blanca?*

La risa de un niño interrumpió su reflexión, y al alzar la vista divisó a una niña de cinco o seis años sentada en el regazo de su madre al borde de la fuente en la plaza. La madre trenzaba el grueso cabello castaño de la niña y Lynet sintió una repentina puntada de dolor en el pecho, mientras su mano buscaba los rizos que ya no estaban debajo de sus hombros. *Esas deberíamos haber sido nosotras, pensó. Mina debería estar aquí conmigo.*

Si se hubieran conocido de algún otro modo, si el padre de Lynet no hubiera sido un rey, o si Mina y Lynet hubieran estado hechas solo de carne, sin cristal o nieve en sus corazones, ¿estarían juntas ahora?

Dejó atrás la fuente con una nueva resolución. Ya había retrasado aquel momento lo suficiente, ocultándose e intentando olvidar los lazos que aún jalaban de su corazón. La había aliviado sentirse sola y libre antes, pero ahora sentía que estaba por caer en aquel vacío negro que continuaba amenazándola con devorarla por completo.

Sin embargo, había una única manera de salir del vacío: Mina. Ella era la única familia que le quedaba ahora, y Lynet no podía renunciar a su madrastra hasta que supiera que no había modo de curarla.

No más distracciones. No más perseguir fantasmas o arrastrar los pies. Esa noche, bajo la protección de la oscuridad, entraría en aquella iglesia. Esa

noche, se convertiría de nuevo en Lynet.



24

MINA



**L**os funerales terminaron. Habían llevado los cuerpos del rey Nicholas y de la princesa Lynet a la cripta real, junto a la reina Emilia, para descansar en paz; por fin los tres estaban juntos de nuevo. Mina había inclinado la cabeza con el resto de la corte mientras todos le rezaban a la reina Sybil en el Jardín de las Sombras y llevaban los ataúdes a la cripta.

No le importaba si las personas de Primavera Blanca creían que ella era fría o insensible. Sabía que si se derrumbaba ahora delante de ellos, nunca serían capaces de creer que podía gobernar como reina y nunca confiarían en que sería estoica al enfrentar la adversidad. Y también sabía que si se entregaba a la culpa y a la tristeza, si permitía que contorsionaran su rostro y lo hicieran tan desagradable como su corazón, la imagen duraría para siempre, mucho más tiempo que su belleza.

Así que, aunque fue solemne, siempre mantuvo la compostura, e intentó distraerse para no mirar el ataúd de Lynet –tan pequeño y cerrado para una niña que amaba estar bajo el cielo abierto–, diseñando en su mente el Castillo de Verano. Había perdido a su esposo y a su hijastra, pero aún tenía planes para el Sur.

Su primer acto como reina fue reanudar la construcción del Castillo de Verano. Ahora sabía por qué Nicholas quería que renunciara al proyecto (incluso en ese entonces, debía haber estado planeando darle el Sur a Lynet) así que también sabía ahora que sus muertes eran el único motivo por el cual ella podía continuar con la construcción. Pero aquellos pensamientos la perturbaban cuando pensaba demasiado en ellos así que cada vez que aparecían, se ocupaba aún más de finalizar el castillo. Cuando no asistía a las reuniones del consejo, evaluaba planes de construcción que le llevaban para inspeccionar y supervisaba cada paso.

Mina había querido creer que la actitud de la corte hacia ella cambiaría. Después de todo, ahora la habían elegido; la habían *elegido* a ella como reina en vez de tener que aceptarla solo porque el rey se había casado con ella. Y Mina también estaba lista para hacer un esfuerzo. Se contenía en las reuniones del consejo y permitía que Xenia las liderara, sabiendo que si era demasiado agresiva desde el principio, todos la resentirían por ello. Así que con el transcurso de los días, Mina se convirtió solo en una representante atractiva. Aún tenía control completo del Sur, pero el consejo decidía cómo gobernar Primavera Blanca o cómo solucionar reclamos entre sus residentes, y Mina no decía nada. La única vez que intentó oponerse en un asunto menor, Xenia le recordó gentilmente que el consejo la había puesto a Mina en el trono.

Solo se le ocurría un modo para ganarse al Norte y tenerlo de su lado, un acto que diferenciaría su reinado de todos los otros. Si podía romper la maldición de Sybil, entonces sin dudas la amarían por ello.

–Quiero quitar la estatua de Sybil –anunció al día siguiente ante su consejo. Le había sugerido a Nicholas un vez que la respuesta para terminar con la maldición quizás estaba relacionada con aquella estatua sobre el lago, e incluso ahora creía que era cierto en parte. Después de todo, nadie sabía cuándo habían construido la estatua: aparentemente había aparecido sola en algún momento después de la muerte de Sybil.

En cuanto pronunció las palabras, el consejo entero comenzó a cacarear.

–Eso sería lo mismo que destrozarse Primavera Blanca –dijo Xenia, mirándola con una mezcla de furia e incredulidad.

Mina esperó con los brazos cruzados sobre la mesa hasta que todos se hubieran calmado y luego continuó:

–Sé que no siempre comprendo sus tradiciones norteañas, pero en este caso, eso podría ser una bendición. A lo largo de los años que he vivido en

Primavera Blanca, me he preguntado si la maldición de Sybil estaba de algún modo conectada a su estatua. Si la quitamos y reducimos el poder que ejerce sobre Primavera Blanca quizás la maldición también pierda fuerza –miró a Xenia con una sonrisa inocente, del tipo que solía usar con Nicholas–. Pero por supuesto, necesitaría la aprobación de mi consejera principal en este asunto –*y el resto del consejo también*, pensó. Solo tenía que convencer a Xenia, y los demás la seguirían sin protestar–. Sería un triunfo para este consejo si encontramos la manera de terminar la maldición.

Xenia reflexionó en silencio mientras miraba por la ventana en dirección a la estatua. Mina estaba segura de que aceptaría la propuesta: si derrumbar la estatua *efectivamente* terminaba con la maldición, entonces Xenia compartiría la gloria, y si el intento fallaba, simplemente podría culpar a Mina del fracaso.

–Creo que la idea tiene mérito –respondió Xenia con calma–. Aquella estatua es un recordatorio de la tristeza de Sybil, al igual que la maldición. Quizás, una no exista sin la otra.

Una por una, el resto de las Palomas concordó, y Mina les agradeció la cooperación. La estatua caería y luego, al menos, una sombra lúgubre abandonaría Primavera Blanca.

Mina les ordenó a sus guardias que quitaran la estatua pocos días después. Observó desde la ventana mientras ellos rompían la base de la estatua en el jardín y amarraban con cuerdas el cuello de la reina Sybil. Había corrido el rumor de que el derrumbe de la estatua quizás rompería la maldición así que un grupo de personas se reunió en el jardín, esperando incluso en ese instante, ver los primeros indicios de la primavera.

Cuando las últimas partes de la estatua cayeron dentro del lago, nada cambió, salvo que ahora había un cuadrado de tierra vacío que pronto estaría cubierto de nieve. *O quizás no*, pensó Mina. Tal vez el cambio sería gradual y

la nieve se derretiría de a poco.

Pero una nevada intensa cayó la semana siguiente, y pronto, Mina tuvo que admitir que había fracasado. Cuando intentó hablar de nuevo con el consejo, Xenia le dijo con frialdad que no necesitaban la perspectiva de una sureña en asuntos norteños. El rostro de Mina ardió de vergüenza, y no habló durante el resto de la sesión; volvió a centrarse en los pensamientos relacionados al Castillo de Verano.

*Que las Palomas se queden con Primavera Blanca*, pensó. Ella obtendría algo mejor al final.



Más tarde esa noche, visitó el salón del trono. No podía recordar haber tomado la decisión de ir allí, pero ahí estaba, como una sonámbula que recién despertaba, sorprendida al ver los mosaicos de vidrio en los muros. Félix la había seguido como su guardia personal, pero no había dicho nada mientras la acompañaba y llevaba un candelabro encendido para iluminar la amplia habitación oscura.

Había llegado a aquel momento del mismo modo, un paso a la vez, sin saber a dónde iba, a dónde la llevaría el camino, hasta que de pronto apareció allí, temblando y sola, con su esposo e hijastra muertos, gobernando una corte de personas que apenas la soportaban. Recordó su primera noche en el banquete; era una niña soñando con ser reina porque si lo lograba, después la amarían. Había pensado que si tan solo pudiera casarse con el rey, si tan solo pudiera permanecer como reina, si tan solo pudiera sentarse en aquel trono, entonces tendría todo lo que quería... ¿Y qué vendría después? ¿Qué mentira se diría a sí misma para obligarse a creer que todavía estaba solo a un paso del amor que ansiaba?

Pero no. Si se rendía ante el arrepentimiento ahora, entonces Lynet había llegado a odiarla, había *muerto*, por absolutamente nada. Aún tenía el Sur, ¿cierto? Las personas allí estaban felices de que fuera su reina.

Y entonces, mientras contemplaba los dos tronos en el fondo de la habitación, se le ocurrió una idea: en cuanto el Castillo de Verano estuviera terminado lo suficiente para ser habitable, podría mudar la corte allí y estar entre personas que la amaban y que protegerían su derecho al trono. Ya había considerado antes la idea de mudar la corte al Sur, pero no en serio, ya que sabía que Nicholas nunca hubiera accedido. Pero ahora que él se había ido...

Quizás por esa razón había ido allí esa noche: para recordar por qué aún estaba luchando.

Bajo la luz titilante de las velas, los mosaicos de vidrio de las cuatro estaciones resplandecían.

–Aléjate de los muros –le dijo a Félix. Luego, Mina extendió las manos, sintiendo cada trozo de vidrio como si estuvieran incrustados en su piel, se concentró y *jaló*.

Todos los mosaicos de vidrio cayeron al suelo mientras resplandecían bajo la luz. Mina enfocó su atención de nuevo y, al haber vidrio suficiente a su alrededor, solo sintió una puntada muy leve en el pecho mientras cada fragmento se transformaba en un hombre o una mujer vestidos con prendas elegantes correspondientes a la nobleza. *Una corte de cristal*, pensó.

Todos los miembros de la nueva corte se pusieron de rodillas ante Mina con la cabeza inclinada. En el centro de la sala del trono, rodeada y protegida por sus propias creaciones, Mina experimentó algo cercano a la seguridad y el amor, y extendió la mano hacia Félix, porque él era el más parecido a un ser humano de todos los demás. Él también tomó la mano de Mina y apoyó el cuerpo en una rodilla mientras sujetaba su mano contra la frente.

*Debería haber hecho esto antes*, pensó, pero había tenido demasiado miedo de utilizar su poder con tanta libertad, demasiado miedo de que alguien descubriera el secreto de su corazón.

Pero ya no importaba. Mina ni siquiera tenía que esperar a que el Castillo

de Verano estuviera terminado. Ahora podía reemplazar a todos sus enemigos por amigos. Incluso podía crear una familia para sí misma si así lo deseaba, un padre amoroso y una madre leal, un esposo fiel y un bebé...

Mina dio un grito ahogado. Si quería, podía tomar uno de los fragmentos de vidrio y transformarlo en una copia exacta de Lynet, absolutamente precisa, salvo que estaría viva, en su mayoría, y que nunca odiaría a Mina. Podría tener una versión de Lynet previa al día del accidente, antes de que Mina hubiera destruido todo entre ellas, una niña que nunca crecería...

*Una muñeca, pensó Mina. Todo lo que Lynet no quería ser.*

Sería un gran insulto a la memoria de Lynet hacerlo, convertirla en la esencia de lo que siempre había temido: una cáscara, un cuerpo sin vida ni voluntad propia, la réplica de un muerto.

¿Cuántas veces Lynet había acudido a ella con aquel miedo, a veces sin expresarlo, pero siempre oculto detrás de cada palabra y de cada pregunta inocente que hacía? ¿Y cuántas veces Mina la había instado a dejar atrás el recuerdo de su madre? En ese momento, ella creía que estaba dándole el consejo adecuado al alentarla a elegir su propia identidad, pero ahora que Lynet había muerto, Mina podía ser más honesta consigo misma. Fue fácil guiar a Lynet por el camino que la alejaba de su madre cuando esa misma ruta también la alejaba del trono y de la corona de Mina.

Y ahora que miraba a sus nuevos súbditos leales, su trono al final de la habitación, Mina se estremeció de asco: sentía repugnancia hacia ella misma, hacia la vida que le había robado a Lynet porque había tenido miedo de que si ya no era reina, no sería nada.

En cuanto permitió que la idea tomara forma en su mente, la corte de cristal se paralizó y se hizo añicos; el vidrio cubrió todo el suelo de mármol a su alrededor. Por un instante, pensó que ella se había roto con ellos, pero solo su determinación se había destruido. Quizás hubiera sido más fácil vivir en la

fantasía que había creado, un mundo de cristal que reflejaba solo las partes de sí misma que podía admirar.

Pero cada fragmento de vidrio era otra mentira para distraerse del recuerdo de Lynet, así que volvió a colocar todos los mosaicos en las paredes y reconstituyó la imagen de las cuatro estaciones que el Norte había perdido hacía mucho tiempo.

Regresó a sus aposentos, deseando estar sola, y contempló su reflejo en el espejo. Los cabellos grises alrededor de su sien habían vuelto a crecer y ella los arrancó instintivamente, sin inmutarse ante el dolor, porque ya había realizado aquel ritual muchísimas veces.

Una marca de expresión en su frente. Bolsas oscuras bajo sus ojos. Las grietas en su superficie comenzaban a verse. *Si te aman por algo, será por tu belleza*, dijo en silencio moviendo los labios y observando cómo formaba las palabras. Tocó el espejo con los dedos, la superficie fría comenzó a tomar calidez bajo su tacto.

Mina observó sus manos. Cada vez eran más delgadas y sus dedos más huesudos, y podía delinear con un dedo las venas prominentes que viajaban hacia sus muñecas. Se movió de nuevo como una sonámbula: se acercó a la mesita de noche junto a su cama, tomó el brazalete plateado que aún estaba allí y lo colocó en su muñeca como un recordatorio, un castigo. Desde que había colocado el brazalete junto a la cama, había desarrollado un miedo mórbido ante el objeto, y se estremecía cada vez que lo veía por el rabillo del ojo. Pero de todos modos, lo había dejado allí, testarudamente, porque se negaba a sentirse culpable o asustada.

Ahora tampoco estaba asustada. Sentía una calma extraña, un alivio inexplicable al decir por fin las palabras para sí misma una y otra vez: *tú la ahuyentaste. Tú la mataste. Tú robaste su trono. Robaste su vida. Es tu culpa que esté muerta*. Cuanto más desagradables eran sus pensamientos, más

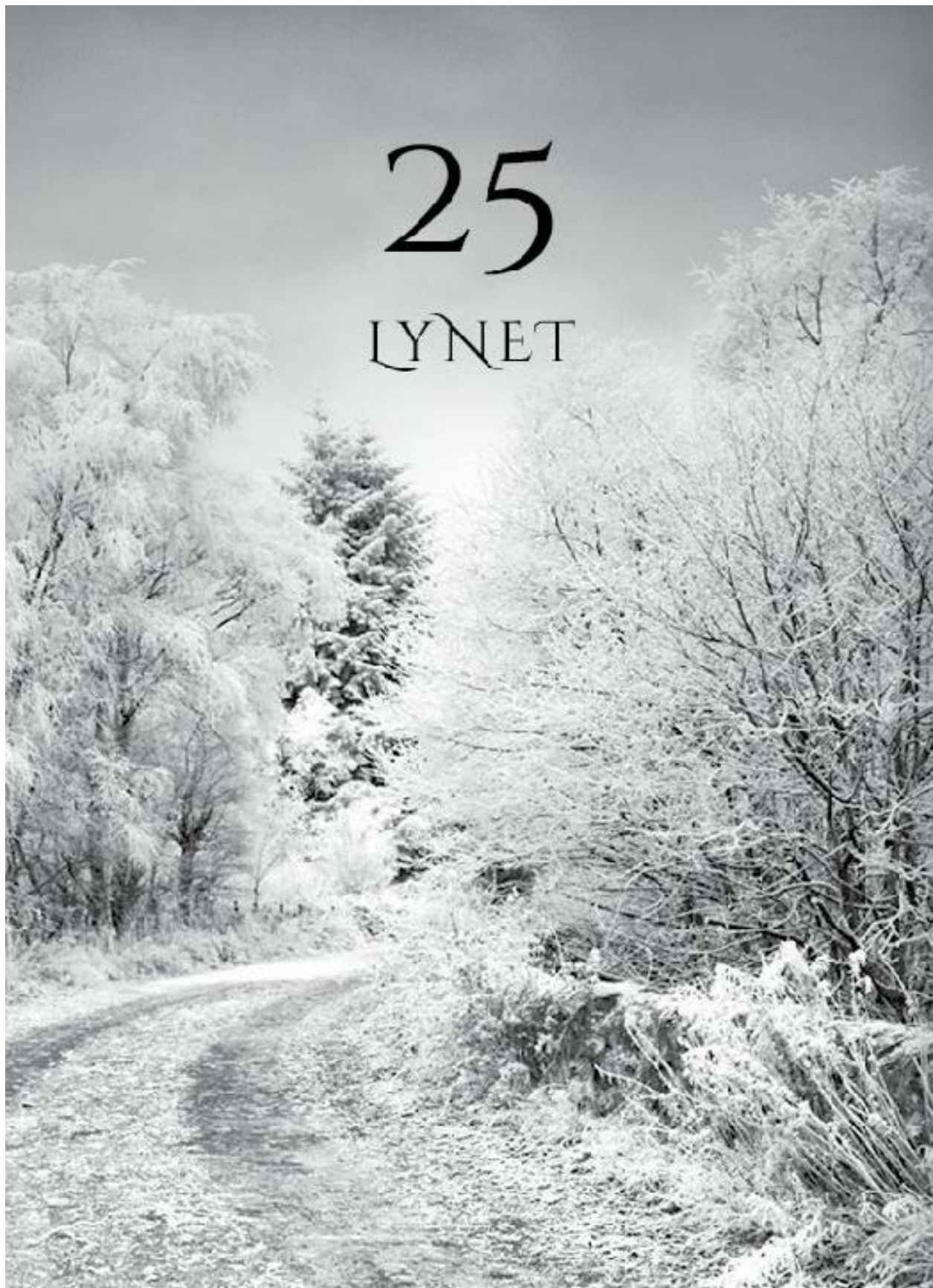
alivio sentía, hasta que finalmente cayó de rodillas mientras expresaba todas las verdades que más temía.

Félix la encontró en esa posición en la mañana, inclinada y con la muñeca aferrada al pecho, aún susurrando las palabras en un tono demasiado bajo que solo ella oía.



25

LYNET



**L**a subida corta que llevaba a las ventanas del segundo piso de la iglesia debería haber sido fácil para Lynet, pero aún estaba acostumbrándose a la desorientación que se había apoderado de ella desde que había dejado el Norte. Sus brazos se cansaban rápido y tuvo que aferrarse al borde del edificio varias veces hasta que su cabeza dejaba de dar vueltas.

Pero logró llegar a una de las ventanas rotas y entró, con cuidado de no cortarse con el vidrio. La habitación a la que llegó era oscura y había sábanas polvorientas que cubrían los muebles. Espió debajo de una de las sábanas y encontró un altar de piedra sin terminar, muy parecido a los que había en la capilla de Primavera Blanca.

Salió del cuarto y vio que estaba al borde de un rellano largo y angosto iluminado por un haz de luz de luna que ingresaba a través de la ventana del techo abuhardillado. A su lado, había una escalera sinuosa que llevaba hacia abajo, y del otro lado del rellano había más habitaciones oscuras. Lynet intentó ser lo menos ruidosa posible mientras atravesaba el rellano, pero la madera crujía bajo sus pies.

Estaba a punto de tomar la manija de la primera puerta cuando sintió algo filoso que ejercía presión en la parte baja de su espalda. Lynet se paralizó; retorció la mano para intentar tomar la daga que estaba en su cintura.

–Estás en propiedad privada –dijo el dueño del cuchillo y Lynet dejó caer las manos a los laterales del cuerpo, aliviada. Era la voz de Gregory.

–Permíteme voltear y verás por qué vine –replicó ella.

Pero ni siquiera llegó a moverse antes de oír que Gregory daba un grito ahogado.

–Voltea –indicó, y el filo en su espalda desapareció.

Lynet volteó hacia él, preguntándose si podía reconocerla con tan poca luz.

Ella solo lograba ver el borde de su silueta y la forma del cuchillo en su mano.

–¿Lynet? –preguntó, y dio un paso hacia la luz de luna para ver mejor el rostro de la chica. Los ojos de Gregory resplandecieron bajo sus cejas blancas mientras miraba a la chica que supuestamente había muerto. Él era más delgado de lo que ella recordaba, y su cabello estaba más gris que antes. Lynet pensó que si Mina era una llama, entonces Gregory se parecía al humo serpenteante que aparecía después de extinguir el fuego.

–Una vez me dijiste que si alguna vez necesitaba ayuda, podía acudir a ti – dijo Lynet.

Él asintió.

–Lo recuerdo. Y lo decía en serio. Pero ¿cómo...? –comenzó a extender la mano para tocar su rostro; sus dedos eran delgados y esqueléticos. Lynet por poco retrocede, pero se contuvo. Él negó con la cabeza y sujetó la muñeca de la chica; su amarre era sorprendentemente firme, y sus dedos largos rodearon por completo la muñeca de Lynet–. Hay más luz abajo –dijo–. Pero cuéntame cómo llegaste aquí.

La guio por el rellano hacia la escalera sinuosa, sin soltar ni una vez su muñeca. Lynet quería apartar la mano, pero él parecía tan frágil que temía lastimarlo sin querer al hacerlo. Avanzaron al paso lento de Gregory y ella le contó fragmentos selectivos de la historia mientras bajaban, omitiendo ciertos detalles: no todos los secretos de Mina eran suyos para divulgar. Cuando mencionó haber fingido su muerte usando la nieve, él se detuvo de pronto, y Lynet por poco tropezó con el escalón.

Gregory la miraba con los ojos abiertos de par en par.

–Eres incluso más milagrosa de lo que creía –comentó, con voz reverencial–. Quise que supieras la verdad durante tanto tiempo, pero tu padre y Mina no lo permitieron. Siempre esperé que algún día lo descubrieras

sola y que entonces vinieras a mí por voluntad propia... –sonrió; era piel extendida sobre huesos–. Y ahora lo has hecho.

–¿Hay otros como... como yo? ¿Hechos con sangre?

La sonrisa de Gregory se tornó amarga, y continuó descendiendo por la escalera.

–No, no hay otros como tú –respondió. Hizo una pausa, su voz sonó cansada cuando habló de nuevo–: ¿Has visto alguna vez a Mina ejerciendo el mismo poder que tú posees? ¿Pero sobre el vidrio?

Lynet tragó con dificultad. Si Mina había mantenido su poder oculto de Gregory durante tantos años, entonces ¿qué derecho tenía Lynet de contárselo ahora? La idea de que Gregory supiera aquel secreto acerca de su madrastra cuando Mina ni siquiera se lo había contado a Lynet, le dejó un sabor amargo en la boca.

–No –dijo ella, en voz fuerte y clara–. No lo creo.

–Es la sangre –asintió Gregory–. Es algo que solos nosotros compartimos –llegaron al final de la escalera, pero Gregory aún sujetaba su mano, apretándola con la suya, y la miraba a los ojos con una intensidad casi febril–. En cierto modo, Lynet –prosiguió–, *tú* eres mi verdadera hija.

Ella tragó con la boca seca, y se preguntó cómo se habría sentido Mina si lo hubiera oído hacer esa declaración. Permaneció en silencio mientras él la llevaba al piso principal de la iglesia.

Bajo la luz tenue de las velas, Lynet vio que los restos de la iglesia conformaban un salón improvisado. La hilera de altares que normalmente habría estado al frente de la sala, estaba toda junta en el centro formando una mesa, y las bancas serruchadas a la mitad funcionaban como sillas. En los muros, había estantes de libros que cubrían las ventanas. Había más pilas de libros sobre la mesa y en todas las sillas, menos en una.

–¿Vives aquí? –preguntó Lynet, omitiendo el *por qué* mientras se adentraba

más en el salón.

Gregory quitó los libros de las sillas y los colocó en el suelo.

–Lo único que quiero es un lugar tranquilo para hacer mi trabajo sin interrupciones, sin personas pidiéndome ayuda constantemente. O quieren que les conceda un favor como mago, o quieren que le pida algo a Mina como el padre de la reina –movió la cabeza de lado a lado en desaprobación–. Elijo vivir cerca de la universidad para poder mantenerme a la vanguardia del progreso y el aprendizaje –dijo y señaló los libros que los rodeaban–, no para enviarle mensajes a mi hija –encendió más velas y luego volteó hacia Lynet–. Pero por ese motivo has venido, ¿cierto? Quieres preguntarme acerca de Mina. Quieres saber cómo derrotarla.

Lynet tragó con dificultad, y reunió el coraje para pronunciar la pregunta que había querido hacerle desde el principio.

–De hecho... quiero saber si hay una cura para ella.

Gregory alzó una ceja, sorprendido.

–¿Una cura?

–Dice que no puede amar ni ser amada, pero quizás solo piensa que es cierto porque su corazón es de cristal. Si hubiera algún modo de hacer que su corazón sea real, entonces, tal vez... –*tal vez recuerde cuánto nos queríamos.*

Él apoyó una vela y se acercó a Lynet, frunciendo la frente mientras reflexionaba. Ella parecía haberlo sorprendido con la pregunta, o él nunca antes había considerado aquella posibilidad.

–No lo sé –respondió él–. Pero quizás, si trabajamos juntos, podemos hallar una respuesta.

Ella sonrió, aliviada.

–Por esa razón acudí a ti. Sabes más acerca de Mina y de mí que cualquier otra persona. Quiero ayudarla de cualquier modo que pueda.

Gregory juntó las puntas de los dedos y las presionó contra sus labios

delgados.

–Creo que... Sí, creo que si pudiera tomar una muestra de tu sangre, Lynet, entonces podría averiguar más.

Sin pensar, se cruzó de brazos.

–¿Qué podría decirte mi sangre?

La luz de la vela iluminó el rostro inmóvil de Gregory.

–La sangre es la fuente de nuestra magia, Lynet. Si quiero saber más acerca de nuestra magia y su potencial, entonces primero necesito analizar nuestra sangre. Podría usar la mía, claro, pero... no soy tan fuerte como solía ser.

–No, por supuesto –dijo ella rápidamente–. Puedes usar mi sangre.

–Gracias, Lynet –respondió él, sonriendo–. Hagámoslo ahora, ¿te parece?

Caminó hasta el fondo de la sala y pareció desaparecer detrás de una estantería, pero luego Lynet oyó que cerraba una puerta. Lo siguió y encontró una entrada en la esquina, detrás del estante. En pocos minutos, la puerta se abrió de nuevo, Gregory reapareció y la cerró deliberadamente detrás de él.

–Mi laboratorio –dijo a modo de explicación. Tenía un cuchillo delgado en una mano y una ampolla de vidrio en la otra–. Debo pedirte que no entres allí sola, Lynet, bajo ninguna circunstancia. No es seguro a menos que estés conmigo.

–Oh, pero...

–Ahora solo siéntate aquí –indicó él; la llevó rápido hacia una silla y se puso de rodillas a su lado.

Lynet pensó que no había nada que temer mientras extendía el brazo frente a Gregory. Nunca había apartado la mirada cuando observaba a Nadia, y no lo hizo cuando Gregory hizo un corte pequeño en el brazo y su sangre salió a la superficie. Él centró su atención en la sangre y la extrajo de su vena para guardarla en la ampolla.

Su sangre a cambio de ayudar a Mina. Después de todo, era un precio

pequeño que pagar.



Creyó haber visto a Nadia de nuevo al día siguiente.

Atravesaba el patio de la universidad camino a la antigua iglesia cuando vio un destello de trenza oscura con el rabillo del ojo. Pero cuando volteó a mirar, no encontró a nadie parecido a la cirujana en el patio.

Aún estaba perturbada por su propia decepción cuando entró a la iglesia. Ese día tenía la cabeza llena de fantasmas. Cuando había despertado en la mañana, tuvo un momento en el que olvidó que su padre estaba muerto. Y luego los recuerdos la invadieron, y fue como volver a escuchar la noticia por primera vez, con el eco de las campanadas en la cabeza.

Gregory le había dicho que podía echarles un vistazo a sus libros mientras él trabajaba en el laboratorio, y aunque ella tenía la sensación de que él estaba siguiéndole la corriente, inspeccionó los estantes en busca de algo que pudiera indicarle cómo ayudar a Mina. Pero incluso mientras Lynet comenzaba a tomar libros de las estanterías, se preguntó si solo estaba engañándose a sí misma al pensar que podía hallar allí los secretos relacionados al corazón de su madrastra. Gregory era quien había creado aquel corazón: si él no sabía cómo curarlo, entonces ¿cómo podría saberlo Lynet?

Mientras balanceaba una pila de libros en un brazo, Lynet intentó tomar un ejemplar grueso color rojo que estaba en un estante más alto, pero solo sintió cómo toda la pila de libros se deslizaba por su codo y aterrizaba estrepitosamente alrededor de sus pies. Con un suspiro, se agazapó para recogerlos, esperando que ninguno estuviera dañado por la caída. Cuando Lynet tomó uno de los volúmenes que estaba abierto sobre el suelo, un trozo plegado de papel se deslizó de entre sus páginas. El papel estaba amarillento alrededor de los bordes, pero aún estaba rígido, lo que significaba que lo habían guardado allí y se habían olvidado de él.

Lynet tomó asiento sobre sus rodillas y abrió el papel; sus ojos inmediatamente se dirigieron a los dos nombres escritos allí, uno en la parte superior de la página –*Mina*– y otro al final: *Dorothea*. Era una carta para Mina de parte de su madre. Pero ¿la habría visto Mina alguna vez? ¿Ella la había guardado allí?

*Mi querida Mina, decía al inicio, no puedo irme sin decir adiós...*

Lynet se dijo a sí misma que no debería continuar leyendo, pero no podía apartar la vista de la página, y cuando llegó a las últimas palabras, se alegró de no haberse detenido. Hacía mucho tiempo, Mina le había contado a Lynet que su madre, Dorothea, había muerto. Al principio, cuando comenzó a leer la carta, había creído que era el último adiós de una madre a su hija antes de morir. La carta *era* una despedida, pero no la había escrito una madre moribunda. Lynet la leyó de nuevo para asegurarse de que no estuviera equivocada, pero sin dudas Dorothea no estaba muriendo, solo se estaba marchando.

Y según esa carta, se había ido porque le temía a Gregory.

El estómago de Lynet dio un vuelco al recordar que Gregory le dijo que ella era su verdadera hija. Sintió una puntada de compasión por la chica que se había convertido en su madrastra al pensar que había vivido sola con un hombre que la veía como un experimento fallido, una mancha en sus habilidades. Ella no valía nada para él y Lynet sabía que Mina debía haberlo sentido cada día de su vida.

*Si yo hubiera tenido un padre como el tuyo al crecer, quizás tampoco me importaría ser reina.*

Mina le había dicho a Lynet que nadie podría amarla, pero la madre de Mina *la había amado*: la prueba estaba allí, en las últimas palabras escritas al final de la página. Lynet se preguntó si Gregory estaba al tanto de la existencia de la carta escrita por Dorothea, si le había mentado a Mina acerca



de la muerte de su madre. Mientras miraba con cautela en dirección a la puerta del laboratorio, guardó la carta en la parte frontal de su vestido.

Comenzaba a levantarse del suelo cuando un estallido de dolor en su pecho la obligó a ponerse de rodillas. Su corazón latía desbocado, un pájaro frenético que intentaba huir de sus ataduras restrictivas, y cuando intentó moverse, el entorno perdió nitidez y comenzó a sentir un fuerte dolor de cabeza. Intentó respirar hondo varias veces, pero su respiración sonaba más bien como sollozos. ¿Eso le ocurría porque había estado lejos de la nieve demasiado tiempo? ¿Había permitido que su cuerpo se debilitara demasiado?

Mientras intentaba pensar con claridad, Lynet vació una parte del contenido de su bolsa en sus manos y permitió que las monedas se convirtieran otra vez en nieve. Por poco lloró al ver aquel montoncito; era un gran alivio sentirla sobre su piel febril. Durante los pocos minutos antes de que la nieve se derritiera entre sus dedos, el dolor disminuyó, pero su corazón aún latía desbocado y se sentía completamente drenada, sin sangre...

*Sin sangre.* Lynet recordó la sangre que le había dado a Gregory la noche anterior. ¿Por esa razón estaba tan débil ese día? ¿La pérdida de sangre la había agotado más allá de sus límites, o los experimentos de Gregory la afectaban y jalaban de algún hilo invisible entre su sangre y su corazón?

Lynet se puso de pie con dificultad y guardó su bolsa. Debía detener a Gregory antes de que continuara haciendo más pruebas. Era imposible que él estuviera al tanto de lo que le ocurría... Aunque la carta de Dorothea comprobaba que Gregory sabía más de lo que aparentaba.

No había llave en la puerta, así que Lynet ingresó al laboratorio sin previo aviso, sin darle a Gregory la oportunidad de negarle el paso.

El laboratorio era más grande de lo que había esperado; una habitación redonda con una ventana alta que permitía el ingreso de la luz dorada del Sur. La habitación le recordó al taller de Nadia: la misma variedad de frascos en

los estantes y la misma mesa larga, aunque esta estaba llena de artefactos de vidrio que nunca antes había visto.

Y sin embargo, aquella habitación era tan distinta al taller de Nadia como Nadia era diferente a Gregory. Era una diferencia entre la oscuridad natural de la noche y la oscuridad viciada de la cripta.

Gregory estaba inclinado sobre el extremo más alejado de la mesa, pero alzó la vista sorprendido cuando oyó la puerta.

–Si querías entrar, Lynet, solo tenías que llamar a la puerta –dijo él.

–¿Qué estás haciendo con mi sangre? –preguntó ella.

–Exactamente lo que te dije. Estoy muy satisfecho con los resultados. Ven –respondió y movió la mano con entusiasmo–, permíteme que te muestre lo que puedes hacer.

Lynet atravesó la habitación y pasó junto a estantes llenos de frascos con contenidos desconocidos que incluían un bulto marchito y color café que, por algún motivo, le causó un estremecimiento violento. En el extremo de la mesa estaba la ampolla de vidrio vacía que había contenido su sangre. Lynet miró la mesa, intentando comprender la relación entre los objetos de la colección extraña que estaba allí. Junto a la ampolla, había pilas pequeñas de arena y dos frascos de vidrio abiertos. En uno de los frascos había otro montón de arena, pero en el otro había un pequeño ratón de campo que intentaba salir del frasco con sus patas diminutas.

–¿Lo ves? –dijo Gregory mientras sujetaba la parte superior del brazo de Lynet para acercarla más–. El ratón es tuyo, está hecho de arena y sangre... de *tu* sangre. Solo puedes trabajar con la nieve, pero con tu sangre, puedo darle forma a lo que sea. Y el ratón tiene pulso, lo que significa que está realmente vivo, Lynet.

Ella colocó la punta de un dedo contra el frasco y observó cómo el ratón intentaba tocarla con sus patas a través del vidrio. Oyó el entusiasmo en la

voz de Gregory, pero ella solo se sentía vacía.

–Cuando usaste mi sangre para crear esto, por poco me mata –dijo, su voz era tensa–. ¿Sabías que eso ocurriría?

–Ah, estás exagerando –replicó Gregory y resopló–. Sé que es desorientador al principio, pero la debilidad inicial desaparecerá. *Crearte* por poco me mata, claro, pero los humanos son complejos, y tuve que hacer varios experimentos fallidos antes de lograr hacerte correctamente. Sin mencionar que yo era mucho más viejo que tú en ese entonces, mientras que tú, Lynet... Aún eres muy joven y tu corazón es muy fuerte. Tienes tanta vida para dar...

Los ojos de Gregory estaban hambrientos mientras extendía la mano para tocar la mejilla de Lynet, y ella retrocedió. Aún tenía la daga en la cintura debajo de la capa. Necesitaba distraerlo para poder tomarla sin que él lo notara.

–No... No me siento bien –dijo–. Quizás deba irme.

Los ojos de Gregory se clavaron en la puerta y Lynet supo que estaba pensando que si la dejaba partir ahora, nunca regresaría. El hombre se acercó más a ella y movió la cabeza de lado a lado, confundido.

–No puedes irte ahora. Tú eres la respuesta que he estado buscando. Todos estos años intenté revertir los efectos de tu creación; mi envejecimiento, mi debilidad. Incluso vine hasta aquí con la esperanza de que la medicina me ayudara, dado que la magia solo había empeorado mi condición, pero fue en vano. ¡Piensa en todo ese potencial desperdiciado, Lynet! Solo había comenzado a descubrir lo que podía hacer cuando era demasiado débil para continuar. Pero ahora que *estás* aquí, podemos desentrañar los secretos de nuestra magia, juntos. Si te quedas aquí conmigo, no hay límites para lo que podemos lograr juntos. Este era tu destino.

Lynet dio un paso pequeño hacia atrás. Siempre había creído que su destino

era convertirse en su madre... y ahora por fin tenía la confirmación de que no era Emilia, de que tenía un propósito y una habilidad que le pertenecían solo a ella. Había tenido deseos encontrados entre querer respuestas acerca de la naturaleza de su existencia y querer dejar atrás su vida anterior... Y ahora Gregory podía ofrecerle ambas cosas. Podía renacer a imagen y semejanza de él en lugar de su madre. ¿Eso era lo que quería?

–Mina y tu padre te mantuvieron lejos de mí –prosiguió él–. Hicieron que me temieras, pero yo sabía, siempre lo supe, que existía la posibilidad de que fuéramos iguales, de que compartirías mis dones –él le sonrió y quizás era debido a la manera en la que la luz de la ventana iluminaba su rostro, pero parecía más joven en ese momento; tenía un poco de color en sus mejillas gastadas y un destello de esperanza en los ojos. Qué diferente era él del padre de Lynet, cuán dispuesto estaba a permitirle explorar las partes más aterradoras y poderosas de su persona.

Él asintió al percibir la resistencia menguante de la chica.

–Eres la única en todo el mundo que puede ayudarme –insistió él–. He estado desperdiciando mi vida durante tanto tiempo, Lynet... ¿me abandonarías ahora? ¿Quién más puede guiarte como yo?

*¿Quién más?* Sus palabras resonaron en la mente de Lynet, superponiéndose en una sucesión infinita y confusa. Y la respuesta apareció con el filo y la claridad del cristal...

Mina.

Mina dominaba el vidrio, y Gregory no lo sabía. Él había pasado los últimos dieciséis años intentando llegar a Lynet, pero nunca se había molestado siquiera en considerar a su propia hija. *Él nunca podría ayudarme a curarla. No conoce a Mina en absoluto.* Y si no conocía a su propia hija, si no comprendía por qué Lynet quería ayudarla, entonces ¿cómo podría entender a la propia Lynet alguna vez?

Dio un paso más hacia ella y Lynet retrocedió lentamente mientras deslizaba la mano debajo de su capa. Apoyó los dedos en la empuñadura de la daga.

—¿Y si me niego a quedarme contigo? —preguntó ella.

La sonrisa de Gregory se paralizó antes de desaparecer; su mirada era llana y apagada.

—Bueno, entonces tendría que admitir que no he sido honesto contigo al darte las razones por las que quiero que te quedes. Verás, la verdad es que no *te* necesito. Solo necesito tu corazón.

Lynet extrajo la daga justo cuando Gregory intentó sujetar su mano y rodeó su muñeca con los dedos. La empujó contra la mesa, el borde se hundió en la espalda de Lynet, y la daga flotaba entre ambos. Él sujetó la otra muñeca de la chica, pero estaban atascados en un punto muerto ya que ninguno de los dos tenía la fuerza suficiente para dominar al otro.

—Estás siendo injusta, Lynet —dijo Gregory mientras apretaba los dientes—. Yo te hice, sacrifiqué mi poder y mi vitalidad para darte vida. Ahora es tiempo de que me devuelvas todo.

—¿Dándote mi *corazón*? —intentó alejarse, pero solo terminó hundiendo más el borde de la mesa en su espalda.

—Sentiste un dolor en el pecho antes, ¿cierto? —dijo Gregory. La aferró con más fuerza y retorció su muñeca; la daga comenzó a deslizarse de la mano de Lynet—. La sangre es la fuente de nuestro poder, como dije, pero el corazón es la fuente de nuestra sangre. Me debilité porque drené el mío demasiado rápido, pero con el tuyo... tan joven y saludable, tan rebosante de magia... sería más cuidadoso. Sería fuerte de nuevo. ¿Acaso no te parece justo, Lynet, que me devuelvas la vida que me robaste? —retorció la muñeca de la chica una vez más y Lynet aulló de dolor; su mano se aflojó lo suficiente y él pudo quitarle la daga.

–Vine aquí a curar el corazón de Mina, no el tuyo –replicó. Gregory aún sujetaba la otra muñeca de la chica, pero ella sentía que ahora que él tenía la daga su amarre se debilitaba. Si tan solo pudiera distraerlo...

Una sonrisa horrorosa se extendió por el rostro del hombre.

–¿Aún crees que puedes ayudarla? Permíteme que te muestre lo que Mina es en realidad. Mira allí –señaló los estantes junto a ellos y Lynet miró rápido por el rabillo del ojo, sin perder de vista a Gregory, para ver qué señalaba.

Pero incluso antes de mirar, parte de ella ya sabía lo que vería: aquella... aquella *cosa* en el frasco que la había estremecido.

–Sí –dijo él–, ya lo habías visto, ¿cierto? Esos son los restos del corazón de Mina. Por más que encuentres un modo de darle uno nuevo, ella siempre llevará ese corazón podrido dentro de ella. ¿Entiendes ahora cuán inútil es intentar curar algo que ya está muerto? Es demasiado tarde para ella, pero no para mí.

Lynet continuaba pasando la vista de Gregory al corazón, intentando comprender qué tenía en común aquella cosa horrible con el fulgor de Mina, con su furia. Pero aunque estaba distraída, notó que Gregory había comenzado a agitarse y que el amarre en su muñeca continuaba perdiendo fuerza. Todo ese esfuerzo lo agotaba, así que Lynet dejó de pensar en el corazón de Mina y jaló con fuerza una última vez. Quizás estaba débil, pero los años de escaldas la habían fortalecido más de lo que aparentaba y liberó su muñeca. Logró llegar hasta el otro extremo de la mesa, pero Gregory la alcanzó y golpeó con los puños a cada lado de la superficie para atraparla en la mesa. Pero Lynet acababa de recordar algo acerca de la daga que Gregory aún sostenía: la había creado con nieve, y mientras tuviera nieve cerca, nunca era realmente débil.

*Arde*, ordenó.

Gregory gritó cuando la daga le quemó la mano derecha y en cuanto la

soltó, Lynet se precipitó sobre el arma. Ignorando el dolor del metal ardiente, sostuvo la daga y la hundió en la mano izquierda de Gregory para clavarlo a la mesa.

Él aulló de dolor, y antes de que pudiera recuperarse lo suficiente para extraer la daga, Lynet salió corriendo por la puerta.

¿Cuánto tiempo más tenía antes de que él se recuperara y comenzara a seguirla? Necesitaba una multitud, un lugar donde perderse para que, en caso de que Gregory la persiguiera, no pudiera hallarla jamás. Lynet corrió lejos de la iglesia en dirección a las puertas de la universidad. Si tomaba aquel atajo podría regresar al camino principal, y luego él nunca la encontraría.

Los estudiantes se apartaron de su camino mientras ella corría por el sendero central entre los edificios de la universidad. Chocó contra algunos alumnos, pero no se detuvo ni redujo la velocidad. Podía ver a lo lejos las rosas rosadas en el patio: estaba tan centrada en llegar allí que apenas notó la silueta borrosa de alguien en su camino, alguien que no se apartaba aunque Lynet estuviera acercándose a los empujones...

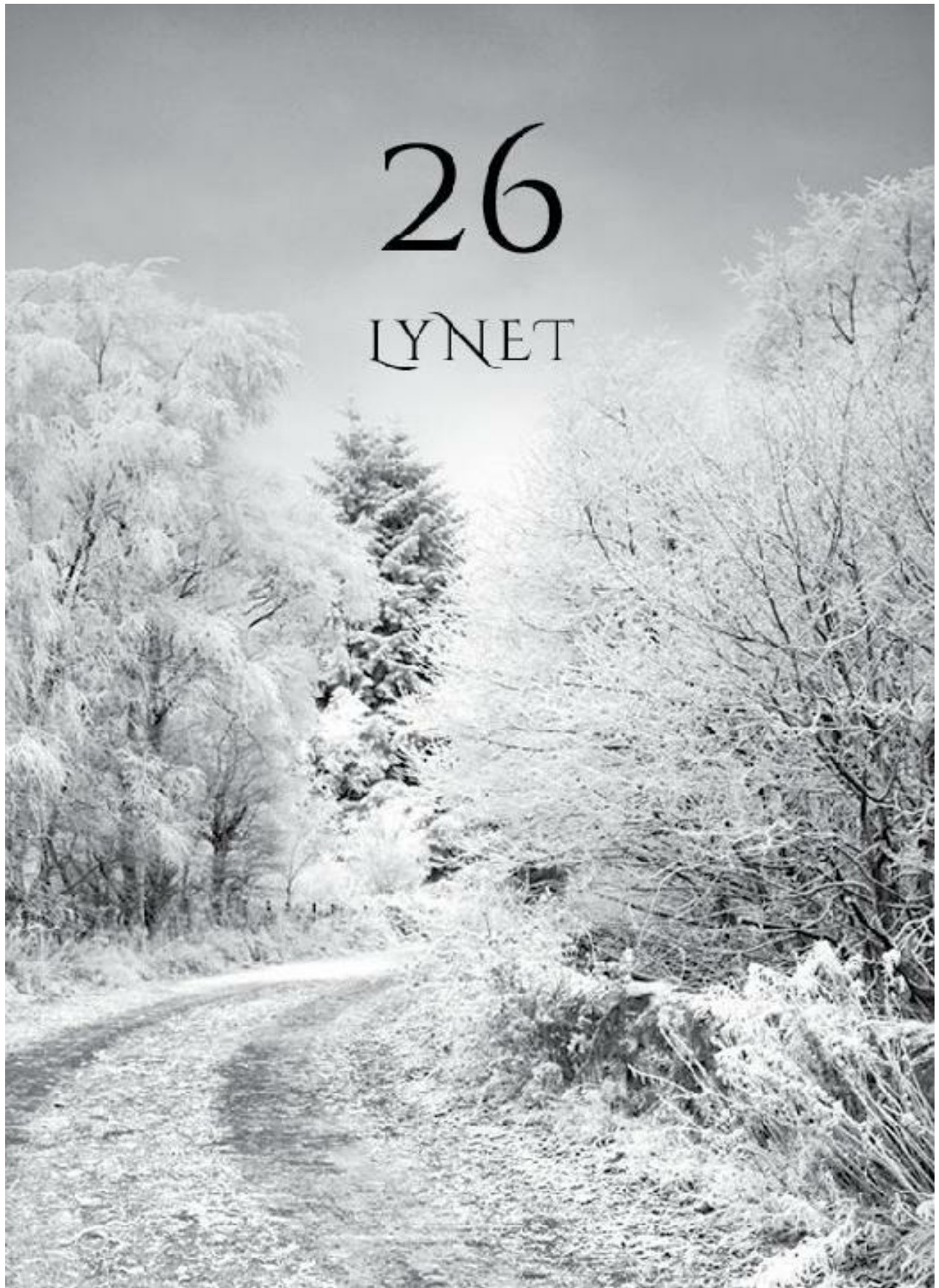
Dio un respingo cuando colisionó contra alguien y ambos cayeron al suelo. Lynet siseó de dolor cuando la quemadura en su palma derecha golpeó la arena, pero la mayoría de su cuerpo había caído sobre la otra persona.

De inmediato, comenzó a ponerse de pie, pero luego se detuvo apoyada en sus brazos cuando bajó la vista y vio a la chica con la que se había topado; la chica que no se había apartado incluso cuando Lynet había corrido a toda velocidad hacia ella.

Después de todas aquellas visiones dudosas, por fin había encontrado a Nadia.

26

LYNET





**A**l principio, solo intercambiaron una mirada, ambas con los ojos abiertos de par en par, incrédulas. Y luego, Nadia extendió la mano y rozó despacio la mejilla de Lynet con los dedos para comprobar si era real. Su mirada se iluminó cuando sus dedos tocaron carne sólida.

–¿Lynet? –susurró Nadia.

El sonido de su nombre hizo que saliera del trance, y recordó que supuestamente estaba huyendo... y que aún estaba en una posición incómoda sobre Nadia. Se puso rápido de pie, al igual que la cirujana, quien aún la miraba sorprendida. Con razón Nadia no se había apartado de su camino cuando Lynet corrió hacia ella: probablemente había creído que veía un fantasma.

La carrera frenética la afectó; le dolía el pecho, le temblaban las piernas y su cabeza daba vueltas por haberse levantado tan abruptamente. Miró por encima del hombro en busca de algún rastro de Gregory.

–Puedo explicarte todo luego –le dijo a Nadia–, pero ahora necesito un lugar donde esconderme.

La chica no respondió. Miraba a Lynet aturdida; quizás aún no estaba convencida por completo de que fuera real.

Lynet tomó la mano de Nadia y la apretó con firmeza.

–Nadia, *por favor*. Gregory, el padre de Mina, está buscándome y estoy demasiado débil para correr.

Nadia había estado mirando sus manos entrelazadas, pero al oír el nombre del mago, alzó la cabeza con la mirada centrada y firme.

–No permitiré que te encuentre –dijo. Sin soltar la mano sana de Lynet, la llevó por el sendero y por una puerta lateral del edificio principal que Lynet había visitado en su primera noche allí.

Estaban acercándose al pie de la escalera gigante cuando, de pronto, Nadia se paralizó; empujó a Lynet contra un rincón de la pared y la ocultó de la vista con su propio cuerpo.

—¿Qué estás...?

Nadia le indicó que callara y Lynet oyó la voz de Gregory resonando en el gran vestíbulo. Él debía haber rodeado la universidad y entrado por la puerta principal: si hubiera llegado al patio, quizás habría chocado contra él en vez de contra Nadia. Se ocultó rápidamente detrás de la contextura alta de la chica mientras oía que Gregory le describía su apariencia a alguien y le preguntaba si la había visto. Luego, oyó que los pasos tambaleantes de Gregory se acercaban a ellas. Nadia se reclinó sobre el rincón y Lynet intentó comprimirse lo máximo posible. Seguramente Gregory pasaría junto a ellas sin prestarles atención...

Pero sus pasos se detuvieron detrás de su rincón y el latido de Lynet era tan fuerte, que apenas podía oírlo cuando habló.

—Ah, eres tú —dijo él. Lynet no podía ver el daño que le había causado a su mano, pero la voz del hombre sonaba ronca y cansada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

¿Reconocía a Nadia de Primavera Blanca? Lynet había creído que él ya se había marchado cuando Nadia llegó, pero quizás estaba equivocada.

—La reina me envió —respondió Nadia con voz tensa.

—Lo descubrió, ¿cierto? —se mofó Gregory—. Ah, bueno, apenas importa ahora —bajó la voz—. Escucha, no tengo tiempo para preguntas, pero ven esta noche a la iglesia antigua que está detrás de la universidad. Tengo una nueva tarea para ti.

Nadia vaciló solo un segundo, y luego asintió.

Gregory continuó su camino, y cuando salió por la puerta, Nadia soltó una exhalación larga. Volteó hacia Lynet, tenía el rostro tenso de pavor, pero no

se apartó.

–Puedo explicarlo –dijo.

Lynet no había comprendido el significado total detrás de las palabras de Gregory, pero se le erizó la piel por la sospecha mientras asimilaba la expresión culpable de Nadia y sintió lo mismo que cuando escuchó a Mina hablando con el cazador en la capilla. Reconoció el sabor amargo en su boca como traición.

–Déjame salir –dijo Lynet en voz baja.

–Les dio tu descripción a las personas. Si sales corriendo ahora, alguien te reconocerá.

A Lynet le resultaba difícil respirar en los confines cerrados del rincón. Sus músculos anhelaban moverse.

–*Apártate* –insistió, con un dejo de pánico creciente esa vez.

Nadia extendió la mano hacia su brazo.

–Al menos, permíteme...

Algo en la mano próxima de Nadia hizo que Lynet reaccionara. Intentó quitar el brazo de la chica del medio, pero su palma derecha gritó de dolor en cuanto hizo contacto. Por un instante, estuvo enceguecida por el dolor y cayó de rodillas mientras sus últimas fuerzas la abandonaban, y acunó su mano contra el pecho.

Al principio no notó que Nadia se había apartado del rincón y que ya no bloqueaba su camino. *Corre*, la instó una parte de ella, pero estaba muy cansada, muy mareada, y la verdad en las palabras de Nadia ahora era evidente: si intentaba huir, no llegaría demasiado lejos.

–Por favor, escúchame –susurró Nadia mientras se ponía de rodillas junto a Lynet–. Estás herida y agotada, y yo puedo llevarte a un lugar seguro para ayudarte con esa quemadura. Lo explicaré todo y después... si nunca más quieres verme de nuevo, lo comprenderé. Pero no te entregaré a nadie. De

haber querido, lo habría hecho hace un minuto.

La confusión causada por el dolor comenzó a desaparecer, al igual que el pánico creciente que sintió antes. Y ahora, Lynet solo intentaba *pensar*. Gregory había dicho que aquella sensación de confusión pasaría con el tiempo, y tiempo era lo que en verdad necesitaba: tiempo para sanar, para descansar, para esperar hasta que la oscuridad pudiera ocultar sus facciones de cualquiera que pudiera reconocerla por la descripción de Gregory. Pero ¿qué era aquel acuerdo entre Gregory y Nadia? ¿Podía seguir confiando en ella? Aunque Nadia tenía razón: si hubiera querido entregarla a Gregory, ya había tenido la oportunidad perfecta para hacerlo.

–De acuerdo –dijo Lynet–. Iré contigo por ahora.

Nadia la ayudó a ponerse de pie, y Lynet no supo discernir si estaba satisfecha o no porque ella hubiera aceptado su oferta. El rostro de Nadia era igual de serio e imperturbable que cuando trabajaba. Atravesaron con cuidado el pasillo mientras la joven cirujana miraba atentamente en las esquinas para asegurarse de que estuvieran solas, y entraron por otra puerta lateral. Ingresaron al edificio de piedra que era más viejo y que estaba junto al principal, y Nadia llevó a Lynet arriba por unas escaleras y por un pasillo lleno de puertas hasta que se detuvo a abrir una.

Lynet la siguió y entraron en una pequeña habitación de piedra que solo tenía un escritorio, una silla y una cama angosta en la pared trasera debajo de una ventana. Y cuando Nadia cerró la puerta detrás de ella, el corazón de Lynet por fin comenzó a ralentizar el pulso.

Nadia suspiró con la espalda apoyada en la puerta. Su trenza comenzaba a deshacerse, así que ella agitó la cabeza con impaciencia y permitió que sus ondas oscuras cayeran sueltas y libres alrededor de su rostro.

–Siéntate, así puedo ocuparme de tu quemadura –dijo y señaló la cama.

Lynet tomó asiento al borde de la cama, tensa, y nunca apartó la vista de

Nadia. Observó cómo abría un baúl pequeño que estaba junto a su escritorio que contenía dos hileras ordenadas de frascos. Seleccionó uno y luego, por un breve instante antes de que volteara, Lynet vio que los hombros de Nadia caían a causa de un peso invisible y que una tristeza desconocida atravesó su rostro.

Pero cuando se acercó a Lynet con el frasco, volvió a ser la cirujana perfecta, metódica y despreocupada. Nadia acercó la silla, la puso frente a la cama y tomó la palma herida de Lynet.

–Lamento lo de tu padre –dijo en voz baja.

Lynet no respondió; tenía un nudo en la garganta.

–¿Podrías contarme qué ocurrió en el Norte? ¿Por qué todos piensan que estás muerta? –Nadia no alzó la vista al preguntar; sus ojos estaban centrados en la piel roja y llena de ampollas de la palma de Lynet.

Ella podría habérselo contado, después de todo, Gregory ya lo sabía; pero permaneció en silencio con cautela.

Nadia no reaccionó ante el silencio de Lynet cuando comenzó a aplicar un ungüento verde en su palma.

–¿Me dirías al menos qué ocurrió entre Gregory y tú? ¿Por qué está buscándote?

Una vez más, silencio.

Esa vez, Nadia movió un poco la cabeza de lado a lado, y su boca formó una sonrisa dolorosa.

–No, por supuesto que no me lo dirás –susurró–. Yo soy quien te debe explicaciones –pero no habló más mientras terminaba con el ungüento, y Lynet intentó no prestarle atención al modo en que las pestañas de Nadia proyectaban sombras largas en sus mejillas; o al modo en que aún tenía granos de arena en el cabello de cuando habían caído al suelo. Intentó no darle importancia a que el ungüento resultó de tal alivio para la quemadura

que ahora podía comenzar otra vez a disfrutar la sensación del pulgar de Nadia dibujando círculos sobre su piel.

–Explícamelo, entonces –dijo Lynet, con voz gruesa.

Nadia soltó su mano y la miró a los ojos con la misma determinación férrea que cuando había amputado el pie del sirviente. Pero ¿qué cortaría esa vez? ¿Qué lazo invisible existía entre ellas que ahora corría el riesgo de cortarse?

–Ya te había dicho que solía ser difícil para mí conseguir trabajo después de la muerte de mis padres –comenzó a decir Nadia–. Imagina cómo me sentí cuando el padre de la reina acudió a mí y me ofreció un puesto en Primavera Blanca. Él iba de camino al Sur; pasó por la aldea en la que yo vivía y me buscó cuando oyó hablar del trabajo que yo había hecho. Primavera Blanca necesitaba una cirujana, y él... él necesitaba un espía.

Lynet notaba que Nadia quería apartar la mirada; sus ojos se posaban continuamente en el suelo.

La joven respiró hondo y se obligó a mirar a Lynet a los ojos.

–Era muy fácil. Lo único que debía hacer era mantenerme cerca de ti, contarte cómo te crearon, y compartir con él lo que había aprendido acerca de ti. Y antes de que terminara el año, si él estaba satisfecho, me daría un pasaje al Sur y un lugar en la universidad.

Lynet escuchaba el latido de su propio corazón en los oídos y tenía un sabor amargo en la lengua. Sentía que sus piernas estaban inquietas y se puso de pie; se dirigió hacia la puerta incluso aunque sabía, al igual que Nadia, que no tenía a dónde ir. Nadia volteó en la silla, pero no se puso de pie ni intentó detenerla, ni siquiera cuando Lynet extendió la mano sana hacia la manija y sujetó el metal con fuerza hasta que le dolió. Lynet volteó y apoyó la espalda contra la puerta que le daba la ilusión de escape, de libertad.

–Así que cada vez que hablamos –dijo ella–, todo lo que te conté o lo que tú me contaste... ¿todo era para que pudieras compartirlo *con él*? –pensó en la

noche en la torre, en la extraña conexión que había surgido entre ellas, tan frágil como una telaraña, visible solo desde ciertos ángulos y bajo algunos sectores de luz. ¿Acaso había diseccionado esos momentos y los había relatado en cartas para Gregory?

–No –respondió Nadia con firmeza, y Lynet estaba segura de que respondía la segunda pregunta, la que Lynet no había hecho en voz alta–. No le conté todo. Se suponía que solo te diría lo suficiente para que tuvieras ganas de buscar a Gregory. Los diarios que te di, los experimentos que hicimos en la torre... todo fue en contra de mis órdenes –negó con la cabeza mientras retorció su cabello en una cuerda larga y apartaba la mirada–. Deseaba tanto ir a la universidad donde las personas me tomarían en serio para poder hacer el trabajo de mi familia. Me dije que no eras real, que solo eras... una muñeca de papel, un experimento, ni siquiera un humano de verdad. Me dije que no importaba.

Lynet se estremeció al oír cómo Nadia expresaba sus mayores miedos.

–¿Y ahora? –las palabras salieron como un graznido–. ¿Aún me ves de ese modo?

Nadia se puso de pie y la miró con incredulidad.

–Lynet, dejé de verte así el día en que nos conocimos –caminó lentamente hacia la puerta para darle tiempo a Lynet de alejarse o de pedirle que se detuviera, pero ella no se movió o habló. Cuando se puso de pie delante de ella, intentó tomar la mano de la princesa; la izquierda, la que tenía una cicatriz borrosa del día en que se había caído del árbol. Nadia rozó sus dedos contra la cicatriz–. Me hiciste reír por primera vez desde la muerte de mis padres –añadió en voz suave mientras mantenía la vista baja.

Lynet emitió un suspiro tembloroso. No lloraría; no frente a ella.

–Me mentí a mí misma para hacer que el trabajo fuera más fácil, pero entonces, cuando te conté acerca de tu creación, vi cuán profundamente te

había impactado. Quería ayudarte a que supieras más. Quería... quería estar cerca de ti. Ya ni siquiera podía escribirle a Gregory, no cuando te habías convertido en mi amiga –alzó la vista de sus manos y miró a Lynet a los ojos; tenía una incertidumbre temerosa en la profundidad de su mirada–. *Éramos* amigas antes, ¿cierto?

En la mente de Lynet, siempre había visto a Nadia como la cirujana intrépida o la chica sonriente, pero eso era algo nuevo, otra parte de ella de la que Lynet solo había visto atisbos antes. Esa era la chica cuyos padres habían dejado sola en el mundo, la que no tenía cartas o recuerdos de su hogar en su habitación vacía, porque no tenía uno.

Lynet apartó la mirada. No confiaba en sus propios sentimientos. Nadia era una amiga. Nadia era una espía. Apartó la mano.

–¿Y ahora qué? –susurró, dirigiéndose a Nadia y a sí misma–. ¿Se supone que debo perdonarte porque alguna vez fuimos amigas?

Nadia no tenía respuesta. Volteó y se puso de pie junto a la ventana mientras pasaba la mano por su cabello. Pero entonces, sus hombros se tensaron y cuando miró a Lynet de nuevo, la chica asustada y solitaria desapareció y la reemplazó la cirujana que quería reparar lo que estaba roto.

–No –dijo con claridad–. Permíteme ganarme de nuevo tu confianza. Deja que te ayude. Creí... Creí que habías muerto, y el mundo entero pareció morir contigo –su voz tembló, pero su mirada era feroz, casi furiosa–. Te ocultaré. Te mantendré a salvo.

Lynet movió la cabeza de lado a lado mientras una idea cobraba vida en su mente.

–Necesito que hagas más que eso. Gregory ya está esperándote. Si vas con él ahora y le dices que me viste preparando mis cosas para regresar al Norte, te creerá.

Nadia asintió despacio.



–Y dejará de buscarte aquí –reflexionó un momento, el sol poniente anaranjado surcó su rostro y la hizo parecer encendida con su nueva convicción–. ¿Te mantendrás escondida hasta que sea seguro?

–Lo haré –afirmó Lynet.

Nadia se acercó a ella; su mirada era directa y decidida.

–¿Aún estarás aquí cuando regrese?

Lynet mantuvo el contacto visual con Nadia.

–Lo prometo.

–De acuerdo, entonces. Iré ahora.

Después de la partida de Nadia, Lynet esperó unos minutos mientras observaba cómo las sombras creadas por el atardecer crecían en el suelo. Y después, rompió su promesa y salió a toda prisa del cuarto.

*¿Y ahora a dónde?*, se preguntó cuando estuvo de nuevo en la calle principal. Estaba recuperando la fuerza pero lo único que tenía era una capa, una bolsa medio vacía y las prendas que llevaba puestas...

Y la carta. Todavía conservaba el papel guardado dentro del vestido.

Lynet se paralizó en la calle, y las personas la atropellaban de ambos lados hasta que comenzó a caminar de nuevo, más despacio esa vez. Podía hallar un modo de enviar la carta al Norte, de entregársela a Mina. Le parecía mal que su madrastra no la tuviera, que continuara pensando que su madre había muerto. *Quería curarla*, pensó Lynet, pero había asumido que Gregory le daría la cura a Mina. Ahora sabía que lo único que Gregory podía darle a su madrastra eran más mentiras.

*¿Y qué mentiras me ha contado mi padre?*

Nicholas ya les había mentido a Lynet y a todos los demás acerca de la muerte de su madre. Muy pocas personas sabían la verdad del fallecimiento de Emilia, que no había muerto dando a luz. No parecía justo que el legado de una persona pudiera manipularse u olvidarse tan fácilmente. Todo lo que

Lynet sabía acerca de su madre lo había aprendido de Nicholas. Él decía que era frágil. Que ella hablaba en susurros y murmullos. Que era dulce y amable. *Como tú, como tú*, decía, pero Lynet nunca se había *sentido* frágil, a pesar de aparentar serlo. Si su padre nunca había reconocido a su hija realmente, entonces ¿también había recordado de manera errónea a su esposa? ¿Y si todo lo que él le había contado acerca de su madre solo era el modo en que él la había visto y no quien ella era en verdad?

*¿Y si ella era más parecida a mí?*

Pero no tenía sentido preguntárselo... aunque pudiera recordar cien historias distintas acerca de su madre, contadas por personas diferentes, Lynet aún nunca la *conocería* realmente. Podía preguntar sin parar, pero nunca sentiría las manos de su madre, ni escucharía su risa o la vería llorar. Emilia estaba perdida para ella, y ninguna historia o retrato podría realmente traerla de vuelta.

Y por primera vez en la vida, Lynet extrañó a la madre que nunca había conocido.

Había una muchedumbre reunida delante de ella que la obligó a detenerse. Alzó la vista y vio que había llegado a la iglesia nueva, la que tenía el campanario que había sonado por ella y su padre. Curiosa, intentó ver qué ocurría entre la multitud y logró abrirse camino hacia el frente.

Había un fuego pequeño ardiendo en el patio de la iglesia, en unos carbones rodeados de piedras. Alrededor de todas ellas había flores y otras ofrendas: muñecos de paja, cintas y cartas. Los niños parecían dejar la mayoría de los regalos, y Lynet observó a una niña tomar una de las cintas de su cabello trenzado y dejarla junto a las demás. *Es un homenaje a un niño que ha muerto*, pensó Lynet.

Y luego, con un estremecimiento, comprendió que era un homenaje *para ella*. Vio su nombre escrito en una de las cartas en el círculo y luego intentó

mirar las demás: algunas decían *princesa Lynet*; otras, *para la princesa*. Entonces, los festejos habían terminado; ahora que estaban a salvo en el reino de Mina, podían permitirse llorar al rey muerto y a su hija.

*Creen que era solo una niña*, pensó Lynet. Una niña que nunca había tenido la oportunidad de crecer o de salir del castillo. Y ¿por qué deberían creer otra cosa? Lynet había llevado la vida de una niña en Primavera Blanca, protegida y sin preocupaciones. Se había aferrado a su infancia lo máximo que pudo y había huido en cuanto creyó que debería ocupar el rol de un adulto; el rol de una reina. Nadie sabría jamás que a esa princesa le había gustado escalar alturas imposibles, que había sobrevivido a un atentado contra su vida o que tenía el poder de controlar la nieve. Eso era todo lo que era, todo lo que siempre sería: aquella niña que era igual a su madre, la pequeña que había muerto antes de poder crecer.

Pensó en las personas temblorosas que había visto en las aldeas norteanas y en el trabajo que Mina había hecho por el Sur. Y mientras miraba la llama que ardía en honor a su corta vida, supo que ese no era el legado que quería dejar.

*Puedo hacer mucho más. Puedo ser mucho más.*

Lynet había querido convertirse en otra persona en el Sur, en alguien que no fuera su madre. Había pasado años deseando ser fuerte, porque había creído que su madre era débil. Había deseado ser feroz e invulnerable como Mina, sin ver nunca que su madrastra se había convertido en eso porque había tenido que protegerse de la crueldad de su padre. Débil o fuerte... Ya no sabía lo que significaban esas palabras. Lo único que sabía cuando se alejó del patio de la iglesia y se dirigió en dirección a la universidad era que había llegado la hora de descubrir qué clase de fuerza vivía en ella.

Se ocultó en las sombras junto al edificio donde estaba el dormitorio, esperando para corroborar si Nadia regresaría sola o con Gregory: una última

prueba para ver si podía confiar o no en ella. Cuando Nadia regresó sola, Lynet sintió que se quitaba un peso de encima, más aliviada de lo que quería admitir. Todavía estaba enfadada y dolida por la confesión de la muchacha, pero al menos no estaba tan sola como había temido.

La joven se sobresaltó cuando Lynet se acercó a ella.

–Dijiste que te esconderías –susurró mientras miraba asustada a su alrededor.

–Estoy harta de esconderme –respondió Lynet.

✱

–Regresará a Primavera Blanca de inmediato, pero quiere que te siga al Norte y que te entregue a la reina –dijo Nadia. Miró por la ventana con el ceño fruncido y rodeando su cuerpo con los brazos como si tuviera frío–. Y después... quiere matarte.

–Lo sé –respondió Lynet. Estaba sentada con los tobillos cruzados sobre la cama de Nadia, pero con las manos en el regazo; tenía el pulso extrañamente estable mientras jugaba con distintas ideas en su mente. En ese momento, deseaba haber respondido las preguntas de Nadia acerca de lo que había ocurrido en Primavera Blanca. Odiaba que Gregory hubiera sido el que le contó acerca de la traición de Mina–. Quiere quitarme el corazón.

Nadia comenzó a jugar con su propio cabello.

–Quiere que yo lo haga –prosiguió–. Dijo que necesitaría mi ayuda para transferir tu corazón a su cuerpo. Eligió un veneno de los estantes en su laboratorio. Se llama *Beso invernal*. Cuando la piel lo absorbe, mata casi instantáneamente, te paraliza de adentro hacia afuera. Dijo... –retorció su pelo con más violencia mientras fruncía los labios, repugnada–. Dice que el veneno evitará que tu corazón se arruine.

Lynet se puso de pie y volteó, y sintió náuseas al imaginar su cuerpo destrozado.

Sintió la presión liviana de una mano sobre su hombro y oyó el silencio que

implicaba que Nadia contenía la respiración mientras esperaba que Lynet reaccionara ante aquel pequeño gesto. Y Lynet sabía que si volteaba o enfrentaba a Nadia ahora, si veía la luz de luna suavizando los ángulos marcados de su rostro, también vería la telaraña resplandeciendo otra vez, los hilos deletreando algo que aún no podía leer. Si volteaba en ese instante, estaría accediendo a olvidar los crímenes que Nadia había cometido contra ella.

Lynet apartó su hombro y oyó que los pasos de Nadia regresaban hacia la ventana. Cuando la cirujana habló de nuevo, su voz flaqueó al principio, pero luego fue firme.

—No es mi intención permitir que Gregory se acerque lo suficiente a ti para darte aquel veneno, pero por si acaso lo logra... prepararé algo para asegurarme de que aún estarás a salvo. Cuando él salió del cuarto, encontré otro veneno similar al *Beso invernal*; es del mismo color y se administra del mismo modo, pero en lugar de causar la muerte, hace que la víctima entre en un trance similar a la muerte que con el tiempo se desvanece.

—¿Cambiate los venenos? —preguntó Lynet. En ese instante, volteó para mirarla, ahora que el momento anterior había pasado sin que sucediera nada.

—Intenté persuadirlo para que me permitiera darte el veneno, pero dijo que era muy arriesgado y que tú eras demasiado curiosa. Pero igual tenía que hacer *algo* —continuó—. Sé que no es mucho...

—No —replicó Lynet y alzó una mano—. No, déjame pensar —¿qué tenía ahora? Una capa. Una bolsa casi vacía. Una carta. Un veneno que no la mataría.

Podía ir con Mina, llevarle la carta y luego, incluso si la carta no funcionaba, incluso si no había un modo de hacer que Mina supiera la verdad de su propio corazón, incluso si —*dilo*— incluso si Mina o Gregory la envenenaban, Lynet no moriría. Había tantos riesgos, tantos peligros que no

podía prever, tantas preguntas... pero lo único que importaba era si ella creía que Mina era una causa perdida y si el amor que habían compartido no era más que una mentira.

Al menos, esa era una pregunta que podía responder.

Nadia la observaba con los ojos entrecerrados por la confusión.

–Lynet, ¿en qué estás pensando? ¿Qué planeas hacer?

–Caeré en su trampa.

Nadia la observó un momento y luego dijo, incrédula:

–Hablas en serio.

–Necesito ver a Mina otra vez –explicó, y en cuanto pronunció las palabras, supo que nada la haría cambiar de opinión–. Si me entregas a ella, podremos hablar –*podré curarla*.

–¡Gregory dijo que ella intentó matarte!

Lynet movió la cabeza de lado a lado.

–No estoy segura –pensó en aquella noche, intentando recordar si el cazador había mencionado alguna vez que *Mina* había sido quien la quería muerta–. Envió a alguien a perseguirme, pero aún no sé si le ordenó que me matara. Y aun si ella intenta matarme con ese veneno, no moriré.

–No morirás, pero aún estarás en Primavera Blanca, rodeada de enemigos. ¿Y qué planeas hacer entonces?

El corazón de Lynet dio un vuelco, pero sabía cuál debía ser la respuesta.

–Tomaré a Mina por sorpresa. La... la mataré si es necesario.

Nadia movía la cabeza de lado a lado, incrédula.

–Es demasiado peligroso.

–Eso dijiste cuando quería huir en mi cumpleaños –replicó Lynet con frialdad. Enfrentó a Nadia y la miró hasta que ella se encogió y apartó la mirada–. Dijiste que no sería siquiera capaz de salir del bosque, que no sobreviviría. Pero *lo hice*. Ya he caído una vez en la trampa de Gregory y

sobreviví. Al menos esta vez tendré un plan. Querías que confiara de nuevo en ti, pero primero tú debes confiar en mí.

–Lo *hago* –afirmó Nadia–, pero no comprendo por qué esto es necesario. Quizás puedo hablar con la reina por ti.

Lynet pensó en la última vez que había visto a Mina, en el miedo y la furia en sus ojos, en la desesperación de su voz cuando había perdido el control. El chico de la botica apareció en la mente de Lynet; el modo en que lo había atacado con la daga solo para descubrir que había estado asustada de un niño. Pero no había sido capaz de bajar sus defensas hasta que supo que él no era una amenaza, hasta sentirse a salvo. No estaba segura de si Mina alguna vez se había sentido a salvo.

–No, necesito hablar con ella en persona –dijo Lynet–. Necesito que crea que estoy indefensa. Por esa razón tienes que entregarme ante ella, tal como Gregory lo planeó.

–¿No puedes ocultarte un tiempo más?

–No –replicó Lynet–. Ya he hecho eso también. Debo regresar. ¿Te contó Gregory cómo fingí mi muerte?

Nadia negó con la cabeza.

–¿Qué tiene que ver eso con esto?

Lynet sabía que debía guardar su energía para el viaje, así que seleccionó una sola moneda de su bolso. Se la mostró a Nadia y observó su rostro mientras la moneda se transformaba en nieve. La joven observó, con asombro silencioso, la nieve derretida en la palma de Lynet.

–Controlo la nieve –explicó–. Puedo transformarla y darle órdenes. Creo... creo que si lo quisiera, podría hacer que la nieve deje de caer.

Nadia alzó la vista y miró a Lynet con los ojos abiertos de par en par llenos de entusiasmo.

–Podrías romper la maldición –dijo en voz baja–. Podrías salvar el Norte.

Lynet se acercó un poco más a ella.

–Entonces ¿vendrás conmigo? –cuando Nadia no respondió y frunció la frente, indecisa, Lynet añadió–: Regresaré por mi hogar, por mi familia... ¿no crees que vale la pena pagar cualquier precio por ello? ¿No harías lo mismo? –su mano tembló; sentía el impulso repentino de tocar el brazo de Nadia, una promesa para restaurar la conexión entre ellas... pero Lynet se detuvo; no quería hacer una promesa que no sabía si podría cumplir.

Aunque las promesas no eran necesarias. Nadia asintió una vez y todo rastro de duda desapareció de su rostro.

–Sí –respondió–. Lo haría. Te acompañaré al Norte.

–Partiremos al amanecer.

Nadia comenzó a voltear con una determinación renovada, pero entonces, se detuvo.

–Sabes que regresar significa que serás reina –le recordó.

–Lo sé –respondió Lynet–. Pero ahora estoy lista. Sé qué clase de reina quiero ser.

–La reina Lynet –dijo Nadia, probando las palabras. Miró a Lynet y luego intentó reprimir la risa.

–¿Qué?

Nadia se acercó a ella y tocó suavemente uno de sus rizos.

–Tu cabello es un desastre.

Lynet pensó en qué apariencia debía tener al decir que sería reina con sus rizos enredados y cortados de forma irregular; y, antes de que pudiera evitarlo, también comenzó a reír.

Aún sonriendo, Nadia retiró la mano y sus nudillos rozaron la mejilla de Lynet; su tacto era suave como las telarañas.



A black and white photograph of a snowflake. The snowflake is highly detailed, showing its intricate crystalline structure. It is set against a dark, blurred background. The number '27' is printed in a large, white, serif font in the upper left quadrant. Below it, the word 'MINA' is printed in a smaller, white, serif font. The overall composition is artistic and minimalist.

27

MINA

**E**l golpe en la puerta sobresaltó a Mina. Era tonto de su parte: sabía que solo podía ser Félix. Nadie tenía permitido verla sin pasar primero por él.

Desde aquella noche en la sala del trono, Mina había perdido la habilidad de fingir, incluso consigo misma. Su culpa era visible en cada línea de su rostro, así que elegía con cuidado quién podía verla y cuándo, y merodeaba por sus aposentos como un fantasma.

–Quería estar sola esta noche –le dijo a Félix cuando abrió la puerta.

Él tenía una expresión arrepentida, pero los brazos tensos.

–Tu padre está aquí –informó–. Dice que tiene noticias urgentes que desea compartir contigo de inmediato.

Mina lo miró, boquiabierta. Gregory había estado lejos durante meses, y no había enviado notificación alguna de que regresaría pronto. La noticia de la muerte de Nicholas y Lynet ya debía haber llegado al Sur, así que él había ido a ver a su hija, la reina. ¿Estaría contento de que ella hubiera conservado el trono? ¿O la culparía por la muerte de su creación? De cualquier modo, sabía que si se negaba a verlo, lo lamentaría la próxima vez que se reuniera con él.

–Tráelo –dijo, resignada.

Félix partió y cuando regresó, Gregory lo acompañaba. Mina se apartó para que ambos ingresaran; su padre caminó hasta el centro de la habitación mientras que Félix permaneció junto a la puerta de brazos cruzados.

Gregory parecía más viejo y frágil que la última vez que ella lo había visto, y tenía un vendaje en la mano izquierda.

–Dile que se marche para que podamos hablar a solas –le pidió Gregory haciendo un gesto hacia Félix. Antes de que Mina pudiera decir algo, su padre ladró–: Déjanos.

Pero Félix no se movió, ni siquiera frunció el rostro ante la voz áspera de Gregory. Mina ocultó una sonrisa.

–Solo se irá si yo lo ordeno.

–Entonces, dile que se marche –repitió Gregory apretando los dientes.

Ella fingió considerarlo para que él no creyera que estaba siguiendo sus órdenes, y luego le pidió a Félix que esperara afuera como ella siempre había planeado. Tampoco quería que su padre pensara que tenía miedo de estar a solas con él.

–Mucho ha pasado desde que te fuiste... –comenzó a decir Mina, pero Gregory movió su mano vendada para interrumpirla.

–Sé todo acerca de tu jueguito de poder –replicó él–. El rey murió convenientemente y tú viste la oportunidad de ocupar su lugar cuando la princesa murió. Solo que te equivocaste en algo, Mina: la princesa nunca estuvo muerta.

Mina negó con la cabeza. Debía haberle entendido mal.

–Pero Lynet *murió*. Se quebró el cuello.

–No, Mina. Eso es lo que vine a decirte. Lynet está viva.

Mina repitió las palabras para sus adentros, pero no tenían sentido. Se sentía levemente mareada.

–No, te equivocas. La *vi*. Estaba muerta.

–Fue un engaño –explicó Gregory–. Tiene el mismo poder que yo, solo que con la nieve. Creó un cuerpo para evitar que la buscaras.

Mina respiró hondo. Sentía que se movía bajo el agua, todos sus movimientos eran lentos y pesados. *Lynet está viva*. Aquella revelación era una carga y un alivio a la vez, una mezcla de tranquilidad, miedo y vergüenza. La habían engañado, algo vergonzoso de admitir delante de su padre, pero ¿importaba eso cuando Lynet aún estaba viva? La niña que Mina había visto crecer y convertirse en una joven mujer aún vivía y respiraba... Y

regresaría un día para quitarle todo lo que tenía.

Mina no tenía dudas al respecto; a pesar de sus quejas, Lynet regresaría para reclamar lo que le correspondía y ese día, una de las dos tendría que perder. *Era más fácil cuando estaba muerta*, pensó Mina. *En ese entonces, solo tenía que odiarme a mí misma y no a ella.*

Intentó no mostrar reacción alguna; solo le temblaban las manos.

–Lynet está viva –repitió ella–. ¿Cómo lo sabes?

La expresión de Gregory se ensombreció.

–Quería mi ayuda. Fingí un tiempo que quería lo mejor para ella, pero huyó de mí antes de que pudiera entregártela.

Él mentía. Gregory había apartado a Lynet de algún modo... y a Mina no le sorprendía en absoluto. Ella siempre había intentado proteger a Lynet de Gregory, pero a solas, él no siempre podría ocultar su fascinación mórbida con la chica que había creado.

–Sé que la recuerdas como una niña tonta, Mina –prosiguió Gregory–, pero ahora... está cambiada –su padre miró rápido el vendaje en su mano–. Es despiadada. Creo que hará lo que sea necesario para recuperar su corona.

Mina apartó la mirada. ¿Por qué Lynet debería sentir algo que no fuera odio hacia ella?

–¿Eso dijo Lynet? –preguntó Mina.

–Cree que puede curar tu corazón, pero ¿qué crees que hará una vez que sepa que eso es imposible? Y aún más importante, ¿qué harás *tú* al respecto, Mina? ¿Estás dispuesta a matarla cuando sea necesario?

¿Matar a Lynet de nuevo? Pero no, ella no había matado a Lynet la *primera* vez... su hijastra ni siquiera había muerto. Mina miró a su padre con cautela.

–¿Por qué te importa? ¿Por qué querrías que la mate? Siempre has querido ser cercano a ella. ¿Acaso Lynet no te aceptó como su nuevo padre como tanto querías? –Mina no pudo evitar sonreír un poco al pensarlo–. ¿Por ese

motivo de pronto quieres que muera?

Gregory le lanzó una mirada pétrea, y luego sujetó rápidamente la nuca de su hija. Mina intentó luchar contra la necesidad de quitárselo de encima, pero no quería que la viera desesperada como un pájaro enjaulado.

–No debería importarte cuáles son mis motivaciones. En cuanto Primavera Blanca sepa que está viva, querrán tu cabeza. Esta es tu última oportunidad. Si te permites sentir algo de pena por esa niña, bien podrías ahorcarte y ahorrarles la molestia a todos. Ahora responde mi pregunta. ¿Harás lo que sea necesario?

–Sí –siseó ella; su cabeza se inclinaba bajo el peso de la mano de Gregory.

Su padre no parecía completamente satisfecho, pero por fin asintió y la soltó. Tomó algo del bolsillo de su abrigo y lo ocultó en su puño.

–Envié a alguien en busca de Lynet para que la acompañe hasta aquí.

–¿Otro espía? –aún podía sentir la mano de su padre en la nuca y sentía la necesidad de rascar la piel de esa zona.

–De hecho, la misma espía. La cirujana que despediste. Acudió directo a mí y me contó que Lynet partiría hacia el Norte. Cuando estén cerca de Primavera Blanca, la cirujana vendrá contigo y te dirá dónde puedes hallar a la princesa. Y luego le darás esto a Lynet.

Él abrió el puño en ese instante y exhibió una pequeña ampolla de vidrio llena de un líquido transparente. A juzgar por la caligrafía en la etiqueta, Mina supo que venía del laboratorio de su padre.

–¿Veneno? –preguntó.

–Instantáneo e indoloro. Se absorbe por la piel, así que tendrás que hallar un modo de dárselo sin que sospeche. Cuando muera, trae el cuerpo a Primavera Blanca y yo me desharé de él.

Mina miró la ampolla con náuseas crecientes.

–Tómalo, Mina –ordenó Gregory, y ella obedeció con la esperanza de que

él partiera cuando ella lo hubiera hecho.

Gregory efectivamente se marchó, satisfecho de que Mina hiciera lo que él quería. En cuanto el hombre partió, la reina frotó tan fuerte su nuca que le dolió, pero ni siquiera eso fue suficiente. Gregory estaba en su sangre, en cada parte de sí misma que odiaba.

A pesar de lo que su padre le había dicho, aun no sabía si debía creerle. Había visto el cuerpo de Lynet, y aquella visión horrible aún era demasiado fuerte e insistente en su memoria para rendirse ante las palabras de su padre. Aquel cadáver yacía en la cripta e incluso si iba allí y lo miraba de nuevo, aún no sería capaz de saber si...

Pero no, no era cierto. Si el cuerpo estaba hecho de nieve, aún estaría intacto, exactamente igual que la última vez que ella lo había visto. No habría ningún indicio de descomposición. Ninguna señal de que hubiera estado vivo en primer lugar.

Mina no podía esperar hasta la mañana. Encendió la lámpara y salió a toda prisa de la habitación, en dirección a la cripta real. Continuó descendiendo entre las paredes cavernosas de la cripta hasta llegar al ataúd de Emilia, imperturbable en su nicho. Junto a él estaba Lynet, en el lugar que había estado reservado para ella desde su nacimiento. Mientras Mina levantaba la cubierta del féretro, no sabía qué esperaba hallar. ¿Sentiría alivio al saber que Lynet estaba viva? ¿O eso solo implicaría que tendría que hallar un modo de librarse de ella de nuevo?

El cadáver de Lynet lucía igual. No había perdido color y la piel alrededor de las uñas no se había encogido. Aquel cuerpo no estaba hecho de carne en absoluto. *Lynet estaba viva*. Mina había sido engañada. Todas sus noches sin dormir y sus pensamientos culposos habían sido causados por un truco de magia, una pila de nieve con la forma de la chica.

Mina cerró con un golpe la cubierta del ataúd y gritó de frustración. No

comprendía por qué temblaba de ira, por qué sentía tanta furia hacia Lynet por no estar muerta. *Permitió que creyera que había muerto en vez de confiarme su vida.*

Oyó un sonido en la oscuridad y luego Félix ingresó bajo el anillo de luz que proyectaba la lámpara de Mina.

–Mi sombra fiel –dijo ella–. Creí que me seguirías.

*Cuán humano se ha vuelto*, pensó mientras él se paraba a su lado, con la cabeza inclinada en señal de respeto hacia los muertos. Desde que había encontrado el cadáver de Lynet, Félix parecía haberse distanciado más de ella... y sin embargo, la acompañaba más ahora que nunca antes. Quizás solo sentía eso porque él estaba convirtiéndose más en un individuo y muchos de sus sentimientos le pertenecían a él en lugar de a ella.

Tomó la mano de Mina y la acarició suavemente.

–La muerte de la niña todavía te perturba –dijo él.

Mina rio; un sonido agudo y cansado.

–No, Félix. Mi padre me contó la noticia esta noche. Me dijo que Lynet está viva.

Félix alzó la vista hacia ella, sorprendido, y ella lo miró a los ojos, preguntándose qué vería reflejado en ellos. En su mayoría, vio alivio al igual que confusión, pero ni un rastro del pavor creciente que Mina sentía en su estómago.

–Pero el cuerpo...

–Lynet tiene poderes propios al parecer, y los ha utilizado para engañarme. En el ataúd no hay nada más que nieve. Mi padre viajó hasta aquí para contármelo porque quería que encontrara a Lynet y la matara.

–No lo harás –dijo él de inmediato.

–La opción es matarla o dejar que ella me mate... ¿Cuál piensas que es mejor?

Él movió la cabeza de lado a lado.

–No, no quieres lastimarla. Al principio, pensaba que sí, pero luego me di cuenta de que no era cierto. Por ese motivo...

Él se detuvo y Mina frunció el ceño.

–Termina la oración, Félix.

Él vaciló y luego prosiguió.

–Por ese motivo la dejé escapar en lugar de matarla.

–¿A qué te refieres? Dijiste que no pudiste encontrarla.

–Mentí –respondió él; aquella palabra brotó de su boca con pesadez–. La encontré escalando los muros del castillo. Tuve su garganta en mis manos y elegí dejarla ir.

Mina soltó la mano del hombre.

–Todo este tiempo me lo ocultaste –alzó la cabeza del cazador bruscamente por el mentón y lo obligó a mirarla.

Pero los pensamientos de Félix ahora estaban fuera del alcance de Mina, y sus ojos no revelaron nada.

–Lo siento –dijo él–. Solo quería protegerte. Por poco la mato porque creí que serías más feliz si lo hacía, que incluso querías que la asesinara. Pero ella era tan joven... y yo... No pude hacerlo, ni siquiera cuando creí que tú lo deseabas. Y luego pensé en el rey, en cómo había permitido que lo lastimaran porque creí que también querías eso. Pero ahora me pregunto... me pregunto si era solo lo que yo quería. Y desearía no haberlo hecho en absoluto.

Mina escuchó su confesión con miedo creciente. No tenía miedo porque Félix le hubiera perdonado la vida a Lynet, sino porque él había actuado bajo su propio impulso y porque había sido capaz de ocultarle aquel secreto. Incluso el simple hecho de que él hubiera sentido pena de Lynet la asustaba. Su conocimiento del amor era una mentira que él había aprendido de ella, pero ¿dónde había aprendido el aspecto de la compasión? ¿De la piedad? De



Mina, no.

–No sé quién eres –dijo ella en voz baja–. Eras mío, y ahora te he perdido.

Él la abrazó y apoyó la frente contra la de ella.

–No –replicó Félix–. Aquí estoy, al igual que siempre. Te amo.

Ella se apartó de él.

–Crees que me amas porque yo te dije que lo hacías, pero no sabes lo que es realmente el amor.

–Te equivocas –dijo, moviendo la cabeza de lado a lado–. Quizás eso fue cierto alguna vez, pero recuerdo... recuerdo una noche poco después de que te casaras con el rey, después de que comenzaste a llamarme de nuevo... Trajiste duraznos y me contaste que cuando eras una niña, los comías todo el tiempo, pero no habías probado uno desde el primer día que llegaste al castillo, y oí un gran placer en tu voz. Distes el primer mordisco con tanto regocijo, sin que te importara el desastre que hiciste, y un poco del jugo cayó por tu mentón y sobre tu garganta. Estabas tan satisfecha en ese momento, tan perfectamente libre. Y aunque creí que antes te había amado, supe en ese instante que no había comprendido el amor hasta ese momento, cuando hubiera dado mi vida solo para mantenerte igual de feliz que cuando comías ese durazno. Recuerdo que extendí la mano para limpiar el jugo de tu garganta y que cuando te toqué, sentí que era como la primera vez, la noche que me creaste. Te amo, Mina. Y sé que amabas a esa niña.

La voz del cazador era grave y gentil, y extendió la mano para rozar la garganta de Mina con el pulgar mientras una sonrisa sutil aparecía en su rostro, al tiempo que vivía un instante en sus recuerdos. Pero antes de que pudiera tocarla, Mina se apartó de él y volteó. No podía soportar ver la mirada honesta de Félix o escuchar la convicción en su voz. Nada de lo que decía ya era un reflejo de ella. Él estaba fuera de su alcance.

Los dedos del hombre rozaron el brazo de la reina.

–Mina...

–Basta –replicó ella y volteó para mirarlo–. ¿Crees que eres capaz de amar cuando yo no lo soy? ¿Imaginas que eres más humano que yo?

Él la miró lleno de confusión y pena, y Mina sintió un dolor en el pecho.

Había creado a un hombre de cristal, lo había hecho para que la adorara, y sin embargo, en ese instante, él era más humano que ella. Y lo odiaba por eso.

–¿Y qué sucederá cuando envejecza y tú permanezcas como eres? ¿Me amarás en ese entonces? ¿Todavía querrás abrazarme? ¿O encontrarás a otra reina a quien servir? Quizás por ese motivo no pudiste matar a Lynet. Porque hallaste un rostro más bonito que el mío, una cara nueva que adorar.

Él la rodeó con los brazos y aunque ella quería apartarlo, se aferró a Félix.

–Estás equivocada –dijo él, y Mina oyó cómo su voz retumbaba en su pecho–. No pienso que soy más humano que tú. Creo que somos iguales y creo que nos das a ambos muy poco crédito.

–Ya no puedo confiar en ti –replicó, incluso mientras lo abrazaba–. Me has mentido. Me has ocultado secretos. Te has convertido... en más de lo que era mi intención que fueras.

–Y sin embargo, aún te amo.

–*Exacto* –dijo Mina. Tomó el rostro del cazador entre las manos–. ¿Y por qué crees que es así? ¿Piensas que me amas por mi encanto, por mi carácter dulce? La chica del durazno está muerta, Félix. Y un día lo entenderás, y yo te miraré a los ojos y no veré nada más que desprecio y pena –*ya fue lo bastante doloroso cuando sucedió con Lynet*, pensó sin decirlo en voz alta. Sin embargo, podía evitarlo... con un simple pensamiento, podía convertir a Félix de nuevo en cristal, romperlo donde estaba. Por poco lo había hecho una vez, y lo único que lo había salvado fue su humanidad creciente. ¿Qué lo salvaría ahora? ¿Qué salvaría a Lynet?

Félix colocó las manos suavemente sobre las de ella.

–Mina...

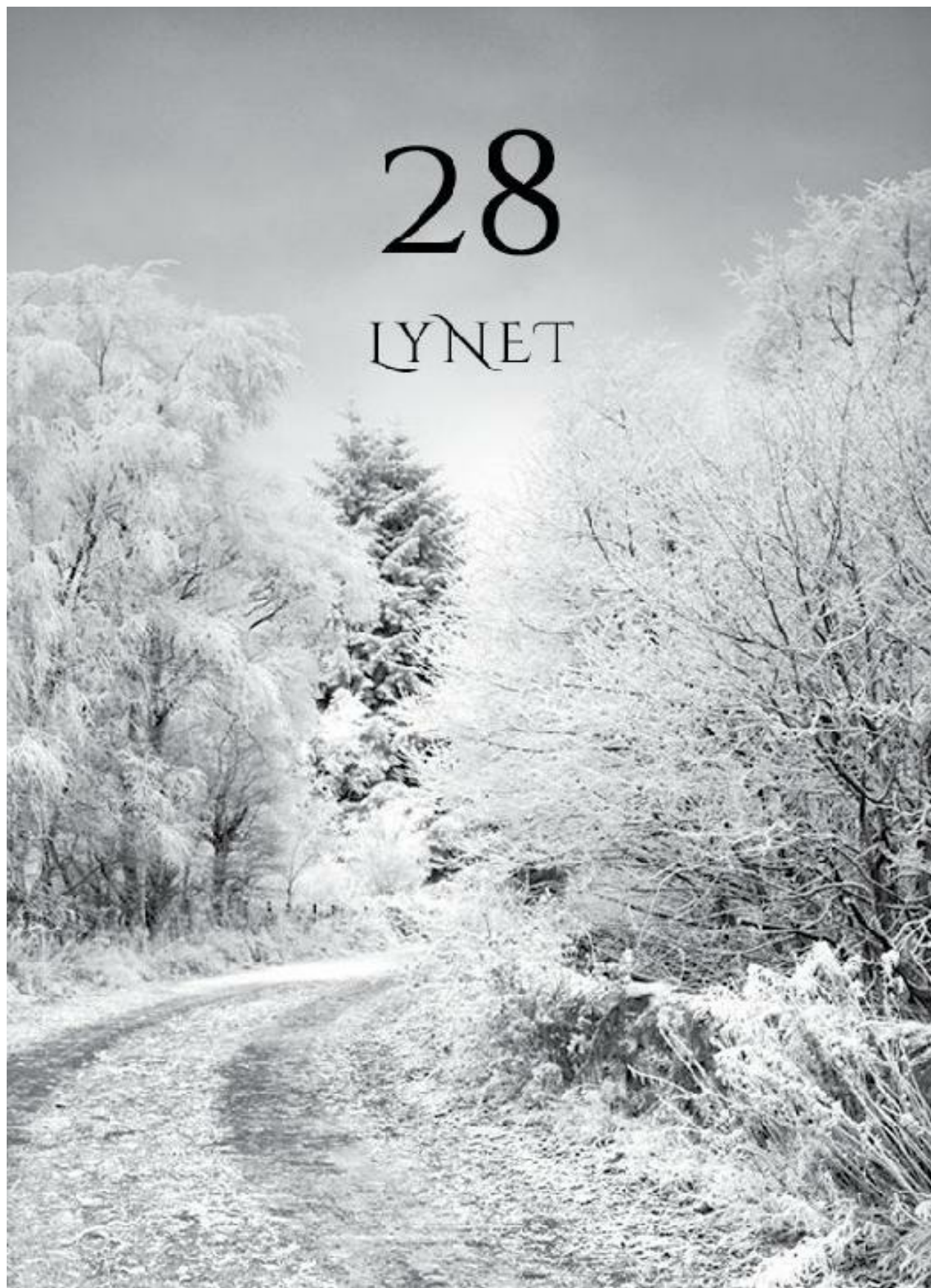
–No –insistió ella y se apartó. La horrorizaban sus propios pensamientos, su necesidad de destruir a cualquiera que se acercara demasiado a ella. De pronto, la cripta le resultó asfixiante.

»No me sigas –dijo y rodeó a Félix para marcharse, esperando a medias que él la detuviera.

Pero el hombre no hizo nada, y cuando Mina salió de la cripta y regresó al aire libre, pensó en lo que había estado a punto de hacerle a Félix, y rogó por el bien del hombre que él nunca más fuera a buscarla.

28

LYNET



**E**n cuanto el sol salió, Lynet y Nadia comenzaron a caminar por el sendero que llevaba al Norte. Incluso después de unificar su dinero, se negaban a gastarlo a menos que fuera necesario, dado que Lynet no quería usar sus poderes de nuevo hasta que hubieran cruzado la Línea Gélida, donde esperaba que la nieve la reviviera.

Lynet no sabía si debía estar triste por dejar el Sur o entusiasmada por regresar a casa. *Su hogar*. Nunca antes había tenido la oportunidad de extrañar Primavera Blanca, de pensar que era el único lugar en el mundo. Pero ahora era su hogar, era *suyo*, y ya sentía el llamado de la nieve pidiéndole que regresara.

Notó muchas veces el asombro en el rostro de Nadia mientras asimilaba el color y la luz del Sur. Lynet recordó que el padre de la joven era sureño y pensó en lo que debía significar para Nadia caminar bajo esos árboles sabiendo que su padre quizás había hecho lo mismo alguna vez. Había esperado tanto tiempo para ir tan lejos y ahora dejaba todo atrás por el bien de Lynet. ¿Acaso Nadia la resentía un poco por ello o sentía que estaba en deuda con Lynet después de haberle contado sus secretos a Gregory?

Ella continuaba recordando aquella traición y reabriendo una herida que amenazaba con cerrarse. Pero cuando Nadia tomó la mano de Lynet para ayudarla a pasar sobre un árbol caído, o ponía excusas para detenerse y descansar cuando notaba la respiración agitada de la princesa, era demasiado fácil para Lynet bajar la guardia de nuevo, recordar solo la dulzura de la amistad que habían compartido sin el sabor agridulce que yacía debajo. Sin embargo, sabía que Nadia nunca olvidó el trato que había hecho con Gregory: Lynet siempre podía verlo en las sombras alrededor de sus ojos, en las comisuras de su sonrisa vacilante.

Cuando anocheció, se detuvieron para descansar bajo las hojas caídas de un

sauce llorón. Lynet colocó su capa debajo de ella y alzó la vista entre las hojas hacia el cielo nocturno visible: eran de un tono azul oscuro en vez de gris como en casa y se maravilló al ver tantas estrellas. Nadia se acomodó junto a ella y ambas reclinaron el cuerpo contra el tronco amplio.

Solo habían intercambiado unas pocas palabras impersonales desde que abandonaron la ciudad. No había sido demasiado obvio cuando caminaban, pero ahora, sentadas una junto a la otra con sus hombros apenas tocándose, el silencio las rodeó por completo al igual que las hojas del sauce.

–¿Puedo preguntarte algo?

La timidez en la voz de Nadia era como una aguja filosa que pinchaba el corazón de Lynet. Aquel distanciamiento entre ellas no le causaba ninguna satisfacción, no cuando lo único que siempre había querido era conocer mejor a Nadia y hablar con ella libremente. Sintió una oleada de resentimiento hacia Gregory por haber arruinado su amistad antes de que si quiera hubiera comenzado.

–Dime.

–¿Tienes miedo de regresar?

¿Miedo? Nunca había querido admitir cuando estaba asustada. Mina nunca tenía miedo, o eso había creído Lynet.

–Solo temo que no funcione –respondió con la garganta seca por haber estado en silencio tanto tiempo. Miró hacia el frente las siluetas de las hojas colgantes del sauce. *Tengo miedo de no ser suficiente*–. Temo que algunas heridas no puedan curarse.

–Algunas heridas nunca cierran –dijo Nadia. Tomó con timidez la mano de Lynet y la volteó para que su palma mirara hacia arriba–. Pero muchas lo hacen –deslizó los dedos sobre las cicatrices que habían marcado la palma de Lynet en la zona en que la daga la había quemado. Tenía las manos suaves y su tacto era tranquilizador, así que Lynet no apartó la mano.

–¿Cómo sabes cuáles pueden curarse y cuáles no? –preguntó Lynet en un susurro. Y supo que ambas habían oído la otra pregunta que flotaba entre ellas en silencio: *¿Cuál de las dos somos?*

–Práctica –dijo Nadia–. Experiencia –vaciló y comenzó a apartar su extremidad, pero luego dijo–: Alza la mano.

–¿Qué?

–Alza la mano así –Nadia subió la mano con la palma hacia afuera. Lynet la imitó y la cirujana juntó las puntas de los dedos de ambas–. Ahora espera.

Lynet movió los dedos; su confesión previa la hizo sentir expuesta, nerviosa. Pero esperó hasta que la única sensación fue la de sus latidos combinados; el de Lynet era rápido e intenso, el de Nadia, sólido y estable. Pronto, el corazón de Lynet comenzó a latir más despacio y ya no pudo discernir a quién le pertenecía cada latido.

–Mi madre solía hacer esto conmigo cuando era niña, cada vez que tenía miedo –le contó Nadia. Su voz cubrió el latido de sus corazones y sonó como una canción–. Decía que si mi corazón latía demasiado rápido, podía tomar prestado el suyo un rato, hasta que mi pulso se calmara de nuevo.

Mientras el ritmo la acunaba, los pensamientos de Lynet se centraron en Mina. Aún podía recordar el momento en la capilla en el que le había hecho sentir su falta de pulso, y Lynet deseaba poder regresar a esa noche y reaccionar de modo diferente... acercarse a ella en vez de apartarse en silencio.

Sus propias palabras hicieron eco en ella, como una acusación: *Regresaré por mi hogar, por mi familia... ¿no crees que vale la pena pagar cualquier precio por ello? ¿No harías lo mismo?* Por supuesto que Nadia había estado de acuerdo: había decidido que espiar a una chica que ni siquiera conocía valía la pena para mantener vivo el recuerdo de su padre. ¿Acaso Lynet no hubiera hecho lo mismo si hacerlo la acercaría más a Mina?

Lynet dejó caer su mano y la culpa se revolvió en su pecho.

–Nadia... –comenzó a decir mientras buscaba las palabras adecuadas en un terreno que estaba entre un agradecimiento y una disculpa–. Quiero que sepas que comprendo lo que el Sur significa para ti, y que aprecio que lo dejes por mi bien.

Hubo una pausa y luego Nadia habló.

–Parte de mí creía que encontraría rastros de mi padre aquí... en las personas del Sur, en las manos de otros cirujanos. Quizás en mí misma. Pero creo que la verdad es que yo también estaba intentando huir de mis padres. Quería dejar de ver sus rostros aún marcados por la enfermedad, justo después de que los enterráramos en la nieve. Creí que si iba al Sur, podría imaginarlos vivos de nuevo. Que hallaría algo lleno de movimiento, vida y energía para distraerme de aquellos recuerdos –Lynet oyó la fricción del cabello de Nadia cuando la cirujana volteó a mirarla–. Pero no necesitaba ir al Sur... Ya había encontrado lo que quería.

Lynet era muy consciente del latido de su corazón.

–¿Dónde lo encontraste? –preguntó.

–Cayó de un árbol una mañana.

Lynet ocultó el rostro, segura de que incluso en la oscuridad, Nadia podía ver las emociones confusas escritas en su rostro. La furia y la traición luchaban por la victoria contra el perdón y algo *más* que no comprendía; las palabras estaban ocultas bajo su piel, en un lugar que no podía alcanzar. *He extrañado esto. La he extrañado a ella.*

Pero cuando Lynet volteó, Nadia tampoco la miraba. Retorcía las mangas en las manos, con la cabeza inclinada y el cabello cubriéndole el rostro. Cuando habló, Lynet pudo oír los quiebres en su voz.

–Cada vez que pienso en lo que Gregory quería de ti, cuando pienso en el rol que tuve... –Nadia alzó la cabeza, volteó para mirar a Lynet exhibiendo



toda su pena y arrepentimiento, y ella supo que era una ofrenda. Lynet le había contado a Nadia sus secretos y ahora Nadia le entregaba el secreto más difícil que poseía: que detrás del aire de competencia y control, estaba perdida, insegura y sola al igual que ella—. Lynet, lo *siento* tanto –susurró.

Esa vez, la princesa no apartó la mirada. Si quería, podía perdonar a Nadia con una sola palabra, y parte de ella quería hacerlo: su resentimiento no era un fuego ardiente que le daba fuerza, sino un peso doloroso en el pecho que le dificultaba respirar. Pero esperó tanto tiempo para responder mientras el silencio se expandía entre ellas que el momento del perdón había pasado.

Reclinó la cabeza contra el árbol y cerró los ojos. Cuando Nadia habló de nuevo –pronunció solo el nombre de Lynet en voz baja a modo de pregunta–, ella fingió estar dormida.



Al amanecer, Lynet y Nadia continuaron avanzando por el camino principal hasta que se encontraron con un grupo de comerciantes que iban al Norte con rollos de telas coloridas. Los comerciantes accedieron a llevarlas del otro lado de la Línea Gélida en una de sus carretas a cambio del contenido de la bolsa de Lynet, así que las dos chicas partieron del Sur acurrucadas entre sedas y linos.

Lynet mantuvo los ojos cerrados durante la mayor parte del viaje: el movimiento del carro sobre la calle irregular y el paisaje movedizo a su alrededor le daban náuseas. Pero en el segundo día de viaje en carreta, Lynet sintió una sacudida en todo el cuerpo, como si de pronto despertara después de haber soñado que caía de una gran altura. Abrió los ojos de par en par y allí, a su alrededor, vio nieve.

Habían cruzado la Línea Gélida.

Por poco lloró de alivio al ver la nieve. Sentía que había estado conteniendo el aliento durante mucho tiempo y que de pronto lo había soltado; el mundo a su alrededor era nítido y vívido otra vez.

Pero no era suficiente solo ver la nieve. Necesitaba sentirla sobre la piel, hundirse en ella y oír su latido resonando a su alrededor. *Pronto*, se prometió a sí misma.

Sin embargo, había olvidado cuánto más lento avanzaban los carros por el Norte, cuántas veces necesitaban detener la marcha para liberar los senderos, y más de una vez, Lynet quiso poner a prueba su poder y quitar toda la nieve del camino con un movimiento de la mano. Pero esperó hasta que la carreta se detuvo en un cruce de caminos. Desde allí, los comerciantes irían hacia el oeste, hacia la propiedad de un noble cuyo nombre le resultó vagamente familiar a Lynet. No se molestaban en intentar vender sus telas costosas en las aldeas; en cambio, las llevaban directo a las propiedades adineradas.

Lynet por poco saltó del carro mientras Nadia les agradecía a los comerciantes y se dirigió al Norte por el bosque. La joven cirujana se apresuró a alcanzarla, pero Lynet solo ingresó al bosque lo suficiente para que los árboles la ocultaran de cualquier vista pasajera y hundió las rodillas en la nieve. No había comprendido por completo cuán *cálido* era el Sur hasta ese momento, cuando el calor por fin abandonaba su cuerpo.

Oyó que Nadia la llamaba y le preguntaba algo, pero nada era más fuerte que el sonido de su sangre corriendo por las venas; nada brillaba más que la nieve blanca, como un faro que la llamaba a casa. Se hundió más en ella, se recostó de espaldas con los ojos cerrados, y simplemente permaneció allí un rato, respirando al ritmo de su corazón hasta que su pulso fue constante; ni demasiado rápido, ni demasiado lento.

Abrió un ojo y vio que Nadia la observaba desde cerca con una sonrisa afectuosa en el rostro. Lynet recordó lo que había dicho acerca de haber encontrado en el Norte lo que había estado buscando, aquellas palabras suaves pronunciadas en la oscuridad, y le agradó la versión de sí misma que veía reflejada en los ojos de Nadia.

Pero cuando la joven notó que Lynet la había visto, volteó como si no tuviera derecho a continuar observándola.

Ya casi era de noche, así que decidieron caminar hasta la aldea más cercana y pasar la noche allí antes de continuar su viaje hacia Primavera Blanca al día siguiente. Cuando llegaron a las pequeñas calles atestadas de dicha aldea, Lynet recordó la última vez que había pasado por un lugar como ese, cómo había visto todas las maneras en las que podía ayudar y sin embargo, se había marchado e incluso había amenazado a un extraño. Aquel recuerdo la avergonzaba. Quizás regresar a Primavera Blanca era un error, pero era un error que necesitaba cometer.

Su capa no resultaba extraña o fuera de lugar allí, pero ya no la quería o la necesitaba –era una capa más que la separaba de la nieve–, así que antes de que pudiera cambiar de opinión, se quitó la prenda y se la entregó a una joven que pasaba por allí, con una delgada capa rota. Colocó la capa pesada en las manos de la chica y se alejó rápido antes de que ella pudiera rechazarla o hacerle preguntas.

Lynet creyó que a Nadia podría preocuparle que fuera demasiado llamativa en sus prendas sureñas color rojo, pero solo dijo “Fue amable de tu parte”, y luego siguió a Lynet hasta la posada sucia de la aldea.

La bolsa de Lynet estaba llena de monedas, ya que su magia volvía a resultarle fácil, pero el resto del viaje, ni ella ni Nadia mencionaron la idea de avanzar en carreta y ni siquiera sugirieron que Lynet intentara crear un carro con nieve. Con cada paso que daban más cerca de Primavera Blanca, los miedos de Lynet comenzaban a ser más difíciles de ignorar, así que estaba aliviada de ir a pie el resto del camino para prolongar aquellos últimos momentos robados con Nadia antes de que ambas regresaran a sus roles de princesa y espía del mago.

Después de cuatro días de viaje, justo antes del anochecer, Lynet y Nadia

por fin llegaron al bosque que estaba fuera de Primavera Blanca.

Nadia respiró hondo.

–¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Lynet asintió con la mirada clavada al frente.

–Me quedaré aquí, cerca del límite, a la izquierda, así que será fácil hallarme.

Nadia la miró y, aunque no dijo nada, sus ojos transmitían miedo, remordimiento y cierta esperanza perdida. Había una pregunta dibujada en sus labios, pero en lugar de hacerla, la cirujana volteó y su cabello ocultó su rostro.

Lynet podría haberle ofrecido consuelo diciéndole que se verían de nuevo, que comprendía por qué Nadia había aceptado ser su espía, que le resultaba cada vez más y más difícil culparla por lo que había hecho. Podría haber extendido la mano y quitado la nieve del cabello de la cirujana. Podría haber hecho su propia pregunta, una que había estado dando vueltas en su mente desde que había visto a aquellas dos jóvenes en la plaza de la ciudad. Pero ahora, tan cerca de Primavera Blanca, Lynet comenzaba a ser más consciente del peligro que la esperaba adelante, no solo para ella, sino también para Nadia. Así que sabía lo que tenía que hacer en su lugar.

–Aún puedes regresar si quieres –dijo Lynet–. No me debes nada.

Nadia movió la cabeza de lado a lado y volteó para mirar a Lynet de nuevo.

–No estoy haciendo esto por eso. Si *tú* quieres regresar ahora mismo, iré contigo, pero no me iré sola.

–Entonces, prométeme que abandonarás Primavera Blanca si Mina o Gregory me envenenan.

–Lynet...

La princesa alzó una mano para indicarle que dejara de hablar.

–Toma –dijo y colocó la bolsa llena de monedas en las manos de Nadia–. Si

algo sale mal después de que despierte o si Gregory descubre que cambiaste los venenos, no... no quiero que nada te suceda. Ve de nuevo al Sur si lo deseas, pero prométeme que abandonarás Primavera Blanca lo más rápido que puedas.

Nadia no respondió al principio. Observó la bolsa en sus manos, reflexionando en silencio.

–¿Esa es tu primera orden como reina? –dijo por fin. Lynet intentó sonreír.

–Sí.

–Entonces, te lo prometo.

No dijo nada más, pero Lynet vio la pregunta que aparecía de nuevo en sus labios. Y supo con la misma intensidad que sentía su conexión con la nieve, que si Nadia hablaba en ese instante, aquella despedida sería imposible.

–Deberías irte antes de que oscurezca demasiado –dijo Lynet, las palabras cayeron, pesadas, sobre la nieve a sus pies.

Nadia asintió brevemente con los ojos brillantes. Volteó y comenzó a caminar por el sendero que llevaba hacia Primavera Blanca sin decir ni una palabra más.

Lynet la observó partir hasta que el viento hizo volar la nieve sobre el camino, formando un velo blanco que la ocultaba.

A black and white photograph of a snowflake. The snowflake is highly detailed, showing its intricate crystalline structure. It is set against a dark, blurred background. The number '29' is printed in a large, white, serif font in the upper left quadrant. Below it, the word 'MINA' is printed in a smaller, white, serif font. The overall composition is artistic and minimalist.

29

MINA

**L**a nieve había caído sobre el sector de tierra donde había estado una vez la estatua de Sybil, como si nunca hubiera habido nada allí. Desde su ventana, frunció el ceño. La presencia continua del invierno parecía burlarse de ella y recordarle su fracaso.

Una sucesión de golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Mina sabía que debía ser Félix. Cuando le permitió entrar, él clavó la mirada en un punto sobre el hombro de Mina y dijo que alguien quería verla con urgencia.

Ella continuó mirándolo, sorprendida por el modo en que los ojos del cazador ya no eran vacantes e infinitos, sino que eran ricos y llenos. Él era una silueta vacía que por fin habían llenado.

—¿Quién es? —preguntó la reina—. ¿Reconociste a la persona?

Félix asintió.

—Es la cirujana que echaste.

Mina volteó, pensando en el frasco de veneno que aún estaba junto a su cama.

—La recibiré en la sala del trono —respondió—. Llévala allí.



Dos de sus guardias acompañaron a la cirujana mientras Félix avanzaba detrás de ellos. La primera vez que había ingresado a la sala del trono hacía muchos años, Mina había observado el lugar, maravillada, pero la cirujana no mostró ninguna reacción ante aquella elegancia; tenía la vista clavada al frente mientras se acercaba al trono con determinación pura. Mina se preguntó si la chica tuvo que convencerse a sí misma para entregar a Lynet o si aquella traición le resultaba fácil.

La reina les ordenó a todos que se marcharan, excepto a Félix, quien permaneció de pie junto al trono mientras Mina le hacía un gesto a la joven para que se acercara más.

–Sé por qué viniste –dijo Mina; su voz estaba impregnada de desprecio–, pero de todos modos quiero oírte decirlo.

Nadia respiró hondo y luego habló con claridad.

–He venido a entregarte a Lynet.

Mina abandonó el trono y bajó de la tarima para quedar a la misma altura que la joven.

–¿Y por qué cree Lynet que viniste?

Mina quería humillarla, incomodarla u obligarla a apartar la vista, pero Nadia no hizo ninguna de esas cosas y nunca rompió el contacto visual con la reina. Sus ojos brillaban, pero no con frialdad o traición, sino con la ferocidad de la convicción. Lo que fuera que Gregory le hubiera prometido debía ser importante para ella, algo que eclipsaba incluso la vergüenza de traicionar a una amiga.

–Cree que he ido a Cumbre Norte en busca de comida –respondió Nadia.

–Y en cambio, has venido aquí para entregármela. Qué amiga maravillosa eres.

Nadia inclinó la cabeza un instante, con un destello de culpa en la mirada, pero se recuperó rápido y miró a Mina a los ojos de nuevo.

–Tu padre me prometió que sería su aprendiz. Ni siquiera Lynet puede ofrecerme lo que él puede darme.

Mina quería matarla allí mismo. Lo único que debía hacer era llamar a sus guardias y ellos lo harían, y nadie jamás sabría que aquella joven siquiera había existido. Pensó en todo el tiempo que esa chica había pasado con Lynet, en toda la confianza que Lynet había depositado en ella, y hacerlo la hizo arder de furia. *No mereces a Lynet*, quería decirle. Pero en cambio, solo respondió:

–Sí, ya veo por qué mi padre y tú se llevan bien.

Nadia se avergonzó ante sus palabras, lo cual, al menos, era algo a su favor:



reconocía las palabras de Mina como un insulto.

–¿Quieres que te diga dónde está? –preguntó con la voz un poco tensa–. Puedo dibujarte un mapa.

Mina caminó en círculos lentamente alrededor de la cirujana; no quería que la chica notara que no estaba segura de querer ver a Lynet de nuevo. Pero lo que Gregory había dicho era cierto: Mina no tenía oportunidad alguna contra la princesa. En cuanto todos en Primavera Blanca supieran que Lynet estaba viva, se unirían de inmediato contra ella. *Tengo mis poderes*, pensó por un segundo. Pero Lynet también tenía poderes, y había más nieve que vidrio en Primavera Blanca.

Tenía que encontrar a Lynet antes de que saliera de su escondite... ¿y luego qué? *Y luego, la envenenaré.*

Una vez más, la idea le causó oleadas de náuseas. El veneno era el plan de su padre, pero eso no significaba que debía ser el plan de Mina. Por ahora, lo único que necesitaba hacer era encontrar a Lynet y encerrarla en alguna parte del castillo sin que nadie lo supiera. Gregory se enfurecería cuando lo descubriera, pero ya había enfrentado la ira de su padre antes, y ni siquiera eso era tan doloroso como la tristeza que había sentido cuando creyó que Lynet había muerto.

–De acuerdo –dijo Mina; su voz era un graznido inexpresivo. Caminó de nuevo hacia Nadia y se detuvo frente a ella–. Dibuja tu mapa.



Después de que le indicó a la amiga indigna de Lynet que se retirara a su antiguo taller por ahora, Félix se acercó a Mina mientras señalaba algo en el mapa recién hecho que la reina tenía en la mano. Lynet estaba en una parte del bosque que rodeaba Cumbre Norte, no muy lejos del camino principal.

–¿Debería llevármelo? –le preguntó él.

–Sí –respondió ella; sopló la tinta para asegurarse de que estuviera seca y lo enrolló–. Espera un poco más, hasta que haya anochecido por completo y

luego envía a cuatro guardias; no deberían ser necesarios más. Tendrán que tomarla rápido, por sorpresa, antes de que pueda utilizar la nieve como ayuda. Haz que le cubran la cabeza con un saco, pero también diles que se aseguren de que aún pueda respirar. Diles... diles que bajo ninguna circunstancia deben causarle daños graves.

Félix tomó un extremo del mapa enrollado, pero Mina no soltó el lado opuesto.

–Tú no irás con ellos –dijo en voz baja, esperando a que él alzara la vista, sorprendido o confundido.

Pero el hombre mantuvo los ojos en el mapa.

–No, eso creí –dijo–. No después de la última vez.

–Tengo otra tarea para ti –prosiguió ella. Mientras la cirujana dibujaba el mapa, Mina había pensado dónde escondería a Lynet, dónde podría encerrarla y aislarla, para mantenerla a salvo. No podía imaginar poner a Lynet en el calabozo, pero se le ocurrió otro lugar que sería similarmente efectivo–. Quiero que selles con tablones la ventana de la Torre Norte –concluyó.

Permitió que él tomara el mapa y esperó a que partiera, pero, en cambio, Félix alzó la cabeza y la miró directo a los ojos.

–No lo harás –dijo él.

Mina se había preguntado si él diría algo acerca de sus planes, pero, a pesar de haberlo hecho, las palabras del hombre la sorprendieron.

–¿No haré *qué*, Félix? –replicó con frialdad.

Él retorció el mapa entre sus manos.

–No la lastimarás.

Era extraño hablar con él ahora y no ver sus sentimientos reflejados en el rostro del hombre. Era extraño saber que él se había convertido en algo separado de ella.

–¿Y cómo puedes estar tan seguro al respecto? –*cómo*, continuó en silencio, *cuando ni siquiera yo estoy segura*.

–Porque te conozco –respondió él. Su voz también era diferente, más grave, más sólida... La diferencia entre un eco y una voz humana.

–Pero las cosas han cambiado, Félix –replicó ella y rozó la mejilla del hombre con el pulgar–. Tú has cambiado. Lynet ha cambiado. ¿Preferirías, en cambio, que yo muera? ¿Quieres una reina más joven a quien servir?

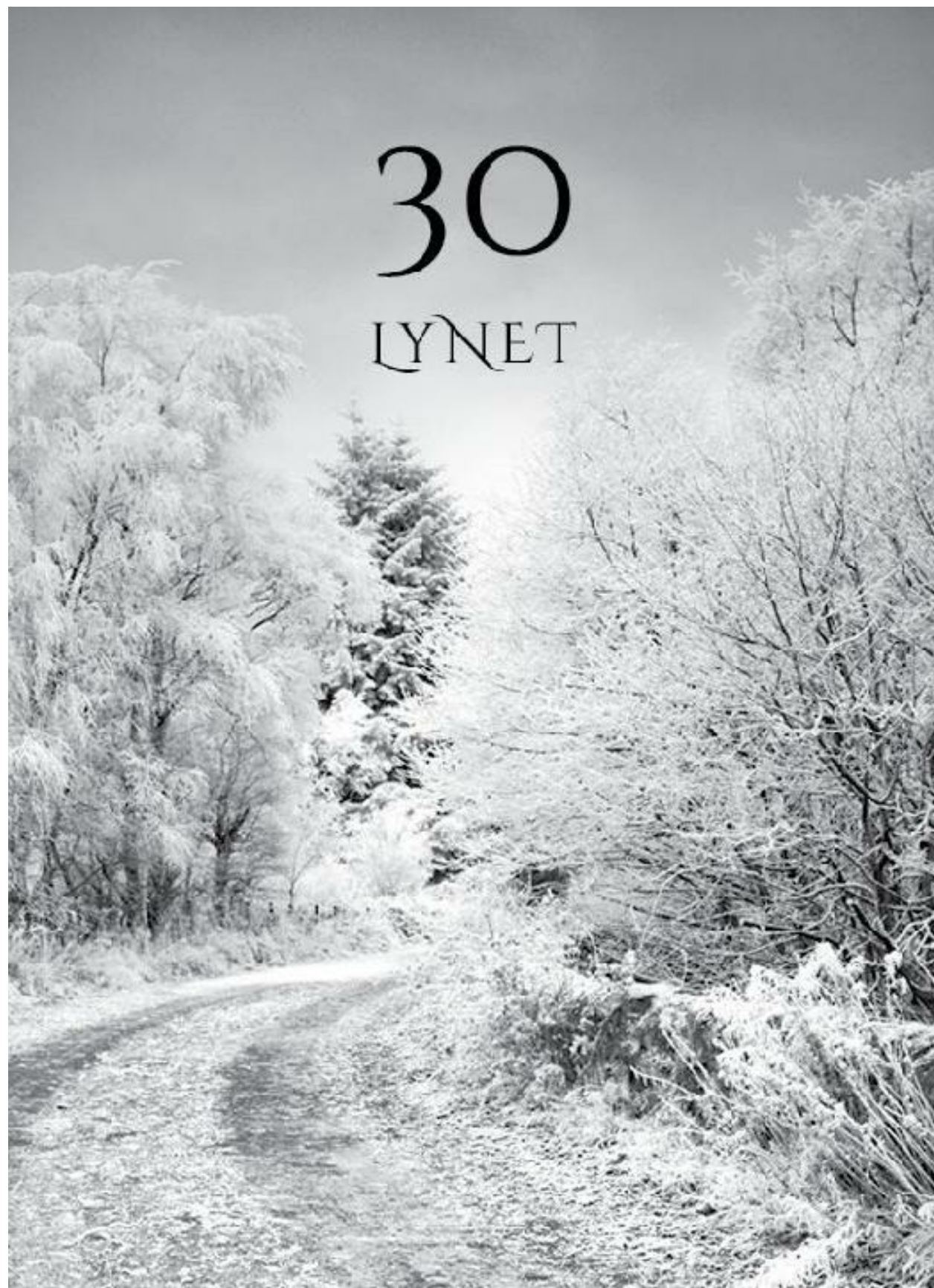
Él se alejó de ella mientras entrecerraba los ojos con una furia que nunca antes había visto en él.

–Crees en lo peor de todos, incluso de ti misma.

Volteó y salió hecho una furia de la sala del trono y, esa vez, Mina fue quien lo observó partir sin detenerlo.

30

LYNET



**L**ynet deslizó el pulgar sobre el trozo plegado de pergamino que tenía en la mano. Ahora, eso era lo único que tenía, aquella carta para Mina, pero el papel parecía muy delgado. Si caía sobre la nieve, era probable que se disolviera y entonces, a ella no le quedaría nada más que sí misma.

Estaba a varios metros de distancia del sendero, pero con la guía de Nadia y con las prendas rojas que llevaba puestas y anunciaban su presencia entre los árboles y la nieve, sabía que sería fácil de hallar. Y continuaba recordándose que *quería* que la vieran, que la encontraran, a pesar del miedo que parecía una criatura viva acurrucada en el interior de su cuerpo.

Llegaron después del anochecer. Lynet oyó primero los caballos, el ruido de los cascos que hacían eco de su pulso, y se aferró a la carta como si eso pudiera mantenerla a salvo de cualquier daño mientras el papel se arrugaba en su puño. Las piernas de Lynet comenzaron a temblar mientras reprimía la necesidad de correr, pero se mantuvo quieta y guardó la carta en la faja que tenía en la cintura. Cuando los caballos aparecieron, inmediatamente buscó a Mina entre los jinetes, pero solo vio a cuatro soldados, sin reina a la vista.

Los guardias la rodearon y dos de ellos desmontaron. No desenfundaron las armas, pero ella mantuvo su distancia mientras centraba la atención en la nieve, pensando en qué podría crear para que la ayudara.

Apoyó la espalda contra un árbol y los soldados comenzaron a cernirse sobre ella. Lynet notó que el cazador no estaba con ellos, y no sabía si debía sentir alivio o decepción. No reconocía a ninguno de los rostros inexpresivos que la rodeaban, pero sabía por sus ojos vidriosos que le pertenecían a Mina.

Era tentador huir, hacer que la nieve peleara por ella, pero necesitaba hablar con Mina. Si quería recuperar a su madrastra, tendría que confiar en que los años que habían compartido no habían sido una mentira. Tenía que confiar en

que conocía a Mina mejor que Gregory. El corazón marchito que había visto en el laboratorio del mago no era Mina, así como el cuerpo que ella había creado con nieve no era Lynet. Y si quería probarlo, entonces debía permanecer quieta por una vez en la vida y tomar una decisión... Al igual que debía confiar en que Mina tomaría *su propia* decisión. A fin de cuentas, solo sus elecciones determinarían quiénes eran.

–Iré con ustedes por voluntad propia –dijo ella y dio un paso al frente. Uno de los soldados se acercó y sujetó sus muñecas con una cuerda, algo que Lynet había esperado, pero luego, otro guardia le quitó la carta del vestido.

–¡No! –exclamó ella, pero ahora tenía las manos amarradas y perdió la estabilidad cuando intentó acercarse hacia ellos–. Necesito conservar eso.

–No debes llevar nada contigo –dijo un soldado; su voz era llana e impersonal.

–Pero, por favor, es solo una carta, no pueden...

Él ya había comenzado a voltear y ella sabía que era inútil discutir con un hombre que no era realmente tal. Incluso el cazador había parecido más humano, más vivo. Esos soldados tenían órdenes y las seguirían sin importar lo que Lynet dijera.

El soldado que había amarrado sus muñecas comenzó a empujarla hacia los caballos, pero ella mantuvo la atención centrada en el que le había quitado la carta, intentando hallar alguna clase de conexión.

–Por favor, manténla a salvo –le dijo al guardia–. No la destruyas.

Él parpadeó y, sin saber si estaba respondiendo a su súplica, guardó la carta en su cinturón. Lynet miró el papel, nerviosa, mientras la montaban sobre un caballo, y luego una capa cubrió su cuerpo y un saco suelto, su cabeza, y ella perdió todo de vista.

Pensó en distintas posibilidades: el soldado conservaría la carta. Mina la encontraría. Él la perdería. Él se desharía del papel. Quizás la carta no

importaba en absoluto. Quizás, de todos modos, no hubiera servido para nada. Quizás Lynet era suficiente sin ella. Pasó su viaje a ciegas de regreso a Primavera Blanca intentando razonar consigo misma para dejar de preocuparse, pero ninguna de sus suposiciones podía reemplazar la sensación de tener la carta en sus manos.

Cuando quitaron el saco de su cabeza, vio que estaba en la Torre Norte y que la ventana estaba sellada con tablas para evitar que escapara. Sin embargo, aún había agujeros en el techo y podía sentir bajo la piel la nieve que estaba en las tejas, esperando sus órdenes. Deseaba no tener que recurrir a ella, pero le alegraba no estar completamente desamparada.

Los soldados comenzaron a partir, pero uno se detuvo en la entrada y habló con alguien que Lynet no podía ver. Luego, el guardia abrió más la puerta, dejó pasar al cazador, salió y encerró a Lynet en la habitación con él.

Todo lo que le había ocurrido desde que había huido de Primavera Blanca desapareció en ese instante, y una vez más, Lynet estuvo sobre la nieve, mirando al hombre de ojos vacíos que quería matarla. El cazador avanzó hacia ella, y ella comenzó a retroceder hasta que golpeó la espalda contra la ventana sellada. Arrinconada de nuevo, como la última vez. *Como la última vez...*

¿Mina lo había enviado?

El cazador movía al cabeza de lado a lado con las manos en alto, pero sus manos eran como armas, así que Lynet no se tranquilizó. Miró toda la habitación en busca de algo que *ella* pudiera usar a modo de arma, preguntándose si debía llamar a la nieve...

–No te lastimaré. Si lo prefieres, iré afuera. Podemos comunicarnos por la puerta, pero debo hablar contigo –dijo el cazador–. Debo pedir tu perdón.

Sus palabras por fin captaron la atención de Lynet y ella intentó apartar el pánico mientras observaba la apariencia del cazador. Después de que el terror

inicial hubiera desaparecido, notó un cambio en él; sutil, pero innegable. Parecía... *sustancial* de un modo que antes no, y ya no era el espectro amenazador que ella siempre había temido. Había líneas de preocupación en su frente que lo hacían lucir mayor de lo que jamás lo había visto. Y sus ojos... Lynet no vio nada de ella en su mirada mientras él le rogaba.

Parecía erróneo estar a solas con él allí, donde una vez había estado con Nadia... Parecía un error ver el rostro suavizado del cazador bajo la luz de luna en vez del de la chica. Quería voltear y negarse a hablar hasta que él se rindiera y la dejara sola, pero, en cambio, enderezó la espalda lo máximo que pudo y dijo:

—¿Qué quieres de mí?

Lo único que él siempre había visto era una niña asustada. Ahora, decidió Lynet, la vería como una reina.

Él inclinó la cabeza, respiró profundo y luego respondió:

—No hice nada para evitar el accidente de tu padre. No me importó si él moría. Te perseguí y por poco te maté. Permití que huyeras con la esperanza de que morirías por tus propios medios —cuando terminó con todas las confesiones, alzó la mirada hacia ella; tenía los ojos rojos y brillantes por las lágrimas—. Siento mucho remordimiento —exhaló—, y no sé qué hacer.

Lynet lo observó, intentando comprender su cambio de comportamiento.

—¿Qué te sucedió? —preguntó ella en voz baja mientras daba un paso cauteloso hacia adelante.

—¿Sabes qué soy? —dijo él y se remangó para exponer su antebrazo lleno de cicatrices.

La noche que Lynet había huido lo había supuesto, pero ahora no había dudas.

—Mina te hizo con vidrio.

Él asintió.



–Me hizo para que le perteneciera, pero esa noche, cuando te dejé ir... Creí que estaba traicionándola. Asumía que ella quería tu muerte, pero no pude asesinarte –bajó la mirada hacia sus propias manos, como si no las reconociera–. Actué por voluntad propia en vez de por la suya, y eso, de algún modo, me cambió. Ahora, el único poder que tiene sobre mí es el que yo elijo otorgarle.

Lynet intentó comprender lo que él decía, pero una parte continuaba repitiéndose en su mente.

–Dijiste que *asumías* que ella me quería muerta. Dime: ¿Mina te *pidió* que me mataras esa noche?

Félix movió la cabeza de lado a lado.

–Ella quería que te trajera de regreso. Hubiera cometido un grave error si te mataba. Creí que sería más fácil para ella que estuvieras muerta, pero no comprendía que... –llevó una mano hacia su corazón–. Hay tantas cosas que no comprendía.

Lynet por poco quería abrazarlo. Mina no quería que estuviera muerta. Mina no le había ordenado que la asesinara.

–Me alegra tanto que hayas venido –le dijo al cazador sin pensar.

La expresión dolorida del cazador se suavizó y sus ojos se llenaron de esperanza.

–Entonces ¿me perdonas?

Lynet frunció el ceño. Por un instante, había estado en otra parte: en la habitación de Mina, sentada frente al espejo mientras su madrastra peinaba su cabello. Sin embargo, al oír las palabras del cazador, regresó a la torre, de pie frente al hombre que por poco la había matado y que había dejado morir a su padre.

¿Realmente era el mismo hombre? El hombre en la capilla que le había hecho una confesión a Mina no había mostrado el remordimiento que ahora

exhibía. No tenía consciencia propia... solo quería el perdón de Mina, la bendición de la mujer. Y aun así, él había permitido que Lynet huyera, en vez de asesinarla. La princesa movió la cabeza de lado a lado.

–No lo sé –dijo ella–. Aunque te perdone por lo que has hecho, ¿cómo puedo perdonarte por lo que le hiciste a mi padre? Creo... creo que si te perdonara ahora, sería una traición hacia él –volteó hacia la ventana, pensando en la cripta debajo de ellos.

–Esperaré –afirmó el cazador detrás de ella–. Esperaré hasta que puedas perdonarme.

Lynet volteó.

–Eso tal vez nunca suceda –dijo en voz baja.

–No importa –negó él con la cabeza–. Haré lo que pueda por ti. Aunque no sea suficiente para compensar lo que te he quitado, lo intentaré. No... no sé cómo vivir de otra manera.

Ella caminó hacia él mientras reflexionaba.

–¿Harías cualquier cosa por mí?

Él vaciló.

–No puedo permitir que huyas de nuevo. Mina no confía en mí como antes, y los guardias todavía están esperando afuera.

–Tengo algo más sencillo en mente –dijo Lynet–. Cuando los soldados me trajeron aquí, uno de ellos me quitó una hoja de papel. Una carta. Necesito que la encuentres y que te asegures de que Mina la lea.

El hombre se entristeció antes de apartar la mirada.

–No tengo influencia alguna sobre Mina. No oye nada que no quiera oír.

–De todos modos, debes intentarlo –insistió Lynet–. Eso es todo lo que podemos hacer por ella. Solo encuentra la carta y entrégasela.

–¿No... no le hará daño alguno leerla?

Lynet movió la cabeza de lado a lado.

–No lo creo. Pienso que solo le hará bien.

–Haré lo que pueda –asintió–. Te lo prometo –después se marchó y ella oyó que cerraba la puerta.

Lynet regresó a la ventana. Se aferró a la piedra del alféizar, jugó con su cabello, retorció su falda en las manos... Cualquiera cosa que la hiciera olvidar que tenía las manos vacías. Que no tenía nada que ofrecerle a Mina, excepto su propio corazón.

A black and white photograph of a snowflake. The snowflake is highly detailed, showing its intricate crystalline structure. It is set against a dark, blurred background, which makes the white snowflake stand out. The lighting highlights the edges and facets of the ice crystal. The text '31 MINA' is overlaid on the upper part of the image in a white, serif font.

31  
MINA

**E**n cuanto los soldados partieron hacia el bosque en busca de Lynet, Mina se dirigió a la sala vacía del consejo con una vela para esperar y para echarle un vistazo al último informe acerca del Castillo de Verano. Pero ni siquiera el trabajo podía distraerla de los pensamientos que atravesaban su mente. ¿Ya habían hallado a Lynet? ¿Ya estarían trayéndola de regreso? ¿Lynet intentaría resistirse? ¿Utilizaría su recién descubierto poder sobre la nieve o estaría demasiado deprimida al saber que el único aliado que creía tener la había traicionado?

–He estado buscándote.

Mina se sobresaltó al oír la voz de su padre. Él estaba apoyado contra el marco de la puerta, oculto entre las sombras. Cuando avanzó y la luz de la vela iluminó su rostro, Mina vio cómo sus venas sobresalían en su sien y supo que él sabía lo que ella había hecho: lo que había fallado en hacer.

La reina había estado reclinada sobre la mesa, pero ahora enderezó la espalda.

–Sé lo que estoy haciendo –dijo ella en voz baja.

–La cirujana llegó hace horas. La chica ya debería estar muerta. Deberías haber ido a buscarla...

–¿Y por qué simplemente no fuiste tú mismo y la mataste? –replicó Mina. Rodeó la mesa y se puso de pie frente a él–. ¿Por qué me entregaste el veneno? Ambos sabemos la razón: porque Lynet no confiaría lo suficiente en ti para permitirte que te acercaras a ella otra vez. Me *necesitas*. Siempre me has necesitado para obtener lo que quieres –hizo una pausa, disfrutando el modo en el que él temblaba de ira–. Conozco a Lynet mejor que tú. Así que creo que es mejor que me permitas decidir cómo acercarme a ella.

–¿Y el veneno? –dijo él; su voz era baja pero apenas contenía la ira–. ¿Lo tienes preparado?

–Sí –mintió ella. El frasquito aún estaba sin abrir en la mesita junto a su cama. Había considerado vaciarlo sobre la nieve, pero algo en su mente continuaba susurrando que quizás aún lo necesitaría—. Haré lo que sea necesario.

Una sonrisa lenta y burlona apareció en el rostro de Gregory.

–Sé que lo harás.

Gregory sabía que ella lo haría. Félix aseguraba que no. Ella se preguntó cuál de los dos la conocía mejor: si el hombre que la había creado o el hombre que ella había creado. Y de nuevo, se preguntó cómo era posible que los dos estuvieran tan seguros cuando, a pesar de lo que afirmaba frente a su padre, ella aún no sabía *qué* haría cuando viera a Lynet otra vez.

Pocas horas antes del amanecer, alguien llamó a la puerta y Mina se asustó de nuevo, pero esperaba que su padre no notara cuán tensa se encontraba. Él había decidido permanecer con ella durante el resto de la noche y, como Félix no estaba allí, Mina por poco estaba agradecida de tener compañía.

La reina se acercó al guardia que llamaba a la puerta.

–¿La tienes? –preguntó en un susurro. El soldado asintió.

–No ha sufrido daño alguno. La encerramos en la torre, como ordenó.

–Bien –dijo Mina–. Dame la llave.

Él se la entregó justo cuando Gregory apareció junto a ellos.

–¿Está hecho? –preguntó después de que Mina le pidiera al soldado que partiera.

–Está en la Torre Norte –respondió Mina–. Ahora iré a verla.

Pero antes de que pudiera salir por la puerta, sintió cómo la mano de Gregory sujetaba su brazo. Con la luz de la vela detrás de él, parecía resplandecer en color rojo.

–No me decepciones, Mina.

Ella apartó el brazo de las manos de su padre, pero no confiaba en sí misma

para responderle. Incluso cuando comenzó a subir las escaleras en dirección a la Torre Norte, aún no sabía qué ocurriría cuando ella y Lynet se reencontraran. Respiró hondo para estabilizarse, abrió la cerradura de la puerta de la torre y entró.

Lynet estaba de pie junto a la ventana sellada con tablas, espiando entre los espacios libres los terrenos de Primavera Blanca debajo de ella. Cuando Mina ingresó, la muchacha volteó para enfrentarla.

Su cabello ahora estaba más corto y vestía prendas sureñas; la seda roja brillante destacaba contra el azul gastado de los muebles y la luz de luna pálida que ingresaba por los agujeros del techo de la torre. Cualquiera otra persona hubiera temblado de frío vestida así, pero Lynet no. Mina tenía la necesidad de tocar la seda roja, un recordatorio muy vívido de su hogar, pero se contuvo. *Yo debería haber sido quien le mostrara el Sur*, pensó. *Eso era mío para dárselo.*

La Lynet que la miraba ahora no poseía aquella energía inquieta de antes, aquella sensación constante de movimiento, aunque fuera solo mover el pie o jugar con su cabello, como si estuviera a punto de abandonar su piel en cualquier momento. En cambio, Lynet permaneció completamente quieta, en especial comparada con las manos temblorosas de Mina.

Sin embargo, lo más sorprendente de todo era que Lynet estaba viva. Mina aún veía el cadáver en su mente al cerrar los ojos; había sido la última imagen que tenía de su hijastra, una visión que era muy parecida a ella y a la vez completamente distinta, porque no tenía vida alguna. Esos minutos después de haber entrado a la habitación, lo único que Mina pudo hacer fue mirar a Lynet y maravillarse de que estuviera de pie allí, viva.

De pronto, regresó a la capilla, a la noche del cumpleaños de Lynet, revivió el momento en el que descubrió que Lynet había oído todos sus secretos. *¿Cómo podremos alguna vez superar esto?*, se había preguntado en ese

entonces, y ahora pensaba lo mismo. Nunca más podrían caminar al unísono: una de ellas siempre debería perder terreno hasta que no hubiera otra opción más que caer.

Mina dio un paso hacia ella.

–No tengas miedo –dijo.

Había esperado que Lynet respondiera a esa frase sencilla como siempre lo había hecho –*no tengo miedo*, dicho rápido, a la defensiva, intentando convencerse a sí misma al igual que a los demás–, pero ella solo le devolvió la mirada a Mina. Formó una palabra con los labios y habló demasiado bajo para ser audible: *Mina*. Y luego continuó en voz más alta:

–Debo preguntarte algo; algo que me ha perturbado. ¿Estabas con mi padre cuando murió?

Mina se sorprendió al oír la pregunta, pero respondió:

–Sí. Preguntó por ti.

–¿Él... él murió por mi culpa? ¿Porque creyó que yo había muerto?

Comenzó a retorcer la tela de su vestido, mientras un poco de su antigua inquietud aparecía, y Mina supo que hubiera mentido de ser necesario en vez de permitirle a Lynet que cargara con la culpa de la muerte de su padre.

–No –dijo Mina–. Intenté decírselo, pero no me creyó. Deliraba un poco al final, y pensó que venías a verlo.

Lynet frunció el rostro un instante mientras intentaba no romper en llanto, y Mina quiso extender la mano y suavizar las líneas en su frente. *No quieres arruinar tu belleza.*

¿Por qué no se acercó a Lynet en ese instante para abrazarla o para dejarla llorar en su hombro como lo había hecho tantas veces antes? Pero sabía por qué esa vez era diferente: antes, siempre había sabido cuánto tiempo debía abrazar a Lynet antes de apartarla suavemente para que la chica no percibiera el silencio que reemplazaba el latido que Mina debía tener. Pero ahora Lynet



ya lo sabía, así que era demasiado tarde: demasiado tarde para apartarla, demasiado tarde para siquiera abrazarla.

Lynet recobró la compostura y alisó las arrugas de su vestido con las manos. Ahora que había preguntado acerca de la muerte de su padre, parecía más liviana, como si se hubiera quitado de encima las últimas dudas que le quedaban. Pero ¿cómo podía parecer tan segura, tan confiada? Mina por poco sentía que *ella* era quien había sido capturada en vez de Lynet.

–Eres la única familia que me queda –dijo Lynet–. Esperaba que...

–¿Qué esperabas? ¿Qué podríamos ser como éramos antes? –Mina no supo cuán duras habían sonado sus palabras hasta que vio que Lynet comenzó a retroceder.

–No –respondió la joven. Respiró hondo, contuvo el aliento unos segundos, y luego se enderezó de nuevo y miró a Mina a los ojos. Su voz era firme y clara cuando prosiguió–. No quiero que las cosas vuelvan a ser como eran. Me ocultaste tantas cosas y yo... yo quería ser tú sin saber quién eras realmente.

Mina se puso tensa.

–Pero supongo que ahora lo sabes, ¿verdad? Sabes exactamente qué soy. Por supuesto que ya no quieres ser como yo.

–No era eso lo que quería decir. No podemos hacer que las cosas vuelvan a ser como antes, pero quizás... –dio un paso hacia Mina y se detuvo bajo el haz de luz de luna que iluminó cada rastro de esperanza y determinación que había en su mirada–. Quizás podemos crear algo nuevo. Ahora sé más sobre ti de lo que jamás supe antes, y aún quiero que seas mi madre.

–Tu madrastra.

–No –replicó Lynet–. Siempre te quise a ti, desde el primer momento en que me encontraste oculta en aquel árbol. Mi madre es la mujer que me observó crecer, que peinó mi cabello cada noche con sus manos. Tú eres la

madre que elijo, la que amo.

Lynet dio otro paso hacia Mina, ofreciéndole mucho, *pidiéndole* mucho, y lo único que Mina pudo hacer fue dar un paso atrás y apartar la mirada.

–No puedes amarme –susurró–. No *puedes*.

Pero Lynet ahora estaba frente a ella; tomó las manos de Mina y las sujetó con firmeza.

–¿Cómo puedes creer eso? ¿No has visto cuánto te amaba durante todos estos años?

Mina se apartó del alcance de Lynet y apoyó la espalda contra la puerta. Había permitido que la arrinconara, y resentía a Lynet por haberle hecho eso, por hacer que sus palabras sonaran tan sinceras, tan reales, cuando ella sabía que nunca podrían serlo.

–No lo entiendes –dijo–. No me conoces tan bien como crees –apartó a Lynet para poder pasar junto a ella y por poco tropieza con un sillón polvoriento al llegar al centro de la habitación.

Estaba de espaldas a Lynet, pero aún podía oírla hablar.

–Por ese motivo fui al Sur. Quería saber más acerca de ti. También quería saber más acerca de mí. Creí que Gregory me daría esas respuestas. Pensé que él podría ayudarme a hallar una cura para ti, para tu corazón.

A Mina se le escapó una risa que le dañó la garganta. Volteó lentamente hacia Lynet.

–¿Y tuviste éxito en tu búsqueda de una cura para mi corazón?

Lynet negó con la cabeza pero mantuvo la espalda erguida, aunque sus ojos la traicionaron al exhibir su miedo y sus dudas.

–Si fallé fue porque busqué respuestas en el lugar equivocado. Gregory no te conoce en absoluto. Él nunca nos ha comprendido a ninguna de las dos o al vínculo que compartimos. Mi padre tampoco nos comprendía.

–Entonces ¿crees que hay una cura para mí? –replicó Mina intentando sonar

cínica, pero fue incapaz de reprimir el único rastro de esperanza que impregnaba la última palabra.

El silencio que sucedió pareció interminable, y Mina quería decir algo más, evitar que Lynet continuara hablando, pero la chica respondió:

–No estoy segura de que necesites una, pero...–su voz flaqueó y respiró hondo antes de continuar–. Pero traje algo para ti... una carta. Tus guardias me la quitaron cuando me hallaron en el bosque, pero es para ti. Quería que la leyeras. Y... también se me ocurrió algo más –Lynet jugaba con la tela de su vestido y sonreía con timidez–. Es... es infantil, tal vez, pero...

Lynet soltó la tela con la que jugaba y alzó la vista hacia Mina. Se acercó a la mujer, estaba en medio de la habitación, y alzó una mano frente a ella, con la palma hacia Mina.

–Alza la mano, así.

Mina no comprendía, pero imitó la posición de la mano de Lynet y sus palmas quedaron enfrentadas.

Lynet acercó más su mano hasta que presionó las puntas de sus dedos contra las de Mina.

–Ahora, empuja –dijo Lynet.

Presionaron juntas, y formaron un entramado de piel con los dedos.

–¿Para qué es esto? –preguntó Mina.

–Solo espera –respondió ella–. Cierra los ojos.

Esperó a que Lynet hubiera cerrado los suyos antes de hacer lo mismo. Pasó más tiempo y comenzaba a preguntarse si Lynet le había tendido alguna clase de trampa.

Y entonces, lo sintió.

Allí, en la punta de sus dedos, sintió el pulso constante de los latidos de Lynet. Pero cuanto más mantenía sus dedos allí, cuanto más presionaba, más parecía que ese latido provenía del interior de su propio cuerpo. O más bien,

resultaba imposible distinguir a cuál de los dos cuerpos pertenecía. Mina sabía que era el pulso de Lynet, pero también, milagrosamente, era suyo. Resonaba a través de su mano, por su brazo, en su pecho, y se preguntó cómo había vivido todos esos años sin aquel ritmo suave.

El pulso que era de ella, pero a la vez no le pertenecía, pareció destrabar algo en su interior; ahora su sangre fluía con mayor libertad y sentía todo a la vez: la tristeza por la muerte de Lynet combinada con la sorpresa que sintió al oír que estaba viva; la vergüenza que había sentido al verla de nuevo y la esperanza que había oído en la voz de Lynet cuando ella insistió en que la amaba como a una madre.

A Mina le ardían los ojos: estaba llorando.

Sorprendida por aquellas lágrimas, Lynet apartó la mano y a Mina la abrumó el vacío repentino de su conexión rota. La joven la miraba preocupada, y Mina en ese momento podría haber abrazado a aquella niña cuyo corazón era tan fuerte y tan inmenso que podía latir por las dos.

Corrió hacia la puerta; necesitaba alejarse de Lynet antes de sucumbir al miedo y a la voz de su padre que siempre susurraba en su mente.

–Prométeme que encontrarás la carta –exclamó Lynet; su propia voz estaba quebrada por el comienzo del llanto.

Mina avanzó tambaleante hacia la puerta, ignorándola.

–¡Mina, por favor, prométeme que la leerás!

Pero Mina cerró la puerta al salir y amortiguó la voz de Lynet. Comenzó a cerrar la puerta por costumbre, pero luego se detuvo y dejó la llave en la cerradura. Lo que Lynet hiciera a continuación dependía de sí misma.

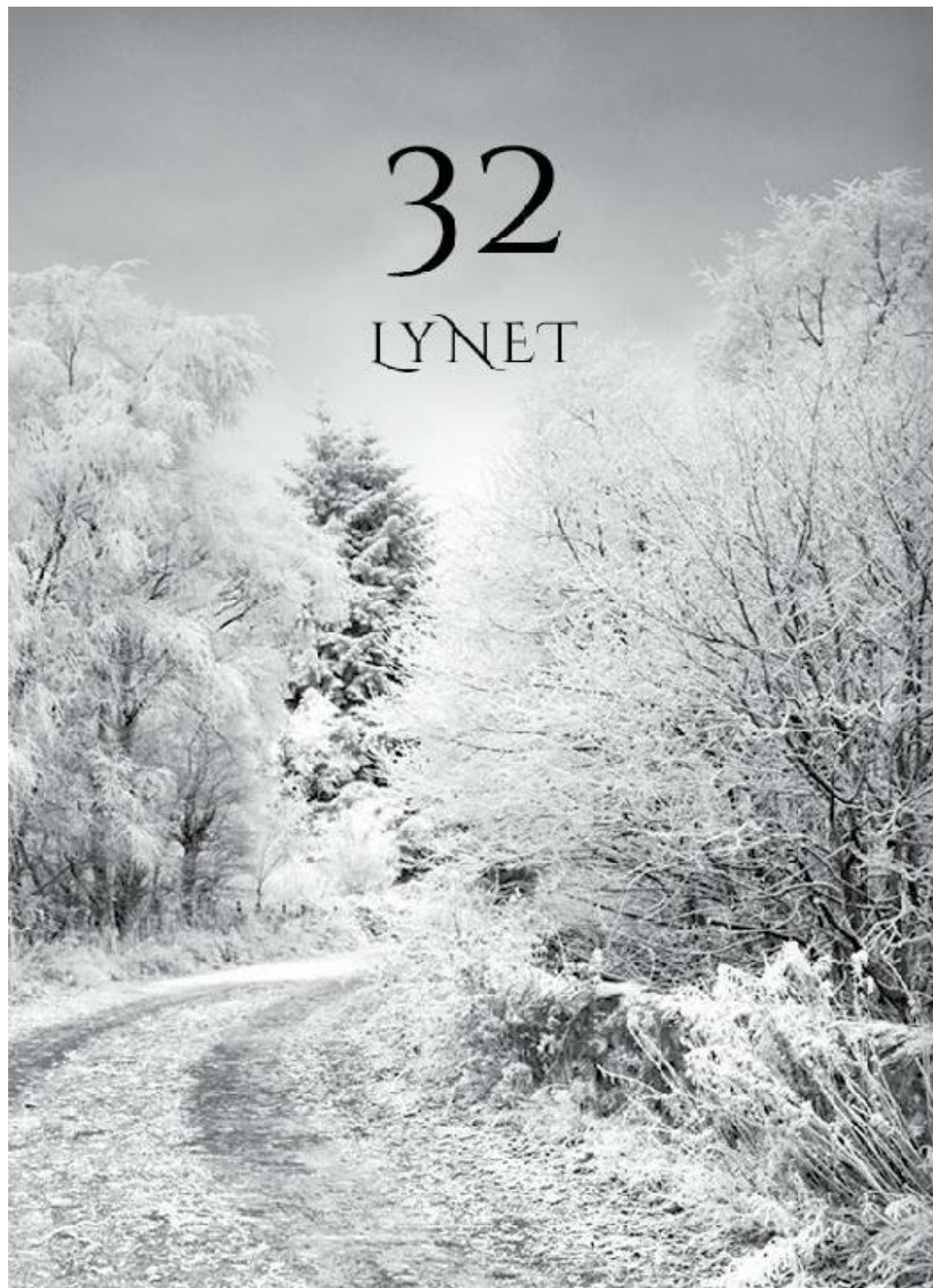
Las últimas palabras de la joven resonaban en su mente mientras bajaba las escaleras de la torre. *Pométeme que la leerás*. Había una carta, algo que se suponía que Lynet había escrito para ella. Pero cuando Mina descendió de la torre, se dirigió sin escalas a la capilla; había un hilo invisible que la llevaba

allí cada vez que necesitaba refugio. Cayó de rodillas frente al altar y colocó una mano sobre su pecho, creyendo en parte que sentiría aquella presión suave de su propio latido que Lynet le había transferido.

Pero no había nada, por supuesto. Nada había cambiado realmente. La verdad aún se interponía entre ellas como un cuchillo despiadado: solo una podía ser reina. Solo una podía ganar.

32

LYNET



*L*a leerá, se dijo a sí misma Lynet mientras caminaba por la habitación circular, mordiendo su pulgar. *La leerá, regresará conmigo y todo estará bien.*

Ella no había querido decirle a Mina el contenido de la carta o siquiera que Dorothea la había escrito; no estaba segura de que Mina fuera a creerle a menos que ella misma la leyera. Pero aún había demasiados peligros. ¿El guardia que la había tomado aún la tendría en su poder? ¿Mina lo encontraría y la leería? Y aunque lo hiciera, ¿haría alguna diferencia?

Había intentado conectarse con Mina lo mejor que pudo, con sus palabras y con su corazón. Desde aquella noche bajo el árbol en la que ella y Nadia habían presionado sus manos, Lynet había querido ver si podía usar el mismo truco para darle a Mina la sensación de un latido real, aunque solo fuera temporario. Pero ella se había marchado a toda prisa y ahora, mientras permanecía sola en la torre vacía, Lynet supo que la carta era su última oportunidad. Dejó de caminar y se detuvo en el mismo lugar donde había notado que Mina lloraba. Nunca antes había visto a su madrastra llorar: estaba segura de que eso significaba que había llegado de algún modo a su corazón.

Cada vez que Lynet caminaba por la habitación, la sala parecía hacerse más y más pequeña; la ventana sellada la hacía sentir que no podía respirar en profundidad. Se preguntó si alguien custodiaba la puerta, si podían traerle un poco de agua, algo que la hiciera sentir que no estaba inhalando el mismo aire viciado. Intentó llamar a la puerta, pero, en vez de oír una voz como respuesta, oyó que algo cayó al suelo. Lynet frunció el ceño, apoyó la oreja contra la puerta y prestó atención para ver si oía algún movimiento. Si no supiera lo contrario, hubiera creído que una llave había caído de la cerradura.

Mina había partido tan rápido... ¿era posible que hubiera olvidado llevarse

la llave? ¿Había olvidado por completo trabar la cerradura? ¿O había *elegido* dejar la puerta destrabada? Apenas atreviéndose a creer que tendría éxito, Lynet giró la manija despacio y se sorprendió cuando cedió bajo su mano y la puerta comenzó a abrirse de a poco. Sin embargo, no la abrió por completo, en caso de que hubiera guardias esperando afuera. Aún no estaba segura de que no fuera alguna clase de prueba o de trampa.

Pero ahora tenía una opción: podía permanecer allí, esperando y preguntándose qué ocurriría a continuación, dónde estaba la carta, si el cazador la había hallado o si Mina la leería, sin tener control alguno de la situación. Pero, si la puerta abierta no era una trampa, si Mina realmente había olvidado o elegido no cerrarla con llave, entonces Lynet podría escabullirse por el castillo y buscar al cazador. Podría intentar recuperar la carta y entregársela a Mina en persona.

Lynet observó con atención la puerta mientras repasaba varias veces las opciones en su mente antes de decidir que no podía desperdiciar aquella oportunidad de recuperar el control de su plan. No creía que Mina fuera a diseñar una prueba para que Lynet fallara, en especial después del momento que habían compartido. Extendió la mano hacia la puerta de nuevo...

Pero antes de que sus dedos hubieran tocado la manija, la puerta se abrió con un chirrido y Mina apareció de pie en la entrada, con la mitad del cuerpo oculto en las sombras. Estaba tranquila y controlada, su rostro era suave e imperturbable; ya no llevaba el cabello suelto, sino que estaba trenzado en espirales tensos alrededor de su cabeza.

—¡Mina! —dijo, sorprendida. No había oído pasos que se aproximaran a la puerta.

Mina avanzó y obligó a Lynet a retroceder y a ingresar de nuevo en la habitación. Intentó ver si su madrastra tenía los ojos rojos o llenos de lágrimas aún, pero la sombra los ocultaba. Vio que Mina sujetaba algo en la



mano, pero no era la carta.

–¿Encontraste la carta? –preguntó Lynet de inmediato.

Mina frunció el ceño levemente.

–Sí –respondió; su voz era perfectamente estable–, pero no estoy aquí por eso. Tengo algo para ti, algo que olvidé darte antes.

Lynet la observó, confundida, y por poco se preguntó si su última reunión había sido solo un sueño. Mina actuaba como si nada hubiera ocurrido, como si nunca hubieran compartido un latido. Pero su madrastra extendió la mano, quitó un paño negro y le entregó a Lynet su brazalete de plata.

Todas las preocupaciones de Lynet desaparecieron en un segundo. Si Mina parecía tensa o formal, solo era porque estaba nerviosa ante aquel gesto: un regalo que le recordaba a Lynet a la primera vez que se habían encontrado bajo el enebro. Mina debía haberlo conservado después de hallarlo en el cadáver creado por Lynet; lo había guardado todo ese tiempo, esperando para devolvérselo.

–Mina, gracias –respondió ella–. Me preocupaba que... Pero todo está bien entre nosotras ahora, ¿verdad?

Mina curvó los labios en una sonrisa e inclinó la cabeza para evitar la mirada de Lynet.

–Eso espero, Lynet. Lo aceptarás de nuevo, ¿verdad?

–Por supuesto –tomó el brazalete y lo colocó en su muñeca. Su peso era familiar y bienvenido–. Y ahora podemos...

Las palabras quedaron paralizadas en su garganta. Una sensación desconocida, muy parecida al dolor, se extendió por su mano y sus dedos se entumecieron. *Frío*, pensó. *Así se siente el frío*. Mina la observaba mientras doblaba el paño. *¿Por qué usó un paño? ¿Por qué no me entregó el brazalete directamente?* Lynet había creído que era solo una decoración para sorprenderla, pero ahora no podía dejar de pensar que Mina nunca había

tocado el brazalete.

*Veneno.*

Había esperado –había querido creer con tanto fervor– que Mina no la lastimaría. Había creído que la carta sería la cura que había estado buscando... un recordatorio para Mina de que era más de lo que su padre la había hecho ser. Había tenido esperanzas y se había equivocado; incluso había sido ingenua. Débil. *Esa* era Mina, de pie frente a ella, la que había optado por darle un brazalete bañado en veneno. La que elegía matarla.

El frío ahora se expandía a todas sus extremidades, y tuvo que recordar que Nadia había cambiado los venenos, que no moriría realmente. Pero mientras sus brazos y piernas se entumecían, no dejaba de pensar en lo fácil que Gregory podría haber descubierto el truco de Nadia. ¿Y si él había descartado la ampolla de vidrio original y había seleccionado una nueva? ¿Y si había cambiado de opinión acerca de qué veneno usar? ¿Y si realmente estoy muriendo? Todos los riesgos que había estado dispuesta a correr le parecían tontos en ese instante, el resultado de su confianza perdida.

No quería que Mina viera lo asustada que estaba.

–No te irás hasta que no veas cómo sucede, ¿cierto? –dijo Lynet; su voz era glacial como el veneno en su sangre–. ¿Quieres verme morir?

Mina no respondió. Solo inclinó la cabeza a un lado, esperando. Bajo la luz tenue, parecía diez años más joven, su rostro era casi antinaturalmente suave, incluso la acumulación de cabellos grises en sus sienes quedaba oculta.

Lynet cayó de rodillas. Se preguntaba si el veneno se detendría si quitaba en ese instante el brazalete de su mano, o si ya era demasiado tarde. No tenía importancia; ya no podía mover los brazos. Estaba convirtiéndose en hielo, congelándose desde el interior. *No es real. No estoy muriendo.* Pero entonces, ¿por qué el frío que la atravesaba se parecía tanto a la muerte?

Se le nublaba la vista, pero algo capturó su atención: un paso pesado, un

destello gris cerca de la puerta. Una voz familiar dijo: ¿Ya ha terminado? Y luego centró la vista y vio a Gregory ingresando al cuarto.

Pero no; Lynet ya había pensado al respecto: él necesitaría a Nadia antes de quitarle el corazón. Nadia lo retrasaría hasta que ella tuviera la oportunidad de despertar de nuevo...

*Pero hice que Nadia me prometiera que partiría si me envenenaban. ¿Por qué había hecho eso? ¿Qué había creído que ocurriría después de su envenenamiento, si nadie estaba allí para protegerla de Gregory mientras dormía? Creí que Mina nunca me envenenaría en primer lugar. Así que había dejado que sus sentimientos debilitaran su juicio de nuevo. Por lo que sabía, Nadia se había equivocado y Gregory podría hacer la cirugía sin ella, de ser necesario. O quizás no necesitaba a Nadia para quitarle el corazón, y solo requería su asistencia para trasplantarlo a su cuerpo y Gregory estaba a punto de arrancárselo mientras aún estaba viva.*

—No —Lynet se asfixió. Intentó ponerse de pie, pero apenas logró avanzar unos milímetros sobre sus rodillas, luchando por mantenerse erguida. Trató de cubrir su corazón con una mano, un intento inútil e instintivo de protegerse, pero su mano no le obedecía. Y a pesar de todo, miró a Mina para que la ayudara, como siempre lo había hecho—. No permitas que él...

Pero Mina no hizo nada, no habló, y Gregory se puso de pie junto a su hija.

—No debería faltar mucho ya —susurró él—. Quédate aquí hasta que muera. Regresaré pronto.

Él partió y Lynet quedó a solas con Mina de nuevo, con el rostro blanco como la nieve.

*Nieve*, pensó Lynet mientras su mente se nublaba. *Aún tengo la nieve*. Podía usarla para protegerse, para mantener a Gregory alejado... pero cuando llamó a la nieve sobre el techo, un espasmo de dolor atravesó su pecho, y gritó. El veneno detenía su corazón, congelaba su sangre y paralizaba su magia.

Y sin embargo, el detalle más doloroso de todos era que Mina simplemente podía permanecer de pie allí y *observarla*.

–No se suponía que ocurriera así –susurró Lynet con los dientes apretados y la cabeza inclinada por su propio peso–. Tenía demasiada fe puesta en ti... o demasiada fe en mí misma al pensar que te conocía tan bien –su lengua se tornó pesada–. Ahora te conozco. Te veo –con un último esfuerzo, alzó la cabeza para mirar a Mina a los ojos. Ahora, por fin veía esos ojos con claridad: eran negros, resplandecientes y vacíos, dos piedras vidriosas colocadas en un rostro humano.

Lynet apartó la mirada antes de ver su muerte reflejada en ellos.



33  
MINA

**M**ina se acurrucó en la capilla, temblando a causa del viento frío que ingresaba por las ventanas rotas. Sus pensamientos eran tan caóticos y confusos como lo habían sido cuando huyó de la Torre Norte, con el latido de Lynet aún resonando en su pecho.

*Vaya reina soy*, pensó con amargura. *Me oculto de una niña de la mitad de mi edad*. ¿Y qué haría una reina de verdad? Terminar con cualquier amenaza, por supuesto, incluso si hacerlo implicaba matar a su propia hijastra. Eso era lo que su padre querría que hiciera.

Mina salió de su trance al oír unos pasos apresurados. Cuando los oyó en la puerta de la capilla, ni siquiera volteó.

Cuando alzó la vista, vio a Félix cerca de ella.

–Esto es para ti –dijo él, con voz fría e impersonal. Ella miró hacia arriba y vio que él le ofrecía algo, un papel plegado de bordes amarillentos.

La carta de Lynet. Miró a Félix, sorprendida.

–¿Fuiste a verla?

Él asintió.

–Le causé un mal terrible y debía repararlo.

*Lo hace sonar tan fácil*, pensó ella. Al igual que Lynet, Félix era demasiado inexperimentado para comprender que a veces era demasiado tarde para perdonar, demasiado tarde para dejar de avanzar por el sendero elegido. Ella le arrebató la carta de las manos.

–¿Realmente crees que esta carta puede cambiar algo?

Él movió la cabeza de lado a lado, despacio.

–No lo sé. Solo le prometí que la encontraría y te la daría. Le advertí que no podía obligarte a leerla si no querías hacerlo.

Mina suspiró, desdobló el papel y miró rápido las primeras líneas mientras apoyaba la espalda contra el altar.

Mi querida Mina, no puedo irme sin decirte adiós...

Ella frunció el ceño, arrugando la nariz ante el olor a moho del papel viejo. Había creído que lo único viejo era el papel, y que Lynet había escrito la carta, pero esa no era la caligrafía de su hijastra. No reconocía en absoluto aquella letra. Sus ojos bajaron al final de la página y el nombre, Dorothea, le hizo dar un grito ahogado.

Félix inclinó la cabeza hacia un lateral.

—¿Debería dejarte sola?

—No —respondió ella, rápido—. No... no te vayas —no deseaba estar a solas con el fantasma de su madre. Félix suspiró y se acomodó a su lado, con cuidado de no permitir que sus hombros rozaran los de Mina.

Al principio, Mina imaginó que esa carta era el último adiós de su madre antes de quitarse la vida, pero mientras la leía y releía algunas oraciones varias veces, comenzó a fruncir el ceño, confundida. Las palabras de su madre no concordaban con lo que Mina sabía, con lo que esperaba. No comprendió las palabras hasta que dejó a un lado la historia que conocía y centró su atención en la historia que contaba la carta en sus manos.

La carta no era solo una despedida. Era una disculpa... y no por suicidarse, sino por huir.

Desearía poder llevarte conmigo, pero no sé a dónde iré, si podré cuidar de mí misma y ni hablar de una niña de tu edad con tu salud frágil. Tu padre dice que tu corazón está estable gracias a lo que él ha hecho, pero nunca sé si está mintiendo o si solo intenta engañarme. Nunca antes he estado sola. Nadie jamás me ha dicho cuán difícil era ser madre, cuán infantil me sentiría aunque sujetara en brazos a mi propia hija...

El papel tenía manchas en algunas partes... borrones de tinta que indicaban momentos de vacilación, manchas que quizás habían sido lágrimas.

Sé que debería quedarme y que está mal que te deje aquí con él, pero no

puedo evitar odiarlo y sé que él lo ve en mí y que también me odia por ello. Y estoy segura de que si me quedo, él me causaría algún daño. Pero no lastimaré a su única hija, no después de haberse esforzado tanto por salvar tu vida. Te he fallado demasiadas veces y no merezco tu perdón, aunque espero que un día aún intentes pensar en mí con amabilidad. No te buscaré en caso de que no me quieras, pero siempre estaré esperando, por si alguna vez encuentras tu camino de regreso hacia mí.

Y luego, milagrosamente, las palabras que tenían menos sentido de todas... Te amo, Mina. Te amo muchísimo. Desearía poder ser más fuerte por ti.

A Mina le temblaban las manos, por la furia *–me abandonó–* y por la alegría: *me amaba*. Deslizó los dedos sobre esas últimas palabras una y otra vez, deseando abrazarlas, transformarlas en algo con peso y forma, algo que pudiera llevar con ella. Todos esos años, esa carta había estado guardando el secreto del amor de su madre. ¿Dónde había estado? ¿Cómo la había hallado Lynet?

Mina recordó que su hijastra había acudido a Gregory. Lynet siempre era muy curiosa, siempre fisgoneaba donde no debía. Él había guardado la carta, o quizás había olvidado que la tenía, pero igual *sabía* que Dorothea no se había suicidado. Le había mentado a Mina acerca de la muerte de su madre, del amor de su madre, del modo en que funcionaba su corazón. *No eres capaz de amar, y nunca te amarán*, había dicho él, y se había equivocado.

¿*No has visto cuánto te amaba durante todos estos años?*, había preguntado Lynet.

No, no; ella solo había visto el mundo a través de espejos, se había rodeado de imágenes distorsionadas y había creído que eran reales. *Lynet es más joven y más hermosa que tú, y te reemplazará*, le había dicho una de ellas, y ella lo había creído mientras ignoraba la sonrisa feliz en el rostro de Lynet cuando hablaba con su madrastra, el amor que brotaba de ella con cada palabra. Mina



había permitido que los reflejos la engañaran, demasiado asustada de mirar debajo de ellos en busca de un corazón que no creía poseer. Se preguntaba cuándo había comenzado a imaginar que Lynet era tan fría y cruel como Mina se veía a sí misma.

Dejó cuidadosamente la carta en el suelo, volteó para tomar el rostro de Félix con las manos y lo miró con atención. Todas las veces que él le había dicho que la amaba... ¿había hablado en serio? Incluso ahora, cuando él estaba molesto con ella, se había quedado a su lado simplemente porque ella se lo había pedido. Deslizó el pulgar con timidez sobre los labios de Félix y recordó lo que él le había dicho en la cripta. *Y cuando te toqué, sentí que era como la primera vez, la noche que me creaste*; ella ahora se sentía así porque era la primera vez: la primera vez que ambos estaban vivos juntos; separados, pero iguales. La primera vez que ella sintió una calidez desconocida expandiéndose por su pecho y supo que lo amaba, al igual que él la amaba a ella.

–Oh, Félix, lo lamento –susurró ella, pensando en cómo por poco había querido matarlo aquella noche.

Mina comenzó a alejarse, pero él tomó su mano, inclinó la cabeza y presionó los labios contra las venas de las muñecas de Mina, donde su pulso debería haber estado, aceptando las partes de ella que ella pensaba que estaban rotas, al igual que él siempre lo había estado. Y luego, ambos se abrazaron; él la sujetaba con firmeza, con una mano hundida en el cabello de Mina mientras ella susurraba “me amas” una y otra vez contra la mejilla de Félix.

–Lynet tenía razón –dijo él, apartándose de ella–. Dijo que la carta podía hacerte bien.

Mina no pudo responder. Su madre aún la había abandonado, la había dejado con su padre, y sintió una oleada de resentimiento, una desesperación

abrumadora al preguntarse cómo habría sido su vida de diferente si Dorothea hubiera tenido la valentía suficiente de quedarse o de llevarla con ella. *Desearía poder ser más fuerte por ti.* Sin embargo, cuando Mina repitió esas palabras en silencio, no oyó la voz de su madre, sino la propia: *Desearía poder ser más fuerte por Lynet.* Dorothea había huido de su rol de madre. Mina no había escapado, pero le había fallado a Lynet. Solo las madres muertas eran perfectas: las vivas eran desastrosas e impredecibles.

*¿Crees que hay una cura para mí?*

*No estoy segura de que necesites una.*

Lynet lo había sabido. Había comprendido que el corazón de Mina no estaba tan dañado como Mina o Gregory habían afirmado. Ella había leído la carta, pero más que eso, Lynet la había *amado*. Incluso ahora, la amaba. Y Mina... Mina por fin tomó su decisión. Haría lo que su madre no había sido capaz de hacer: protegería a su hija.

Abandonó el suelo de la capilla, tomó la carta y caminó hacia la puerta. Félix la siguió de cerca.

–¿Crees que ella aún esté en la torre? –le preguntó al hombre–. Dejé la puerta sin llave.

–Creería que sí –respondió él–. Los guardias dijeron que vino por voluntad propia, que no intentó huir o resistirse.

Entonces, Mina iría con ella, Lynet vería que tenía la carta y sabría de inmediato que Lynet la había comprendido mejor de lo que Mina se comprendía a sí misma. *¿Y la corona? ¿Y el Castillo de Verano?*, susurró una voz traicionera en su oído. *Solo una puede ser reina.* Era cierto. Tropezó mientras se apresuraba a avanzar por el pasillo largo que llevaba al ala este y Félix sujetó su brazo para evitar que cayera. Pero ¿qué era la devoción falsa y fugaz de Primavera Blanca en comparación con el amor que Lynet le había demostrado? ¿Qué era el peso de una corona sobre su cabeza en comparación

con la presión de los dedos de Lynet contra los suyos mientras le había prestado a Mina su corazón? Lo único que aún quería era el Sur; el Sur, que era lo único que le daba sentido a su reino, pero ¿querría Lynet incluso quitarle eso como Nicholas había hecho?

*Debo confiar en ella*, pensó Mina. *Debo ganarme su confianza*. Continuó avanzando hacia las escaleras que la llevarían a la Torre Norte...

... donde por poco chocó contra su padre, que se dirigía en la dirección opuesta. Él lucía peor de lo que ella jamás lo había visto; tenía la piel estirada sobre sus facciones huesudas, y como se asustó al verla, tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Mina deslizó el pulgar sobre el papel que sujetaba en la mano, recordando las palabras escritas allí. Su madre había huido de Gregory porque no sabía cómo proteger a su hija de él. Mina no se permitiría hacer lo mismo.

—No lo haré —dijo mientras caminaba hacia él, cerca de las escaleras—. No la envenenaré.

Gregory emitió una risa débil.

—No me sorprende —respondió, moviendo la mano con desdén en dirección a ella—. Siempre has permitido que esa niña te manipule.

Por un instante, Mina hirvió de furia, y luego alzó la carta hacia él.

—¿Por esa razón me entregó *esto*?

Él tomó la carta, pero no había rastros de reconocimiento mientras miraba el papel con el ceño fruncido. Desplegó la hoja y solo entonces, su expresión cambió y sus manos se tensaron sobre el papel.

—¿De dónde sacaste esto? —siseó él.

—Pregúntale a Lynet. Ella es quien la encontró, probablemente cuando estaba contigo. Me dijiste que mi madre había *muerto*. Me dijiste que se suicidó porque me *odiaba*... —dejó de hablar; su voz temblaba peligrosamente mientras pronunciaba en voz alta las palabras que hasta

entonces solo había pensado en silencio, avergonzada.

Él parecía listo para romper el papel en dos; apretaba la hoja muy fuerte en su mano y Mina le arrebató la carta y rompió una esquina del papel al hacerlo.

–No te oculté la carta –dijo Gregory, su voz era un gruñido bajo–. Debo haberla guardado en alguna parte y olvidado que la tenía; de otro modo, la habría quemado. ¿Acaso importa si tu madre está muerta o no? Nos abandonó a los dos.

Mina movió la cabeza de lado a lado.

–No, no tiene importancia. Lo que importa es que amaba lo más que podía, y tú me dijiste que yo no puedo amar ni ser amada. ¿Eso también era una mentira?

Él vaciló; su mirada continuaba clavándose en la carta que Mina sujetaba. Por fin, dijo:

–No lo sé.

–Por supuesto que no lo sabes –Mina reprimió el llanto–. Nunca has sabido nada acerca del amor.

Pero eso no era completamente cierto. Él sabía que si criaba a su hija sin amor, y que si le decía con frecuencia que no era capaz de experimentarlo, ella pronto comenzaría a darle la razón, aunque fuera tan solo porque era lo único que había conocido. Él la había recreado a su imagen y semejanza; no quitándole su corazón, sino convenciéndola de que ella era incapaz de amar, al igual que él.

Gregory frunció el rostro y comenzó a extender la mano hacia Mina, pero entonces, posó los ojos en Félix que estaba de pie en un lateral del pasillo. Dejó caer la mano y habló en un susurro feroz:

–No te pareces en nada a mí. Si fuera así, la chica hubiera muerto hace horas.

–La protegeré de ti. Nunca más permitiré que te acerques a Lynet –replicó Mina–. Nicholas tenía razón en mantenerte lejos de ella. ¿Entendido? No la lastimaré y tampoco permitiré que tú lo hagas.

Gregory hizo una mueca que aparentaba pena, pero sus ojos resplandecían con diversión oculta.

–Oh, Mina, tú eres quien no entiende. Ya está hecho.

Mina retrocedió, sorprendida.

–¿Qué dijiste?

–¿No oyes los pasos? –preguntó él y se apartó a un lado.

Mina *ahora* los oía resonando por la escalera curva con cada paso uniforme, una burla al latido que ella no tenía. Observó con horror creciente mientras reconocía la silueta que ahora bajaba por la escalera con elegancia perfecta: primero vio su pie delicado, dando pasos pequeños y cuidadosos, y luego el dobladillo familiar de su vestido verde, hasta que una mujer serena y elegante como Mina siempre había deseado ser, salió de las sombras de la escalera. Tenía el mismo rostro que Mina, excepto que no había arrugas que arruinaran su belleza, ni rastros de envejecimiento o angustia. Tenía el cabello trenzado, ni un pelo fuera de lugar, ni canas asomándose en sus sienes. Era el reflejo de Mina que había cobrado vida, idéntica a ella en todo... salvo los ojos. Los ojos eran vacíos y espeluznantes.

Por un instante, ella simplemente permaneció allí de pie, mirándose a sí misma: una versión sin sentimientos, sin corazón alguno. *Así es cómo él quería que yo fuera*, pensó. Y solo verla hizo que comprendiera cuán equivocada había estado todo ese tiempo, cuán profundamente podía amar... porque era probable que Lynet ya estuviera muerta y mientras que Mina sentía que la sangre abandonaba su rostro, a la otra Mina no le importaba en absoluto.

Gregory chasqueó los dedos y la otra Mina colapsó al convertirse en una

pila de fragmentos de vidrio que se desparramaron por las escaleras.

–Tuve que usar la poca fuerza que me quedaba para crear esa cosa porque sabía que tú no lo harías –dijo él; su voz estaba cansada, pero impregnada de desprecio. El rostro de Gregory era una máscara de odio cuando volteó hacia ella–. ¿Lo ves, Mina? Después de todo, no te necesito.

Mina lo empujó a un lado y por poco tropezó con los fragmentos de vidrio cuando subió corriendo la escalera, maldiciéndose a sí misma por haber dejado el veneno en su cuarto, por dejar la puerta sin llave, por casarse con Nicholas y haberse involucrado en la vida de Lynet. Cuando llegó a la parte superior de la escalera, la puerta estaba abierta de par en par. Ella corrió dentro y emitió un grito estrangulado cuando vio el cuerpo de Lynet desparramado de espaldas en el suelo, su cabello desordenado alrededor de su cabeza. Tenía un brazo extendido a su lado y Mina vio el resplandor del brazalete plateado en su muñeca: el brazalete que había estado en su mesita de noche, junto a la ampolla que contenía el veneno. Su padre había tomado aquel primer gesto de confianza entre ellas y lo había usado para matarla.

*No está muerta, no puede estar muerta.* Mina cayó de rodillas junto al cuerpo inmóvil de su hija y acunó la cabeza de Lynet en su regazo. *Murió pensando que fui yo... que yo la maté.*

Mina sintió en vez de oír la otra presencia y alzó la vista para ver a Félix de pie en la puerta.

–Tu padre se ha ido –dijo él–. No sé a dónde se dirigía.

–Eso no importa ahora –respondió Mina con voz ronca. Inclino la cabeza y besó la frente fría de Lynet–. Lo siento –susurró–. Lo siento tanto. No quería que esto ocurriera, te... –quería decir *te amo*, pero las palabras quedaron atascadas en su garganta. Nunca había sido capaz de decírselas a Lynet cuando estaba viva así que le parecía mal decirlas ahora que estaba muerta. Usó la tela de su falda para proteger su piel, logró tomar el brazalete y

quitarlo, con la esperanza de que hacerlo fuera a revivirla. Puso los dedos contra la muñeca de Lynet para comprobar su pulso y, por un instante sorprendente, estuvo segura de que sentiría el latido de Lynet resonando en su cuerpo de nuevo, pero, en cambio, solo sintió su propio vacío; el corazón de Lynet ahora estaba igual de silencioso que el de Mina.

Todavía estaba sentada en el suelo, inclinada sobre Lynet con su cuerpo entre los brazos, cuando la cirujana apareció en la puerta, agitada.

–Su padre me dijo que viniera de inmediato. Dijo que... –dejó de hablar mientras asimilaba la vista del cuerpo inerte de Lynet.

Mina por poco le ordenó a la cirujana que partiera. *Ella* había sido quien había llevado a Lynet hasta esa trampa en primer lugar, y la que había puesto en marcha todo aquel desastre. Pero entonces, una ínfima esperanza, muy pequeña, pero aún peligrosa, la hizo reconsiderar. ¿Era posible que Lynet aún no hubiera muerto? La cirujana de la corte lo sabría mejor que ella.

Mina apoyó con cuidado el cuerpo de Lynet en el suelo, quieto e inerte, y se puso de pie en un intento de recuperar algún sentido de dignidad frente a aquella joven. Sin embargo, Nadia no la miraba; tenía los ojos puestos en Lynet y, boquiabierta, se sujetó del marco de la puerta para no perder el equilibrio. Pero no había tiempo para su arrepentimiento.

–¿El veneno la ha matado definitivamente? Se puso el brazalete hace pocos minutos. ¿Hay alguna posibilidad de que aún esté viva? –preguntó Mina.

Nadia movió la cabeza de lado a lado, todavía mirando a Lynet.

–*Solo ven aquí* –ordenó Mina, alzando la voz–. Estoy segura de que has visto varios cadáveres antes.

Nadia tragó con dificultad, asintió, se puso de rodillas junto a Lynet y buscó algún pulso débil que Mina hubiera pasado por alto. La reina esperó, apenas respirando, hasta que la cirujana alzó la cabeza y le dio la respuesta sin siquiera hablar.

Las lágrimas llenaron los ojos de Mina y ella volteó; no quería que la cirujana la viera llorar.

–No comprendo por qué te afecta tanto –dijo Mina–. Obtuviste lo que querías, ¿verdad? No te importaba si Lynet debía morir para conseguirlo.

–Tiene razón –dijo la chica, su voz llena de desprecio–. Ambas obtuvimos exactamente lo que queríamos, miladi.

Mina la ignoró y volteó hacia Félix, que estaba esperando en la puerta.

–Llévala a la cripta –le dijo por segunda vez–. No permitas que nadie te vea –después, le dijo a la cirujana–: Puedes retirarte.

Tras una última mirada vacilante hacia Lynet, la cirujana partió, pero Félix permaneció allí. Él comenzó a caminar hacia Mina, pero ella alzó una mano para detenerlo. No merecía que la consolaran cuando Lynet había muerto. Miró hacia arriba, los agujeros en el techo que ahora dejaban entrar la luz fría del amanecer. ¿Cómo era posible que Mina hubiera olvidado aquel detalle tan negligente? Lynet podría haber utilizado la nieve como ventaja. Pero no había luchado. Había confiado en Mina y había muerto por su confianza. Y ahora, no habría más oportunidades de huir, no de la cripta.

–Trátala con cuidado –le pidió a Félix. No podía permanecer ni un segundo más en esa habitación. Pasó junto a él sin permitir que la tocara. Estaba cubierta de fracturas, y estaba segura de que si él colocaba un solo dedo sobre ella, se rompería inmediatamente en un millón de fragmentos.





34  
MINA

**P**resionó los dedos contra el vidrio de su espejo, pero claro, no sintió nada. Mina había considerado varias veces obligar a su corazón a latir; después de todo, el cristal le obedecía. Pero incluso si eso funcionaba –y no estaba segura de que fuera a suceder o de que su corazón no se rompería por el esfuerzo– todavía sería una mentira.

El pulso constante en los dedos de Lynet no había sido una mentira.

Ella había muerto pensando que Mina la había matado, que su esfuerzo por conectar con su madrastra por última vez había fallado. *Eres la única familia que me queda.* Eso era lo que más perturbaba a Mina: que Lynet pudiera haber muerto creyendo que no la amaban.

*Quizás podemos crear algo nuevo.*

*Ahora no,* pensó Mina. *Ya no.* Nunca sucedía nada nuevo en Primavera Blanca.

¿Qué ocurriría ahora que todo había terminado? Mina había ganado y ahí tenía su victoria, reflejada en el espejo: una reina miserable, un reflejo vacío. Deseaba poder terminar el trabajo de su padre y reemplazar cada parte de su ser con un fragmento de su espejo. Primero, sus huesos, y luego la carne, hasta que se convirtiera en un espejo viviente, siempre reflejando el exterior, pero nunca el interior, para que nadie pudiera ver que una vez más estaba hueca y vacía, y que su corazón había muerto con Lynet.

Ya no soportaba verse en el espejo: su cabello enmarañado, sus ojos rojos, su piel que ya no era suave, sino que estaba surcada por la angustia. Tomó un taburete pequeño que estaba junto al espejo y lo lanzó contra el vidrio. El espejo se agrietó y Mina lo golpeó de nuevo con el taburete, hasta que los trozos de vidrio caían como nieve.

–¿Qué estás haciendo?

Su reflejo retorcido aparecía en el espejo roto, pero conocía la voz de su

padre.

–¿Por qué hay vidrio roto por todas partes? ¿Tú hiciste esto? –Mina sintió el paso pesado de Gregory resonando debajo de ella y, sin pensarlo, tomó un fragmento suelto del marco del espejo y no le importó cuando el vidrio le cortó la mano.

Él la sujetó por los hombros y la obligó a voltear para que lo mirara.

–¿Cuál es tu problema? Nunca te he visto ser tan descuidada.

–Porque ya no tengo nada que me importe –dijo Mina, librándose de las manos de Gregory–. ¿No es eso lo que siempre quisiste? ¿Que no me importe nada ni nadie? Creí que estarías orgulloso.

Él movió la mano, restándole importancia a lo que ella decía.

–No tengo tiempo para esto. ¿Dónde está la cirujana? No está en su taller y se suponía que debía esperar ahí... No la encuentro en ninguna parte.

–¿Cómo podría saber dónde está? –replicó Mina–. Espero que se haya ido.

Él frunció el ceño y movió la cabeza de lado a lado, confundido.

–¿Colocaste el cuerpo en la cripta?

Mina entrecerró los ojos con desconfianza.

–¿Por qué me preguntas eso?

¿Gregory vaciló antes de responder o Mina lo imaginó? Si él vaciló, solo fue durante un segundo.

–Estabas muy angustiada antes. Tengo que asegurarme de que tuviste la claridad mental suficiente para librarte del cuerpo.

–Deja de *llamarla* así –replicó Mina. Aferró más fuerte el fragmento de vidrio y sintió un hilo de sangre entre sus dedos.

–No tengo tiempo para tu histeria –dijo él–. Mejora tu aspecto. Si muestras un solo rastro de debilidad ahora, te destituirán antes de que el cuerpo de la chica esté frío –él rio y volteó–. Aunque supongo que estaba frío desde el comienzo.

Mina comenzó a apuntar el trozo de vidrio hacia la cabeza de Gregory, pero entonces, él dio un grito agudo y tomó su pecho con una mano mientras sujetaba la puerta con la otra.

–¿Qué sucede? –preguntó ella, con voz inexpresiva–. ¿Tienes un corazón débil?

Él rio sin fuerzas.

–Sí, Mina, exactamente eso –agregó algo en voz baja; Mina creyó que sonó a “pero no por mucho tiempo más” y luego él partió.

Su padre tenía razón en algo. Si ella flaqueaba ahora, o si siquiera aparecía en el Gran Salón con ese aspecto, con los ojos rojos por el llanto y la mano ensangrentada, ni siquiera sus soldados de vidrio tendrían la fuerza suficiente para mantenerla en el trono. Y debía permanecer allí: ¿qué otra cosa tenía ahora, salvo sus sueños para el Sur? Si perdía su corona, no le quedaría nada. Tendría que seguir a Lynet a la cripta.

*¿Por qué me preguntó si el cuerpo de Lynet estaba en la cripta?, pensó Mina, aún cuestionando aquel momento de vacilación antes de que él respondiera. Si él había estado mintiendo, entonces ¿por qué lo hizo? ¿Qué podría querer ahora de Lynet? Mina recordó que él había hablado acerca de Lynet de ese modo, como si fuera solo un cuerpo muerto, cuando le había entregado el veneno por primera vez: Cuando muera, trae el cuerpo a Primavera Blanca y yo me desharé de él.*

¿Por qué había insistido en que llevara el cuerpo a Primavera Blanca? ¿Qué quería de Lynet que solo podía obtener ahora que estaba muerta?

Había estado buscando a la cirujana...

*¿Qué sucede? ¿Tienes un corazón débil?*

*Exactamente eso... pero no por mucho tiempo más.*

Mina emitió un gruñido bajo. Debería haberlo sabido. Debería haberlo percibido de inmediato; cuando su corazón se había debilitado cuando era

niña, Gregory lo había reemplazado. Le había dicho una vez que crear a Lynet había drenado su corazón, así que ahora planeaba tomar el de la muchacha; reclamar la vida y la magia que él le había dado. Abriría a Lynet y la dejaría sin corazón, al igual que había hecho con Mina.

*No lo permitiré*, prometió, y apretó el vidrio en su mano. Todo el amor frustrado que había recolectado en su corazón, estancado allí durante años sin salir, ahora cobró vida y se transformó en algo filoso y peligroso como el fragmento de vidrio en su mano.

Su cabello aún era un desastre enmarañado. Había sangre en sus manos y en su falda. Tenía el rostro desnudo y manchado de lágrimas.

No importaba. Ya había llegado demasiado tarde antes, pero no esa vez. Aferró su arma y salió corriendo de la habitación en busca de su padre.

Félix apareció a su lado en un instante, y ella se preguntó si él había estado esperando afuera de sus aposentos desde que regresó de la cripta en caso de que ella lo llamara.

–Mina, ¿qué ocurre? –preguntó él cuando la alcanzó con rapidez. Los ojos del cazador se posaron directamente en la sangre que Mina tenía en la mano.

Se detuvo, tomó su camisa con la mano libre y lo acercó a ella jalando de la tela.

–Necesito que reúnas a todos los soldados, a *todos*, y que custodien la entrada de la cripta. No permitas que nadie atraviese esa puerta, ni siquiera yo.

–Pero, ¿por qué...?

–Ve por atrás, por la puerta de los sirvientes, no a través del patio. No quiero que mi padre te vea. *Por favor*, Félix.

Él oyó la nota de pánico en su voz y asintió, asegurándole que haría exactamente lo que le pedía.

Cuando él partió, Mina continuó su camino por el pasillo; volteó en una

esquina y se dirigió hacia una ventana con vista al patio. Sí, allí estaba él: Gregory acababa de salir al patio y avanzaba a paso lento con mucho esfuerzo. Desde la ventana, bajo la luz del amanecer, él parecía muy pequeño, y a ella le impactó de nuevo cuán débil lucía él cuando no estaba cerniéndose sobre ella y sujetando su muñeca. En esos momentos, siempre se sentía una niña de nuevo, así que nunca había creído que pudiera librarse de sus garras... nunca había creído que podía escapar de él aunque lo intentara. Pero ya no era una niña, y ahora, por el bien de Lynet, debía creer que era capaz de detenerlo.

Con una nueva sensación de determinación, corrió hacia el patio.

—¡Padre! —llamó, y atravesó la nieve a toda velocidad para interponerse en su camino. No le importaba que él no estuviera solo y que hubiera personas observando.

Él miró horrorizado la apariencia desastrosa de Mina y ella oyó un grito ahogado cercano, probablemente causado por el rastro de sangre que dejaba al pasar.

—Regresa adentro —dijo Gregory en un susurro frenético—. ¿Qué estás haciendo?

Ella no se molestó en bajar la voz.

—No permitiré que lo obtengas. No permitiré que le quites su *corazón*.

El ojo de Gregory tembló como respuesta, pero él simplemente colocó las manos sobre los hombros de Mina y dijo:

—Has tenido un día difícil. Ahora, regresa dentro antes de que alguien más te vea así.

Él intentó apartarla a un lado para poder llegar al arco que lo llevaría a través del Jardín de las Sombras, hacia la puerta de la cripta que estaba en la base de la torre. Pero Mina se quitó las manos de su padre de encima y se interpuso de nuevo en su camino. Él aún miraba nervioso a las personas que

pasaban por allí y que se habían detenido a ver aquel espectáculo en el que la reina y su padre, el mago, discutían, y Mina de pronto recordó la noche de su boda, cuando él había intentado usar el ojo público para presionar a Nicholas para que le entregara a Lynet. Sin embargo, él había perdido, porque esa misma multitud había hecho que fuera imposible para él discutir cuando Nicholas mantuvo su postura. Si Mina quería ganar, debía mantenerlo allí, donde todos pudieran verlo. Su padre siempre era más cruel cuando la tenía arrinconada y a solas.

Pero Gregory debía saber que si volteaba ahora, nunca tendría otra oportunidad para poner un pie en la cripta. Mina haría que lo custodiaran día y noche.

–Mina, detén esto de inmediato –dijo él–. Crees que puedes alejarme causando una escena, pero te dañarás más a ti misma que a mí.

–Solo si permanezco callada. Puede que haya alejado a Lynet y la haya convertido en tu prisionera, que haya llegado demasiado tarde para salvarla, pero *tú*... tú eres el único que la ha *matado*.

Todo el patio cobró vida con un murmullo alborotado. Ahora se acercaban más personas, incluso algunas observaban desde las ventanas y los balcones. Antes, a Mina le hubiera importado ver que ellos observaban con algo similar al regocijo cómo su odiada reina por fin quedaba destrozada.

Gregory también era consciente de la multitud, y le lanzó a Mina una mirada de desprecio absoluto, mientras curvaba los labios y dejaba expuestos sus dientes filosos.

–Te arrepentirás, Mina. Nunca pongas a un hombre en una posición donde no tenga nada más que perder.

–Deberías haber recordado eso antes de matar a Lynet –replicó ella.

Mina creyó que sus palabras lo enfurecerían más, quizás incluso lo asustaría si tenía suerte, pero en cambio, él sonrió y ella fue quien, de pronto, sentía

miedo.

–Te daré una oportunidad más, Mina. Déjame pasar.

–No permitiré que te acerques a ella.

–Entonces, no tendrás otra opción.

Él alzó la mano, con la palma hacia ella del modo en que Lynet lo había hecho no hacía mucho en la torre, pero entonces, cerró la mano en un puño y Mina sintió una puntada de dolor enceguecedor en el pecho.

–Has contado mi secreto –dijo Gregory–. Quizás es hora de revelar el tuyo. ¿Has olvidado, Mina, que cuando creo algo también tengo el poder de destruirlo? Hice tu corazón con cristal, lo que significa que puedo destrozarlo con solo pensarlo.

El dolor obligó a Mina a caer sobre sus manos y rodillas en la nieve, y oyó las palabras de Gregory repitiéndose en su mente. La verdad era que ella lo *había* olvidado: siempre había creído que el vidrio le pertenecía. Pero su corazón siempre había sido la creación de su padre, al igual que el ratón que había creado con arena tantos años atrás.

Félix y los soldados de vidrio aún custodiaban la cripta, pero aunque estuviera débil, Gregory podía utilizar sus poderes para destrozarnos, sabiendo que el corazón de Lynet podría crearlos de nuevo. Si Mina deseaba mantener a su padre lejos de Lynet, debería detenerlo allí, ahora. Sintió sangre en la boca e intentó ponerse de pie de nuevo, pero cayó de rodillas mientras su corte continuaba mirándola.

Estaba tan cansada de ser fuerte, tan cansada de luchar contra enemigos reales e imaginarios. Y ahora moriría porque al final, era tan frágil como un trozo de vidrio. Se preguntó si Lynet hubiera apreciado saber que, después de todo, su madrastra era delicada.

–Ríndete, Mina –dijo Gregory directo sobre ella–. No tienes ninguna otra arma que usar contra mí. Ahora, todo terminó.



Mina mantuvo la cabeza inclinada; no quería que él fuera lo último que viera antes de morir. Y en cambio, se vio a sí misma. Un fragmento de su rostro en un trozo de vidrio. El dolor se había vuelto tan incontrolable que había olvidado el trozo de espejo roto que había llevado consigo y que ahora yacía en la nieve junto a su mano, aún manchado con su sangre. Ese era el único secreto que había logrado ocultarle a Gregory a lo largo de los años... y Lynet tampoco debía habérselo contado. Aun cuando eran enemigas, Lynet había guardado el secreto de Mina.

*Debo seguir luchando por ella, pensó, por Lynet.*

Mantuvo la vista clavada en el trozo de vidrio en la nieve, y luego, con la fuerza que aún le quedaba, se concentró.

–Estás equivocado –dijo ella, ahogándose en su propia sangre. Alzó la cabeza para ver a su padre mirándola desde arriba, con una sonrisa satisfecha en el rostro–. Tengo un arma más.

Un destello de luz atravesó la garganta de Gregory en un abrir y cerrar de ojos, y luego el trozo de vidrio cayó sobre la nieve a los pies del mago mientras una línea roja aparecía en su garganta.

La sangre comenzó a brotar un instante después, y Gregory aferró la herida con los ojos abiertos de par en par, horrorizado. Jadeando, cayó de rodillas y aterrizó a su lado. Sujetó la muñeca de Mina, pero ella apartó la mano.

Había hecho un corte profundo para que él se desangrara antes de que pudiera causarle más daño a su corazón, y ella observó cómo las extremidades de Gregory dejaban de moverse y su rostro quedaba quieto mientras la sangre aún brotaba de la herida abierta en su garganta.

*Terminó, pensó ella, y a pesar del dolor en su pecho, se sintió más a salvo de lo que jamás se había sentido antes.*

Oyó un rugido bajo en sus oídos que provenía de la multitud horrorizada por la violencia que acababan de presenciar, pero no estaban demasiado

horrorizados, o hubieran hecho algo al respecto para detenerlo. Probablemente, les alegraba que ella y su padre se hubieran destrozado mutuamente.

Mina tosió y roció más sangre sobre la nieve. No debía faltar mucho para que muriera o para que el dolor la hiciera perder la consciencia.

Otro grito ahogado colectivo inundó el patio, y Mina se preguntó si por fin había sucedido, si estaba muerta, pero notó que todos señalaban algo detrás de ella, encima de ella. *Princesa*, creyó oír. *Lynet*.

Pero era imposible: Lynet había muerto. O quizás el espíritu vengativo de Lynet había regresado para ver a Mina morir. De algún modo imposible, Mina logró ponerse de pie y volteó para enfrentar a la chica a la que le había fallado.

Con su cabello negro y su vestido rojo que destacaban contra el brillo blanco de la nieve, Lynet era vívida como un rayo sobre un cielo gris. Estaba de pie, enmarcada por el arco de piedra, y detrás de ella había al menos una docena de hombres con el rostro desdibujado que llevaban espadas filosas y sólidas. Su rostro hermoso ardía de furia y ella misma era la personificación de la venganza y cargaba en su mano una daga.

Mina avanzó hacia ella a tropezones, mientras el dolor continuaba atravesando su pecho, y luego cayó de rodillas otra vez a los pies de Lynet. Tomó con los dedos el borde del vestido de su hijastra y era tan corpóreo, tan *real*... ¿Cómo era posible que un fantasma se sintiera tan real?

–Estás viva –susurró, apenas creyendo las palabras mientras brotaban de su boca–. Esto es real. Estás viva –la muerte ya no significaba nada para ella: Mina podía soportar mil muertes ahora que sabía que Lynet estaba viva y a salvo. Una risa dolorosa salió de ella mientras alzaba la cabeza.

»Ahora estoy lista –logró decir a través de la sangre–. Estoy lista para morir.



35  
LYNET

**L**ynet había despertado con un grito atascado en su garganta. Su corazón... Gregory le quitaría el corazón mientras ella aún estuviera viva...

Pero entonces, había sentido un latido doloroso en el pecho cuando la sangre comenzó a derretirse dentro de sus venas, y podría haber reído de alivio, salvo que no podía moverse en absoluto. El alivio no duró: aún estaba viva, pero no podía abrir los ojos sin importar cuánto lo intentara, así que no sabía dónde estaba o si sentiría en cualquier momento el dolor de un cuchillo abriéndola a la mitad.

El espacio interminable entre despertar y ser capaz de moverse otra vez fue aún peor que el momento en el que supo que Mina la había envenenado. El grito cobraba fuerza en todo su cuerpo, cada vez más fuerte, y por poco creyó que podría cortarle la piel para salir.

Un grito de impotencia, sí, como la comezón que siempre sentía bajo la piel cuando salía de la cripta cada año, pero también un grito de furia, porque la razón por la que estaba allí, medio muerta, era que había confiado en Mina. Quizás Gregory había tenido razón a su manera: no había cura para Mina, no había modo de salvar la grieta entre ellas. Ahora Lynet comprendía lo que su madrastra debía haber sabido siempre: una de ellas tenía que morir.

Y mientras por fin comenzaba a sentir un cosquilleo en la punta de los dedos, Lynet decidió que estaba dispuesta a vivir.

Su latido se hizo más alto, más fuerte, y pronto fue capaz de abrir los ojos. No había ningún cuchillo flotando sobre ella, ningún sonido que indicara que Gregory estaba cerca. Se encontraba en la cripta, sobre uno de los féretros vacíos, y nunca había creído que alguna vez la alegraría estar allí.

—¿Lynet?

El susurro era tan bajo, tan inseguro, que primero creyó haberlo imaginado,

pero luego, lo oyó otra vez:

–¿Lynet? ¿Estás despertando?

Le había dicho a Nadia que se marchara, se había convencido de que *quería* que Nadia se fuera, por su propia seguridad. Pero la voz de la muchacha nunca había sonado tan dulce, y nunca había estado tan hermosa a los ojos de Lynet como en ese instante, mirándola a su lado con una vela en la mano.

–Estoy despierta –susurró Lynet; su voz era débil y su lengua, pesada–. Estoy viva.

De inmediato, Nadia apoyó la vela, se inclinó sobre ella y tomó el pulso en la garganta de Lynet. Su memoria despertó. La cripta... el cabello de Nadia rozando su piel mientras yacía en un ataúd. *Ya hemos hecho esto*, pensó Lynet. Pero no, solo había sido un sueño. Eso era real.

–Prometiste que te irías –dijo Lynet.

Nadia le sonrió, pero sus ojos resplandecientes la traicionaron y mostraron cuán preocupada había estado, cuán aliviada se sentía al ver que Lynet había despertado.

–Estoy harta de seguir órdenes –replicó ella. Lynet no pudo evitar reír débilmente ante su respuesta, un eco de las palabras que había dicho cuando Nadia la había encontrado vagando fuera de la universidad.

Nadia la ayudó a salir del féretro mientras sujetaba su cintura con el brazo para mantenerla erguida, y Lynet se estremeció al imaginar cuánto peor hubiera sido despertar en la cripta sola, sabiendo que ya nadie vivo la amaba. Estaba agradecida de tener a alguien en quien confiar, alguien que la abrazara. Sujetó el hombro de Nadia con los dedos y se aferró a la tela de su camisa.

–Me alegra que no me hicieras caso –susurró; sus labios por poco rozaban el cuello de Nadia–. Gracias por mantenerme a salvo.

La mano de Nadia abandonó la cintura de Lynet, y con dulzura, alzó el

rostro de la princesa para que la mirara. Su expresión era seria y su mirada, intensa.

–Quería que supieras –dijo Nadia, en voz baja y densa– que elegí estar aquí contigo... que *te* elijo.

Una vez más, Lynet vio aquella pregunta silenciosa en sus labios. Pero esa vez... esa vez, podía sentir la respuesta ardiendo bajo la piel, por fin saliendo a la superficie. *¿Qué quieres?*, le había preguntado Nadia una vez. *Nunca me dijiste lo que querías*, le había dicho a Lynet en un sueño.

Con una mezcla embriagadora de alegría y alivio, Lynet respondió.

Cerró el espacio entre ellas y tocó, vacilante, los labios de Nadia con los suyos, esperando ver si aquello era correcto, si ese era el significado enterrado bajo las palabras, las miradas y los roces aislados, el deseo que había sentido pero que no había reconocido completamente hasta ahora.

*Sí*, respondió Nadia, y se acercó más a Lynet, y Lynet se fundió en la suavidad de la chica mientras sus manos rodeaban el cuello de la joven cirujana. Cuando sus uñas rozaron la piel de su nuca, Lynet sintió que Nadia se estremecía; sintió sus dos corazones latiendo a un ritmo frenético, pero aún perfecto. Aunque estuvieran en la cripta, aunque Lynet reprimía la desesperación que le causaba la traición de Mina, aún sabía que ese momento había estado esperándolas desde que Lynet había caído del enebro... O quizás desde el instante en que había visto a Nadia por primera vez, cautivada por la promesa de una vida diferente a la suya.

Se separaron, pero aún se mantuvieron cerca, sus frentes en contacto. Lynet supo que eso era lo que significaba sentirse realmente viva. No era la magia en la sangre de Gregory y no era el despertar lento después del veneno: era el modo en que se sentía en paz en su propia piel; la persona que era y la que quería ser por fin estaban alineadas. Y *era* su propia piel, porque cuando Nadia la miraba, cuando Nadia la tocaba, Lynet era ella misma y nadie más, y

el futuro era suyo para darle la forma que quisiera.

Pero pronto, el aire viciado de la cripta obligó a Lynet a recordar por qué estaba allí. En contra de su voluntad, se apartó de Nadia y rodeó su propia cintura con los brazos a modo defensivo.

Nadia percibió un cambio en su estado de ánimo y dijo:

–Lamento lo de tu madrastra.

–¿Mina te dijo que me mató?

La mandíbula de Nadia se puso tensa.

–No, pero quería que me asegurara de que estuvieras muerta.

*Por supuesto, pensó Lynet. No quería cometer el mismo error que la última vez. Por eso debía verme morir con sus propios ojos.*

El recuerdo del rostro imperturbable de Mina mientras Lynet perdía la consciencia hizo que el grito resurgiera en su interior. Pero ahora no estaba paralizada, así que esa vez, el grito brotó de su cuerpo y resonó contra el techo abovedado de la cripta mientras golpeaba con el puño la pared más cercana.

Cuando su furia pasó, apoyó la espalda contra la piedra. Podía oler la sangre en sus nudillos. Nadia colocó dulcemente las manos sobre los hombros de Lynet.

–No pierdas tu fuerza ahora –dijo–. La necesitarás para lo que viene.

Y tenía razón. Lynet sabía que cualquier posibilidad de reconciliación con su madrastra estaba perdida... y que el único modo de cerciorar su seguridad era matar a Mina. Tenía cientos de metros cuadrados de nieve bajo su control y la ventaja del factor sorpresa. Pero necesitaría más que eso; necesitaría la voluntad para llevarlo a cabo.

Lynet retrocedió de la pared que había golpeado y vio que era la división entre los féretros de sus padres. Había visto el ataúd de su madre muchas veces, pero el espacio junto a él siempre había estado vacío, salvo por la

placa de bronce con el nombre del rey. Apenas había tenido tiempo de llorar a su padre, y no pudo evitar pensar que si abría el ataúd ahora, vería su rostro de nuevo y se despediría por última vez.

Pero sabía que no sería él, al igual que sabía que sin importar cuántas veces su padre la hubiera llevado allí, Lynet nunca había logrado conocer más a la mujer que él veía como la madre de su hija, Emilia. Había pasado tanto tiempo asustada de la cripta, pero ahora parecía muy inofensiva, completamente vacía. Aunque sus ancestros la rodeaban, Lynet sabía que ella y Nadia estaban solas allí.

–¿Cómo puedo matar a la única familia que me queda? –preguntó en voz baja, a nadie en particular.

La cirujana respondió detrás de ella.

–Cuando mis padres murieron, creí que no tenía más familia, que ya no tenía lealtades. Pero me equivoqué: de ahora en más, tendrás que elegir tu propia familia.

–La amaba tanto –una lágrima cayó por su mejilla, aunque no sabía qué pérdida lloraba en ese instante... Quizás, todas a la vez–. Pero ella nunca lo creerá, ¿verdad? Si pudo permanecer de pie allí viéndome morir sin sentir nada, entonces ¿por qué yo no debería ser capaz de hacer lo mismo?

Lynet cerró los ojos y respiró hondo, obligándose a decirle adiós a la Mina que había conocido en ese instante, para que cuando fuera a buscarla –a matarla– no vacilara, no dudara.

–Estoy lista –dijo por fin y volteó hacia Nadia.

Atravesaron la cripta. Lynet recorrió el mismo sendero que había caminado con su padre una vez por año, pero esa vez, lo hizo con la cabeza en alto y sin miedo alguno. Ella había sido uno de los muertos que yacían allí; ¿cómo podía temerle a lo que una vez había sido? Incluso la Caverna de los Huesos parecía más melancólica que aterradora ahora, y Lynet no se molestó en dejar



la plegaria habitual para la reina Sybil pidiéndole que terminara la maldición invernal. Sabía ahora que ella misma debería romperla.

Mientras Lynet seguía a Nadia y subían escaleras serpenteantes que llevaban a la puerta de la cripta, creyó haber oído movimientos del otro lado. Se detuvo y se tomó un momento para concentrarse, para sentir la nieve que yacía del otro lado de la puerta. Mientras tuviera la nieve, sabía que estaría a salvo.

Cuando Nadia abrió la puerta para dejarla pasar, centró su atención en las formas. Invocó soldados propios y la nieve formó siluetas humanas, vacías y sin rostro, pero cada una con una espada. Su tarea era derrotar a los guardias de Mina y liberar el camino para ella hasta llegar a su madrastra.

Permaneció de pie en la oscuridad de la entrada mientras el sonido del choque de espadas rompía la quietud del aire. Nadia dio un paso tentativo al exterior, solo para que la golpearan contra la pared y que un brazo con cicatrices familiares la sujetara.

–¡Félix! –gritó Lynet, y por fin salió de la cripta; la luz exterior la encegueció.

El cazador había actuado por instinto; ahora parecía sorprendido de ver a Nadia y aflojó la presión de su mano. Luego vio a Lynet y el brazo del hombre soltó por completo a la muchacha. Lynet le ordenó a la nieve que lo rodeara y esta se convirtió en cuerdas que amarraron sus muñecas y sus tobillos mientras él caía al suelo. Apenas parecía importarle; estaba demasiado ocupado mirando boquiabierto a Lynet.

–Mina... ella no te mató –dijo él por fin.

–No. Pero lo intentó –Lynet no quería oír más disculpas, más excusas, así que utilizó la nieve para crear una mordaza y cubrió la boca de Félix con ella.

–Quédate aquí y vigílalo –le pidió Lynet a Nadia. Ella asintió y extrajo un cuchillo pequeño de una vaina en un costado. Lynet rodeó al cazador y

continuó avanzando entre el combate con un objetivo en mente: encontrar a Mina y ponerle un fin a la situación.

Los soldados aún peleaban; ninguno podía morir, así que continuarían luchando para siempre, hasta que Mina o Lynet les ordenaran que se detuvieran.

Invocó más soldados mientras pasaba a través del Jardín de las Sombras. Ella no sabía blandir una espada, así que creó una daga larga para llevar. A lo lejos, notó que la estatua de Sybil había desaparecido y había dejado en su lugar un sector vacío cubierto de nieve. Sin embargo, no había tiempo para pensar en ello, así que se dirigió hacia el arco que llevaba al patio con aproximadamente una docena de soldados detrás de ella.

Lynet había creído que estaba preparada para todo. Ingresaría al castillo, buscaría a Mina y por fin terminaría esa guerra entre ellas. Pero aún no estaba preparada para la vista que la recibió en el patio, para el grito ahogado proveniente de muchos rostros que había conocido toda la vida, las personas de Primavera Blanca, que rodeaban una escena sangrienta y espantosa.

La sangre manchaba la nieve, y Lynet vio que la mayoría había brotado de Gregory, que yacía muerto con la garganta cortada. Y a su lado, aferrando su propio pecho, con sangre en el rostro, en las manos y cayendo de su boca, estaba Mina, no muy lejos del enebro en donde se habían conocido. Esa Mina no se parecía en nada a la mujer fría e imperturbable que le había dado el brazalete envenenado; su rostro estaba pálido y retorcido por la agonía, y su cabello, manchado de sangre y nieve, caía sobre sus hombros. Ya no era una llama ardiente, sino un incendio, y su dolor brotaba a su alrededor.

Por un instante, el mundo pareció detenerse por completo. Lynet ya no oía a la multitud, ni siquiera cuando susurraron su nombre. No era consciente de nada, excepto de Mina y de la daga que sujetaba en su propia mano. Parecía oír cada una de las respiraciones entrecortadas de Mina. Veía las lágrimas

que aún estaban atascadas en sus pestañas antes de poder caer por fin sobre sus mejillas. Y cuando Mina alzó la vista y vio a Lynet de pie allí, ella vio con total claridad la alegría sorpresiva en el rostro de su madrastra y oyó la risa atónita que escapó de sus labios ensangrentados.

Mina se incorporó del suelo con un esfuerzo enorme y avanzó a los tropezones hacia ella antes de caer de rodillas de nuevo a los pies de Lynet.

“Estás viva”, susurraba y sujetaba con las manos el borde del vestido de Lynet. “Esto es real. Estás viva”, alzó el rostro en una clase de arrebatos doloroso. Tenía los ojos rojos y resplandecientes, no negros y vacíos como habían estado en la torre... y Lynet comenzó a dudar de que la mujer de la torre hubiera sido realmente Mina. “Ahora estoy lista”, dijo la reina. “Estoy lista para morir”.

Incluso en su perplejidad, Lynet había logrado mantener la daga en su mano y alzó la vista para ver a casi toda al corte observando. Se inclinaban hacia adelante, ansiosos, esperando que su princesa resucitada asesinara a la usurpadora y tomara el lugar que le correspondía en el trono de su madre. Esa era una era que todos estarían dispuestos a olvidar y quizás, un día, muchos años después, Lynet también comenzaría a olvidar algunos detalles. Olvidaría que había amado a su madrastra, olvidaría las noches que habían pasado frente al espejo, compartiendo secretos. Olvidaría que su padre había intentado alejar a Mina de ella, olvidaría el rol que Gregory había tenido y que probablemente su sangre estaba en las manos de Mina. Olvidaría cómo lucía Mina en ese instante. Lo único que recordaría sería la historia que pasaría de generación en generación por quienes observaban: la cruel madrastra, y la princesa traicionada que había regresado de la muerte para matar a la usurpadora y recuperar lo que le pertenecía.

No quería que la historia terminara así. Y más que eso, sabía que tenía el poder de cambiarla. Ambas tenían el poder de cambiarla. Recordó lo que

Mina le había dicho una vez, y aquellas palabras resonaron en su mente, en su cuerpo y en cada uno de sus latidos: *Encontrarás algo que te pertenezca solo a ti. Y cuando lo hagas, no permitas que nadie te lo quite.*

Creyó oír que alguien la llamaba a sus espaldas, pero lo ignoró; ignoró a todos los que quisieran quitarle a Mina. Lynet suspiró, y en ese mismo instante, todos los soldados de nieve a sus espaldas se disolvieron y se convirtieron de nuevo en nieve que comenzó a girar alrededor de ella y de Mina y las protegía de la vista hambrienta de la corte. La daga cayó de sus manos, se puso de rodillas junto a Mina y tomó a su madrastra en brazos.

Ambas se abrazaron y Lynet se permitió llorar un instante en el hombro de su madrastra, pero sentía que el cuerpo de Mina temblaba de dolor y supo que no había tiempo que perder. Apartó a Mina con cuidado, pero mantuvo las manos sobre los hombros de la mujer para ayudarla a mantenerse erguida.

–Mina, ¿qué te sucedió? ¿Gregory te lastimó?

La mujer envolvió su propia cintura con los brazos y emitió una risa dolorosa mientras luchaba por no caer.

–Partió mi corazón. Siento cómo se abre. Estoy muriendo. No hay nada que puedas hacer ahora... Y Lynet... por favor, si puedes evitarlo, no me recuerdes con demasiado rencor.

Lynet pensó a toda velocidad. Después de todo, los poderes de Gregory le pertenecían, y se preguntó si podía reparar lo que él había roto... pero solo tenía control sobre la nieve, no sobre el vidrio.

*Mina* tenía el poder de controlar el cristal.

–Mina, escúchame –dijo Lynet, preocupada al ver el tono moribundo que tomaba la piel de su madrastra–. Puedes ordenarle a tu corazón que se repare a sí mismo. Es solo vidrio, ¿verdad? Tú puedes repararte.

Mina movía la cabeza de lado a lado.

–Estoy demasiado cansada para seguir luchando, demasiado débil... –

comenzó a tambalearse, así que Lynet sujetó a Mina en brazos y apoyó la cabeza de la mujer contra su hombro.

–Ahora tu padre está muerto –explicó Lynet–. Ya no tiene más poder aquí. Apóyate en mí si te sientes débil, pero por favor, por favor, solo *inténtalo*.

–Lynet... –dijo Mina con voz ronca. Sus lágrimas mojaban el vestido de su hijastra y eran calientes en contacto con la piel de su hombro–. Lynet, te amo. Todo este tiempo... todo este tiempo te amé y no podía verlo. Gracias por ayudarme a comprenderlo.

Lynet comenzó a llorar mientras sujetaba a Mina con más firmeza. Su madrastra –aquella mujer feroz e inquebrantable– ahora parecía muy pequeña y frágil en sus brazos.

–Yo también te amo –respondió–. Siempre me has dado fuerzas... Déjame que yo haga ahora lo mismo por ti. Aún tenemos mucho que hacer juntas. Por favor, no te rindas.

Con mucho esfuerzo, Mina se apartó de los brazos de Lynet e intentó enderezar la espalda. Se tambaleó un poco, así que Lynet le dio su brazo para que ella pudiera sujetarse. Mina respiró hondo y cerró los ojos.

Deseaba poder hacer más, pero sabía que solo Mina podía curarse a sí misma. Lo único que Lynet podía hacer era prestarle su brazo cuando Mina comenzó a tambalearse, y continuar protegiéndolas a ambas de la vista con la cortina de nieve que caía alrededor de ellas. Ahora no permitiría que nadie le quitara a Mina.

La mujer concentró su atención, y cada vez que comenzaba a caer, Lynet la ayudaba a mantenerse erguida. Cuando Mina emitió un gemido bajo de dolor, Lynet acarició el cabello de su madrastra y susurró palabras de consuelo; le dijo que todo estaría bien, que solo debía continuar luchando un poco más.

La respiración de Mina se tornó más sólida, y gotas de sudor aparecieron en su piel.

–Creo que está sucediendo –logró decir sin aliento–. Siento que sucede – apretó el brazo de Lynet con la mano y luego gritó aferrándose a su propio pecho mientras el cabello cubría su rostro.

–¡Mina! –gritó Lynet; tenía la piel empapada de miedo. Pensó en su padre en su lecho de muerte, cuán asustada había estado al verlo allí... Pero ahora estaba demasiado aterrada para apartar la vista o siquiera parpadear, en caso de que ella muriera antes de que pudiera abrir los ojos de nuevo–. Mina, por favor, ¿estás...?

Pero cuando alzó la vista, su piel recobraba rápidamente el color normal.

–Lo logré –suspiró–. Puedo sentirlo. Aún... aún no late, pero está... está entero, al menos.

–Lo sabía –Lynet estaba aliviada y sin aliento–. Sabía que podías hacerlo.

Mina tomó el rostro de Lynet con las manos.

–Pero tú –dijo, con la voz entrecortada–, ¿cómo es posible que estés siquiera aquí? ¿Cómo es posible que estés viva?

Lynet no respondió. Aún no quería dar explicaciones. Solo deseaba rodear el cuello de su madrastra con los brazos, hundir su rostro en el hombro de Mina y permanecer allí, detrás del escudo de nieve, un rato más, en un mundo separado donde nada podía separarlas de nuevo.

A black and white photograph of a misty forest. The scene is filled with dense evergreen trees, their tops partially obscured by thick, low-hanging mist or fog. The lighting is soft and diffused, creating a serene and atmospheric mood. The number '36' is overlaid in the upper center of the image in a large, elegant, black serif font.

36

**N**ormalmente, una coronación en Primavera Blanca hubiera sido un evento público y majestuoso, pero Mina había insistido en que coronaran a Lynet lo antes posible, así que solo había una multitud pequeña reunida en la sala del trono del castillo.

Mina no formaba parte de la multitud. Estaba de pie al frente de la sala, ante los dos tronos vacíos, con una corona dorada en las manos. Esa era la tradición en Primavera Blanca: la persona que llevaba a cabo la coronación siempre era una mujer noble que había sido designada como el espíritu de la reina Sybil, que le entregaría la corona al siguiente gobernante. Prudentemente, Lynet le había preguntado a Mina si accedería a cumplir el rol de Sybil ese día, y Mina había aceptado de inmediato: no permitiría que nadie más coronara a Lynet como reina. Después de todo, la corona era suya.

Una paz incómoda se había apoderado del castillo los días que habían pasado desde el regreso milagroso de Lynet. Muchas historias se propagaron de inmediato acerca de qué le había ocurrido a la princesa. Mina oyó unas pocas; algunas decían que nunca había muerto y que la reina había mentado en un intento de ahuyentar a su rival; otras decían que Lynet *había* muerto, pero que había resucitado por alguna magia, por la misma fuerza que mantenía allí la maldición de Sybil. A Mina no le importaba lo que decían; solo ella y Lynet necesitaban saber lo que había ocurrido.

Al principio, parecía que nada realmente había cambiado. Cuando Mina colocó su mano sobre el corazón, todavía no escuchaba nada. Aún era una reina a punto de perder su corona. Sin embargo...

Sin embargo, nada era igual. Por primera vez, Mina sentía que podía respirar. A veces se preguntaba si debía sentirse horrorizada o culpable por haber matado a su propio padre, pero más que nada, tenía una profunda sensación de alivio. Aquel pavor constante que le retorció repentinamente el



estómago había desaparecido, y Mina no había sido consciente de su presencia hasta el instante en que supo que su padre había muerto.

Pero ¿quién era ahora? Sin la amargura que brotaba de su corazón, sin la certeza de que nadie jamás podría amarla, ¿en quién se convertiría? No comprendía quién era ahora que no era incapaz de recibir amor.

Ya no era una reina; eso lo sabía. Y en vez de aferrarse a una corona que ni siquiera estaba segura de seguir queriendo, había decidido entregársela a Lynet lo más rápido posible. Había conservado la corona durante suficiente tiempo.

Cuando Lynet apareció en la entrada del salón del trono, con el cabello recogido, y un vestido azul claro con cuello de piel blanca –los colores de Primavera Blanca– Mina supo que había tomado la decisión correcta. Lynet ya era una reina. Salvaría a Primavera Blanca al igual que había salvado a su madrastra, sin cuestionar nunca si aquellos a los que ayudaba merecían o no su ayuda.

Para las personas de Primavera Blanca, Lynet debía parecerles confiada como cualquier reina. Caminó por el pasillo que la multitud formaba atravesando la sala del trono, con paso firme, sin tropezar ni una vez. Mantuvo la cabeza en alto, con los ojos centrados solo en Mina mientras avanzaba hacia ella. Pero ella conocía a su hijastra, y veía por el modo en que respiraba entrecortadamente que Lynet estaba nerviosa. Ambas habían temido aquel día durante tanto tiempo, ambas temiendo en qué se convertirían, qué perderían cuando la corona pasara de una a la otra. Mina asintió levemente hacia Lynet y vio que la joven exhaló despacio el aire que había estado conteniendo.

Y en ese instante, Mina tomó una decisión. Nunca más se permitiría lastimar a Lynet de nuevo, y Lynet debía tener cosas más importantes de las que preocuparse que el estado emocional de su madrastra traicionera. Sería

más fácil para ambas si Mina seguía el ejemplo de su madre y, simplemente, desaparecía.

*Puedo ir al Sur*, pensó mientras Lynet se ponía de rodillas frente a ella. Aún tenía la carta de su madre; el papel ya estaba manchado por sus huellas sucias y era incluso más

delgado por todas las veces que lo había plegado y desplegado. Al principio, aquellas últimas líneas, aquella expresión de amor, la habían dejado muy perpleja, pero últimamente, los ojos de Mina continuaban posándose en una oración diferente: *No te buscaré en caso de que no me quieras, pero siempre estaré esperando, por si alguna vez encuentras tu camino de regreso hacia mí.*

Dorothea había cumplido su promesa, si es que aún estaba viva. Sabría que su hija se había convertido en reina seguramente, y sin embargo, nunca había intentado encontrarla o aprovecharse de su posición. Ni siquiera sabía que Mina nunca había visto la carta hasta ahora. Quizás aún creía que su hija la odiaba, y parte de Mina *todavía* resentía a Dorothea por haberla abandonado, pero aquel resentimiento le ofrecía menos consuelo que la idea de conocer a la madre que la había amado, aún si su amor había sido imperfecto. *Podría intentar rastrearla. Podría encontrarla.*

Mina dijo las palabras que convertirían en reina a Lynet, pensando que era gracioso que ella representara el espíritu de Sybil cuando ella fue quien había quitado la estatua de la reina. Recordaba las palabras de su propia coronación *—te encomiendo el cuidado y el manteamiento de este reino, para que gobiernes en memoria de aquellos que te antecieron—* y se preguntó por un terrible segundo cuán distinta habría sido su vida si nunca se hubiera convertido en reina o si nunca hubiera abandonado el Sur. ¿En quién se habría convertido si su madre nunca la hubiera abandonado o si su padre hubiera sido un hombre amoroso? La idea hizo que su corazón recién curado

quisiera romperse, pero entonces, recordó que nunca habría conocido a Lynet. Y al menos, había hecho cosas buenas en el Sur durante su reinado. No todo había sido en vano.

Colocó la corona en la cabeza de Lynet, y cuando la muchacha se puso de pie, Mina ya no era una reina.

✱

Mientras los nobles avanzaban uno a uno para jurarle lealtad a su nueva reina, Mina salió por la puerta de atrás de los tronos y encontró a Félix esperando en el pasillo vacío. Él abrió los brazos de inmediato y Mina se lanzó en ellos, agradecida de no tener que explicarle qué sentía en ese instante: el orgullo de ver a Lynet convertirse en reina o la sensación de pérdida que no podía ignorar.

–Regresaré al Sur –dijo contra el hombro del cazador–. Intentaré hallar a mi madre.

Él acarició el cabello de Mina y respondió:

–Partiremos en cuanto lo ordenes.

Él iría con ella, por supuesto; ninguno de los dos había asumido lo contrario. Al menos, había un pequeño cambio: ella solía creer que estaría completamente sola si perdía su corona. Ahora sabía que nunca lo estaría.

Cuando regresó al salón del trono, la procesión ya casi terminaba, y por fin la multitud comenzó a salir de la habitación. Lynet permanecería en el trono, como indicaba la tradición, hasta que la última persona hubiera salido del salón.

Pero Mina era la última persona allí, así que Lynet soltó un gran suspiro en cuanto estuvieron solas. Sin embargo, estaba feliz; Mina lo notaba por el modo en que sus ojos resplandecían.

–Reina Lynet –dijo Mina en voz baja mientras se acercaba al trono–. Tu padre estaría orgulloso.

–Espero que lo esté –respondió ella mientras quitaba la corona de su cabeza

y le daba vueltas en las manos—. Aunque no sea exactamente lo que él quería.

*Nicholas era un tonto y tú eres más de lo que cualquiera pueda pedir,* pensó Mina, pero en cambio, dijo:

—Tengo que decirte algo.

Lynet alzó la vista, preocupada.

—¿Qué ocurre?

—He decidido dejar Primavera Blanca. Será mejor de este modo.

Lynet abandonó el trono y frunció el ceño.

—¿A dónde irás?

—A casa —respondió Mina—. A la aldea donde crecí. Creó que... creo que podré descubrir a dónde fue mi madre cuando huyó —no dijo, *no tengo otro lugar adonde ir.*

—Yo también he decidido algo —dijo Lynet. Colocó la corona en el asiento de su trono con cuidado y bajó de la tarima para estar a la misma altura que Mina—. Iba a esperar al banquete de esta noche para anunciarlo, pero debería decírtelo ahora.

Los ojos de Mina no dejaban de posarse en la corona, pero se obligó a apartar la vista y a centrarse solo en Lynet.

—¿Decirme qué?

Lynet por poco parecía una niña de nuevo, mordiéndose el labio mientras se preparaba para hablar.

—Nunca quise ser reina hasta que vi todo el bien que has hecho por el Sur y supe que, con mis poderes, podría hacer lo mismo por el Norte —explicó de prisa—. Pero eso no significa que quiero descuidar el Sur otra vez. Este reino está roto y no puedo repararlo sola —comenzaba a ganar confianza en sí misma; sus palabras eran más firmes y había un destello de fuego en sus ojos—. ¿Comprendes ahora lo que quiero decir? El Norte me necesita, pero el Sur te necesita *a ti*. Este reino nos necesita a ambas.

No, Mina no comprendía. Estaba demasiado ocupada observando a su hijastra, a la niña que la había espiado desde un árbol hacía tanto tiempo, que se había transformado en reina, segura y decidida en su propósito.

—¿Qué estás diciendo, Lynet? No podemos ser reinas las dos.

Lynet movió la cabeza de lado a lado, con entusiasmo creciente.

—Ya lo sé, pero no podemos continuar haciendo las cosas como antes; no ha ayudado a nadie. Tenemos que deshacernos de las viejas costumbres, para poder crear algo nuevo. Crearé un nuevo puesto, un gobernador que rija en el Sur a mi nombre, alguien que comprenda lo que el Sur necesita y que trabajará conmigo para unir el reino. Y te nombraré a ti como la primera gobernadora del Sur.

Mina por fin comenzaba a comprender, a creer. Siempre había pensado que una de ellas debería perder, pero Lynet le ofrecía otra clase de victoria. Durante años, había dependido de la corona para que la definiera y le diera el amor que tanto anhelaba, pero ahora... Ahora podía reconstruir su propia identidad mientras reconstruía el Sur.

—Aún podría terminar el Castillo de Verano... —susurró. El mayor sueño de su infancia, vivir en el Castillo de Verano con sus magníficos domos dorados, se haría realidad.

A Mina le ardían los ojos y volteó. Aún no estaba habituada a aquellas puntadas en su corazón que le llenaban los ojos de lágrimas. Antes, había creído que no era capaz de llorar, y ahora parecía que no podía detenerse. Contempló los mosaicos en la pared, las estaciones cambiantes que había extrañado tanto desde que se mudó al Norte. *Casa. Iré a casa.*

Volteó de nuevo hacia Lynet, que estaba esperando pacientemente que Mina recobrarla la compostura.

—Entonces ¿aceptas el puesto? —preguntó con una sonrisa creciente.

*Aún tenemos mucho que hacer juntas,* había dicho Lynet cuando ella estaba

a punto de morir desangrada en la nieve. Y tenía razón: había mucho por hacer. Mina nunca podría ganar de nuevo la devoción que Lynet había sentido por ella cuando era niña, pero Lynet ya no era una niña, y por primera vez desde que había notado cuán rápido crecía Lynet, Mina creyó que ambas podían construir algo nuevo, algo incluso más fuerte que antes. Llevaría tiempo, pero ahora tenía tiempo. Tenía más tiempo de lo que jamás había tenido antes en la vida.

Mina asintió, su voz tembló levemente cuando dijo:

–Sí, es un honor aceptarlo.



A la mañana siguiente, temprano, mientras la nieve la saludaba al comenzar a caer, Lynet caminó por la orilla del río hasta el lugar donde la estatua de Sybil había estado. Tenía que admitir que el terreno ya parecía más alegre sin la mirada de la estatua de la reina llorando.

Se había trasladado a unos aposentos nuevos ahora que era reina. No a los de Mina, por supuesto; esos permanecerían reservados para ella cada vez que eligiera visitar Primavera Blanca. Pero los nuevos aposentos eran más amplios que los que tenía antes, y no podía evitar sentirse pequeña cuando se paraba en el centro, rodeada de tanto espacio, tantas expectativas.

Pero se había convertido en reina sin morir, sin transformarse en su madre, sin perder su identidad. Había sentido el peso de la corona en su cabeza sin temer que fuera a romperle el cuello. Había tanto por hacer, y le aliviaba que Mina hubiera aceptado el puesto de gobernadora. Lynet estaba segura de que podrían hacer maravillas juntas... ya lo habían hecho.

–Es extraño no ver más a Sybil –dijo Nadia detrás de ella.

Lynet le había dejado una nota a Nadia diciéndole que se reuniera allí con ella en la mañana. También había dejado una nota para Mina, pero primero había querido hablar con Nadia. Lynet sintió aquella sensación familiar al voltear hacia la muchacha, la unión entre ellas era fuerte y clara ahora. Pero

no podía olvidar la razón por la que la había citado allí, o ignorar la preocupación que conllevaba.

–Camina conmigo –pidió Lynet.

Caminaron junto a la orilla del lago; sus manos se encontraron y entrelazaron los dedos. Aquellos roces casuales no estaban cargados de significado como antes, pero Lynet había hallado un placer completamente distinto en la liviandad que poseían esas interacciones, la facilidad con la que podía inclinarse y rozar con los labios la mejilla de Nadia.

La noche anterior, en el banquete de coronación, Lynet había ubicado a Mina a su derecha y a Nadia a su izquierda, y nadie había dicho nada en oposición. Lynet sabía que la corte aún estaba demasiado impactada de que estuviera viva para criticarla ahora, pero estaba segura de que oiría a las Palomas cacareando con desaprobación en algún momento... Porque Nadia era una plebeya, porque aún no les agradaba Mina o por cualquier razón que eligieran. A Lynet no le importaba; ahora sabía que tenía la fuerza suficiente para luchar por las personas que le importaban, así que estaba lista para enfrentar aquel día si es que alguna vez llegaba.

Pero luchar por las personas que le importaban no siempre significaba conservarlas. Sujetó más fuerte la mano de Nadia.

–¿Me dirás qué está molestándote? –preguntó Nadia en voz baja.

Lynet se detuvo y soltó su mano.

–Quiero preguntarte algo y quiero que respondas con honestidad –dijo Lynet–. ¿Lo prometes?

Nadia sonrió.

–¿Aún confías en mis promesas?

–Hablo en serio –aseguró Lynet con firmeza.

La sonrisa de Nadia desapareció y respondió, dándole un peso especial a las palabras:

–Sí, lo prometo.

–He estado pensando en traer más progreso al Norte, no solo como un descanso a corto plazo de la nieve, sino como algo duradero –dijo Lynet. Había estado muy asustada de convertirse en reina, pero ahora mismo ser reina era más fácil que ser Lynet. Su voz era firme, su postura, sólida, y se preguntó si lucía como Mina–. Uno de mis planes es construir una escuela aquí, algo pequeño para empezar, pero que eventualmente pueda ser como la universidad del Sur...

–¡Lynet, es una idea maravillosa! –respondió Nadia, y su rostro se llenó de entusiasmo. La nieve caía sobre su trenza suelta y su clavícula, y Lynet sintió la necesidad de extender los dedos para quitarla, en busca de una excusa para tocar a Nadia. Sería tan fácil fingir que no tenía nada más que decir.

–Bueno, de hecho –prosiguió Lynet apartando la vista de Nadia y enfocándose en las olas pequeñas del lago a sus espaldas–, creí que te gustaría ser parte de eso, usar lo que has aprendido para ayudar a otros. Pero... pero también sé lo mucho que querías partir del Norte y no quisiera que permanecieras aquí solo por mi bien. Así que si quieres regresar al Sur de nuevo, si quisieras quedarte allí... lo entendería –tragó con dificultad y por fin miró de nuevo a Nadia en busca de algún rastro que indicara su preferencia, pero el rostro de la chica no revelaba nada–. ¿Quieres ir allí?

Nadia parpadeó y luego apartó la vista, con una sonrisa triste en el rostro.

–Lynet... –dijo. Luego negó con la cabeza y extrajo una bolsa familiar del bolsillo de sus pantalones–. Traje esto para devolvértelo –continuó, alzando el objeto en el aire mientras las monedas tintineaban dentro–. Quería decirte que no lo necesitaré porque no tengo intenciones de ir a ninguna parte.

–Pero, creí que... ¿Estás *segura*? –preguntó Lynet, apenas confiando en su propio alivio.

Nadia rio, su rostro era sincero y brillante, sin sombras que opacaran su



alegría.

–Algún día me *gustaría* regresar al Sur de visita. Pero cuando dije que quería ir allí... Pensaba que el Sur me haría sentir menos sola, pero aún me sentía sola allí. La única vez que no sentí eso fue... cuando estaba contigo – bajó la mirada con una sonrisa tímida en el rostro–. Si hubiera dejado Primavera Blanca después de tu envenenamiento, habría cometido el mismo error que cuando accedí a espiarte. Hubiera estado persiguiendo fantasmas y recuerdos en lugar de estar luchando por algo real.

Colocó la bolsa en las manos de Lynet, inclinó la cabeza y le dio un beso dulce en los labios.

–Por ese motivo aún te elijo –prosiguió Nadia, rozando sus labios con los de Lynet–. Quiero quedarme contigo y ayudarte a curar el Norte.

Lynet se inclinó hacia adelante y por un rato, ninguna habló.

–Consévala –dijo devolviéndole la bolsa a Nadia–. En caso de que alguna vez cambies de opinión. Después de todo, es solo nieve.

Nadia vaciló, pero luego aceptó.

–Lo guardaré para la nueva escuela –dijo con una sonrisa–. No se me ocurre un modo mejor de honrar a mis padres que trasmitiéndoles a otros lo que ellos me enseñaron.

Caminaron de regreso por el jardín mientras conversaban acerca de los planes para su escuela; el paso de Lynet era más liviano que antes.

Unos minutos después, Mina apareció en el terreno, todavía luciendo como una reina. Le dedicó un saludo cortés con la cabeza a Nadia y luego miró a Lynet con una sonrisa cálida como el verano.

–Ahora que ambas están aquí –dijo Lynet–, quiero mostrarles algo.

Nadia y Mina hablaron a la vez.

–¿Qué...?

–Silencio –pidió–. Solo observen.

No había intentado hacerlo antes, pero sabía que funcionaría porque sabía que *ese* era su verdadero propósito: no convertirse en su madre, sino terminar de una vez por todas con esa maldición. La nieve aún caía constante sobre ellas, pero Lynet alzó la vista hacia las nubes grises y simplemente le pidió a la nieve que *se detuviera*.

Y la nieve obedeció.

Nadia frunció el ceño mientras miraba el rostro de Lynet, observando como le habían ordenado. Le llevó varios segundos alzar la vista y notar que la nieve había dejado de caer. Pero Mina... Mina lo había notado al instante, y tenía los ojos abiertos de par en par, maravillada.

–La nieve se detuvo –susurró la mujer.

–¿Acaso tú...? –comenzó a decir Nadia a la vez.

Lynet rio.

–Creo que la nieve merece un descanso –enfocó su atención en el lugar donde la estatua había estado, y se concentró de nuevo hasta que la nieve allí se derritió y dejó un cuadrado vacío de tierra húmeda color café–. De a poco –dijo–. Las personas necesitan adaptarse gradualmente, y yo tendré que conservar algo de nieve, o me volveré muy débil. Pero quiero que el Norte florezca de nuevo, que la vida sea más fácil aquí. De todos modos, debo intentarlo.

–Si alguien puede hacerlo, sé que esa eres tú –respondió Nadia, mirándola con cariño–. Creo... –la muchacha se detuvo y frunció el ceño al ver algo sobre el hombro de Lynet que llamó su atención. Suavizó la expresión y adoptó aquella que Lynet había visto antes, cuando la cirujana inspeccionaba sus libros; una expresión curiosa y maravillada que indicaba que aún había mucho por descubrir en el mundo–. Lynet, mira –dijo.

Lo primero que notó la reina al voltear fue un destello verde. Al principio, creyó que solo era un truco de la luz, pero luego lo vio con claridad: un tallo

largo y delgado con una hoja perfecta. Cuando Lynet lo inspeccionó más cerca, vio que los capullos de la planta eran reales, una señal única de vida en el lugar donde había estado la estatua de Sybil.

–*Lynet* –a sus espaldas, Mina habló sin aliento con tal asombro que Lynet no estaba segura de qué vería al voltear.

Mina señalaba los árboles del Jardín de las Sombras. Lynet se acercó más, se detuvo junto a su madrastra y vio las hojas desparramadas y los pimpollos rosados que comenzaban a crecer en las ramas muertas.

Las dos caminaron por el jardín sin hablar, y Nadia parecía saber que no debía seguir las por ahora: eso era algo que Mina y Lynet necesitaban compartir a solas. Mina miraba a su alrededor, maravillada ante lo que probablemente era la primera vida que había visto desde que partió del Sur, y Lynet se puso de puntillas para examinar las hojas delicadas, rozando cuidadosamente los bordes de las hojas con los dedos. Eran tan pequeñas, como diminutas estrellas rosadas y verdes contra la madera oscura, pero contenían la promesa de la primavera.

–Rompimos la maldición, Mina –dijo Lynet en voz baja.

–*Tú* la rompiste –respondió ella, apartando la vista de los árboles.

–*Tú* eres quien derribó la estatua –negó Lynet con la cabeza–. Las dos colaboramos para terminar con la maldición.

Aun mientras decía las palabras, sabía con certeza que eran ciertas. El jardín de Sybil. La estatua de Sybil. Quizás la reina muerta solo había estado esperando que alguien terminara por fin con su tristeza, que le ofreciera la esperanza de que la vida regresaría al Norte.

Una sonrisa pequeña apareció en el rostro de Mina.

–Quizás tienes razón –dijo, y tomó la mano de Lynet.

Y mientras caminaban de regreso por el jardín tomadas de la mano, Lynet supo que *ese* sería el legado de las dos, la historia que ambas habían elegido:

dos chicas de nieve y cristal que eran más que sus orígenes; dos reinas que se habían unido para reformar su mundo.

A black and white photograph of a misty forest. The scene is filled with dense evergreen trees, their tops partially obscured by a thick layer of fog or mist. The lighting is soft and diffused, creating a serene and atmospheric mood. The word "AGRADECIMIENTOS" is centered in the upper half of the image in a classic, serif typeface.

# AGRADECIMIENTOS

**P**rimero que nada, gracias a mi familia. Este libro no existiría sin ustedes.

A mi mamá, Gilda: gracias por escuchar mi pánico nocturno cuando estaba convencida de que estaba haciendo todo mal; por creer en mí más de lo que yo creía en mí misma, y por tu sabiduría, tus consejos y tu apoyo inquebrantable. A mi papá, Barry: gracias por sugerir que llevara un libro conmigo durante el receso en segundo curso cuando me quejé de que estaba aburrida; por alentarme a ser mi mejor versión y por siempre estar allí para mí. Y a mi hermana, Roxanne: gracias por estar orgullosa de mí, por tu entusiasmo incontenible y por tu aliento, y por siempre cuidar de mí como una verdadera hermana mayor.

A mis amigos, los cibernéticos y los que no lo son, que me han dado generosamente su tiempo, su apoyo y su aliento cuando decidí seguir este sueño. Para nombrar solo a algunos, gracias a Meaghan Hardy, Emily Drash, Laura Rutkowski, Elizabeth Ayril, Chelsea Gillenwater, Emily A. Duncan, Jamie Taker-Walsh y Jessica Lynn Jacobs. Gracias por leer, por escucharme cuando estaba ansiosa y preocupada, por creer en mí, y por inspirarme con su pasión y sus inmensos talentos variados. Y gracias a Rhiannon Thomas por tomarme bajo el ala y hacer que esta experiencia de debutar fuera un poco menos intimidante.

Un enorme agradecimiento para mi agente, Meredith Kaffel Simonoff. Tú me *entiendes*. Desde el inicio, comprendiste el corazón de este libro y le debo mucho a tu conocimiento y tu apoyo. Has sido mi brújula en este viaje: cada vez que no sabía en qué dirección ir, solo tuve que hablar contigo para saber dónde estaba el verdadero norte. Un agradecimiento especial también para Ashley Collom por su primer *feedback* invaluable.

A mi increíble editora, Sarah Dotts Barley, gracias por arriesgarte conmigo

y por ayudarme a convertir este libro en algo mucho más de lo que fue una vez. Lo que haces es magia. Gracias también a Caroline Bleeke, quien participó con su ojo agudo y su conocimiento entusiasta mientras Sarah estaba de licencia por maternidad.

Muchas gracias a Amy Einhorn y a todos en Flatiron y Macmillan: a Patricia Cave, Molly Fonseca, Nancy Trypuc, Jenn Gonzalez, Lena Shekhter y Liz Catalano. Gracias a Anna Gorovoy, Keith Hayes, Erin Fitzsimmons y a Kelly Gatesman por hacer que este libro luciera tan hermoso y elegante por dentro y por fuera. Estoy muy orgullosa de ser parte de la lista Flatiron. Gracias a todas por haber convertido mi documento de Word de cientos de páginas en un libro de verdad.

Y por último, a las mujeres que me enseñaron el poder de los cuentos de hadas: Shelley Duvall me enseñó en la infancia el valor que había en las versiones distintas de una misma historia. Donna Jo Napoli me enseñó en la adolescencia a mirar esas historias de todos los ángulos posibles. Y Angela Carter me enseñó en la adultez a hurgar bajo la superficie de los cuentos de hadas y a encontrar el corazón vulnerable y latente oculto debajo. Puedo rastrear mi camino hasta este libro a través de las tres.



- Título original: *Girls Made of Snow and Glass*
- Dirección editorial: Marcela Luza
- Edición: Leonel Teti con Erika Wrede
- Coordinadora de arte: Marianela Acuña
- Diseño: OLIFANT - Valeria Miguel Villar
- Diseño de tapa: Keith Hayes
- Fotografía de tapa: © furtseff/shutterstock.com
- © 2017 Melissa Bashardoust
- © 2017 V&R Editoras

[www.vreditoras.com](http://www.vreditoras.com)

Publicado por acuerdo con Flatiron Books. Todos los derechos reservados.

Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA:  
San Martín 969 piso 10 (C1004AAS)  
Buenos Aires  
Tel./Fax: (54-11) 5352-9444  
y rotativas  
e-mail: [editorial@vreditoras.com](mailto:editorial@vreditoras.com)

MÉXICO:  
Dakota 274, Colonia Nápoles CP 03810,  
Del. Benito Juárez, Ciudad de México  
Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621  
01800-543-4995  
e-mail: [editoras@vergarariba.com.mx](mailto:editoras@vergarariba.com.mx)

ISBN: 978-987-747-414-5

Mayo de 2018

Bashardoust, Melissa

Chicas de nieve y cristal / Melissa Bashardoust. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Daniela Rocío Taboada.

ISBN 978-987-747-414-5

1. Literatura Juvenil Estadounidense. 2. Novelas Fantásticas. I. Taboada, Daniela Rocío, trad. II. Título.





# ¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Nos puedes escribir a [vrya@vreditoras.com](mailto:vrya@vreditoras.com)  
con el título de esta novela en el asunto.

Encuétranos en

 [facebook.com/vreditorasya](https://facebook.com/vreditorasya)

 [twitter.com/vreditorasya](https://twitter.com/vreditorasya)

 [instagram.com/vreditorasya](https://instagram.com/vreditorasya)

COMPARTE  
tu experiencia con  
este libro con el hashtag  
[#chicasdenievecristal](https://twitter.com/hashtag/chicasdenievecristal)  
  

-SAGA-

# EL ÚLTIMO MAGO



LISA MAXWELL

# FANTASÍA...

